SALAMBó

de Gustave Flaubert



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

Salambó de Gustave Flaubert

I

EL FESTÍN

La escena es en Megara, arrabal de Cartago, y en los jardines de Amílcar.

Los soldados que este había capitaneado en Sicilia celebraban con un gra banquete el aniversario de la batalla de Eryx. Ausente el jefe, los numeroso soldados comían y bebían a sus anchas.

Los capitanes, calzados con coturnos de bronce, se habían situado en e camino del centro, bajo un velo de púrpura con franjas de oro que se extendí desde la pared de las cuadras hasta la primera azotea del palacio. L soldadesca se desparramaba bajo los árboles, desde los que se veían un porción de edificios de techo plano, lagares, graneros, almacenes, panaderías y arsenales; un patio para los elefantes, fosos para las bestias feroces y un prisión para los esclavos.

Las cocinas hallábanse rodeadas de higueras; un bosque de sicomoros s extendía hasta unos manchones verdes, en los que las granadas resplandecía entre los copos blancos de los algodoneros. Viñas cargadas de racimo trepaban hasta el ramaje de los pinos; un campo de rosas florecía bajo lo plátanos; en el césped, de trecho en trecho, se balanceaban las azucenas; un arena negra, mezclada con polvo de coral, cubría los senderos, y en medio, l avenida de los cipreses formaba de un extremo a otro como una dobl columnata de obeliscos verdes.

El palacio, hecho de mármol númida, con vetas amarillas, elevaba en e fondo, sobre anchos basamentos, sus cuatro pisos con azoteas. Con su gra escalinata recta, de madera de ébano, adornada en los ángulos de cada peldañ con la proa de una galera vencida; con sus rojas puertas cuarteladas por un cruz negra; sus verjas de bronce, que a ras de tierra le defendían de lo escorpiones, y su enrejado de varillas doradas, que cerraban las aberturas en l

alto, se ofrecía a los soldados, con su feroz opulencia, tan solemne e impenetrable como el rostro de Amílcar.

El Consejo había señalado la casa de Amílcar para este festín; lo convalecientes que moraban en el templo de Eschmún se habían puesto en marcha al despuntar la aurora, ayudándose con sus muletas. A cada instante llegaban otros comensales, afluyendo de todos los caminos, como torrentes que se precipitan en un lago. Veíase correr entre los árboles a los esclavos de las cocinas, azorados y medio desnudos; las gacelas, balando, huían de los prados; el sol declinaba, y el perfume de los limoneros hacía más pesadas aún las emanaciones de aquella multitud sudorosa.

Hallábanse representadas allí todas las naciones: ligures, lusitanos, baleares, negros y prófugos de Roma. Junto al pesado dialecto dórico resonaban las sílabas celtas, sonantes como los látigos de los carros de guerra, y las terminaciones jónicas chocaban con las consonantes del desierto, parecidas a gritos de chacales. Se reconocía al griego por su talla menuda, al egipcio por sus altos hombros, al cántabro por sus gruesas pantorrillas. Los carios balanceaban orgullosos las plumas de su casco; los arqueros de Capadocia se habían pintado en el cuerpo, con el zumo de hierbas, ancha flores, y algunos lidios, vestidos con traje femenino, comían con zapatillas y luciendo en las orejas grandes pendientes. Otros, que para más gala se habían pintado de bermellón, parecían estatuas de coral.

Extendíanse a lo largo de los corredores; comían agrupados junto a las mesas o bien echados sobre el vientre, cogían los pedazos de carne, y se hartaban, apoyados en los codos, con la magnífica postura de los leones cuando desgarran su presa. Los últimos en llegar, de pie junto a los árboles, veían las mesas bajas que casi desaparecían bajo los tapices de escarlata, y aguardaban su turno.

No bastando las cocinas de Amílcar, el Consejo había enviado esclavos, vajilla y lechos; en medio del jardín lucían, como en un campo de batalla cuando se queman los muertos, grandes hogueras en que se asaban bueyes. Los panes, polvoreados de anís, alternaban con grandes quesos, más pesados que discos; las cráteras de vino y los cántaros de agua hallábanse colocados en canastillas filigranadas de oro y llenas de flores. La alegría de comer y de beber sin tasa dilataba todos los ojos, y aquí y acullá empezaban las canciones.

Se les sirvió primero aves con salsa verde, en platos de roja arcilla, decorados con dibujos negros; luego, todas las especies de moluscos que crían las costas púnicas; sopas de harina, de habas y de cebada y caracoles con comino, en platos de ámbar amarillo.

En seguida se cubrieron las mesas con carnes: antílopes con sus cuernos pavos reales con sus plumas, carneros enteros cocidos con vino dulce, pierna de camello y de búfalo, erizos en salsa de azafrán, cigarras fritas y lirone confitados. En gamellas de madera de Tamrapani flotaban, entre azafrán grandes pedazos de grasa. Todo cargado de salmuera, trufas y asafétida Pirámides de frutas se desmoronaban sobre pasteles de miel, sin que lo cocineros hubieran olvidado servir algunos de los perritos ventrudos y de lan rosada, que se engordaban con caldo de aceitunas, manjares cartagineses d que abominaban otros pueblos. La sorpresa de los nuevos manjares excitaba l avidez de los estómagos. Los galos de largos cabellos recogidos encima de l cabeza, se disputaban las sandías y los limones, que comían con la corteza Negros que nunca habían visto langosta de mar, se laceraban el rostro con su rojas antenas. Griegos afeitados, más blancos que el mármol, tiraban detrás d sí las sobras de su plato, en tanto que pastores de Brucio, vestidos con piel d lobo devoraban silenciosamente su ración, sin apartar de ella los ojos.

Iba anocheciendo. Fue quitado el velario que sombreaba la avenida de lo cipreses y encendidas las antorchas.

Los vacilantes resplandores del petróleo, que ardía en vasos de pórfido asustaron a los monos encaramados en los cedros y consagrados a la luna. Su gritos alegraban a los soldados.

Llamas oblongas temblaban al reflejarse en las corazas de bronce y arrancaban un haz de chispas en los platos, incrustados de piedras preciosas.

Las cráteras, de bordes de espejos convexos, multiplicaban la image agrandada de las cosas: los soldados se apretujaban en torno, mirándos embobados y haciéndose muecas para reírse. Por encima de las mesas s arrojaban los escabeles de marfil y las espátulas de oro. Trasegaban los vino griegos contenidos en odres, los de Campania encerrados en ánforas, los de lo cántabros, que se transportan en toneles, y los vinos de azufaifo, de cinamom y de loto. A causa del líquido vertido el piso estaba resbaladizo. El humo d las viandas subía hasta el follaje, mezclado al vapor de los alientos. Oíase a u mismo tiempo el crujido de las mandíbulas, el ruido de las palabras, de la canciones, de las copas, el estrépito de los vasos campanios rotos en mi pedazos o bien el limpio sonido de las fuentes de plata.

A medida que aumentaba su embriaguez, los soldados se acordaban mejo de la injusticia de Cartago. La República, agotada por la guerra, había dejad que se acumularan en la ciudad todas las bandas de mercenarios. Giscón, s general, había tenido la prudencia de irlos licenciando poco a poco par

facilitar el pago de los sueldos; el Consejo confiaba en que acabarían po transigir con alguna rebaja; pero se veía ya en la imposibilidad de pagarles.

Esta deuda se enlazaba en la opinión pública con los tres mil dosciento talentos exigidos por Lutacio, y como Roma, los mercenarios eran un enemig para Cartago. Así lo entendían ellos, y por esto estallaba su indignación e amenazas y revueltas. Acabaron por solicitar permiso para reunirse a fin d celebrar una de sus victorias, y el partido de la paz cedió, vengándose así d Amílcar, el propulsor de la guerra. Esta había terminado, contra todos su esfuerzos, si bien temiendo por Cartago había entregado a Giscón el mando d los mercenarios. Designar su palacio para recibirlos era atraer sobre él algo de odio que los bárbaros despertaban. Además, el gasto era exorbitante, Amílcar lo sufragaría casi todo.

Orgullosos de haberse impuesto a la República, creían los mercenarios qu al fin iban a volver a sus hogares con el precio de su sangre en la capucha d su manto; pero sus fatigas, vistas a través de su embriaguez, les parecía prodigiosas y míseramente recompensadas. Se enseñaban unos a otros su heridas; se contaban sus combates, sus viajes y las cazas de su país. Imitaba los gritos y hasta los saltos de las fieras. Recordaron después a los inmundo reclutadores, y hundían la cabeza en las ánforas, dándose a beber sin tregua como dromedarios sedientos. Un lusitano, de talla gigante, que llevaba u hombre colgado de cada brazo, recorría las mesas, echando fuego por la narices. Los lacedemonios, que no se habían quitado las corazas, saltaba pesadamente. Algunos avanzaban como mujeres, haciendo gestos obscenos otros se desnudaban por completo para pelear al modo de los gladiadores, y u grupo de griegos bailaba alrededor de un vaso en el que estaban pintadas una ninfas, al son de un escudo de cobre que golpeaba un negro con un hueso d buey.

Súbitamente, oyeron un canto quejumbroso, un canto sonoro y apacible que subía y bajaba en los aires, como aleteo de un pájaro herido.

Era la voz de los esclavos en las ergástulas. Los soldados se levantaron d un salto, para libertarlos, y desaparecieron, para volver trayendo en medio d gritos una veintena de hombres de cara pálida. Cubría su cabeza afeitada u bonetillo cónico, de fieltro negro; calzaban todos sandalias de madera y hacía un ruido de hierro viejo, como las carretas en marcha.

Llegaron a la avenida de los cipreses, donde se perdieron entre la multitu que les interrogaba. Uno de ellos se había quedado de pie, apartado de lo demás. A través de los desgarrones de su túnica, se veían sus espalda surcadas por largas heridas. En actitud pensativa miraba en torno suyo co

desconfianza, y bajaba algo los párpados, deslumbrado por las antorchas; perc advirtiendo que ninguno de los soldados le molestaba, dio un profundc suspiro; balbuceó, se sorbió las lágrimas que bañaban su rostro; luego tomando por las asas un cántaro lleno, lo levantó en el aire con sus brazo cargados de cadenas, y mirando al cielo, sosteniendo siempre la vasija exclamó:

—¡Salud, ante todo, a ti, Baal-Eschmún, libertador, llamado Esculapio po la gente de mi nación! ¡Y a vosotros, genios de las fuentes, de la luz y de lo bosques! ¡Y a vosotros, dioses ocultos bajo las montañas y en las cavernas dc la tierra! ¡Y a vosotros, hombres fuertes, de relucientes armaduras, que mc habéis libertado!

Y dejando caer la vasija contó su historia. Le llamaban Espendio. Lo cartagineses le habían hecho prisionero en la batalla de los Egineses. Comc hablaba griego, ligur y púnico, pudo una vez más dar las gracias a todos lo mercenarios; les besaba las manos, y acabó felicitándoles por el banquete aunque muy asombrado de no ver en él las copas de la Legión sagrada. Esta copas, que llevaban una vid de esmeralda en cada una de sus seis facetas dc oro, pertenecían exclusivamente a una milicia formada de jóvenes patricios escogidos entre los de más estatura. Constituían las copas un privilegio, cas un honor sacerdotal, y por eso mismo, los mercenarios las codiciaban entrc todos los tesoros de la República. Detestaban a la Legión por las copas, y sc había dado el caso de arriesgar la vida por el inconcebible placer de beber en ellas.

Así, pues, mandaron traer esas copas, que estaban depositadas en poder dc los Sisitas, compañías de comerciantes que comían reunidos. Volvieron lo esclavos sin ellas, porque a tal hora dormían todos los Sisitas.

—¡Que los despierten! —gritaron los mercenarios.

Después del segundo recado, supieron que los Sisitas se hallaban encerrados en su templo.

—¡Que lo abran! —replicaron.

Y cuando los esclavos, temblando, confesaron que las copas estaban en poder del general Giscón, gritaron:

—¡Que las entregue!

Pronto apareció Giscón en el fondo del jardín, con una escolta de la Legión sagrada. Su amplio manto negro, sujeto a la cabeza por una mitra de oro constelada de piedras preciosas, y que colgaba cubriendo el caballo hasta lo cascos, se confundía de lejos con las sombras de la noche. No se veía más qu

su barba blanca, el brillo de su tocado y su triple collar de anchas placas azule
que le golpeaban el pecho.

Al verle los soldados, saludáronle con una gran aclamación, gritando todos

—¡Las copas! ¡Las copas!

Giscón empezó por declarar que las merecían, atendiendo a su valor. Cor
esto la turba aulló de alegría y aplaudió.

Nadie mejor que él podía decirlo, porque los había capitaneado y había
venido con la última cohorte en la última galera.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —respondían todos.

—Sin embargo —siguió diciendo Giscón—, la República ha respetado
vuestras divisiones por pueblos, vuestras costumbres, vuestros cultos; soi
libres en Cartago. En cuanto a los vasos de la Legión sagrada, son de
propiedad particular.

De pronto, al lado de Espendio, un galo se lanzó, por encima de las mesa
y fue derecho a Giscón, al que amenazó esgrimiendo dos espadas.

El general, sin dejar de hablar, le dio en la cabeza con su bastón de marfil
y el bárbaro cayó. Los galos aullaban y transmitían su furor a los demá
legionarios. Giscón se encogió de hombros; mas palideció. Pensó que su valo
personal sería inútil contra aquellos salvajes exasperados. Valdría más dejar su
venganza para más tarde, valiéndose de algún ardid; hizo, pues, una señal a
sus soldados y fuese lentamente. Al llegar a la puerta se volvió a lo
mercenarios, gritándoles que se arrepentirían.

Siguió el festín. Pero Giscón podía volver, y cercando el arrabal, que
lindaba con las últimas fortificaciones, aplastarlos contra las paredes
Entonces se sintieron solos, a pesar de ser muchedumbre; la gran ciudad que
dormía a sus pies, en la sombra, les dio miedo, de pronto, con sus graderías
sus altas casas negras y sus dioses, más feroces aún que su pueblo. A lo lejo
brillaban algunos fanales en el puerto y las luces del templo de Kamón. Se
acordaron de Amílcar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué les abandonaba, hecha la paz
Sus disensiones con el Consejo serían sin duda un pretexto para perderlos. Su
odio cayó entero sobre él y le maldecían, exasperándose unos a otros con su
cólera. En este momento se formó un grupo bajo los plátanos. Era para ver a
un negro que se retorcía golpeando el suelo con sus miembros, inmóviles la
pupilas, torcido el cuello y espumeantes los labios. Alguien gritó que estaba
envenenado, y todos creyeron estarlo también. Cayeron sobre los esclavos. Se
levantó un clamoreo espantoso, y un vértigo de destrucción se apoderó de
ejército ebrio. Daban golpes al acaso, destrozaban, mataban; algunos tiraban
las antorchas en la enramada; otros, inclinándose en la balaustrada de lo

leones los mataban; a flechazos; los más atrevidos corrieron a los elefantes queriendo abatirles la trompa y comer el marfil.

Sin embargo, los honderos baleares, que para saquear más cómodamente habían doblado el ángulo del palacio, se vieron detenidos por una alta barrera hecha con cañas de las Indias. Cortaron con sus puñales las correas del cerrojo y se encontraron debajo de la fachada que miraba a Cartago, en otro jardín lleno de plantíos artísticamente recortados. Continuadas líneas de blanca flores describían en la tierra azulada largas parábolas, como regueros de estrellas. Los obscuros matorrales exhalaban olores cálidos y suaves. Había troncos de árboles bañados de cinabrio, que parecían columnas sangrantes. En el centro, doce pedestales de cobre sostenían grandes bolas de vidrio; rojiza luces fulguraban en aquellos globos huecos, como enormes pupila palpitantes. Los soldados se alumbraron con antorchas, tambaleándose en lo declives del terreno, profundamente labrado.

Divisaron de pronto un pequeño lago, dividido en muchos estanques po paredes de piedras azules. El agua era tan limpia, tan clara, que las llamas de las antorchas penetraban hasta el fondo, formado por guijas blancas y polvo de oro. Empezó a hervir el agua, y grandes peces de brillantes escama subieron a la superficie.

Riéndose mucho, los soldados los cogieron por las agallas y los llevaron a las mesas.

Eran los peces de la familia Barca. Todos descendían de esos rape primordiales que habían puesto el místico huevo en el que se ocultaba la Diosa. La idea de cometer un sacrilegio avivó la glotonería de lo mercenarios; pusieron vasos de cobre sobre el fuego y se divirtieron en ve cómo los hermosos peces se debatían en el agua hirviente.

Los soldados habían perdido ya el miedo y volvían a beber. Los perfume que les caían de la frente mojaban a grandes gotas sus túnicas hechas jirones y de codos en las mesas, que les parecía oscilaban como navíos, paseaban alrededor sus ojos de borracho, para devorar con la vista lo que no estaba a alcance de su mano. Había quien, andando entre los platos sobre los mantele de púrpura, rompían a puntapiés los escabeles de marfil y las ampollas tiria de cristal. Mezclábanse las canciones al estertor de los esclavos agonizante entre las copas rotas. Pedían más vino, comida, oro. Gritaban queriendo mujeres. Se deliraba en cien lenguas distintas. Algunos se creían en los baños a causa del vapor que flotaba en torno de ellos, o bien, mirando al follaje imaginaban estar de caza y corrían a sus camaradas como a bestias salvajes. E incendio se propagaba de un árbol a otro, y los altos macizos de verdura, de

los que se escapaban largas espirales blancas, parecían volcanes qu empezaran a humear. Redoblaba el clamoreo; los leones heridos rugían en l obscuridad.

De repente se iluminó la azotea más alta del palacio; abriose la puerta de centro y apareció en el umbral una mujer vestida de negro: la hija de Amílca Bajó la primera escalera que bordeaba oblicuamente el primer piso, luego e segundo y el tercero, y detúvose en la última terraza, en lo alto de la escaler de las galeras. Inmóvil y con la cabeza baja, contempló a los soldados.

Detrás de ella y a cada lado estaban dos largas filas de hombres pálidos vestidos de blancas túnicas con franjas rojas que caían rectas sobre sus pies No tenían barba, ni cabello, ni cejas. En sus manos, deslumbrantes de anillos llevaban enormes liras, y todos cantaban con voz aguda un himno a l divinidad de Cartago. Eran los sacerdotes eunucos del templo de Tanit, a lo que Salambó llamaba con frecuencia a su casa.

Al fin, la joven bajó la escalera de las galeras, siguiéndola los sacerdotes Avanzó por la avenida de los cipreses y anduvo lentamente por entre las mesa de los capitanes, que se apartaban al verla pasar.

Su cabellera, empolvada de arena violeta y apilada en forma de torre, a l usanza de las vírgenes cananeas, le hacía parecer más alta de lo que era Trenzas de perlas pegadas a sus sienes bajaban basta las comisuras de la boca rosada como una granada entreabierta. Llevaba sobre el pecho un collar d piedras luminosas que imitaban, por sus variados colores, las escamas de un lamprea. Sus brazos, adornados con diamantes, salían desnudos de una túnic sin mangas, constelada de rojas flores, sobre un fondo negro. Anudada a lo tobillos llevaba una cadeneta de oro para regular el paso, y su gran manto d púrpura sombría, cortado de un paño desconocido, arrastraba colgante describiendo a cada paso como una amplia onda que la seguía.

A ratos, los sacerdotes pulsaban las liras de acordes casi ahogados, y en lo intervalos se oía el pequeño ruido de la cadeneta de oro con el chasquid acompasado de las sandalias de papiro.

Nadie la conocía. Únicamente se sabía que vivía retirada en práctica piadosas. Los soldados la habían visto de noche, en lo alto del palacio arrodillada ante las estrellas, entre torbellinos de pebeteros encendidos. Era l luna la que la había vuelto tan pálida, y algo de los dioses la envolvía como u vapor sutil. Las pupilas parecían mirar a lo lejos, más allá de los espacio terrestres. Andaba con la cabeza inclinada, y en la derecha mano llevaba un pequeña lira de ébano.

La oyeron murmurar:

—«¡Muertos, muertos todos! Ya no vendréis más, obedientes a mi voz como cuando sentada al borde del lago, os echaba en la boca pepitas de sandía. El misterio de Tanit rodaba en el fondo de vuestros ojos, más límpidos que manantiales. Y llamaba a los peces por sus nombres, que eran los de los meses —Siv, Siyan, Tamuz, Elul, Tischri, Schebar—. ¡Ah! ¡Piedad para mí Diosa!»

Los soldados, sin comprender lo que ella decía, se apiñaban a su alrededor. Se asombraban de su tocado; pero ella paseaba sobre todos una larga mirada asustada, y luego, hundiendo la cabeza entre los hombros, separando los brazos, les preguntaba muchas veces:

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho? ¿No teníais, para hartaros, pan, carnes, aceite, toda la flor de los graneros? ¡Yo había hecho traer bueyes de Hecatompila y enviado cazadores al desierto!

Subía el tono de su voz, sus mejillas se coloreaban, y añadió:

—¿Dónde estáis? ¿En una ciudad conquistada o en el palacio de un amo? ¡Y qué amo! ¡El sufeta Amílcar, padre mío, servidor de los Baales! Vuestras armas, rojas con la sangre de sus esclavos, son las que él ha apresado a Lutacio. ¿Sabéis de alguien en vuestras tierras que sepa dirigir mejor las batallas? Mirad. ¡Los peldaños de nuestro palacio están obstruidos por nuestros trofeos! ¡Seguid incendiándolo todo! Me llevaré conmigo el Genio de mi casa, mi serpiente negra, que duerme allá arriba, sobre hojas de loto. Silbaré y ella me seguirá; y, si embarco en mi galera, correrá sobre la estela de la nave, entre la espuma de las olas.

Palpitaban sus finas narices; aplastaba las uñas contra la pedrería de su pecho. Sus ojos languidecían, y añadió:

—¡Ah, pobre Cartago! ¡Lamentable ciudad! No tienes para defenderte los hombres fuertes de antes, que iban más allá de los mares a levantar templos en las playas. Todos los países trabajaban en torno tuyo, y las llanuras del mar aradas por tus remos, balanceaban tus cosechas.

La joven empezó a cantar las aventuras de Melkart, dios de los Sidonios y padre de su familia.

Narraba la ascensión a las montañas de Ersifonia, el viaje a Tarteso y la guerra contra Masisabal para vengar a la reina de las serpientes.

—Él perseguía en el bosque al monstruo hembra, cuya cola ondulaba sobre las hojas muertas como un arroyo de plata; él llegó a una pradera en que las mujeres de grupa de dragón estaban alrededor de una gran hoguera, enhiesta en la punta de su cola. La luna de color de sangre resplandecía en un halo

pálido, y sus lenguas de escarlata, hendidas como arpones de pescadores, se alargaban encorvándose hasta el borde de la llama.

Sin interrupción, Salambó fue contando cómo Melkart, después de habe vencido a Masisabal, puso en la proa de su nave la cabeza cortada de este:

—A cada oleada, la cabeza se hundía en las espumas; pero el sol la embalsamaba, haciéndola más dura que el oro; los ojos no cesaban de llorar y las lágrimas caían continuamente en el agua.

Cantaba Salambó todo esto en un antiguo idioma cananeo, que no entendían los bárbaros, los cuales se preguntaban qué es lo que ella diría con los gestos espantosos que subrayaban sus palabras. Subidos alrededor de ella sobre las mesas, sobre los escabeles y en las ramas de los sicomoros, con la boca abierta y alargando el pescuezo, trataban de retener estas vagas historia que oscilaban ante su imaginación, a través de la obscuridad de las teogonías como fantasmas en las nubes.

Únicamente los sacerdotes sin barba comprendían a Salambó. Temblaban sus manos rugosas, en tanto que pulsaban las liras, a las que de vez en cuando arrancaban un lúgubre acorde; más débiles que viejas mujeres, temblaban a un tiempo, de emoción mística y del miedo que les causaban los hombres. Los bárbaros no se cuidaban de ellos: solo atendían a la virgen cantora.

Pero nadie la miraba como un joven capitán númida, que estaba en la mesa de los jefes, entre los soldados de su nación. Su cintura estaba tan erizada de dardos que ahuecaban su amplio manto, anudado a las sienes por un lazo de cuero, y que flotante sobre sus hombros ensombrecía su rostro, del que no se veían más que las llamas de sus dos ojos fijos. Se encontraba por casualidad en el festín. Por orden de su padre vivía con los Barcas, según la costumbre de los reyes, que enviaban sus hijos a las grandes familias, a fin de prepara futuras alianzas; pero hacía seis meses que Narr-Habas vivía allí, y aún no conocía a Salambó. Sentado sobre los talones y con la barba tocando las asta de sus jabalinas, la contemplaba, inflamadas las ventanas de la nariz, como leopardo agazapado en los bambúes.

Al otro lado de las mesas hallábase un libio de colosal estatura y de cabellos cortos y rizados. Vestía únicamente un sayo militar, cuyos adorno metálicos rasgaban la púrpura del escabel. Entre el vello de su pecho brillaba un collar con una luna de plata. Manchaban su rostro salpicaduras de sangre apoyado en el codo izquierdo y con la bocaza abierta, sonreía a la cantora.

Dejando Salambó el ritmo sagrado, empleó simultáneamente todos lo idiomas de los bárbaros, a fin de enternecerlos con aquella delicadeza de mujer. Hablaba en griego a los griegos; luego se dirigía a los ligures, a lo

campanios, a los negros, y todos, al escucharla, hallaban en su voz la dulcedumbre de sus patrias. Impulsada por los recuerdos de Cartago, cantaba ahora las antiguas batallas contra Roma; y ellos aplaudían. Se entusiasmaba a resplandor de las desnudas espadas; gritaba con los brazos abiertos. Calló su lira y enmudeció, y apretándose el corazón con las dos manos, quedó po algunos momentos con las pupilas cerradas, saboreando la agitación de todo aquellos hombres.

El libio Matho estaba junto a ella. Involuntariamente, la joven se acercó a él, e impulsada por el conocimiento de su orgullo, le echó en una copa de oro un gran chorro de vino, para reconciliarse con el ejército.

—¡Bebe! —dijo Salambó.

Tomó él la copa, y ya la acercaba a los labios cuando un galo, el mismo que Giscón hirió, le golpeó la espalda, se acercó a él con aire jovial bromeando en la lengua de su país. Espendio, que allí estaba, se ofreció a traducir las palabras.

—Habla —le dijo Matho.

—¡Los dioses te protegen! Llegarás a rico. ¿Cuándo es la boda?

—¿Qué bodas?

—Las tuyas; porque entre nosotros —explicó el galo—, cuando una muje da de beber a un soldado, es que le brinda con el tálamo.

No había acabado de decir esto, cuando Narr-Habas dio un salto, y sacando un dardo de la cintura y apoyándose con el pie derecho en el borde de la mesa lo lanzó contra Matho.

Silbó el dardo entre las copas y, atravesando el brazo del libio, lo clavó en el mantel con tal fuerza, que la empuñadura temblaba en el aire.

Matho se la arrancó aprisa; pero no tenía armas: estaba desnudo. Al fin levantando con ambos brazos la cargada mesa, se la tiró a Narr-Habas en medio de la turba que se precipitaba a separarlos. Hasta tal punto se apretaban númidas y soldados, que no podían desenvainar las espadas. Matho avanzaba abriéndose paso con la cabeza. Cuando se irguió, Narr-Habas había desaparecido. Le buscó con los ojos, y entonces vio que Salambó también se había ido.

Volvió entonces su mirada al palacio; vio en lo alto que la puerta roja de la cruz negra se cerraba, y se precipitó hacia ella.

Viéronle todos correr entre las proas de las galeras; aparecer luego a lo largo de las tres escaleras, hasta la puerta roja, que empujó de un empellón Jadeante, se apoyó en la pared para no caer.

Un hombre le había seguido, y en medio de la obscuridad, porque las luce del festín, que daban vueltas, estaban tapadas por el ángulo del palacio. Matho reconoció a Espendio.

—¡Vete! —le dijo.

El esclavo, sin responder, desgarró con los dientes su túnica; arrodillándose luego ante Matho, le tomó el brazo delicadamente, palpándoselo para dar con la herida.

A la luz de un rayo de luna que rompió entre las nubes, Espendio vio en medio del brazo una enorme herida. La cubrió con un ancho vendaje; pero el otro, irritado, decía:

—¡Déjame! ¡Déjame!

—¡Oh, no! —dijo el esclavo—. ¡Tú me has librado de la ergástula: te pertenezco! ¡Eres mi amo! ¡Manda!

Matho, rozando las paredes, dio la vuelta a la terraza, aguzando el oído a cada paso, y hundiendo la mirada por entre las cañas doradas, registraba las silenciosas habitaciones. Por fin, se detuvo, desesperado.

—Óyeme —le dijo el esclavo—, no me desprecies por mi debilidad; he vivido en este palacio y puedo, como una víbora, introducirme por las paredes. Ven; hay en la Cámara de los Antepasados un lingote de oro debajo de cada losa; un camino subterráneo conduce a sus tumbas.

—¡Bah! ¿Qué me importa? —repuso Matho.

Espendio se calló.

Estaban en la azotea. Una sombra enorme se extendía ante ellos; los manchones de la sombra parecían enormes olas de un negro mar petrificado.

En este instante se advirtió una franja luminosa por el lado del Oriente. A la izquierda y muy en lo hondo, los canales de Megara empezaban a rayar con sus blancas sinuosidades la verdura de los jardines. Los techos cónicos de los templos heptágonos, las escaleras, las terrazas, los baluartes, íbanse perfilando en la claridad del alba; y en torno de la península cartaginesa oscilaba un cinturón de blanca espuma, en tanto que el mar, color de esmeralda, parecía como cuajado con el frescor de la mañana. A medida que el rosado cielo iba ensanchándose, se agigantaban las altas casas inclinadas en las vertientes del terreno, y se apiñaban como rebaño de cabras negras que bajaran de la montaña. Las calles desiertas parecían alargarse; las palmeras, que se destacaban saliendo aquí y acullá sobre las paredes, estaban quietas; las cisternas, repletas de agua, simulaban escudos de plata perdidos en los patios. empezaba a palidecer el faro del promontorio Hermeo. En lo alto de la

Acrópolis, en el bosque de cipreses, los caballos de Eschmún, al surgir la luz ponían los cascos sobre el parapeto de mármol y relinchaban del lado del sol.

Surgió el astro, y Espendio, alzando los brazos, dio un grito.

Todo se agitaba en un espacio rojizo, porque como si el Dios se desgarrara lanzaba a rayos sobre Cartago la lluvia de oro de sus venas. Brillaban lo espolones de las galeras, el techo de Kamón parecía irradiado de llamas, y s veían luces en el fondo de los templos, cuyas puertas empezaban a abrirse Grandes carretas llegadas de la campiña rechinaban en las losas de las calles los dromedarios, cargados de bagajes, bajaban las rampas. Los cambista ponían en las encrucijadas las muestras de sus tiendas. Volaban las cigüeñas y palpitaban las blancas velas. Oíase en el bosque de Tanit el tamboril de la cortesanas sagradas, y en la punta de Mapales empezaban a humear los horno en que se cocían los ataúdes de arcilla.

Espendio se asomó a la terraza; rechinábanle los dientes, y repitió:

—¡Ah, sí..., sí, amo! Comprendo por qué desdeñas ahora el saqueo de l casa.

Pareció que Matho volvía en sí al eco de estas palabras; pero no que la entendiera. Espendio continuó:

—¡Ah, cuántas riquezas! ¡Los hombres que las guardan ni hierro tiene para defenderlas!

Y señalándole con la diestra algunos plebeyos que bordeaban el muelle po la arena, para buscar lentejuelas de oro:

—Mira —añadió—, la República es como esos miserables: encorvada a borde de los mares, hunde en todas las playas sus ávidos brazos, y el ruido d las olas llena de tal modo su oído que no percibe tras ella la pisada de un amo.

Llevó a Matho al otro extremo de la terraza, y mostrándole el jardín, en e que resplandecían las espadas de los soldados, colgadas de los árboles:

—Aquí hay hombres fuertes, exasperados por el odio. ¡Nada les liga Cartago: ni sus familias, ni sus juramentos, ni sus dioses!

Matho seguía apoyado en la pared; acercándose Espendio, siguió diciéndole en voz baja:

—¿Me entiendes, soldado? Los dos nos pasearemos cubiertos de púrpura como sátrapas. Nos lavarán con perfumes; yo tendré esclavos, a mi vez. ¿N estás cansado de dormir en el duro suelo, de beber vinagre de los campos y oí siempre la trompeta? Que ya descansarás, ¿no es verdad? Será cuando t arranquen la coraza para arrojar tu cadáver a los buitres; o quizás cuando apoyándote en un bastón, ciego, cojo y débil, vayas de puerta en puert contando las hazañas de tu juventud a los niños y a las vendedoras d

salmuera. Acuérdate de las injusticias de tus jefes, de los campamentos en la nieve, de las carreras al sol, de las tiranías de la disciplina y de la eterna amenaza de la cruz. Después de tantas miserias, te han dado un collar de honor, así como se cuelga del pecho de los asnos una collera de cascabele para aturdirlos en su marcha y que no sientan la fatiga. ¡Un hombre como tú más valiente que Pirro! ¡Ah, si tú quisieras! ¡Ah, qué feliz serías en la grandes salas frescas, al son de las liras, acostado sobre flores, con bufones y con mujeres! ¡No me digas que la empresa es imposible! ¿Acaso lo mercenarios no han poseído Regio y otras plazas fuertes de Italia? ¿Quién te lo impide? Amílcar está ausente; el pueblo odia a los ricos; Giscón no puede hacer nada con los cobardes que le rodean. ¡En cambio, tú eres valiente; todo te obedecerán! ¡Mándalos! ¡Cartago es nuestro!: ¡lancémonos!

—No —dijo Matho—; la maldición de Moloch pesa sobre mí. La he sentido en sus ojos, y acabo de ver en un templo un carnero negro que reculaba.

Y añadió, mirando en torno suyo:

—¿Dónde está ella?

Comprendió Espendio la inmensa inquietud que le obsesionaba, y no se atrevió a hablarle más.

Detrás de ellos, los árboles seguían humeando; de sus ennegrecidas rama caían de tiempo en tiempo esqueletos de monos medio quemados, en medio de los platos. Ebrios los soldados, roncaban con la boca abierta al lado de lo cadáveres, y los que no dormían, bajaban la cabeza, deslumbrados por el día El suelo desaparecía bajo charcos rojos. Los elefantes balanceaban entre la estacas de un parque las sangrientas trompas. En los graneros abiertos se veían sacos de harina esparcidos, y bajo la puerta, una línea espesa de carreta amontonadas por los bárbaros. Los pavos reales subidos en los cedros hacían la rueda y empezaban a gritar.

Sin embargo, la inmovilidad de Matho extrañaba a Espendio. Estaba má pálido que antes; fijas las pupilas, parecía seguir algo en el horizonte apoyando los codos en el pretil de la azotea. Se asomó Espendio, y acabó po descubrir lo que él contemplaba. Un punto de oro brillaba a lo lejos, entre e polvo, en el camino de Útica; era el cubo de un carro de dos mulas. Un esclavo, a la cabeza del timón, las llevaba de las riendas. En el carro iban do mujeres sentadas. Las crines de los animales formaban bucles entre las orejas a la usanza persa, bajo una red de perlas azules.

Las conoció Espendio y contuvo un grito.

Por detrás del carro flotaba al viento un gran toldo.

II

EN SICCA

Dos días después, los mercenarios salieron de Cartago.

Se les dio a cada uno una moneda de oro, a condición de que fueran a acampar en Sicca; se les había halagado, además, con toda clase de lisonjas.

—Sois los salvadores de Cartago; pero permaneciendo en ella la reduciríai al hambre y la ruina. La República os pagará más tarde esta condescendencia Inmediatamente vamos a levantar impuestos; se completará vuestra soldada y se equiparán galeras que os lleven a vuestros países.

No había nada que contestar a tales promesas. Aquellos hombre acostumbrados a la guerra, se aburrían en la paz de una ciudad; no costó trabajo convencerlos, y el pueblo subió a las murallas para verlos partir.

Desfilaron por la calle de Kamón y la puerta de Cirta, todos mezclados en montón: arqueros con hoplitas, capitanes con soldados, lusitanos con griegos Marchaban a paso largo, haciendo sonar en las losas sus pesados coturnos. Su armaduras estaban abolladas por las catapultas, y ennegrecidas sus manos po el polvo de las batallas. Broncos gritos salían de las espesas barbas; su aceradas cotas, desgarradas, entrechocaban con los pomos de las espadas, y por los agujeros del cobre, se veían los miembros desnudos, espantosos como máquinas de guerra. Los montantes, las hachas, los venablos, los gorros de fieltro y los cascos de bronce oscilaban a la vez, con un mismo movimiento Llenaban la calle hasta el punto de parecer que iban a estallar las murallas esta interminable masa de soldados armados se deslizaba entre altas casas de seis pisos, cubiertas de betún. Detrás de sus rejas de hierro o de cañas, la mujeres, tapadas con un velo, veían pasar en silencio a los bárbaros.

Las azoteas, las fortificaciones, las murallas, desaparecían bajo la multitud de cartagineses, vestidos de negro, que las llenaban. Las túnicas de lo marineros parecían manchas de sangre entre aquella sombría muchedumbre

los niños, casi desnudos, de piel brillante, con brazaletes de cobre gesticulaban en el follaje de las columnas o en las ramas de las palmeras Algunos ancianos ocupaban las plataformas de las torres, y de trecho en trecho, un personaje de luenga barba, en actitud soñadora, parecía de lejos, en el fondo del cielo, un fantasma, tan inmóvil como las piedras.

Todos se sentían oprimidos por la misma inquietud: se temía que los bárbaros, considerándose fuertes, tuvieran el capricho de permanecer en la ciudad. Pero se iban con tanta confianza, que los cartagineses se animaron y se mezclaron con los soldados. Se les abrumaba con juramentos y apretones de mano. Había quien les incitaba a que no abandonaran la ciudad, por ardid de política y audacia de hipocresía. Se les echaba perfumes, flores y monedas de plata. Se les daba amuletos contra las enfermedades; pero no sin haber escupido antes tres veces encima de ellos, para atraer la muerte, o encerrado tres pelos de chacal, que vuelven al corazón cobarde. Se invocaba a gritos herido el favor de Melkart, y, en voz baja, su maldición.

Vino luego la impedimenta de bagajes, de acémilas y de rezagados. Los enfermos gemían sobre dromedarios; otros se apoyaban, renqueando, en el asta de una pica. Los borrachos cargaban con odres; los voraces, con cuartos de carne, pasteles, frutas, manteca envuelta en hojas de higuera y nieve en sacos de tela. Los había con quitasoles en la mano y loros en los hombros. Hacíanse seguir de dogos, gacelas o panteras. Las mujeres de raza libia, montadas en asnos, increpaban a las negras que abandonaban por los soldados los lupanares de Malqua; muchas daban de mamar a criaturas colgadas del pecho con una correa de cuero. Las mulas, aguijoneadas con la punta de las espadas, hundían el lomo bajo el peso de las tiendas; y había innumerables criados y portadores de agua, macilentos, amarillos por las fiebres y llenos de sabandijas, escoria de la plebe cartaginesa que seguía a los bárbaros.

Así que todos salieron se cerraron las puertas, sin que el pueblo dejara las murallas. El ejército se derramó en seguida por la anchura del istmo.

La soldadesca se dividió en masas desiguales. Las lanzas, al alejarse parecían altos tallos de hierba, y al fin, todo se desvaneció en una densa polvareda. Aquellos de los soldados que se volvían para mirar a Cartago, no vieron más que sus largas murallas, recortando en el horizonte sus almenas vacías.

Entonces los bárbaros oyeron un gran grito. Creyeron que algunos de sus compañeros, quedados en la ciudad, se entretenían en saquear cualquier templo. Rieron mucho de esta idea y continuaron su camino.

Se sentían alegres de encontrarse, como antes, marchando juntos en campo abierto; los griegos cantaban la vieja canción de los mamertinos:

—Con mi lanza y mi espada, trabajo y siego; yo soy el amo de la casa. El hombre desarmado cae a mis rodillas y me llama Señor y Gran Rey.

Gritaban, saltaban, y los más alegres narraban cuentos; se había acabado el tiempo de las miserias. Al llegar a Túnez, algunos observaron que faltaba una tropa de honderos baleares. No estarían lejos, sin duda, y no se preocuparon más de ellos.

Unos se alojaron en las casas, otros acamparon al pie de las murallas, y la gente de la población vino a hablar con los soldados.

Durante toda la noche viéronse fogatas que iluminaban el horizonte, de lado de Cartago; lumbreras como antorchas gigantes, que se agrandaban en el lago inmóvil. Ninguno, en el ejército, podía decir qué fiesta se celebraba con aquellas luminarias.

Al otro día, los bárbaros atravesaron una campiña cultivada. Las granjas de los patricios se sucedían unas a otras en los bordes del camino; las acequias corrían entre palmerales; los olivos formaban largas líneas verdes; rosados vapores flotaban en las gargantas de las colinas; montañas azules se erguían por atrás. Soplaba un viento caliente. Los camaleones rastreaban por las anchas hojas de las pitas.

Los bárbaros marchaban cada vez con más lentitud. Se disgregaron en destacamentos sueltos o seguían unos tras otros, con largos intervalos. Comían uvas al borde de las viñas, se acostaban en la hierba, miraban estupefactos los grandes cuernos de los bueyes, artificialmente torcidos, las ovejas revestidas de pieles para proteger su vellón, los barbechos que se entrecruzaban formando losanges, las rejas de los arados, como anclas de naves, y los granados que rociaban con silfio. Les deslumbraba esta opulencia de la tierra y esos inventos de la sabiduría.

Por la noche se echaron sobre las tiendas, sin desplegarlas, y dormitando de cara a las estrellas, soñaron con el festín de Amílcar.

Al mediodía siguiente se hizo alto a orillas de un río, entre matas de adelfas. Aquí se apresuraron a dejar lanzas, escudos y cinturones. Se lavaban a gritos, llenaban sus cascos de agua y otros bebían de bruces, entremezclados con las acémilas, a las que se les caía la carga.

Espendio, sentado en un dromedario robado al parque de Amílcar, vio de lejos a Matho, que con el brazo junto al pecho, desnuda la cabeza y la mirada baja, dejaba beber a su mula viendo correr el agua. El esclavo se abrió paso a través de la turba, llamándole:

—¡Amo! ¡Amo!

Apenas si Matho le dio las gracias. Sin preocuparse por ello, Espendio siguió andando detrás de él, y de vez en cuando volvía los ojos inquietos hacia donde estaba Cartago.

Era hijo de un retórico griego y de una prostituta campania. Al principio se había enriquecido vendiendo mujeres; luego, arruinado por un naufragio había hecho la guerra a los romanos con los pastores del Samnio. Le cogieron prisionero y se escapó; le volvieron a apresar y entonces trabajó en las canteras, se quemó en las estufas, gritó en los suplicios, conoció muchos amos y todo género de miserias. Un día, al fin, desesperado, se lanzó al mar desde lo alto de la trirreme en que bogaba. Marineros de Amílcar recogiéronlo moribundo y le encerraron en la ergástula de Megara. Pero como los tránsfugas debían ser devueltos a los romanos, aprovechó el desorden de festín para huir con los soldados.

Durante toda la marcha estuvo cerca de Matho; le llevaba comida, le ayudaba a apearse y de noche le extendía su tapiz bajo la tienda. Matho acabó por conmoverse con estas atenciones, y poco a poco fue haciéndose comunicativo: contó al esclavo su historia.

Había nacido en el golfo de las Sirtes. Su padre le llevó en peregrinación al templo de Ammón. Cazó después elefantes en los bosques de los Garamantes. En seguida se alistó al servicio de Cartago. Le nombraron tetrarca en la toma de Drepanum. La República le debía cuatro caballos, veintitrés *medimnas* de trigo y la soldada de un invierno. Temía a los dioses y deseaba morir en su patria.

Espendio le habló de sus viajes, de los pueblos y templos que había visitado, y de muchas cosas que él sabía, como fabricar sandalias, venablos y sedas, domesticar animales feroces y cocer venenos.

A veces, interrumpiéndose, brotaba del fondo de su garganta un grito ronco; la mula de Matho apretaba la marcha; las demás se apresuraban a seguirla; luego, Espendio volvía a empezar, agitado siempre por su angustia. Esta se calmó en la noche del cuarto día.

Iban juntos, a la derecha del ejército, por el flanco de una colina. Abajo se prolongaba la llanada, perdida en los vapores de la noche. Las líneas de soldados que desfilaban por abajo producían ondulaciones en la sombra. A veces pasaban por las eminencias de terreno alumbradas por la luna; entonces temblaba una estrella en la punta de las picas, espejeaban por un instante los cascos; desaparecía todo y otros seguían haciendo lo mismo. En lontananza

balaban los rebaños despertados, y algo, de una infinita dulcedumbre, parecía cernerse sobre la tierra.

Espendio, doblada la cabeza y con los ojos entornados, aspiraba a bocanadas el aire fresco; separaba los brazos y movía los dedos para sentir mejor esta caricia que le corría por el cuerpo. Se ilusionaba con nuevas esperanzas de venganza. Se tapó la boca con la mano para contener sus suspiros y, como abstraído, soltaba el cabestro de su dromedario, que andaba a paso acompasado. Matho había vuelto a su tristeza; sus piernas colgaban hasta el suelo, y las hierbas, al restregarse en sus coturnos, producían un chirrido continuado.

Sin embargo, el camino se alargaba sin acabarse nunca. Al extremo de una llanada, se llegaba siempre a una planicie redonda; luego se bajaba a un valle y las montañas que fingían cerrar el horizonte parecían deslizarse conforme iban acercándose a ellas. A trechos surgía un río entre tamariscos, para perderse al volver una colina. A veces se erguía una enorme roca, a manera de proa de una nave o de pedestal de un coloso derribado.

Encontrábanse, a intervalos regulares, pequeños templos cuadrangulares que servían de estaciones a los peregrinos que iban a Sicca. Estaban cerrados como tumbas. Los libios, para que los abrieran, golpeaban con fuerza la puerta, pero nadie contestaba desde dentro.

Iban escaseando los labrantíos, porque se entraba en un terreno arenoso erizado de matas espinosas. Rebaños de carneros ramoneaban entre las piedras, guardados por una mujer, de talle ceñido por un vellón azul, y que huía dando gritos, al ver entre las rocas las picas de los soldados.

Seguía el camino por una especie de corredor bordeado por dos cadenas de rojizos montículos. De repente un olor nauseabundo hirió el olfato de los soldados, que creyeron advertir algo extraordinario en lo alto de un algarrobo por encima de las hojas se erguía una cabeza de león.

Corrieron a verlo. Era un león sujeto a una cruz por los cuatro miembros como un criminal. El enorme hocico le caía sobre el pecho, y sus dos patas anteriores, que medio desaparecían tapadas por las melenas, estaban tan separadas como alas abiertas de un pájaro. Apuntábanse sus costillas, una a una, por debajo de la piel distendida; sus patas traseras, clavadas una encima de otra, aparecían encorvadas; la negra sangre, que manaba entre los pelos, formaba estalactitas bajo la cola que colgaba recta a lo largo de la cruz. Los soldados rieron el encuentro: llamaron al león cónsul y ciudadano de Roma y le tiraron guijarros a los ojos para quitarle los mosquitos.

Cien pasos más adelante vieron otros dos y en seguida una larga fila d cruces con leones clavados. Algunos llevaban muertos tanto tiempo, que sol quedaban en los maderos los restos de los esqueletos; otros, medio roídos torcían las fauces con una horrible mueca; los había enormes, que s balanceaban en vilo, en el árbol de la cruz, en tanto que sobre sus cabeza revoloteaban bandas de cuervos, sin pararse nunca. Así procedían lo campesinos cartagineses cuando apresaban una fiera, creyendo atemorizar a las demás con este ejemplo. Los soldados, dejando de reír, quedaro asombrados. «Qué pueblo es este», pensaban, «que se entretiene crucificand leones.»

Por lo demás, estaban los hombres, los del Norte, sobre todo, vagament inquietos, enfermos ya; se laceraban las manos con las puntas de los áloes nubes de mosquitos zumbaban en sus oídos y la disentería empezaba a hace estragos. Se aburrían de no llegar a Sicca. Temían perderse y entrar en e desierto, la región de las arenas y de los espantos. No querían seguir adelant y muchos tornaron al camino de Cartago.

Al fin, en el séptimo día, después de haber seguido largo rato la base d una montaña, esta torció bruscamente a la derecha y apareció una línea d murallas sobre blancas rocas, confundiéndose con ellas. No tardó en vers toda la ciudad; unos rasos blancos, azules y amarillos se agitaban sobre la murallas en la rojiza tarde: eran las sacerdotisas de Tanit que acudían a recibi a los hombres. Estaban alineadas a lo largo del baluarte, tocando tamboriles pulsando liras, agitando crótalos; y los rayos del sol poniente, por la montañas de Numidia, pasaban por entre las cuerdas de las arpas que recorría los brazos desnudos de las vírgenes. A intervalos, cesaba la música y estallab un grito estridente, precipitado, furioso, continuado; especie de ladrido que la mujeres hacían azotando con la lengua los dos ángulos de la boca. Otras s quedaban acodadas, con la barbilla en la mano, más inmóviles que esfinges asaetando con sus negros ojos al ejército que iba subiendo.

Por más que Sicca era una ciudad sagrada, no podía contener tant multitud; solo el templo con sus dependencias ocupaba la mitad. Los bárbaro se establecieron en la llanada; unos disciplinados como tropas regulares, otro por naciones o según su capricho.

Los griegos plantaron en líneas paralelas sus tiendas de pieles; los ibero dispusieron en círculo sus pabellones de tela; los galos construyeron barraca de tablas; los libios cabañas con piedras; los negros cavaron en la arena, co las uñas, fosos para dormir. Muchos, no sabiendo dónde meterse, ambulaba

entre los bagajes, y llegada la noche se acostaban en tierra envueltos en su mantos.

La llanura se extendía alrededor de ellos, bordeada de montañas. Aquí y allá, una palmera se cimbreaba sobre una colina de arena; abetos y encina manchaban los flancos de los precipicios; la lluvia caía, como una larga banda que la tempestad colgaba, del cielo, en tanto que en el resto de la campiña el cielo seguía azul y sereno; después, un viento tibio lanzaba torbellinos de polvo y un arroyo bajaba en cascadas de las alturas de Sicca, en las que se levantaba, con su tejado de oro sobre columnas de cobre, el templo de Venus cartaginesa, dominadora de la comarca, a la que parecía infundir su alma. Por estas convulsiones de la tierra, por estas alternativas de la temperatura y por esos juegos de luz, la diosa manifestaba la extravagancia de la fuerza junto con la belleza de su eterna sonrisa. Las cimas de las montañas tenían unas la forma de una luna creciente; otras parecían pechos de mujer mostrando sus senos hinchados. Los bárbaros sentían pasar sobre sus fatigas un abatimiento lleno de delicias.

Espendio, con el dinero de su dromedario se había comprado un esclavo. La mayor parte del día lo pasaba durmiendo tendido ante la tienda de Matho. A menudo se despertaba creyendo, en su sueño, oír silbar las correas; entonces, sonriéndose, se pasaba las manos por las cicatrices de sus piernas en el sitio que habían lacerado los grilletes y luego se dormía.

Matho aceptaba su compañía. Siempre que salía, Espendio le escoltaba como un lictor, armado con un espadón; o bien Matho se apoyaba en su espalda, porque Espendio era de baja estatura.

Una tarde que atravesaban juntos las calles del campamento, vieron unos hombres cubiertos con mantos blancos, y entre ellos a Narr-Habas, el príncipe de los númidas. Matho se estremeció.

—¡Dame tu espada! —exclamó—; ¡Quiero matarle!

—Todavía no —contestó Espendio, conteniéndole, porque ya Narr-Habas venía a su encuentro.

Besó el númida sus dos pulgares en señal de alianza, acallando la cólera que tuvo en la embriaguez del festín; luego habló extensamente contra Cartago, pero sin decir lo que le había traído entre los bárbaros.

¿Era para traicionarlos, o en bien de la República?, se preguntaba Espendio; y como esperaba aprovecharse de todos los desórdenes, suponía también a Narr-Habas capaz de todas las perfidias.

El jefe de los númidas se quedó con los mercenarios. Parecía querer intima con Matho. Enviaba a este cabras gordas, polvo de oro y plumas de avestruz El libio, desconcertado con estos halagos, no sabía si corresponder a ellas exasperarse. Espendio le apaciguaba y Matho se dejaba gobernar por e esclavo, pues era un irresoluto, lleno de invencible sopor, como aquel que h bebido un brebaje que le ha de ocasionar la muerte.

Una mañana que salieron los tres a caza de un león, Narr-Habas ocultó u puñal en su manto. Espendio iba siempre detrás de él y volvieron sin que e númida sacara el arma.

Otra vez Narr-Habas los llevó muy lejos, hasta los confines de su reino Llegaron a un desfiladero, y allí, sonriendo, declaró que había perdido e rumbo; Espendio lo halló.

Lo más frecuente era que Matho, melancólico como un augur, saliera, n bien aparecía el sol, a vagabundear por la campiña. Se echaba en la arena permanecía inmóvil hasta la noche.

Consultó, uno tras otro, a todos los adivinos del ejército; a los que observa la marcha de las serpientes, a los que leen en las estrellas, a los que soplan e la ceniza de los muertos. Tragó gálbano, seselí y veneno de víbora que hiela e corazón; mujeres negras cantando, a la luz de la luna, bárbaras canciones, l picaron la frente con estiletes de oro; se cargaba de collares y de amuletos invocaba, ora a Baal-Kamón, ora a Moloch o a los siete Kabiros, a Tanit y a l Venus de los griegos. Grabó un nombre en una placa de cobre y la hundió e la arena, en el dintel de su tienda. Espendio le oía gemir y hablar solo.

Una noche entró.

Matho, desnudo como un cadáver, estaba acostado boca abajo sobre un piel de león, con la cara entre las manos. Una lámpara suspendida alumbrab sus armas, colgadas sobre su cabeza en el mástil de la tienda.

—¿Sufres? —le preguntó el esclavo—. ¿Qué necesitas? Dímelo.

Y le tocaba en la espalda, llamándole muchas veces:

—¡Amo! ¡Amo!

Al fin, Matho le miró con ojos turbados.

—¡Escucha! —dijo en voz baja, con un dedo en los labios—. ¡Es un maldición de los dioses! ¡Me persigue la hija de Amílcar! Tengo miedo Espendio —y se apretaba contra su pecho como niño asustado por u fantasma—. Háblame. ¡Quiero curarme! Lo he probado todo. ¿Sabes tú d algún dios más fuerte o de alguna otra invocación irresistible?

—¿Para qué? —preguntó Espendio.

Respondió Matho, golpeándose la cabeza con ambos puños:

—¡Para librarme del hechizo!

Luego decía, hablándose a sí mismo y a largos intervalos:

—Soy, sin duda, la víctima de algún holocausto que ella habrá prometido a los dioses... ¡Me tiene atado a una cadena invisible! Si ando, ella delante; s me detengo, ella también. Sus ojos me queman; oigo su voz. Ella me rodea me penetra; creo que ha llegado a ser mi alma.

»Y, sin embargo, hay entre nosotros dos como las olas invisibles de u océano sin límites. Ella está lejana y es inaccesible. El esplendor de s hermosura forma a su alrededor un nimbo de luz; a veces creo que no la h visto jamás, que no existe... y que todo es un sueño...

Así lloraba Matho en las tinieblas. Los bárbaros dormían. Espendio mirando a Matho, se acordaba de los jóvenes que con vasos de oro en la manos, le suplicaban antiguamente, cuando paseaba por las ciudades su tropa de cortesanas. Le tuvo compasión y le dijo:

—¡Sé fuerte, amo! ¡Recurre a tu voluntad y no implores más a los dioses porque estos no se preocupan de los gritos de los hombres! ¡Lloras como u cobarde! ¿No te humilla que una mujer te haga sufrir tanto?

—¿Acaso soy un niño? —contestó Matho—. ¿Crees que me enternezco po la cara y por las canciones de las mujeres? Las he tenido en Drepanum, y para barrer mis cuadras; las he poseído en medio de los asaltos y cuando vibraba l catapulta... Pero esta, Espendio, esta...

El esclavo le interrumpió:

—Si no fuera la hija de Amílcar...

—No —repuso Matho—. Ella no se parece a las otras hijas de los hombres ¿Has visto tú sus grandes ojos bajo sus grandes cejas, como soles bajo arco de triunfo? Acuérdate; cuando apareció palidecieron todas las antorchas. Entr los diamantes de su collar, resplandecía su pecho desnudo; se sentía tras ell como el olor de un templo, y algo se escapaba de todo su ser que era má suave que el vino y más terrible que la muerte.

Quedó embebecido, baja la cabeza y con las pupilas fijas.

—¡Pero yo la quiero, la necesito! Me muero. Pensando que la estrecho e mis brazos, me arrebata una alegría furiosa y, sin embargo, la odio. Espendio ¡quisiera maltratarla! ¿Qué hacer? Tengo deseos de venderme para ser s esclavo. ¡Tú lo fuiste! ¡Tú podías verla! ¡Háblame de ella! Todas las noche sube a la azotea de su palacio, ¿verdad? ¡Ah, las piedras deben estremecers bajo sus sandalias, y las estrellas asomarse para verla!

Volvió a enfurecerse, bramando como un toro herido.

Luego, Matho cantó: «Él persiguió en el bosque el monstruo hembra, d
cola que ondulaba sobre las hojas muertas como un arroyo de plata.» Y
arrastrando la voz, imitaba el estilo de Salambó, y sus manos hacían como qu
pulsaban las cuerdas de una lira.

A todos los consuelos de Espendio contestaba con los mismos discursos
pasaba las noches entre gemidos y exhortaciones.

Quiso aturdirse con el vino, pero la embriaguez aumentaba su tristeza
Probó distraerse jugando a la taba, y perdió una a una las placas de oro de s
collar. Se dejó llevar junto a las servidoras de la Diosa; pero bajó la colin
sollozando como quien vuelve de un funeral.

Espendio, por el contrario, se volvía más atrevido y alegre. Veíasele en la
cantinas de las enramadas, en medio de los soldados. Componía las coraza
viejas, jugaba con puñales e iba a coger hierbas del campo para los enfermos
Era chistoso, sutil, lleno de inventiva y de verbo; los bárbaros se iba
acostumbrando a sus servicios, y él se hacía querer de todos.

Se esperaba a un embajador de Cartago que había de traerles en mula
canastillos llenos de oro, y haciendo cálculos, todos dibujaban con los dedo
números en la arena. Cada uno se trazaba por adelantado un nuevo plan d
vida: unos querían concubinas, esclavos, tierras; otros, esconder su tesoro
arriesgarlo en empresas marítimas. Con esto, los caracteres se agriaban; habí
continuas disputas entre jinetes e infantes, bárbaros y griegos, y aturdía el oíd
la voz áspera de las mujeres.

Todos los días llegaban tropeles de hombres casi desnudos, con hierbas e
la cabeza para resguardarse del sol; eran los deudores de los cartaginese
ricos, obligados a trabajar sus tierras y que se declaraban en fuga. Afluía
libios, campesinos arruinados por los impuestos, desterrados y malhechores
Luego venían mercaderes, vendedores de vino y de aceite, furiosos porque n
se les pagaba y vociferando contra la República. Espendio les hacía coro. Mu
pronto disminuyeron los víveres. Se hablaba de ir en masa sobre Cartago y d
llamar a los romanos.

Una noche, a la hora de cenar, se oyeron sonidos lentos y sordos que s
iban acercando, y a lo lejos se vio una cosa roja que aparecía y desaparecía e
las ondulaciones del terreno.

Era una gran litera de púrpura, con penachos de plumas de avestruz en la
cuatro esquinas. Encima de su toldo cerrado oscilaban sartas de cristal co
guirnaldas de perlas. Seguían en pos camellos que hacían sonar unos cencerro

colgados del pecho, y en torno suyo, jinetes con armadura de escamas de or que les cubrían desde los hombros hasta los talones.

Detuviéronse a trescientos pasos del campamento, para sacar de la valij que llevaban a la grupa su escudo redondo, su ancha espada y su casco a l beocia. Unos quedaron con los camellos; otros siguieron adelante. Pronto s advirtieron las enseñas de la República: unos bastones de madera azul terminados en cabezas de caballo o piñas de pino. Todos los bárbaros s levantaron y aplaudieron. Las mujeres se precipitaron a los guardias de l Legión, besándoles los pies.

Avanzaba la litera a hombros de doce negros, que andaban acompasados, paso corto, pero rápido. Iban de derecha a izquierda, al acaso, embarazado con las cuerdas de las tiendas, por los animales sueltos y por las trébede donde se cocían los condumios. De vez en cuando, una mano cargada d anillos entreabría la litera, y una voz ronca soltaba palabras injuriosas entonces, los porteadores se paraban, y luego tomaban otro camino a travé del campo.

Al fin se levantaron las cortinas de la litera y apareció sobre un anch almohadón una cabeza humana, impasible y abotargada. Las cejas formaba como dos arcos de ébano que se unían por las puntas; lentejuelas de or brillaban en los crespos cabellos, y la cara era tan descolorida, que parecí untada con raspadura de mármol. El resto del cuerpo desaparecía bajo lo vellones que llevaban la litera.

Los soldados reconocieron en este hombre así acostado, al Sufeta Hannón el mismo que había contribuido, con su lentitud, a hacer perder la batalla d las islas Egates. En cuanto a su victoria de Hecatompila sobre los libios, si s condujo con clemencia, fue por codicia —pensaban los bárbaros—, porqu vendió por su cuenta todos los cautivos, declarando a la República que había muerto.

Luego que encontró un sitio cómodo para arengar a los soldados, hizo un señal; se paró la litera, y Hannón, sostenido por dos esclavos, puso los pies e tierra, tambaleándose.

Llevaba botas de fieltro negro, sembradas de lunas de plata. Envolvían su piernas unas vendas, como de momia, viéndose la carne entre los lienzo cruzados. Desbordaba su vientre en el sayo escarlata que le cubría los muslos los pliegues de su cuello le llegaban al pecho, como papada de buey; su túnica pintada de flores, parecía estallar bajo los sobacos; llevaba banda, cinturón amplio manto negro con dobles mangas enlazadas. La profusión de vestidos el gran collar de piedras azules, los broches de oro y los pesados pendiente

servían solo para hacer más horrible su deformidad. Se le hubiera tomado po un ídolo ventrudo tallado en un bloque de piedra; porque una lepra pálida extendida por todo su cuerpo, le daba la apariencia de una cosa inerte. Co todo, su nariz, ganchuda como pico de buitre, se dilataba con violencia respirando el aire; y sus ojuelos, de cejas pegadas, brillaban con brillo duro metálico. Tenía en la mano una espátula de áloe, para rascarse los pies.

Dos heraldos sonaron sus cuernos de plata, se apaciguó el tumulto Hannón empezó a hablar.

Empezó haciendo el elogio de los dioses y de la República; los bárbaro debían felicitarse de haberla servido. Pero había que mostrarse má razonables; los tiempos eran duros «y si un amo no tiene más que tres olivos ¿no es justo que guarde dos para él?»

De este modo, el viejo Sufeta entreveraba su discurso con apólogos proverbios, haciendo signos con la cabeza para solicitar aprobación.

Hablaba en púnico, y los que le rodeaban —los más alertas a tomar la armas— eran los campanios, los griegos y los galos, y ninguno de ello entendía nada. Comprendiéndolo así Hannón, dejó de hablar, y balanceándos pesadamente, sobre una y otra pierna, reflexionó.

Se le ocurrió la idea de convocar a los capitanes. Los heraldos gritaron est orden en griego, lengua que desde Xantippo servía para el mando en lo ejércitos cartagineses.

Los guardias apartaron a latigazos la turba de soldados, y pronto llegaro los capitanes de las falanges a la espartana y los jefes de las cohortes, con la insignias de su grado y la armadura de su nación. Se había hecho de noche un gran rumor llenaba el campo; brillaban hogueras aquí y acullá; se iba de u lado a otro, y todos se preguntaban:

—¿Qué pasa? ¿Por qué el Sufeta no reparte el dinero?

Hannón exponía a los capitanes las infinitas cargas de la República. S tesoro estaba vacío; el tributo de los romanos la abrumaba:

—¡No sabemos qué hacer!... ¡Es lamentable!...

A ratos se frotaba los miembros con la espátula de áloe, o bien s interrumpía para beber en una copa de plata que le alargaba un esclavo, un tisana hecha con ceniza de comadreja y espárragos hervidos en vinagre; lueg se enjugaba los labios con una servilleta de escarlata, y continuaba diciendo:

—Lo que valía un siclo de plata, vale hoy tres sekels de oro, y los cultivos abandonados durante la guerra, no producen nada. Nuestras pesquerías d púrpura están casi perdidas; las perlas mismas resultan exorbitantes; apenas s tenemos ungüentos bastantes para el servicio de los dioses. En cuanto a cosa

de comer, no quiero hablar: es una calamidad. Faltos de galeras, carecemos d especias, y cuesta proveerse de silfio, a causa de las rebeliones en la fronter de Cirene. La Sicilia, de la que se sacaban tantos esclavos, nos está cerrad ahora. Todavía ayer, por un bañero y cuatro pinches de cocina, he dado má dinero que antes por dos elefantes.

Desarrolló un largo pedazo de papiro y leyó, sin pasarse un número, todo los gastos hechos por la República para reparaciones de templos, enlosado d calles, construcción de naves, para las pesquerías de coral, para e engrandecimiento de los Sisitas y para los ingenios de las minas en el país d los cántabros.

Pero los capitanes, así como los soldados, no entendían el púnico, aunqu los mercenarios se saludaban en este idioma. Se acostumbraba poner en lo ejércitos de los bárbaros algunos oficiales cartagineses que sirvieran d intérpretes; después de la guerra, estos se habían ocultado por miedo a la venganzas, y Hannón no pensó llevarlos consigo. Su voz, además, er demasiado sorda y se la llevaba el viento.

Los griegos, apretados con su cinturón de hierro, aguzaban el oído esforzándose en adivinar sus palabras, en tanto que los montañeses, cubierto de pieles como osos, le miraban con desconfianza o bostezaban, apoyados e sus mazas con clavos de cobre. Los galos, distraídos, sacudían bromeando s alta cabellera, y los hombres del desierto escuchaban inmóviles, encapuchado en sus vestimentas de lana gris. Llegaban otros por detrás: los guardias empujados por la turba, vacilaban en sus monturas; los negros tenían en la manos teas de abeto ardiendo, y el gordo cartaginés continuaba su arenga subido en un cerrillo de césped.

Ya los bárbaros se impacientaban; se oían murmullos y apóstrofes. Hannó gesticulaba con su espátula; los que querían imponer silencio gritaban más qu los demás y aumentaban la confusión.

De pronto, un hombre de pobre apariencia saltó a los pies del Sufeta arrancó la trompeta a un heraldo, sopló en ella, y Espendio —pues era él— anunció que iba a decir algo importante. Ante esta declaración, rápidament hecha en cinco lenguas distintas, griega, latina, gala, libia y balear, lo capitanes, entre sorprendidos y regocijados, contestaron:

—¡Habla, habla!

Dudó Espendio; tembló; al fin, dirigiéndose a los libios, que eran los más les dijo:

—¿Habéis oído las horribles amenazas de este hombre?

Hannón no rectificó, porque no entendía el libio, y continuando Espendio repitió la misma frase en los otros idiomas de los bárbaros.

Estos se miraron asombrados; todos, en seguida, como por tácito acuerdo creyendo quizás haber entendido, bajaron la cabeza en señal de asentimiento.

Entonces Espendio dijo con voz robusta:

—Ha empezado diciendo que los dioses de los otros pueblos no eran sino quimeras al lado de los dioses de Cartago; os ha llamado cobardes, ladrones mentirosos, perros e hijos de perras. Sin vosotros, la República no se vería obligada a pagar el tributo a los romanos; por vuestros excesos la habéis privado de perfumes, de aromas, de esclavos y de silfio, porque vosotros os entendéis con los nómadas de la frontera de Cirene. Pero los culpables serán castigados. Ha leído la enumeración de sus suplicios: se les hará trabajar en el empedrado de las calles, en el armamento de los bajeles, en el ornato de los Sisitas; y a otros se les enviará a arañar la tierra en las minas del país de los cántabros.

Lo mismo dijo a los galos, a los griegos, a los campanios y a los baleares. Oyendo los mercenarios los mismos nombres que habían herido sus oídos, se convencieron de que esto era lo que había dicho el Sufeta. Algunos le gritaron «¡Mientes!» Sus voces se perdieron en el tumulto de los demás. Espendio añadió:

—¿No habéis visto que ha dejado fuera del campamento una reserva de sus jinetes? A una señal acudirán a degollaros a todos.

Volviéronse los bárbaros hacia ese lado, y como entonces se separó la turba, apareció en medio de ellos, avanzando con lentitud de fantasma, un ser humano encorvado, flaco, enteramente desnudo y tapado hasta las caderas por largos cabellos erizados de hojas secas, de polvo y de espinas. Llevaba alrededor de los riñones y de las rodillas manojos de paja, harapos de tela; su piel, blanda y terrosa, colgaba de sus miembros descarnados como andrajos de las ramas secas; sus manos temblaban con un estremecimiento continuo, y andaba apoyado en un bastón de olivo.

Al llegar junto a los negros que llevaban las antorchas, una especie de risa idiota descubrió sus pálidas encías, mientras con ojos asustados contemplaba la multitud de bárbaros alrededor de él.

Pero lanzando un grito de horror, se echó detrás de ellos, escudándose en sus cuerpos y balbuceando; «¡Aquí están! ¡Aquí están!» Señalando a los guardias del Sufeta, inmóviles bajo sus lúcidas armaduras. Piafaban los caballos, deslumbrados por el resplandor de las antorchas que chispeaban en las tinieblas; el espectro humano se debatía ululando:

—¡Los han matado!

A estas palabras, dichas en balear, los baleares se acercaron y l reconocieron. Él repitió:

—¡Sí, muertos todos! ¡Aplastados como uvas! ¡Los hermosos jóvenes, lo honderos, mis compañeros, los vuestros!

Se le hizo beber vino y él lloró. Luego se desahogó hablando.

Espendio no podía reprimir su alegría mientras explicaba a griegos y libio las cosas horribles que contaba Zarxas, y que venían tan a propósito Palidecían los baleares oyendo cómo habían perecido sus compatriotas.

Era una tropa de trescientos honderos, desembarcados en la víspera, y qu habiéndose dormido, cuando llegaron a la plaza de Kamón, como los bárbaro habían partido ya, se encontraron indefensos por haber puesto en los camello sus balas de arcilla, con el resto de los bagajes. Se les dejó entrar en la calle d Sateb, hasta la puerta de encina forrada con placas de cobre, y el pueblo impetuoso, se volvió contra ellos.

Los soldados recordaron ahora haber oído un gran grito, grito que Espendi no oyó porque iba en la vanguardia.

Los cadáveres fueron puestos en los brazos de los dioses Pateque, qu rodeaban el templo de Kamón. Se les reprochó todos los crímenes de lo mercenarios: su glotonería, sus robos, sus impiedades, sus desdenes y l matanza de los peces en el jardín de Salambó. Mutilaron horriblemente su cuerpos; los sacerdotes quemaron sus cabellos, a fin de atormentar su alma; s les colgó en pedazos en las carnicerías; a algunos les arrancaron los dientes y para concluir, de noche se encendieron hogueras en las esquinas.

Estas eran las llamas que brillaban de lejos sobre el lago. Habiéndos incendiado algunas casas, se tiró por encima de las murallas el resto de lo cadáveres y agonizantes. Zarxas se había quedado oculto en los cañaverale del lago; salió luego al campo, siguiendo el rastro del ejército por las huella del polvo. Por las mañanas se ocultaba en las cavernas; de noche se ponía e marcha, con sus llagas sangrientas, hambriento, enfermo, alimentándose d uvas o de lo que encontraba; hasta que un día vio unas lanzas en el horizonte y las siguió instintivamente, porque ya tenía turbado el juicio con tantos terrore y miserias.

La indignación de los soldados, contenida mientras él habló, estalló ahor como una tempestad; querían matar a los guardias y al Sufeta. Algunos s interpusieron, diciendo que había que oírles y saber si serían pagados Entonces gritaron todos: «¡Nuestro dinero!» Hannón les contestó que lo traí consigo.

Corrieron a las avanzadas y, empujados por los bárbaros, llegaron lo bagajes del Sufeta en medio de las tiendas. Sin esperar a los esclavos desataron los cestos y encontraron ropas de jacinto, esponjas, raspadores cepillos, perfumes y punzones de antimonio para pintar los ojos; todo esto d propiedad de los guardias, hombres ricos acostumbrados a estas delicadezas En seguida se descubrió en un camello una gran cuba de bronce, perteneciente al Sufeta, para bañarse en el camino, porque había tomado toda suerte d precauciones, incluso la de llevar en jaulas comadrejas de Hecatompila, a la que se quemaba vivas para hacer la tisana. Como su enfermedad le aumentab el apetito, traía además gran cantidad de comestibles y de víveres, d salmuera, de carnes y pescados con miel, en tiestecitos de Comagen y grasa d oca fundida, cubierta de nieve y de paja picada. La provisión era considerable A medida que se iban destapando las cestas, aparecían más víveres, y las risa aumentaban como olas que se entrechocan.

El sueldo de los mercenarios llenaba unos dos serones de esparto. En un de ellos se veían esos rodetes de cuero de que la República se servía par ahorrar numerario; y como los bárbaros se extrañaran, Hannón les declaró qu las cuentas estaban tan enrevesadas que los Ancianos no habían tenido tiemp de examinarlas. Entretanto, se les enviaba esto.

Entonces lo volcaron todo; mulas, criados, litera, provisiones y bagajes Los soldados cogieron las monedas de los sacos para apedrear a Hannón. A duras penas pudo este montar en un asno; huyó cogiéndose de las crines llorando, gimoteando y llamando sobre el ejército la maldición de los dioses Su largo collar de pedrería le saltaba hasta las orejas. Sostenía con los diente el manto demasiado largo que llevaba, y de lejos, gritábanle los bárbaros «¡Vete, cobarde, cerdo, cloaca de Moloch; suda tu oro y tu peste! ¡Más aprisa más aprisa!» La escolta, en desorden, galopaba a sus lados.

Pero el furor de los bárbaros no se aplacó con esto. Se acordaron de qu muchos de ellos que fueron a Cartago, no habían vuelto; sin duda, se les habí asesinado. Tanta injusticia, les exasperó; arrancaron las estacas de las tiendas arrollaron sus mantos, embridaron los caballos: cada cual tomó su casco y s espada, y en un instante estuvo todo dispuesto. Los que no tenían armas corrieron al bosque a cortar ramas.

Iba haciéndose de día, los moradores de Sicca se lanzaban a las calles «Van a Cartago», decían, y este rumor se extendió pronto por la comarca.

Surgían hombres de cada camino, de cada barranco. Hasta los pastore bajaban corriendo de las montañas.

Cuando se marcharon los bárbaros, Espendio dio la vuelta a la llanada montado en un semental púnico y seguido de un esclavo que llevaba un terce caballo.

Quedaba en pie una sola tienda, Espendio entró en ella.

—¡Levántate, amo, levántate! ¡Nos vamos!

—¿Dónde? —preguntó Matho.

—A Cartago.

Matho saltó en el caballo que el esclavo tenía a la puerta.

III

SALAMBÓ

La luna se levantaba a ras de las olas, y brillaban en la ciudad, cubierta d tinieblas, blancuras, puntos luminosos, como la lanza de un carro en un patio algún pingajo de tela colgado, la esquina de una pared o el collar de oro en e pecho de un dios.

Las bolas de vidrio de los techos de los templos irradiaban aquí y allá como gruesos diamantes. Pero las informes ruinas, los montones de tierra negra y las huertas formaban manchas más sombrías aún en la obscuridad abajo, en Malqua, se extendían las redes de los pescadores de una casa a otra como gigantescos murciélagos que desplegaran las alas. Ya no se oía e rechinar de las ruedas hidráulicas que elevaban el agua al último piso de lo palacios; en medio de las terrazas descansaban tranquilamente los camellos acostados sobre el vientre, al modo de los avestruces.

Los ostarios o porteros dormían en las calles, en el dintel de las casas; la sombra de los colosos se alargaba en las desiertas plazas; a lo lejos, la llama de algún sacrificio seguía ardiendo, y la humareda se escapaba por las tejas d bronce; la pesada brisa traía, con los perfumes de los aromas, los olores de la marina y el vaho de las murallas calentadas por el sol.

Alrededor de Cartago resplandecían las ondas inmóviles, porque la luna desparramaba su luz a un tiempo sobre el golfo ceñido de montañas y sobre e lago de Túnez, donde los flamencos formaban largas líneas rosadas en lo bancos de arena; en tanto que más allá, bajo las catacumbas, la gran laguna salada espejeaba como una lámina de plata. La bóveda del cielo azul se hundía en el horizonte, por un lado, en la polvareda de los llanos; por otro, en la brumas del mar; y sobre la cima de la Acrópolis, los cipreses piramidale cercaban el templo de Eschmún, balanceándose y murmurando como las ola

que batían lentamente, acompasadamente, a lo largo del muelle, por debajo d
las fortificaciones.

Salambó, sostenida por una esclava que llevaba en un plato de hierr
carbones encendidos, subió a la terraza de su palacio.

En medio de este recinto había un pequeño lecho de marfil, cubierto d
pieles de lince, con cojines de pluma de loro, animal fatídico consagrado a lo
dioses; y en las cuatro esquinas se levantaban altos pebeteros llenos de nardo
incienso, cinamomo y mirra. La esclava encendió los perfumes. Salambó mir
la estrella polar; saludó lentamente los cuatro puntos cardinales, y se arrodill
en el suelo, entre el polvo de azul sembrado de estrellas, a imitación de
firmamento. Pegados los brazos al cuerpo, con los antebrazos extendidos y la
manos abiertas, mirando a la luna, dijo:

—¡Oh, Rabbetna!... ¡Baalet!... ¡Tanit! —y su voz era quejumbrosa como s
llamara a alguien—. ¡Anaitís! ¡Astarté! ¡Derceto! ¡Astoreth! ¡Mylitha
¡Athara! ¡Elissa! ¡Tiratha! Por los símbolos ocultos, por los sistros resonantes
por los surcos de la tierra, por el eterno silencio y por la eterna fecundidad
dominadora del mar tenebroso y de las cerúleas playas. ¡Oh, Reina de la
cosas húmedas! ¡Salud!

Balanceó el cuerpo dos o tres veces y luego hundió la frente en el polvo
alargando los brazos.

Su esclava la levantó despacio, porque era menester, según los ritos, qu
alguien viniera a alzar al suplicante de su actitud prosternada. Era com
asegurarle que los dioses quedaban agradecidos. La nodriza de Salambó n
olvidaba nunca este deber piadoso.

Unos mercaderes de la Getulia-Daritiana la trajeron de niña a Cartago, y
después de su libertad no quiso en manera alguna abandonar a sus amos, com
lo probaba su oreja derecha, perforada por ancho agujero. Una saya de raya
multicolores le ceñía la cintura, bajando hasta los tobillos, donde s
entrechocaban dos círculos de estaño. La cara, algo aplastada, era tan amarill
como su túnica. Agujas de plata, muy largas, formaban como un sol alrededo
de su cabeza. Llevaba en la nariz un botón de coral, y se mantenía erguid
como un Hermes y con los ojos bajos cerca del lecho.

Salambó avanzó al borde de la terraza. Por un momento oteó el horizonte
luego miró a la ciudad dormida, y un suspiro levantó sus senos e hizo ondula
de un lado a otro la larga toga blanca que colgaba en torno de ella, sin broch
ni cinturón. Sus sandalias de puntas encorvadas desaparecían bajo un montó
de esmeraldas, y sus cabellos en desorden henchían una redecilla de hilo d
púrpura.

A poco alzó la cabeza para contemplar la luna, y mezclando con su palabras fragmentos de himno, murmuró:

«¡Qué lentamente ruedas, sostenida por el éter impalpable! El aire se limpia en torno tuyo y el movimiento de tu rotación distribuye los vientos y los rocíos fecundos. Según tú crezcas o disminuyas, se alargan o se achican los ojos de los gatos y las manchas de las panteras. ¡Las esposas te invocan en los dolores del parto! ¡Tú hinchas los mariscos, haces hervir los vinos, pudres los cadáveres, formas las perlas en el fondo del mar!

»Y todos tus gérmenes, ¡oh, diosa!, fermentan en las obscuras profundidades de la humedad.

»Cuando apareces, la quietud invade la tierra; las flores se cierran, las olas se apaciguan, los hombres fatigados extienden el pecho hacia ti, y el mundo con sus océanos y montañas, se mira en tu cara como en un espejo. ¡Eres blanca, suave, luminosa, inmaculada, auxiliadora, purificante, serena!»

La luna, en cuarto creciente, aparecía entonces sobre la montaña de las Aguas Calientes, en la hendidura de sus dos cimas, del otro lado del golfo. Tenía debajo una pequeña estrella, y alrededor, un círculo pálido. Salambó añadió:

«¡Qué terrible eres, señora!... Por ti nacen los monstruos, los horribles fantasmas, los mentirosos sueños; tus ojos devoran las piedras de los edificios y enferman los monos cada vez que tú te rejuveneces.

»¿Adónde vas? ¿A qué cambias perpetuamente tu forma? Tan pronto pequeña y encarnada, surcas el espacio como una galera sin mástil; o bien, en medio de las estrellas, pareces un pastor que guarda su rebaño. Brillante y redonda, rozas la cumbre de los montes, como la rueda de un carro.

»¡Oh, Tanit! No me amas, ¿no es verdad? ¡Te he mirado tanto! Pero no; tú corres en el azul y yo permanezco en la tierra inmóvil.»

—¡Taanach, toma tu nebal y toca en tono bajo la cuerda de plata, porque mi corazón está triste!

La esclava levantó una especie de arpa de ébano, más alta que ella, y triangular como una delta, fijó la punta en un globo de cristal, y con los dos brazos la tañó.

Los sones se sucedían, sordos y precipitados como zumbido de abejas, y cada vez más sonoros volaban en la noche con la queja de las olas y el estremecimiento de los grandes árboles en la cima de la Acrópolis.

—¡Cállate! —exclamó Salambó.

—¿Qué te pasa, ama? La brisa que sopla, la nube que corre, todo te inquieta ahora y te agita.

—No lo sé.

—Te fatigas con plegarias demasiado largas.

—¡Oh, Taanach, yo quisiera disolverme como una flor en el vino!

—Quizás consista en el aroma de tus perfumes...

—No —dijo Salambó—: el espíritu de los dioses habita en los bueno olores.

Entonces la esclava la habló de su padre. Se le creía de viaje al país de ámbar, detrás de las columnas de Melkart.

—Pero no vuelve; te convendrá, sin embargo, escoger un esposo entre lo hijos de los Ancianos, y entonces tu fastidio se extinguirá en los brazos de u hombre.

—¿Por qué? —preguntó Salambó.

Todos los que ella había visto le causaban horror con sus risas de anima salvaje y sus miembros groseros.

—Algunas veces, Taanach, se exhala del fondo de mi ser como cálido alientos, más pesados que los vapores de un volcán; siento que me llama unas voces; un globo de fuego rueda y sube en mi pecho, me ahoga, voy a morir; y luego, algo suave, que corre de mi frente a mis pies, pasa por m carne... Es una caricia que me envuelve, y yo me siento aplastada como si u dios se extendiera sobre mí. ¡Oh, quisiera perderme en la bruma de las noches en el chorro de las fuentes, en la savia de los árboles; salir de mi cuerpo, n ser más que un soplo, que un rayo, y subir hacia ti, oh, Madre!

Alzó los brazos lo más alto posible, cimbreando el talle, pálida y ligera como la luna, con su larga vestimenta. Luego volvió a echarse en su lecho d marfil, jadeando. Taanach la pasó en torno al cuello un collar de ámbar co dientes de delfín para ahuyentar los terrores, y Salambó dijo con voz cas apagada:

—Tráeme a Schahabarim.

Su padre no había querido que ella entrara en el colegio de las sacerdotisas ni que la hicieran conocer nada de la Tanit popular. La reservaba para alguna alianza favorable a su política. Salambó vivía sola, porque su madre había muerto.

Había crecido en las abstinencias, los ayunos y las purificaciones, rodeada siempre de cosas exquisitas, saturado el cuerpo de perfumes, el alma llena d plegarias. Jamás había probado el vino, ni comido carne, ni tocado un anima inmundo, ni puesto los pies en la casa de un muerto.

Ignoraba los simulacros obscenos, porque, aunque cada dios se manifestab en formas diferentes y cultos, a menudo contradictorios, atestiguaban a la ve

el mismo principio, y Salambó adoraba a la diosa en su manifestación sideral Había ejercido la luna una manifiesta influencia sobre la virgen; cuando e astro iba menguando, Salambó se debilitaba. Lánguida durante todo el día, s reanimaba por la noche. En un eclipse, estuvo a punto de morir.

Pero la Rabbet, celosa, se vengaba de esta virginidad sustraída a su sacrificios y atormentaba a Salambó con obsesiones, tanto más fuertes cuant que eran avivadas por una fe sincera.

Sin cesar, la hija de Amílcar se inquietaba por Tanit. Había aprendido su aventuras, sus viajes y todos sus nombres, que repetía ella sin que les dier significado distinto. A fin de penetrar en las profundidades de su dogma quería conocer en lo más secreto del templo el viejo ídolo con el magnífic manto del que dependían los destinos de Cartago; porque la idea de un dios n puede desprenderse de su representación; y conocer su simulacro era toma una parte de su virtud y, en cierto modo, dominarle.

Salambó se volvió porque había oído las campanillas de oro qu Schahabarim llevaba en la fimbria de su vestidura.

Subió este las escaleras y se detuvo en el dintel de la terraza, con los brazo cruzados.

Sus ojos hundidos brillaban como lámparas de un sepulcro; sobre su larg cuerpo delgado flotaba la túnica de lino, que hacían pesada los cascabeles qu alternaban en sus talones con granos de esmeralda. Tenía los miembro débiles, el cráneo oblicuo, la barbilla puntiaguda; su piel estaba helada al tact y su amarilla faz, surcada por profundas arrugas, parecía contraída por u deseo o por una eterna tristeza.

Era el gran sacerdote de Tanit, que había educado a Salambó.

—Habla —dijo—. ¿Qué quieres?

—Yo esperaba... Me habías casi prometido...

Salambó se turbaba, pero en seguida repuso:

—¿Por qué me menosprecias? ¿He olvidado algo de los ritos? Tú eres m maestro; tú me has dicho que ninguna como yo conocía el culto de la diosa pero hay algo que no quieres decirme. ¿No es así, padre?

Schahabarim se acordó de las órdenes de Amílcar y respondió:

—No; nada tengo que enseñarte.

—Un genio me empuja a este amor. He subido las gradas de Eschmún, dio de los planetas y de las inteligencias; he dormido bajo el olivo de oro d Melkart, patrón de las colonias tirias; he empujado las puertas de Baal Kamón, iluminador y fertilizador; he sacrificado a los Kabiros subterráneos, los dioses de los bosques, de los vientos, de los ríos y de las montañas; per

todos están muy lejos, muy altos y son insensibles, ¿comprendes? Mientra que a Ella la siento mezclada con mi vida; llena mi alma y me estremezco co angustias interiores como si ella saltara para escaparse. Paréceme que voy a oír su voz, a ver su rostro; me deslumbran sus rayos y luego caigo en la tinieblas.

Schahabarim callaba. Salambó le imploraba con la mirada. Por fin hizo un señal para que se fuera la esclava, que no era de raza cananea. Desapareci Taanach, y el gran sacerdote, alzando un brazo al aire, dijo:

—Antes que nacieran los dioses, estaban solas las tinieblas y flotaba u soplo, pesado e indistinto, como la conciencia de un hombre que sueña. Est soplo se contrajo, creando el Deseo y la Nube; y del Deseo y de la Nube sali la materia primitiva. Era un agua fangosa, negra, helada, profunda. Encerrab monstruos insensibles, partes incoherentes de formas que habían de nacer que estaban pintadas en la pared de los santuarios.

»Después, la Materia se condensó: se convirtió en un huevo que se abrió Una mitad formó la tierra, otra el firmamento. El sol, la luna, los vientos, la nubes, aparecieron y al estallido del rayo se despertaron los animale inteligentes. Entonces, Eschmún se extendió en la estrellada esfera; Kamó irradió en el sol; Melkart, con su brazo, le empujó detrás de Gades; lo Kabirim bajaron a los volcanes, y Rabbet, como una nodriza, se dobló sobre e mundo, vertiendo su luz, como una leche, y su noche como un manto.

—¿Y después? —inquirió Salambó.

Le había contado el secreto de los orígenes para distraerla con más alta perspectivas; pero el deseo de la virgen se avivó con aquellas últimas palabras y el gran sacerdote, cediendo a medias, añadió:

—Después inspiró y gobernó los amores de los hombres.

—¿Los amores de los hombres? —repitió Salambó, soñadora.

—Ella es el alma de Cartago; bien está en todas partes, habita aquí bajo e velo sagrado.

—¡Oh, padre! —exclamó Salambó—, yo le veré, ¿no es verdad? Tú m llevarás. Desde hace tiempo la curiosidad de verle me devora. ¡Piedad ¡Socórreme! ¡Vamos!

Él la rechazó con gesto vehemente y lleno de orgullo.

—¡Jamás! ¿No sabes que produce la muerte? Los Baales hermafroditas n se descubren más que a nosotros solos, hombres por el espíritu, mujeres por l debilidad. Tu deseo es un sacrilegio; conténtate con la ciencia que posees.

Cayó ella de rodillas, poniendo dos dedos en sus orejas, en señal d arrepentimiento; gemía, anonadada por las palabras del sacerdote, llena a l

vez de enojo contra él, de terror y de humillación. Él la miraba de arriba abajo temblando a sus pies, más insensible que las piedras de la terraza, sintiendo una especie de alegría viéndola sufrir por su divinidad, que tampoco él podía conocer del todo. Ya los pájaros cantaban; soplaba el viento frío, y unas nubecillas corrían en el cielo pálido.

De pronto, el sacerdote vio en el horizonte, detrás de Túnez, como ligeras nieblas que se arrastraban y obscurecían el sol; luego se alzó una gran cortina de polvo gris, perpendicularmente extendida; y en los torbellinos de esta masa numerosa se advirtieron cabezas de dromedarios, lanzas y escudos. Era el ejército de los bárbaros que venía sobre Cartago.

IV

BAJO LAS MURALLAS DE CARTAGO

Huyendo del ejército iban llegando a la ciudad los aldeanos montados en asnos o corriendo a pie despavoridos y sin aliento. La soldadesca había hecho en tres días la jornada de Sicca a Cartago, con propósito de exterminarlo todo.

Se cerraron las puertas casi al tiempo que llegaban los bárbaros, quienes hicieron alto en medio del istmo, a orillas del lago.

Por de pronto, no se manifestaron hostiles. Muchos se acercaban con palmas en la mano; pero fueron rechazados a flechazos: ¡tal era el terror que inspiraban!

Por la mañana y a la caída de la tarde, los merodeadores vagaban algunas veces a lo largo de los muros. Sobresalía entre ellos un hombre pequeño envuelto cuidadosamente en su manto y con la cara tapada por una visera muy baja. Pasaba horas enteras mirando el acueducto, con tal persistencia, que sin duda quería engañar a los cartagineses acerca de sus verdaderos designios. Lo acompañaba otro hombre, especie de gigante, con la cabeza destocada.

Cartago estaba defendida en toda la longitud del istmo; en primer lugar, por un foso, luego por un glacis de césped, y en último término por una muralla de treinta codos de alto, con piedras de sillería y doble piso. Tenía cuadras para trescientos elefantes, con almacenes para sus caparazones, maniotas y alimentos; más otras cuadras para cuatro mil caballos con las provisiones de cebada y los arneses; y cuarteles para veinte mil soldados con las armaduras y todo el material de guerra. Las torres se levantaban en el segundo piso provistas de almenas, y a la parte de afuera había escudos de bronce, colgados de garitos.

Esta primera línea de murallas defendía en primer lugar a Malqua, barrio de la gente de la marina y de los tintoreros. Veíanse los mástiles en que se

secaban las velas de púrpura; y sobre las últimas azoteas los hornos de arcilla para cocer la salmuera.

Hacia atrás, la ciudad desplegaba en anfiteatro sus altas casas de forma cúbica. Eran de piedra, o de tablas, de guijarros, de cañas, de conchas y de barro apisonado. Los bosques de los templos formaban como lagos de verdura en esta montaña de bloques diversamente coloreados. Las plazas públicas estaban niveladas a distancias desiguales; innumerables callejuelas se entrecruzaban, cortándolas en sentido longitudinal. Se veían los recintos de tres viejos barrios, ahora confundidos, destacándose como grandes escollos, en los que se alargaban enormes lienzos, medio cubiertos de flores, ennegrecidos anchamente rayados por el arrojo de las inmundicias, pasando las calles por sus amplias aberturas, como ríos bajo puentes.

La colina de la Acrópolis, en el centro de Byrsa, desaparecía bajo un desorden de monumentos: templos de columnas en espiral, con capiteles de bronce y cadenas de metal, conos de piedra con franjas de azur, cúpulas de cobre, arquitrabes de mármol, contrafuertes babilónicos y obeliscos en punta como antorchas invertidas. Los peristilos llegaban a los frontispicios; las volutas se desplegaban entre las columnatas; las murallas de granito soportaban tejados de ladrillo; todo esto, encima una cosa de otra, ocultándose a medias, de un modo maravilloso e incomprensible. Se sentía la sucesión de las edades y como el recuerdo de patrias olvidadas.

Detrás de la Acrópolis, en tierras rojizas, el camino de los Mapales, cercado de tumbas, se alargaba en línea recta, desde la ribera a las catacumbas; seguían luego anchas quintas entre jardines; y este tercer barrio, Megara, la ciudad nueva, llegaba hasta los cantiles de la costa, en la que se erguía un faro gigante que resplandecía todas las noches.

Así se desplegaba Cartago ante los soldados acampados en la llanura.

De lejos divisaban los mercados, las esquinas de las calles, y discutían sobre el emplazamiento de los templos. El de Kamón, enfrente de los Sisitas con tejas de oro; Melkart, a la izquierda de Eschmún, tenía en su techumbre ramas de coral; más allá, Tanit redondeaba entre palmeras su cúpula de cobre; el negro Moloch estaba debajo de las cisternas del lado del faro. En el ángulo de los frontispicios, encima de las murallas, en los rincones de las plazas, en todas partes, se veían divinidades de cabeza horrible, colosales o ventrudas con vientres enormes o desmesuradamente aplanados, con las fauces abiertas, separados los brazos y en las manos horcas, cadenas o jabalinas. El azul del mar, destacándose en el fondo de las calles, parecía hacer a estas, por un efecto de perspectiva, más escarpadas.

Un pueblo tumultuoso las llenaba de día y noche; los mancebos, agitando campanillas, gritaban a la puerta de los baños; humeaban las tiendas de bebidas calientes; el aire resonaba con la batahola de los yunques; los gallos blancos, consagrados al sol, cantaban en los terrados; mugían en los templos los bueyes destinados al sacrificio; corrían los esclavos con canastillos en la cabeza; y en el atrio de los pórticos aparecía alguno que otro sacerdote vestido con sombrío manto, desnudos los pies, con el gorro puntiagudo.

Este espectáculo de Cartago irritaba a los bárbaros. La admiraban y la execraban; querían a un tiempo destruirla y vivir en ella. Pero ¿qué había en el puerto militar, defendido por una triple muralla? Detrás de la ciudad, en el fondo de Megara, a mayor altura que la Acrópolis, aparecía el palacio de Amílcar.

A cada instante, los ojos de Matho miraban a él. Se subía a los olivos y se doblaba con la mano extendida sobre las cejas. Los jardines se hallaban dentro y la puerta roja, de cruz negra, estaba siempre cerrada.

Más de veinte veces dio la vuelta a las fortificaciones, buscando alguna brecha para entrar. Una noche se echó al golfo y durante tres horas nadó sin descansar. Llegó al final de los Mapales y quiso trepar por el acantilado. Se ensangrentó las rodillas, se rompió las uñas y luego cayó en el agua y se volvió.

Le exasperaba su impotencia. Tenía celos de esa Cartago que guardada a Salambó, como de alguien que la hubiera poseído. A su enervamiento sucedió una acción loca y continuada. Con las mejillas encendidas, los ojos irritados y ronca la voz, se paseaba con paso rápido, a campo traviesa; o bien, sentado en la ribera, frotaba con arena su espadón. Tiraba flechas a los buitres. Su corazón se desbordaba en palabras furiosas.

—Deja correr tu cólera como un carro que rueda —le decía Espendio— Grita, blasfema, destruye y mata. El dolor se aplaca con sangre, y, ya que no puedes saciar tu amor, alimenta tu odio; este te sostendrá.

Matho volvió a tomar el mando de sus soldados. Les hacía maniobrar implacablemente. Se le respetaba por su valor y, sobre todo, por su fuerza. Además, inspiraba como un temor místico; se creía que de noche hablaba con fantasmas. Los demás capitanes se animaron con su ejemplo, y pronto el ejército se disciplinó. Los cartagineses oían desde sus casas la música de las bocinas que dirigían las maniobras. Por fin, los bárbaros se acercaron.

Para aplastarlos en el istmo se habrían necesitado dos ejércitos que pudieran atacarlos a la vez por atrás y por delante, uno desembarcando en el golfo de Útica y el segundo bajando por la montaña de las Aguas Calientes

¿Pero qué hacer con solo la Legión sagrada, fuerte, a lo más, de seis mi
hombres? Del lado de Oriente, los sitiadores podían juntarse con los númida
e interceptar el camino de Cirene y el comercio del desierto; si se replegaba
al Occidente, se levantaría la Numidia. Finalmente, la falta de víveres les haría
devastar, tarde o temprano, como la langosta, las campiñas vecinas. Los rico
temblaban por sus hermosas granjas, por sus viñedos y sus cultivos.

Hannón propuso medidas atroces e impracticables, tal como prometer una
fuerte suma por cada cabeza de bárbaro, o que con barcos y con máquinas se
incendiara su campamento. Por el contrario, su colega Giscón quería que se
les pagara; pero a causa de su popularidad, los Ancianos le detestaban, porque
temían que el azar les diera un amo, y por temor a la monarquía se esforzaban
en atenuar lo que subsistía de ella o la podía restablecer.

Fuera de las fortificaciones había gente de otra raza y de origen
desconocido: cazadores de puercoespines, comedores de moluscos y de
serpientes. Iban a las cavernas a coger hienas vivas, con las que se divertían
haciéndolas correr por la tarde por las arenas de Megara, por entre las
ringleras de sepulcros. Sus cabañas de barro y algas estaban junto a los
cantiles de la costa, como nidos de golondrinas. Allí vivían sin Gobiernos y
sin dioses, todos mezclados, completamente desnudos; a un tiempo débiles y
feroces, y desde muchos siglos execrados por el pueblo a causa de su
inmundos alimentos. Una mañana advirtieron los centinelas que todos se
habían ido.

Por fin, los miembros del Gran Consejo tomaron una resolución. Fueron a
campamento sin collares ni cinturones y en sandalias, como particulares.
Andaban con paso tranquilo, saludando a los capitanes o bien parándose a
hablar con los soldados, asegurando que todo estaba arreglado y que harían
justicia a sus reclamaciones.

Muchos de estos consejeros visitaban por primera vez un campo de
mercenarios. En vez de la confusión que se imaginaban, admiraron en toda
partes un orden y un silencio espantosos. Un fortín de tierra encerraba al
ejército en una alta muralla, inquebrantable al choque de las catapultas. El
suelo de las calles estaba rociado con agua fresca; por los agujeros de las
tiendas se advertían pupilas salvajes que brillaban en la sombra. Los haces de
picas y las panoplias suspendidas los deslumbraban como espejos. Se hablaba
en voz baja; temían volcar algo con sus largas togas.

Los soldados pidieron víveres, comprometiéndose a pagarlos con el dinero
que se les debía.

Se les envió bueyes, carneros, gallinas, frutas secas y altramuces, má cohombros ahumados; esos excelentes cohombros que Cartago exportaba a extranjero; pero giraban desdeñosamente alrededor de los magnífico animales, y denigrando lo que deseaban, ofrecían por un carnero el valor de u pichón, por tres cabras el precio de una granada. Los comedores de cosa inmundas, haciendo de árbitros, les decían que los engañaban. Entonce echaban mano a la espada y amenazaban con matar.

Los comisarios del Gran Consejo escribieron el número de años que s debía a cada soldado; pero era imposible saber ahora cuántos mercenarios s habían contratado, y los Ancianos se asustaron de la suma exorbitante qu habría que pagar. Sería menester vender la reserva de silfio; los mercenarios s impacientarían. Túnez estaba ya con ellos; y los ricos, aturdidos por lo furores de Hannón y los reproches de su colega, encargaron a lo conciudadanos que si alguien conocía a algún bárbaro fuera a verl inmediatamente para ganárselo y entretenerlo con buenas palabras. Est confianza les calmaría.

Mercaderes, escribas, obreros del arsenal, familias enteras se trasladaron a campamento bárbaro.

Los soldados dejaban entrar a los cartagineses, pero por un solo paso, ta estrecho, que no cabían por él más que cuatro hombres en fila. Espendio, d pie, junto a la barrera, les hacía registrar cuidadosamente. Frente a él, Math examinaba a la multitud, pensando encontrar alguien que hubiese visto en cas de Salambó.

El campamento parecía una ciudad: tal era el gentío y la animación. La dos muchedumbres distintas se mezclaban sin confundirse; la una vestida d tela o de lana, con gorros de fieltro parecidos a piñas; la otra vestida de hierr y con cascos. Entre criados y vendedores ambulantes, circulaban mujeres d todas las naciones; morenas como dátiles maduros, verdosas como aceitunas amarillas como naranjas, vendidas por marineros, escogidas en los tabucos robadas a las caravanas, tomadas en el saqueo de las ciudades; hembras qu cuando jóvenes se las abrumaba de amor y cuando llegaban a viejas se la tundía a golpes, y que morían en los viajes, al borde de los caminos, entre lo bagajes, con las acémilas abandonadas. Las mujeres númidas se balanceaba sobre sus talones, vestidas de túnicas de pelo de dromedario, cuadradas y d color rabioso; las músicas de la Cirenaica, envueltas en gasas violetas y co las cejas pintadas, cantaban agachadas en las esteras; negras viejas, de pecho colgantes, juntaban, para hacer fuego, estiércol de animal que se secaba al sol las siracusanas llevaban placas de oro en la cabellera; las lusitanas, collares d

conchas; las galas, pieles de lobo; niños robustos, cubiertos de sabandijas desnudos, incircuncisos, daban a los transeúntes golpes en el vientre con su cabeza, o llegando por detrás, como pequeños tigres, les mordían las manos.

Los cartagineses se paseaban por el campamento, sorprendidos de la multitud de cosas que allí veían. Los más pobres estaban tristes, y los otros disimulaban su inquietud.

Los soldados les golpeaban en el hombro, excitándolos a la alegría. No bien veían un personaje, le invitaban a sus diversiones. Cuando jugaban a disco, se alineaban para aplastarle los pies, y en el pugilato, al primer envite le rompían una mandíbula. Los honderos asustaban a los cartagineses con sus hondas; los psilos, con sus víboras; los jinetes, con sus caballos. Esta gente, de ocupaciones pacíficas, se esforzaba en sonreír y bajar la cabeza a todos estos ultrajes. Algunos, mostrándose valientes, hacían signos de que querían ser soldados. Se les daba hachas para rajar madera y se les hacía almohazar los animales; se les encerraba en una armadura y los hacían rodar como toneles por las calles del campamento. Y cuando se disponían a marcharse, los mercenarios se tiraban de los pelos con contorsiones grotescas.

Muchos de estos, por necedad o prejuicio, creían a todos los cartagineses muy ricos, y los seguían suplicando que les dieran alguna cosa. Pedían, sobre todo, lo que les parecía bonito: un anillo, un cinturón, sandalias, la franja de una túnica, y cuando el cartaginés, despojado, exclamaba «No tengo nada más. ¿Qué quieres?», ellos contestaban: «Tu mujer.» Otros decían: «Tu vida.»

Fueron remitidas a los capitanes las cuentas militares, leídas a los soldados y aprobadas definitivamente. Entonces reclamaron tiendas, y se las dieron. Después los polemarcas de los griegos pidieron algunas de las hermosas armaduras que se fabricaban en Cartago, y el Gran Consejo votó un presupuesto para esta adquisición. Pero los jinetes entendían que era justo que la República les indemnizara de sus caballos: uno afirmaba haber perdido tres en tal sitio, otro cinco en tal marcha, otro catorce en los precipicios. Se les ofreció garañones de Hecatompila; pero ellos prefirieron dinero.

A continuación pidieron que se les pagara en plata, no en moneda de cuero todo el trigo que se les debía y al precio más alto que se hubiera vendido durante la guerra, si bien exigían por una medida de harina cuatrocientas veces más de lo que dieron por un saco. Tal injusticia exasperó, pero hubo que pasar por ella.

Entonces los delegados de los soldados y los del Gran Consejo se reconciliaron, jurando por el Genio de Cartago y por los dioses de los bárbaros. Con demostraciones y verbosidad orientales, se dieron excusas y se

hicieron caricias. Luego, los soldados reclamaron, como una prueba de amistad, el castigo de los traidores que les habían indispuesto con la República.

Hízose como que no se les comprendía, y se explicaron más claramente pidiendo la cabeza de Amílcar.

Muchas veces al día salían de su campamento para pasearse al pie de la murallas. Gritaban que se les diera la cabeza del Sufeta y extendían los sayo para recibirla.

Hubiera cedido, sin duda, el Gran Consejo, a no ser por una última exigencia, más injuriosa que las anteriores: pidieron en matrimonio para su jefes, vírgenes escogidas en las principales familias. Fue una idea de Espendio, y muchos la encontraron sencilla y fácil de ejecutar. Pero esta pretensión de querer mezclarse con la sangre púnica irritó al pueblo: se le significó rotundamente que no les darían ninguna. Entonces gritaron que se le había engañado y que si antes de tres días no llegaba su paga, irían ellos mismos a tomarla en Cartago.

La mala fe de los mercenarios no era tan completa como pensaban su enemigos. Amílcar les había hecho promesas exorbitantes, vagas, es verdad pero solemnes y reiteradas. Pudieron creer al desembarcar en Cartago que se les entregaría la ciudad y que se les repartirían sus tesoros; y cuando vieron que apenas se les pagaba su soldada, la desilusión hirió su orgullo tanto como su codicia.

Dionisio, Pirro, Agatocles y los generales de Alejandro, ¿no habían dado el ejemplo de maravillosas fortunas? El ideal de Hércules, que los cananeos confundían con el Sol, resplandecía en el horizonte de los ejércitos. Se sabía que simples soldados habían llevado diademas, y el ruido de los imperios que se desmoronaban hacía soñar a los galos en su bosque de encinas, y al etíope en sus arenales. Había siempre un pueblo dispuesto a utilizar los valientes; y el ladrón arrojado de su tribu, el parricida errante en los caminos, el sacrílego perseguido por los dioses, todos los hambrientos, todos los desesperados procuraban llegar al puerto donde el agente de Cartago reclutaba soldados. En general, esta cumplía sus promesas; pero esta vez, el exceso de su avaricia la había llevado a una infamia peligrosa. Los númidas, los libios, el África entera iban a caer sobre Cartago. Solo el mar estaba libre; pero aquí se hallaban los romanos; como un hombre asaltado por asesinos, la República sentía la muerte rondar en torno de ella.

Convenía, pues, recurrir a Giscón; los bárbaros aceptaron su intervención una mañana vieron bajarse las cadenas del puerto y entrar en el lago tres

barcos planos, pasando por el canal de la Tania.

A proa del primero se veía a Giscón. Detrás de este, y a más altura que un catafalco, se levantaba una caja enorme, con anillos parecidos a coronas. Aparecía en seguida la legión de intérpretes, peinados como esfinges y con un lorito tatuado en el pecho. Seguían amigos y esclavos, todos sin armas, y tan numerosos que se tocaban los hombros. Las tres barcazas, llenas hasta flor de agua, avanzaban entre las aclamaciones de los soldados, que las estaban mirando.

Así que Giscón desembarcó, los soldados corrieron a su encuentro. Con sacos hizo arreglar una especie de tribuna, y declaró que no se iría sin haberles pagado íntegramente.

Estallaron aplausos, y por largo rato no pudo hablar.

Luego censuró las faltas de la República y las de los bárbaros, que con sus violentos motines tenían asustada a Cartago. La mejor prueba de las buenas intenciones de la ciudad era que le enviaban a él, el constante adversario de Sufeta Hannón. No debían los mercenarios suponer en el pueblo la tontería de querer irritar a los valientes, ni la ingratitud de desconocer sus servicios. Giscón empezó a pagar por los libios. Como estos habían declarado equivocadas las listas, no se sirvió de ellas.

Iban desfilando todos por naciones y abriendo los dedos para significar el número de años; se les marcaba sucesivamente en el brazo izquierdo con pintura verde; unos escribientes introducían la mano en el cofre abierto, y otros, con un estilete, agujereaban una lámina de plomo.

Pasó un hombre que andaba pesadamente, con la pesadez de un buey.

—Sube a mi lado —le dijo el Sufeta, sospechando algún fraude— ¿Cuántos años has servido?

—Doce —respondió el libio.

Giscón le pasó los dedos por debajo de la mandíbula, porque el barboquejo del casco producía a la larga callosidades. «Tener callos» era tanto como acreditarse de veterano.

—¡Ladrón! —exclamó el Sufeta—, lo que te falta en la cara debes tenerlo eh las espaldas.

Y rasgándole la túnica descubrió un dorso cubierto de llagas sangrientas. Era un labrador de Hippo-Zarita. Le silbaron y fue decapitado.

En cuanto se hizo de noche, Espendio fue a despertar a los libios, y les dijo:

—Cuando los ligures, los griegos, los baleares y los hombres de Italia sean pagados, se despedirán; pero vosotros quedaréis en África, esparcidos en vuestras tribus y sin ninguna defensa. Entonces se vengará la República

¡Desconfiad del viaje! ¿Creéis en palabras? Los dos Sufetas están de acuerdo Acordaos de la Isla de los Huesos y de Xantippo, al que enviaron a Esparta en una galera podrida...

—¿Qué haremos? —le preguntaban.

—¡Reflexionad! —contestaba Espendio.

Los dos días siguientes se invirtieron en pagar a la gente de Magdala, de Leptís, de Hecatompila. Espendio visitó a los galos.

—Se paga a los libios; se pagará a los griegos, a los baleares, a los asiáticos, a todos; pero a vosotros, como sois pocos, no se os dará nada. No volveréis a ver vuestra patria. No tendréis barcos. Os matarán para ahorrar la comida.

Los galos fueron a ver al Sufeta, y Autharita, aquel a quien Giscón golpeara en el palacio de Amílcar, le interpeló. Fue rechazado por los esclavos y desapareció, jurando vengarse.

Las reclamaciones, las quejas se multiplicaban. Los más obstinados entraban en la tienda del Sufeta. Para enternecerle le tomaban las manos, le hacían palpar sus bocas sin dientes, sus brazos flacos y las cicatrices de sus heridas. Aquellos que no estaban pagados, y aun los que lo habían sido, pedían otra paga por sus caballos; los vagabundos, los desterrados, tomando las armas de los soldados, decían que se les olvidaba. A cada minuto llegaban torbellinos de hombres; las tiendas crujían, se plegaban; oprimida la multitud entre los fortines del campamento oscilaba, con grandes gritos, desde las puertas hasta el centro. Cuando el tumulto era muy fuerte, Giscón apoyaba un codo en su cetro de marfil y, mirando al mar, permanecía inmóvil, con los dedos hundidos en la barba.

Con frecuencia, Matho se apartaba para conversar con Espendio; luego se ponía frente al Sufeta, y Giscón sentía perpetuamente sus pupilas como dos dardos inflamados asestados hacia él. Desde la multitud se le lanzaban muchas veces injurias; pero no las comprendía. El reparto continuaba y el Sufeta vencía todos los obstáculos.

Los griegos quisieron armar camorra por la diferencia de las monedas. Giscón les dio tales explicaciones que se retiraron conformes. Los negros reclamaron esas conchas blancas usadas para el comercio en el interior de África; les ofreció enviar por ellas a Cartago, y como los demás, aceptaron moneda.

A los baleares se les había prometido algo mejor: mujeres. El Sufeta les dijo que esperaba para todos ellos una caravana de vírgenes; el camino era largo y aún faltaban seis lunas (o meses). Así que estas doncellas estuvieran

gordas, limpias y frotadas con benjuí, se las enviaría embarcadas a los puerto de las Baleares.

De repente, Zarxas, hermoso y vigoroso ahora, saltó como un batelero sobre las espaldas de sus amigos, y gritó:

—¿Has reservado algo para los muertos? —y señalaba la puerta de Kamón en Cartago, que a los rayos del sol poniente resplandecía con sus placas de cobre, de arriba abajo.

A los bárbaros les pareció ver en ella un rastro sangriento. Cada vez que Giscón quería hablar, ellos gritaban. Por fin bajó lentamente y se encerró en su tienda.

Cuando al amanecer volvió a salir, no se movieron sus intérpretes, que dormían al exterior, y a los que se veía de espaldas, fijos los ojos, azulado el rostro y con la lengua fuera de la boca. Salían de sus narices blancas mucosidades y tenían rígidos los miembros, como si les hubiese helado el frío de la noche. Todos llevaban alrededor del cuello una lazada de juncos.

Con esto, la rebelión tomó incremento. Esta matanza de baleares, contada por Zarxas, confirmó las desconfianzas vertidas por Espendio. Se persuadieron de que la República trataba de engañarlos. ¡Era forzoso concluir! Dejarían los intérpretes a un lado. Zarxas, con una honda ceñida en torno a la cabeza, cantaba himnos guerreros; Autharita blandía su recia espada; Espendio hablaba a unos y entregaba a otros puñales. Los más fuertes procuraban pagarse ellos mismos; los menos iracundos pedían que continuara la distribución. Nadie abandonaba las armas, y todas las iras se concentraban en Giscón, con odio tumultuoso.

Algunos se pusieron a su lado. Mientras vociferaban injurias, se le escuchaba con paciencia; pero a la menor palabra en favor suyo, eran apedreados, o por la espalda, de un sablazo, se les cortaba la cabeza. El montón de sacos estaba más rojo que un altar.

Después de la comida, cuando habían bebido vino, se volvían terribles. Era una alegría prohibida bajo pena de muerte en los ejércitos púnicos, y por esto levantaban las copas mirando a Cartago, como burlándose de su disciplina. Luego se volvían contra los esclavos que traían el dinero, y seguía la matanza. La palabra *¡mata!*, aunque distinta en cada idioma, era comprendida de todos.

Giscón sabía muy bien que la patria le abandonaba; pero, a pesar de su ingratitud, no quería deshonrarla. Cuando le recordaron que se les había prometido barcos, juró por Moloch proporcionárselos él mismo, a su expensas, y quitándose su collar de perlas azules, lo arrojó a la multitud en señal de juramento.

Entonces los africanos reclamaron el trigo prometido por el Gran Consejo Giscón extendió las cuentas de los Sisitas, hechas con pintura violeta sobr pieles de cordero, y leyó todo el que había entrado en Cartago, mes por mes y día por día.

A menudo hacía una pausa, y abría los ojos, como si entre los número leyera su sentencia de muerte.

En efecto, los Ancianos las habían fraudulentamente reducido, y el trig vendido en la época más calamitosa de la guerra estaba a una tasa tan baj que, a menos de estar ciego, ninguno podía creerlo.

—¡Habla! —le dijeron—. ¡Más alto! ¡Ah! ¡Es que trata de engañarnos ¡Desconfiemos del cobarde!

Giscón vaciló unos instantes, pero al fin continuó su tarea. Los soldados aun convencidos de que se les engañaba, dieron por buenas las cuentas de lo Sisitas; pero la abundancia que habían encontrado en Cartago les inspiró uno celos furiosos. Rompieron la caja de sicomoro y vieron que estaba vacía e sus tres cuartas partes. Habían visto salir de ella tales sumas que la creía inagotable; Giscón, sin duda, las había escondido en su tienda. Escalaron lo sacos, guiados por Matho, y como gritaran «¡El dinero, el dinero!», Giscó respondió al fin: «Que os lo dé vuestro general.»

Los miraba sin pestañear, sin hablar, con sus grandes ojos amarillos y s larga cara, más pálida que su barba. Una flecha, detenida por las plumas vibraba en el ancho anillo de oro que pendía de su oreja, y un hilo de sangr corría de la tiara por su hombro.

A una señal de Matho adelantaron todos. Espendio, con un nudo corredizo ató por los puños a Giscón; otro le derribó, y el Sufeta desapareció entre e desorden de la turba que se echaba sobre los sacos.

Saquearon su tienda y en ella encontraron las cosas más indispensable para la vida; y buscando mejor, tres imágenes de Tanit, y en una piel de mono una piedra negra caída de la luna.

Muchos cartagineses habían querido acompañarle; eran personaje partidarios de la guerra.

Los sacaron de sus tiendas y fueron precipitados en el foso de la inmundicias. Con cadenas de hierro fueron atados por el vientre a sólida estacas, y dábanles el alimento en la punta de una azagaya.

Autharita, que les vigilaba, los abrumaba con invectivas; como ellos no la entendían, nada contestaban. El galo se entretenía en tirarles guijarros a la car para hacerles gritar.

Una especie de inquietud se apoderó del ejército al siguiente día. Ahora qu
la cólera estaba satisfecha, empezaban las inquietudes. Matho sufría una vag
tristeza, pareciéndole que indirectamente había ultrajado a Salambó, porqu
estos ricos eran como una prolongación de su persona. Matho se sentaba d
noche al borde de la fosa, y en los gemidos de los prisioneros encontraba é
algo de la voz de la que su corazón estaba lleno.

Los libios eran los únicos pagados, y todos se lo echaban en cara. A
mismo tiempo que se avivaban las antipatías nacionales con los odio
particulares, sentíase el peligro de desunirse, porque después de tal atentado
las represalias habían de ser formidables. Había que precaverse de la venganz
de Cartago. Eran interminables los conciliábulos, las arengas; hablaban todo
y nadie era escuchado; Espendio, locuaz de ordinario, se encogía de hombro
ante todas las proposiciones.

Una tarde preguntó a Matho si había fuentes en el interior de la ciudad.

—Ninguna —contestó Matho.

Al otro día, Espendio le llevó al ribazo del lago.

—¡Amo! —dijo el antiguo esclavo—, si tu corazón es intrépido, yo t
guiaré a Cartago.

—¿Cómo?

—Jura ejecutar todas mis órdenes y seguirme como una sombra.

Matho, levantando el brazo hacia el planeta de Chabar, dijo;

—¡Lo juro, por Tanit!

—Mañana —repuso Espendio—, al ponerse el sol, me esperarás al pie de
acueducto, entre el noveno y el décimo arco. Provéete de un pico de hierro, d
un casco sin cimera y de sandalias de cuero.

El acueducto a que aludía atravesaba oblicuamente todo el istmo y era un
obra enorme, agrandada más tarde por los romanos. No obstante su desdén
otros pueblos, Cartago les había tomado ese nuevo invento, lo mismo que hiz
con la galera púnica; cinco hileras de arcos superpuestos, de abultad
arquitectura, con contrafuertes en la base y cabezas de león en las cimas
extendiéndose por la parte occidental de la Acrópolis, iban a hundirse debaj
de la ciudad, para derramar casi un río en las cisternas de Megara.

A la hora convenida, Espendio encontró a Matho. Ató una especie de arpó
al extremo de una cuerda, la remolineó como una honda, y fijado que fue e
hierro treparon uno tras otro por la pared.

Así que llegaron al primer piso, como se caía el arpón cada vez que l
echaban, tuvieron que andar por el borde de la cornisa para descubrir algun

hendidura. La cornisa se iba estrechando a cada hilera de arcos. La cuerda se iba gastando, y en ocasiones amenazaba romperse.

Llegaron finalmente a la plataforma superior. Espendio, de tiempo en tiempo, se doblaba para tantear las piedras con la mano.

—¡Allí es! —dijo—. Empecemos.

Y forcejeando con la palanca que trajo Matho, consiguieron apartar una de las losas.

Vieron a lo lejos un grupo de jinetes que galopaban en caballos sin bridas. Los brazaletes de oro saltaban entre las mangas de sus vestidos. Al frente de ellos iba un hombre coronado con plumas de avestruz y galopando con una lanza en cada mano.

—¡Narr-Habas! —exclamó Matho.

—¿Qué importa? —repuso Espendio.

Y saltó al agujero que había dejado la losa separada.

A una orden suya, Matho probó empujar uno de los bloques; pero por falta de espacio, no podía mover los codos.

—Volveremos —dijo Espendio—; ponte delante —y los dos se aventuraron en el conducto de las aguas.

Andaban mojados hasta la cintura, y pronto hubieron de nadar, tropezando a cada instante con las paredes del canal, que era muy estrecho. El agua corría casi tocando las losas de arriba; se laceraban el rostro. Luego, la corriente los arrastró. Un aire más pesado que el de un sepulcro les oprimía el pecho, y con los brazos altos para resguardar la cabeza y pegadas las piernas, que alargaban lo más que podían, pasaron como flechas en la obscuridad, jadeantes, casi muertos. De pronto, todo se hizo negro delante de ellos y se redobló la velocidad de las aguas. Cayeron.

Así que volvieron a la superficie se mantuvieron durante algunos minutos tendidos de espalda, para respirar deliciosamente el aire. Las arcadas, una tras otra, se abrían en medio de anchas murallas que separaban los depósitos. Todos estaban llenos y el agua caía en una especie de cascada a lo largo de las cisternas. Las cúpulas del techo dejaban pasar por un tragaluz una pálida claridad que se reflejaba en el agua como discos de luz, y las tinieblas de contorno se espesaban sobre las paredes indefinidamente. El más insignificante ruido producía un gran eco.

Espendio y Matho volvieron a nadar, y pasando por la abertura de los arcos, atravesaron muchos compartimentos seguidos. Otras series de depósitos más pequeños se extendían paralelamente a cada lado. Los dos hombres se

perdían y volvían a encontrarse. Algo resistió bajo sus talones: era e pavimento de la galería que bordeaba las cisternas.

Entonces, avanzando con grandes precauciones, palparon la muralla e busca de una salida. Pero sus pies resbalaban y caían para volver a levantarse presa de espantosa fatiga, como si sus miembros se disolvieran en el agua. Su ojos se cerraron: agonizaban.

Espendio dio con la mano contra los barrotes de una reja. La sacudieron y cedió, dando paso a una escalera cerrada arriba por una puerta de bronce. Co la punta de un puñal apartaron la barra que la abría por fuera; y respiraron e aire libre.

La noche estaba silenciosa y el cielo parecía de una altura desmesurada Veíanse hileras de árboles a lo largo de las murallas. La ciudad dormía mientras los fuegos de los centinelas de las avanzadas brillaban como estrella perdidas.

Espendio, que había pasado tres años en la ergástula, no conocía bien lo barrios de la ciudad. Matho conjeturó que para ir al palacio de Amílcar debía tomar a la izquierda, atravesando los Mapales.

—No —dijo Espendio—; llévame al templo de Tanit.

Matho quiso objetar.

—Acuérdate —dijo el esclavo; y alzando el brazo, señaló al planeta d Chabar, que resplandecía.

Entonces Matho se volvió silenciosamente hacia la Acrópolis.

Se arrastraban a lo largo de las líneas de nopales que bordeaban lo caminos. Corría el agua de sus cuerpos sobre el polvo de la tierra. Su sandalias, mojadas, no hacían el menor ruido. Espendio, con los ojos má brillantes que antorchas, registraba a cada paso los matorrales; detrás de é andaba Matho, con las dos manos armadas de puñales, sujetos los brazos cerc de los sobacos por una banda de cuero.

V

TANIT

Cuando salieron de las huertas, se vieron detenidos por la cerca de Megara pero descubrieron una brecha en la espesa muralla, y pasaron.

El terreno, al descender, formaba como un valle muy ancho. Se hallaron en un sitio descubierto.

—¡Escucha! —dijo Espendio—, y nada temas... Cumpliré mi promesa.

Se interrumpió, como pensando en lo que iba a decir...

—¿Te acuerdas cuando una vez te señalé, Matho, al salir el sol, desde la azotea de Salambó, a Cartago? Aquel día éramos fuertes, pero tú no quisiste oír nada... ¡Amo, hay en el santuario de Tanit un velo misterioso, caído del cielo, y que cubre a la diosa!

—Lo sé —dijo Matho.

—Es un velo divino porque forma parte de la deidad. Los dioses ejercen su poder donde residen. Porque lo posee Cartago, Cartago es poderosa... ¡Te he traído aquí para robarlo!

Matho retrocedió horrorizado.

—¡Vete! ¡Busca otro! No quiero ayudarte en esa acción execrable.

—Tanit es tu enemiga —replicó Espendio—. Ella te persigue, y tú mueres de su cólera. Te vengarás; ella te obedecerá, y serás inmortal e invencible.

Matho bajó la cabeza. Espendio prosiguió:

—Sucumbiremos; el ejército será aniquilado. No tenemos ni escapatoria, ni ayuda, ni perdón. ¿Qué castigo de los dioses puedes temer, si tienes su fuerza en tus manos? ¿O es que prefieres morir en la derrota, miserablemente, al amparo de un matorral, o entre el ultraje de la plebe, en una hoguera? ¡Amo, un día entrarás en Cartago, entre los colegios de los pontífices, que besarán tus sandalias; y si el velo de Tanit te pesa, lo devolverás a su templo! ¡Sígueme! ¡Ven a tomarlo!

Un ansia terrible devoraba a Matho. Hubiera querido poseer el velo sin cometer el sacrilegio. Se decía que quizás podría adquirir su virtud sin necesidad de robar el velo; pero sin llegar al fondo de su pensamiento deteniéndose en el límite que le espantaba.

—¡Vamos! —dijo, y se alejaron a paso rápido, juntos y sin hablarse.

El terreno iba subiendo y las casas se juntaban. Los dos hombres torcían por calles estrechas y entre tinieblas. Jirones de esparto que cerraban las puertas golpeaban las paredes. En una plaza, los camellos rumiaban ante un montón de heno. Luego pasaron por debajo de una galería cubierta de follaje. Ladraron los perros, pero de pronto el espacio se ensanchó y se encontraron en la parte occidental de la Acrópolis. Por bajo de Byrsa se erguía una negra mole: era el templo de Tanit, conjunto de monumentos y jardines, de patios y antepatios, ceñido por un pequeño muro de piedras secas. Espendio y Matho lo franquearon.

Este primer recinto encerraba un bosque de plátanos, plantados como precaución contra la peste y la infección del aire. Aquí y acullá estaban diseminadas las tiendas en que de día se vendían pastas depilatorias, perfumes, vestidos, pasteles en forma de luna e imágenes de la diosa, con reproducciones del templo ahuecadas en un bloque de alabastro.

Nada tenían que temer, porque en las noches en que el astro estaba oculto se suspendían todos los ritos; pero Matho se desanimaba y se detuvo ante las tres gradas de ébano que conducían al segundo recinto.

—¡Adelante! —dijo Espendio.

Granados, almendros, cipreses y mirtos, inmóviles como follaje de bronce, alternaban con regularidad; el camino, empedrado de guijarros azules, crujía bajo los pies; abiertas rosas se mecían como cunas en toda la longitud de la avenida. Llegaron ante un agujero oval, cerrado por una verja. Matho, a quien el silencio espantaba, dijo a Espendio:

—Aquí es donde se mezclan las Aguas dulces con las Aguas amargas.

—Yo he visto todo esto —contestó el antiguo esclavo— en Siria, en la ciudad de Mafug.

Por una escalera de seis gradas de plata subieron al tercer recinto.

Un cedro enorme se erguía en medio. Sus ramas más bajas desaparecían bajo montones de estofas y de collares colgados por los fieles. Avanzaron algunos pasos y llegaron a la fachada del templo.

Dos largos pórticos, de arquitrabes que se apoyaban en gruesos pilares, flanqueaban una torre cuadrangular, adornada en su plataforma por una luna en creciente. Sobre los ángulos de los pórticos y en las cuatro esquinas de la

torre se elevaban vasos llenos de aromas encendidos. Granadas y coloquíntidas festoneaban los capiteles. Entrelazos, losanges y líneas de perla alternaban sobre los muros, y un seto de filigrana de plata formaba un ancho semicírculo ante la escalera de marfil que bajaba del vestíbulo.

A la entrada había, entre una estela de oro y otra de esmeralda, un cono de piedra; al pasar por su lado, Matho se besó la mano derecha.

La primera habitación era muy alta, con innumerables aberturas en la bóveda, de modo que al levantar la cabeza se podían ver las estrellas. En todo el contorno de la muralla se amontonaban, en cestas de mimbre, barbas y cabelleras, primicias de adolescentes; y en medio del departamento circular salía de una repisa el cuerpo de una mujer, cubierta de mamas, gorda, barbuda y con las pupilas bajas; tenía aire sonriente y las manos cruzadas sobre el borde de su gran vientre, pulido por los besos de la multitud.

Después se hallaron al aire libre, en un corredor transversal, en el que un altar de exiguas proporciones se apoyaba en una puerta de marfil que únicamente los sacerdotes podían abrir; porque un templo no era un sitio de reunión del pueblo, sino la morada particular de una divinidad.

—¡La empresa es imposible! —decía Matho—. ¡Volvámonos!

Espendio examinaba las paredes. Quería el velo, no porque tuviera confianza en su virtud —Espendio no creía en el oráculo—, sino porque estaba persuadido de que los cartagineses, al verse sin él, caerían en un gran abatimiento. Dieron la vuelta por detrás, buscando alguna salida.

Veíanse edículos de formas diferentes, bajo bosquecillos de terebintos. Aquí y allá se erguía un falo de piedra y pastaban tranquilamente grandes ciervos, empujando con las pezuñas las piñas que habían caído de las copas de los árboles.

Volvieron sobre sus pasos entre dos largas galerías paralelas, con pequeñas celdas al fondo. De arriba abajo de sus columnas de cedro pendían tamboriles y címbalos. Unas mujeres dormían sobre esteras fuera de las celdas. Sus cuerpos, engrasados con ungüentos, exhalaban olor a especias y a perfumadores apagados, y estaban tan cubiertas de tatuajes, de collares, de anillos, de bermellón y de antimonio que, sin el movimiento del pecho, se las hubiera tomado por ídolos tendidos en el suelo. Los lotos rodeaban una fuente en la que nadaban peces parecidos a los de Salambó; luego, en el fondo, junto a la muralla del templo, se desplegaba una viña de sarmientos de vidrio y racimos de esmeraldas. Los rayos de las piedras preciosas fingían juegos de luz entre las columnas pintadas, sobre los rostros de las durmientes.

Matho se asfixiaba en la cálida atmósfera que irradiaban los tabiques de cedro. Todos estos símbolos de la fecundación, estos perfumes y estos hálito le abrumaban. A través de los destellos místicos, soñaba con Salambó. La confundía con la misma diosa, y su amor iba en aumento, como los grande lotos que se despliegan pomposos en la profundidad de las aguas.

Calculaba Espendio el dinero que hubiera ganado en otro tiempo vendiendo aquellas mujeres, y con la vista pesaba, al pasar, los collares de oro

El templo era tan impenetrable por este lado como por el otro. Volvieron por detrás de la primera cámara. En tanto que Espendio husmeaba, Matho prosternado ante la puerta, imploraba a Tanit, suplicándola que no le permitiera este sacrilegio. Procuraba ablandarla con palabras acariciadoras como se hace con una persona irritada.

Espendio advirtió una abertura estrecha encima de la puerta.

—¡Levántate! —dijo a Matho.

Y le hizo adosarse de pie contra la pared. Poniendo un pie en sus manos y luego otro sobre su cabeza, llegó a la altura del ventanal, y por allí desapareció. Matho sintió caer sobre su espalda una cuerda de nudos, que Espendio había arrollado alrededor de su cuerpo antes de aventurarse en la cisterna; y apoyándose con ambas manos, pronto se encontró al lado de Espendio en una gran sala llena de sombra.

Un atentado sacrílego parecía tan imposible, que, por lo mismo, apenas se habían puesto los medios para evitarlo. El terror, más que las paredes defendía al santuario. Matho, a cada instante, se creía muerto.

En el fondo de las tinieblas brillaba una luz. Se acercaron. Era una lámpara que ardía en una concha, sobre el pedestal de una estatua tocada con el gorro de los Kabiros. Vestía una larga túnica azul sembrada de discos de diamantes y unas cadenas que se hundían bajo las losas la retenían por los talones. Matho contuvo un grito:

—¡Ah! ¡Hela aquí! ¡Hela aquí!

Espendio cogió la lámpara para alumbrarse.

—¡Qué impío eres! —murmuró Matho.

Pero le siguió. El departamento en que entraron no tenía más que una pintura negra, que representaba otra mujer, cuyas piernas subían hasta lo alto de la muralla. Su cuerpo ocupaba todo el techo. Colgaba de su ombligo un hilo con un huevo enorme, y la alegoría caía sobre la otra pared, con la cabeza hacia abajo, hasta el nivel de las losas, en las que hincaba sus dedos puntiagudos.

Para seguir adelante, apartaron una cortina; pero sopló el viento y la lámpara se apagó.

Anduvieron errantes, perdidos en las complicaciones de la arquitectura. De repente, notaron bajo sus pies una cosa de una extraña suavidad. Brillaban y brotaban chispas; andaban sobre fuego. Espendio tocó el suelo y vio que estaba cuidadosamente alfombrado con pieles de lince; luego le pareció que le rozaba las piernas una cuerda gruesa y mojada, fría y viscosa. Las hendiduras talladas en la muralla dejaban pasar tenues rayos blancos. Avanzaban con esta incierta luz, hasta que al fin vieron una gran serpiente negra, que desapareció rápidamente.

—¡Huyamos! —dijo Matho—. ¡Es ella; la oigo; ella viene!

—¡No! —repuso Espendio—. El templo está vacío.

Una luz deslumbrante les hizo cerrar los ojos. Vieron luego en contorno una infinidad de animales flacos, jadeantes, enseñando las garras y confundidos unos con otros, con un desorden misterioso que daba espanto. Eran serpientes con pies, toros con alas, peces con cabezas humanas comiendo frutas, flores que se abrían en las fauces de cocodrilos, y elefantes con la trompa alzada volando por el cielo como águilas. Un terrible esfuerzo distendía sus miembros incompletos o multiplicados. Parecían querer sacarse el alma alargando la lengua; y todas las formas se encontraban allí, como si el receptáculo de los gérmenes, abriéndose con súbito rompimiento, se hubiera vaciado sobre las paredes de la sala.

Doce globos de cristal azul la rodeaban circularmente, soportados por monstruos parecidos a tigres. Sus pupilas brillaban como ojos de caracoles, y encorvando sus poderosas grupas, se volvían hacia el fondo donde resplandecían, en un carro de marfil, la Rabbet suprema, la Omnifecunda, la última creada.

Escamas, plumas, flores y pájaros le subían hasta el vientre; le servían de pendientes unos címbalos de plata que oscilaban sobre sus mejillas. Sus grandes ojos miraban de hito en hito, y una piedra luminosa, engarzada en su frente en un símbolo obsceno, alumbraba toda la sala, al reflejarse por encima de la puerta, en espejos de cobre rojo.

Matho dio un paso; flojeó una losa bajo sus talones, y las esferas empezaron a girar, los monstruos a rugir; oyóse una música melodiosa y arrulladora como la armonía de los planetas; el alma de Tanit se desbordaba tumultuosa. Iba a levantarse, grande como la sala, con los brazos abiertos. De pronto, los monstruos cerraron las fauces y los globos de cristal dejaron de girar.

Lúgubre modulación onduló por algún tiempo en el aire, hasta que al fin se extinguió.

—¿Y el velo? —dijo Espendio.

No se le veía en ninguna parte. ¿Dónde estaba? ¿Cómo descubrirlo? ¿Lo habrían ocultado los sacerdotes? Matho experimentaba un desgarro de corazón, y como una decepción en su fe.

—Por aquí —murmuró Espendio, guiado por una inspiración.

Llevó a Matho detrás del carro, en donde una hendidura, ancha de un codo cortaba la muralla de arriba abajo.

Entraron en una pequeña sala redonda, y tan alta, que parecía el hueco de una columna. Tenía en medio una gran piedra negra semiesférica, a modo de tamboril; ardían llamas por encima, y por detrás se levantaba un cono de ébano que ostentaba una cabeza y dos brazos.

A distancia, les pareció una nube cuajada de estrellas; se veían figuras en las profundidades de sus pliegues: Eschmún con los Kabiros, algunos de los monstruos de antes, las bestias sagradas de los babilonios y otras desconocidas. Todo esto pasaba como un manto bajo la mirada del ídolo, y remontándose desplegado en la pared, se agarraba a los ángulos, ora azulado como la noche, ora amarillo como la aurora; o bien purpúreo como el sol diáfano y resplandeciente. Era el manto de la diosa, el zaimph santo que no se podía mirar.

Los dos hombres palidecieron.

—¡Tómalo! —dijo al fin Matho.

Espendio no vaciló, y apoyándose en el ídolo, desprendió el velo, que cayó arrastrándose. Matho puso la mano encima, metió la cabeza por la abertura y se envolvió el cuerpo con él, separando los brazos para verlo mejor.

—¡Vámonos! —dijo Espendio.

Matho permanecía con los ojos clavados en las losas. De pronto exclamó:

—¿Y si yo fuera a su casa? ¿No tengo miedo de su hermosura? ¿Qué puede ahora contra mí? Ahora soy más que un hombre. Pasaré por encima de las llamas, andaré sobre las olas del mar. Me siento transportado. ¡Salambó ¡Salambó! ¡Yo soy tu amo!

Su voz era tonante. Le parecía a Espendio otro hombre de estatura más alta y transfigurado.

Se oyeron pasos, se abrió una puerta y apareció un hombre, un sacerdote con su alto gorro y los ojos pintados. Sin darle tiempo, Espendio se precipitó a él y le hundió los dos puñales en los costados. La cabeza sonó sobre el pavimento.

Inmóviles como el cadáver, quedaron atentos durante un rato; pero solo se oía el murmullo del viento, por la puerta entreabierta.

Daba esta a un pasadizo. Espendio se metió en él, seguido de Matho, y llegaron al tercer recinto, entre los pórticos laterales, donde estaban las habitaciones de los sacerdotes.

Detrás de las celdas debía haber un camino más corto para salir. Diéronse prisa para encontrarlo.

Agachándose Espendio al borde de la fuente, lavó sus manos ensangrentadas. Dormían las mujeres. Brillaba la viña de esmeralda. Se pusieron en marcha.

Pero alguien, por entre los árboles, corría detrás de ellos; y Matho, que llevaba el velo, sintió varias veces que le tiraban suavemente por abajo. Era un gran cinocéfalo, uno de los que vivían sueltos en el recinto de la diosa. Como si tuviera conciencia del robo, se agarraba al manto. No se atrevían a pegarle por temor a que redoblara sus gritos; de pronto se aplacó su cólera y trotó a su lado, balanceando el cuerpo, con sus largos brazos colgantes. Al llegar a la barrera, de un salto se subió a una palmera.

Así que salieron del último recinto, se dirigieron al palacio de Amílcar porque comprendió Espendio que era inútil disuadir a Matho de su propósito.

Tomaron por la calle de los Curtidores, la plaza de Mutumbal, el mercado de hierbas y la encrucijada de Cinasim.

—¡Esconde el zaimph! —dijo Espendio.

Vieron gente, pero nadie les vio a ellos. Al fin divisaron las casas de Megara.

El faro, levantado por la parte de atrás en la cumbre del acantilado, iluminaba el cielo con una roja claridad, y la sombra del palacio, con sus azoteas superpuestas, se proyectaba sobre los jardines como una monstruosa pirámide. Entraron por el seto de azufaifos, cortando las ramas con los puñales.

Aún se advertían los rastros del festín de los mercenarios. Los parques estaban pisoteados; los regatos, secos; las puertas de la ergástula, abiertas. No se veía a nadie en las cocinas ni en las bodegas. Se asombraban de este silencio, solo interrumpido por el bramido de los elefantes que se agitaban en sus maneotas, y el crepitar de la hoguera de áloe que ardía en el faro.

Matho repetía:

—¿Dónde está ella? ¡Quiero verla! ¡Guíame!

—¡Es una locura! —decía Espendio—. Llamará a sus esclavos y, a pesar de tu fuerza, morirás.

Así llegaron a las escaleras de las galeras. Alzó Matho la cabeza y creyó advertir en lo alto una vaga claridad, radiante y suave. Quiso contenerlo Espendio, pero él se lanzó escalera arriba.

Al encontrarse en los sitios donde la viera, el recuerdo de los días transcurridos se borró de su memoria. La veía como cuando cantaba en las mesas y desaparecía y él subía continuamente esta escalinata. Sobre su cabeza el cielo estaba cubierto de luminarias; la mar llenaba el horizonte; a cada paso que él daba le rodeaba una inmensidad más ancha, y seguía subiendo con la extraña facilidad que se tiene en los sueños.

El ruido del velo rozando contra las piedras le recordó su nuevo poder pero en el exceso de su esperanza, ya no sabía lo que tenía que hacer; esta incertidumbre le intimidó.

De vez en cuando se asomaba a las celosías cuadrangulares de los aposentos cerrados, y creyó ver en muchos de ellos personas dormidas.

El último piso, más estrecho, formaba como un dado encima de las terrazas. Matho le dio la vuelta lentamente.

Una luz lechosa iluminaba las hojas de talco que tapaban las pequeñas aberturas de la muralla y, que simétricamente dispuestas, parecían en las tinieblas hileras de perlas finas. Reconoció la puerta cuartelada con la cruz negra. Redoblaban las palpitaciones de su corazón. Quiso huir, pero empujó la puerta, y esta se abrió.

En el fondo de la habitación ardía, suspendida, una lámpara en forma de galera; tres rayos de luz de su carena de plata temblaban en los altos artesonados pintados de rojo con franjas negras. El techo era un conjunto de pequeñas vigas doradas que tenían en medio amatistas, y topacios en los nudos de la madera. A los dos lados del ancho aposento aparecía un lecho bajo, hecho de correas blancas; y arcos de bóveda aconchados, que se abrían por la parte de afuera, dejaban ver algún vestido que colgaba hasta el suelo.

Una grada de ónice daba la vuelta a un estanque ovalado, en cuya orilla había unas finas sandalias de piel de serpiente y un jarro de alabastro. Más allá se advertía la huella húmeda de unas pisadas. Se aspiraban aromáticos olores.

Matho andaba sobre losas incrustadas de oro, de nácar y de vidrio; y no obstante el pulimento del suelo, le parecía que se hundían sus pies como si caminara por arena.

Detrás de la lámpara de plata había divisado un gran cuadrado de azur suspendido en el aire por cuatro cuerdas, y a él se acercó Matho, medio agachado y con la boca abierta.

De cuernos de antílope colgaban anillos y brazaletes; vasos de arcill refrescaban al aire sobre un tendal de cañas, en la hendidura de la pared Muchas veces tropezaban sus pies, porque el suelo tenía desniveles ta pronunciados que hacían de la habitación como una serie de aposentos. En e fondo, una baranda de plata rodeaba un tapiz sembrado de flores pintadas. Po fin llegó al lecho colgante, junto al escabel de ébano que servía para subir a él

Pero la luz cesaba allí, y la sombra, como una gran cortina, no dejaba ve más que el extremo de un colchón rojo en el que asomaba la punta de u piececito desnudo. Matho cogió la lámpara para ver mejor.

Dormía Salambó con la mejilla apoyada en una mano y tendido el otr brazo. Los bucles de su cabellera la cubrían de tal modo, que parecía acostad sobre plumas negras, y su larga túnica blanca se desplegaba blandamente hast sus pies, siguiendo los contornos del talle. Algo se veía de sus ojos, entre lo párpados medio cerrados. Las cortinas, perpendicularmente corridas, l rodeaban de una atmósfera azulada; y el movimiento de su respiración comunicándose a las cuerdas, parecía columpiarla. Zumbaba un mosquito.

Matho, inmóvil, tenía en la mano la galera de plata; en el mosquiter prendió la llama, y Salambó despertó.

La llamarada se apagó en un abrir y cerrar de ojos. La lámpara de Matho proyectaba en el artesonado grandes ondas luminosas.

—¿Qué es esto? —dijo Salambó.

—Es el velo de la diosa —contestó Matho.

—¡El velo de la diosa! —repitió ella.

Y apoyándose en los dos codos, se asomó trémula. Matho prosiguió:

—¡Yo he ido a buscarlo para ti en las profundidades del santuario! ¡Mira!

El zaimph deslumbraba con su juego de luces.

—¿Te acuerdas? —dijo Matho—. Una noche te apareciste en mis sueños pero yo no entendía la orden muda de tus ojos. Si la hubiera comprendido habría acudido, abandonando el ejército: no habría salido de Cartago. Par obedecerte, bajaré por la caverna de Hadrumeto al reino de las Sombras...

Salambó pisaba ya el escabel de ébano.

—¡Perdóname! —añadió Matho—. Eran montañas que pesaban sobre mí y sin embargo, algo me arrastraba. Traté de venir a tu lado. ¡Sin los dioses nunca me hubiera atrevido!... ¡Partamos! ¡Has de seguirme, o si no, m quedaré! ¿Qué me importa? ¡Anega mi alma en el soplo de tu aliento ¡Aplástense mis labios besando tus manos!

—¡Déjame ver! —decía ella—. ¡Más cerca! ¡Más cerca!

Apuntaba el alba y un color vinoso teñía las hojas de talco de las paredes Salambó se apoyaba desfallecida en los cojines del lecho.

—¡Te amo! —gritaba Matho.

Ella balbuceó:

—¡Dámelo!

Y se acercaron.

Salambó avanzaba vestida de blanco, con los ojos arrobados puestos en e velo. Matho la contemplaba, deslumbrado por los esplendores de su cabeza, y tendiendo hacia ella el zaimph, iba a envolverla en un abrazo. Separó ella lo brazos; de pronto, se detuvo, y los dos se quedaron mirándose absortos.

Sin comprender lo que él solicitaba, la sobrecogió un terror súbito y empezó a temblar; hasta que golpeando en una de las pateras de cobre qu colgaban en las puntas del colchón rojo, gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Atrás, sacrílego! ¡Infame! ¡Maldito! ¡A mí Taanach, Kroúm, Ewa, Micipsa, Schavul!

Entre los vasos de arcilla, asomó en la muralla la cara asustada d Espendio, el cual dijo estas palabras:

—¡Huye! Vienen aquí.

Se oyó un gran tumulto en la escalera, y una oleada de gente, entr mujeres, esclavos y criados, se lanzó dentro de la habitación con estacas rompecabezas, puñales y machetes. Todos quedaron como paralizados d indignación al ver un hombre; las criadas daban alaridos como en un entierro y los eunucos palidecían bajo su negra piel.

Matho se mantenía detrás de la barandilla, envuelto en el zaimph, como u dios sideral rodeado del firmamento. Los esclavos iban a arrojarse sobre él Salambó los contuvo.

—¡No le toquéis! ¡Es el velo de la diosa!

Y dando un paso hacia él, alargando su brazo desnudo, prorrumpió:

—¡Maldito seas, ladrón de Tanit! ¡Odio, venganza y dolor! ¡Que Gurcil dios de las batallas, te destroce! ¡Que Matisman, dios de los muertos, t ahogue! ¡Y que el Otro —el que no se puede nombrar— te queme!

Matho dio un grito, como si le hiriera una espada. Salambó repitió mucha veces:

—¡Vete! ¡Vete!

Se apartó la turba de criados, y Matho, baja la cabeza, pasó lentamente e medio de ellos; al llegar a la puerta se detuvo porque la franja del zaimph s había enganchado en una de las estrellas de oro que esmaltaban el suelo. Di un brusco tirón y bajó la escalera.

Espendio, saltando de terraza en terraza y por encima de setos y d acequias, escapó por los jardines. Llegó al pie del faro. En este sitio cesaba l muralla, por lo escarpado del cantil. Aquí se tumbó de espalda y con los pie hacia delante se deslizó abajo; ganó a nado el cabo de las Tumbas, dio u largo rodeo por la Laguna Salada y ganó el campamento de los bárbaros.

Había salido el sol, y como un león que se retira, Matho se alejó mirando e camino con ojos terribles.

Hirió sus oídos un indeciso rumor que saliendo del palacio, seguía a l lejos, del lado de la Acrópolis. Unos decían que habían robado el tesoro de l República en el templo de Moloch; hablaban otros de un sacerdote asesinado Corría el rumor de que los bárbaros habían entrado en la ciudad.

No sabiendo Matho cómo franquear los recintos, seguía en línea recta. L vieron y se alzó un clamoreo. Comprendieron todo lo que había pasado: fu una consternación general; luego, una inmensa cólera.

Del fondo de los Mapales, de las alturas de la Acrópolis, de las catacumba y de las orillas del lago venía un tropel de gente. Salían los patricios de su palacios; los vendedores, de sus tiendas; las mujeres abandonaban a sus hijos se echaba mano a las espadas, hachas y bastones; pero les detuvo el mism obstáculo que a Salambó: ¿de qué modo recobrar el velo? Solo el mirarlo er un crimen; era como los mismos dioses, y su contacto ocasionaba la muerte.

En el peristilo de los templos, los sacerdotes, desesperados, se retorcían lo brazos. Los guardias de la Legión galopaban al acaso; había gente en la azoteas, en el torso de las estatuas y en las gavias de los buques. Pero Math seguía andando, y a cada paso que daba aumentaba la ira, pero también e terror. Vaciábanse las calles al aproximarse él; y ese torrente de hombres qu huían, llegaba por los dos lados hasta encima de las murallas. No se veían má que ojos muy abiertos, como para matarlo con la vista; dientes que rechinaban puños que amenazaban; se oían las imprecaciones de Salambó, que s multiplicaban.

De improviso, silbó una larga flecha, luego otra y una lluvia de piedras pero los tiros, mal dirigidos por miedo de tocar al zaimph, pasaban por encim de la cabeza de Matho. Convirtiendo el velo en escudo, lo embrazaba hacia l derecha, hacia la izquierda, hacia adelante y hacia atrás; y a nadie se le ocurrí un nuevo sistema de ataque. Andaba cada vez más aprisa, metiéndose por la calles. Al encontrarlas interceptadas con cuerdas, carros o trampas, se volví atrás. Llegó, finalmente, a la plaza de Kamón, donde murieron los baleares aquí se detuvo Matho, pálido como un sentenciado a muerte. Estaba perdido la multitud batía palmas.

Corrió hasta la gran puerta cerrada. Era muy alta, de robusta encina, co clavos de hierro y forrada de cobre. Matho la empujó. El pueblo, gozoso observaba su impotente furor; entonces, él se quitó una sandalia, escupi encima y golpeó los trofeos inmóviles. Toda la ciudad aulló. Olvidando e velo, iban a aplastarle. Matho miraba en rededor, febril, como poseído de sopor de un hombre embriagado. De pronto, reparó en la larga cadena de l que se tiraba para hacer maniobrar la báscula de la puerta. De un salto s agarró a ella de pies y manos, y, forcejeando, logró abrir las hojas de la puerta

Así que salió afuera, se quitó del cuello el gran zaimph y lo puso sobre s cabeza, lo más alto posible. El manto, sostenido por el viento del ma resplandecía al sol con sus colores, su pedrería y la figura de los dioses Llevándolo así, Matho atravesó toda la llanada hasta las tiendas de su soldados, mientras el pueblo, encima de las murallas, veía desaparecer l fortuna de Cartago.

VI

HANNÓN

—¡Debí habérmela traído! —decía por la noche Matho a Espendio—. Deb haberla arrancado de su casa. Nada me lo hubiera impedido.

Espendio no le escuchaba. Echado de espalda, descansaba a sus anchas, a lado de un gran jarro lleno de agua con miel, en la que metía a menudo l cabeza para beber más abundantemente.

—¿Qué hacer? —preguntaba Matho—. ¿Cómo volver a entrar en Cartago?

—No lo sé —contestaba Espendio.

Su impasibilidad exasperaba a Matho.

—¡Tú tienes la culpa! —añadió este—; tú me llevaste y me abandonast como un cobarde. ¿Por qué te he de obedecer? ¿Crees ser tú mi amo? ¡Ah prostituidor, esclavo, hijo de esclavo!

Rechinaba los dientes y amenazaba a Espendio con su ancha mano.

El griego no contestaba. Ardía una lámpara de arcilla colgada del palo de l tienda, en la que el zaimph resplandecía colgado de una panoplia.

De pronto, Matho se calzó los coturnos, se puso el peto de hojas de cobre y el casco.

—¿Adónde vas? —preguntó Espendio.

—Volveré. Déjame. ¡La traeré! Si me hacen frente, los aplastaré com víboras. ¡La haré morir, Espendio!... Sí, la mataré; ya lo verás: la mataré.

Espendio arrancó bruscamente el zaimph y lo colocó en un rincón poniendo encima pieles de oveja. Se oyeron voces, brillaron antorchas y entr Narr-Habas seguido de unos veinte hombres.

Llevaban mantos de lana blanca, largos puñales, collares de cuero pendientes de madera en las orejas y calzado de piel de hiena; parados en e umbral, se apoyaban en sus lanzas, como pastores que descansan. Narr-Haba era el más hermoso de todos; ceñían sus delgados brazos correas guarnecida

de perlas; una diadema de oro, al par que sostenía por detrás de su cabeza un amplio manto, ostentaba una pluma de avestruz que le colgaba por la espalda. Una continua risa le hacía enseñar los dientes; sus ojos parecían agudos como saetas, y toda su persona tenía un sello de distinción.

Declaró que venía a juntarse con los mercenarios, porque la República amenazaba desde hacía tiempo su reino. Le interesaba ayudar a los bárbaros y les podía ser útil.

—Os proveeré de elefantes, de que están llenas mis florestas, de vino, aceite, cebada, dátiles, resinas y azufre para los sitios; de veinte mil infantes y diez mil caballos. Si me dirijo a ti, Matho, es porque la posesión del zaimph te ha hecho el primero del ejército. Por lo demás, somos antiguos amigos.

Matho miraba a Espendio, que sentado sobre las pieles de carnero, hacía señales de asentimiento. Narr-Habas hablaba poniendo por testigos a los dioses y maldiciendo a Cartago. En sus imprecaciones rompió una azagaya. Su gente dio un gran alarido y Matho, transportado por estas demostraciones, dijo que aceptaba la alianza.

Trajeron un toro blanco y una oveja negra, símbolos del día y de la noche, y los degollaron al borde de una fosa. Cuando esta se llenó de sangre, metieron los hombres sus brazos en ella. Narr-Habas puso su mano en el pecho de Matho, y lo mismo hizo este con Narr-Habas. Repitieron estas señales en la tela de sus tiendas. Pasaron la noche comiendo, y se quemó el resto de la comida, juntamente con la piel, los huesos, los cuernos y las uñas de las reses sacrificadas.

Una inmensa aclamación había saludado a Matho cuando apareció con el velo de la diosa; aun aquellos que no creían en la religión cananea, estaban poseídos de un vago entusiasmo, como si les animara un genio. Nadie se preocupó de cómo fue tomado el zaimph; la forma misteriosa con que fue adquirido fue lo bastante para que los bárbaros legitimaran su posesión. Así pensaban los soldados de raza africana. Los otros, cuyo odio era menos antiguo, no sabían qué resolver. De haber habido barcos, se hubieran marchado en seguida.

Espendio, Narr-Habas y Matho enviaron hombres a todas las tribus del territorio púnico.

Cartago tenía extenuados a todos estos pueblos, con impuestos exorbitantes; las cadenas, el hacha y la cruz castigaban los retrasos y hasta las reclamaciones. Se debía cultivar todo lo que convenía a la República; dar todo lo que pedía. Nadie tenía derecho a poseer un arma; cuando se sublevaba una ciudad, sus habitantes eran vendidos. Los gobernadores eran estimados como

lagares, según la cantidad que producían. Más allá de las regiones sometidas a Cartago, estaban los aliados, que solo pagaban un módico tributo; detrás de los aliados vagaban los nómadas, que podían concitarse contra ellos. Por este sistema, las cosechas eran siempre abundantes, las plantaciones soberbias y magnífica la remonta caballar. El viejo Catón, maestro en esto de cultivos y de esclavos, se asombró de ello, noventa y dos años más tarde, y el grito de muerte que repetía en Roma no era sino la exclamación de un celo codicioso.

Durante la última guerra, habían redoblado las exacciones, por lo que las poblaciones de la Libia, casi todas, se habían entregado a Régulo. Para castigarlas, se exigió de ellas mil talentos, veinte mil bueyes, trescientos vasos de polvo de oro, anticipos de granos; los jefes de tribus fueron crucificados o echados a los leones.

Túnez, especialmente, detestaba a Cartago. Más antigua que la metrópoli no la perdonaba su engrandecimiento. Permanecía frente a sus murallas acurrucada en el fango, al borde del agua, como un animal venenoso. Las deportaciones, las matanzas, las epidemias, no la debilitaban. Había sostenido a Arcagate, hijo de Agatocles, y provisto de armas a los «Comedores de cosas inmundas».

Aún no habían partido los correos de los bárbaros y ya en las provincias estalló un regocijo universal. Sin esperar a más, se estranguló en los baños a los intendentes de las casas y a los funcionarios de la República; se sacaron de las cavernas las armas que estaban escondidas; con el hierro de los arados se forjaron espadas; los niños aguzaban en las puertas las azagayas; las mujeres daban sus collares, sortijas y pendientes y todo cuanto podía servir para la destrucción de Cartago. Todos querían contribuir a ella de algún modo. Los paquetes de lanzas se amontonaron en los poblados, como garbas de maíz. Se expidieron animales y dinero. Matho pagó pronto a los mercenarios los atrasos de su soldada, y por esta idea de Espendio fue nombrado general en jefe o *schalischim* de los bárbaros.

Al mismo tiempo, afluían los socorros en hombres: primero, la gente de raza autóctona; después, los esclavos. Fueron secuestradas las caravanas de negros, a los que se armó, y hasta los mercaderes que iban a Cartago se juntaron a los bárbaros creyendo sacar más provecho. Llegaban sin cesar bandas numerosas. Desde lo alto de la Acrópolis veíase cómo aumentaba el ejército.

Los guardias de la Legión hacían centinela en la plataforma del acueducto y cerca de ellos, de distancia en distancia, se levantaban cubas de cobre en las que hervían torrentes de asfalto. Abajo, en el llano, se agitaba

tumultuariamente la multitud de los bárbaros, con la incertidumbre y el vago temor que les inspiraban siempre las murallas.

Útica e Hippo-Zarita rehusaron su alianza. Colonias fenicias, como Cartago, se gobernaban por sí mismas y en sus tratados con la República hacían incluir cláusulas que les favorecieran. Sin embargo, respetaban a su hermana mayor y más fuerte, que las protegía; y no creían que un montón de bárbaros fuera capaz de vencerla; antes bien, que estos serían exterminados. Deseaban mantenerse neutrales y vivir tranquilas.

Pero su posición las hacía indispensables. Útica, en el fondo de un golfo, era el conducto por donde llegaba a Cartago el socorro de fuera. Tomada Útica, Hippo-Zarita, a seis leguas de la costa, haría sus veces, y así avituallada la metrópoli, sería inexpugnable.

Quería Espendio que se emprendiera inmediatamente el sitio; Narr-Haba se opuso, porque deseaba ir primero a la frontera. Tal era la opinión de los veteranos, la de Matho mismo; por lo que se resolvió que Espendio iría a atacar Útica, y Matho a Hippo-Zarita; el tercer cuerpo del ejército, apoyándose en Túnez, ocuparía el llano de Cartago, encargándose de esto Autharita. En cuanto a Narr-Habas, iría a su reino para traer elefantes, y con su caballería limpiar los caminos.

Las mujeres clamaron contra esta decisión, porque codiciaban las joyas de las damas púnicas. También protestaron los libios, porque se les llamó contra Cartago y los llevaban a otra parte. Únicamente partieron los soldados. Matho mandaba a sus compañeros, juntamente con los iberos, los lusitanos, los hombres de Occidente y de las islas; todos los que hablaban griego eligieron por jefe a Espendio, a causa del ingenio que veían en él.

Grande fue el estupor cuando en Cartago vieron moverse el ejército, el cual fue alejándose bajo la montaña de la Ariana, por el camino de Útica, del lado del mar. Una parte quedó delante de Túnez; el resto desapareció y volvió a aparecer al otro lado del golfo, en la linde del bosque, en donde se internó.

Eran quizás ochenta mil hombres. Las dos ciudades tirias no resistirían después tocaría el turno a Cartago. Un ejército considerable la amenazaba ocupando el extremo por la base, y pronto perecería por hambre la ciudad porque no podía vivir sin el auxilio de las provincias, ya que los ciudadanos, al contrario que en Roma, no pagaban contribuciones. A Cartago le faltaba genio político. Su eterno afán de ganancia le privaba de la prudencia que da más altas ambiciones. Galera anclada en la arena líbica, se sostenía a fuerza de trabajo. Las naciones, como las olas, mugían en torno de ella; la menor tempestad quebrantaba esa formidable máquina.

El tesoro estaba agotado por la guerra romana y por todo lo que se había gastado y disipado en el trato con los bárbaros; pero se necesitaban soldados, y ningún Gobierno se fiaba de la República. Tolomeo le había negado dos mil talentos. Además, el robo del velo les descorazonaba, como lo había previsto Espendio.

Pero este pueblo, que se sentía odiado, apretaba contra su pecho el oro y los dioses; y su patriotismo era alimentado por la misma constitución de su Gobierno.

En primer lugar, el poder dependía de todos, sin que nadie fuera lo bastante fuerte para acapararlo. Las deudas particulares eran consideradas como deudas públicas; los hombres de raza cananea tenían el monopolio del comercio multiplicando los beneficios de la piratería con los de la usura, explotando rudamente las tierras, los esclavos y los pobres, se labraban algunas veces una fortuna. Todos podían optar a las magistraturas; y si bien el poder y el dinero se perpetuaban en las mismas familias, se toleraba la oligarquía, porque se abrigaba la esperanza de alcanzarla.

Las sociedades de comerciantes, en las que se elaboraban las leyes escogían los inspectores de hacienda, quienes al abandonar el cargo nombraban los cien miembros del Consejo de los Ancianos, dependientes a su vez de la Gran Asamblea o reunión general de todos los ricos. Los dos Sufetas eran un vestigio de reyes, menos que cónsules, y se elegían el mismo día de dos familias distintas. Se les dividía por toda clase de odios, para que se debilitaran recíprocamente. No podían deliberar sobre la guerra, y en caso de vencimiento, eran crucificados por el Gran Consejo.

De suerte que la fuerza de Cartago emanaba de los Sisitas, es decir, de una gran corte en el centro de Malqua, en el sitio donde según la tradición había abordado la primera barca fenicia, habiéndose retirado el mar desde entonces un gran trecho. Era un conjunto de pequeños aposentos de arquitectura arcaica de troncos de palmera con esquinas de piedra y separadas unas de otras para recibir aisladamente las diferentes compañías. Los ricos se amontonaban allí todo el día para debatir acerca de sus intereses y los del Gobierno, desde la busca de la pimienta hasta el exterminio de Roma. Tres veces en cada luna hacían subir sus lechos a la alta azotea que bordeaba el muro del patio, y desde abajo podía vérseles banqueteando en el aire, sin coturnos y sin mantos, con los diamantes de sus dedos, que manoseaban las viandas, y con sus grandes anillos en las orejas, que colgaban entre los jarros; fuertes todos y gordos medio desnudos, felices, riendo y devorando en pleno azur, como enormes tiburones que se agitan en el mar.

Pero al presente no podían disimular su inquietud y estaban harto pálidos la turba que les esperaba en las puertas los escoltaba hasta sus palacios para saber alguna noticia. Como en tiempo de peste, todas las casas estaban cerradas; llenábanse las calles y se vaciaban en seguida; subían a la Acrópolis corrían al puerto; el Gran Consejo deliberaba todas las noches. Por fin, el pueblo fue convocado en la plaza de Kamón y se resolvió llamar a Hannón, el vencedor de Hecatompila.

Era un hombre devoto, astuto, implacable para la gente de África; un verdadero cartaginés. Sus rentas igualaban a las de Barca. Nadie tenía como él experiencia tan probada en cosas de administración.

Decretó el enrolamiento de todos los ciudadanos útiles, puso catapultas en las torres, exigió provisiones exorbitantes de armas y ordenó la construcción de catorce galeras que no se necesitaban. Se hacía llevar al arsenal, al faro, el tesoro de los templos; se veía siempre su gran litera, balanceándose de grada en grada, subiendo la escalinata de la Acrópolis. De noche, en su palacio como no podía dormir, para prepararse para la batalla, ordenaba, con voz terrible, maniobras de guerra.

Todo el mundo, por exceso de terror, se volvía belicoso. Los ricos, al canto del gallo, se alineaban a lo largo de los Mapales, y remangándose las túnicas se ejercitaban en el manejo de la pica. Pero faltos de instructor, disputaban constantemente. Se sentaban sin aliento sobre las tumbas, y vuelta a empezar. Muchos de ellos se impusieron un régimen; unos, imaginándose que convenía comer mucho para tomar fuerza, se ponían ahítos; otros, molestos por su corpulencia, se extenuaban con ayunos para adelgazar.

Útica había reclamado ya muchas veces el socorro de Cartago.

Pero Hannón no quería partir en tanto faltara un tornillo a la máquina de guerra. Así perdió tres lunas en equipar los ciento doce elefantes que se alojaban en los fuertes; eran los vencedores de Régulo; el pueblo los acariciaba, y mucho se podía hacer con estos viejos amigos. Hannón hizo refundir las placas de cobre con que se les guarnecía el pecho, dorar sus colmillos, alargar sus torres y tallar en la púrpura hermosos caparazones bordados con pesadas franjas. En fin, como sus conductores venían de las Indias, por haber llegado los primeros de aquella parte, ordenó que fueran todos vestidos a la usanza india, esto es, con un rodete blanco alrededor de las sienes y un pequeño calzón de viso, que formaba con sus pliegues transversales, como dos valvas de una concha aplicada sobre los muslos.

El ejército de Autharita seguía delante de Túnez, oculto detrás de un muro hecho con el fango del lago y defendido en la cima por espinosa maleza. Los

negros habían erizado allí en grandes estacas horribles figuras, máscara humanas hechas con plumas de pájaros, cabezas de chacal o de serpientes, qu abrían la boca cara al enemigo, a fin de amedrentarle; y estimándos invencibles por este medio, los bárbaros bailaban y hacían juglerías convencidos de que Cartago no tardaría en sucumbir. Otro que no fuer Hannón, hubiera aplastado fácilmente esa multitud, estorbada por ganados mujeres. Además, no comprendían ninguna maniobra, y Autharita desalentado, nada les exigía.

Se hacían a un lado cuando este pasaba mirándoles con sus ojazos azules Llegado al borde del lago, se quitaba su sayo de piel de foca, desataba l cuerda que ataba su roja cabellera y sumergía esta en el agua. Sentía no habe desertado a los romanos con los dos mil galos del templo de Erix.

A menudo, en la mitad del día, el sol se obscurecía de pronto, y el golfo la alta mar parecían inmóviles, como plomo derretido. Una nube de obscur polvo, perpendicularmente esparcido, venía en torbellino; se encorvaban la palmeras, desaparecía el cielo, se oían rebotar las piedras en la grupa de lo animales, y el galo, con los labios pegados a los agujeros de su tienda resollaba de melancolía y de agotamiento. Soñaba con el olor de los pastos e las mañanas de otoño, con los copos de nieve, con los bramidos de los uro perdidos en la niebla, y, entornando los párpados, creía ver los hogares de la cabañas, cubiertas de paja, rielar en los pantanos en el fondo del boscaje.

Otros, a más de él, añoraban la patria, si bien no estaba tan lejana. Lo cartagineses cautivos podían distinguir más allá del golfo, en los declives d Byrsa, los toldos de sus casas extendidos en los patios. Pero estaban siempr rodeados de centinelas, y se les tenía atados a una misma cadena. Llevab cada uno una argolla de hierro, y la multitud no se cansaba de venir a verlos Las mujeres mostraban a sus hijos sus hermosas túnicas convertidas e andrajos, que colgaban de sus flácidos miembros.

Cuantas veces Autharita miraba a Giscón se acordaba de la injuria que est le había inferido; le hubiera matado, a no ser por el juramento que había hech a Narr-Habas. Se contentaba con entrar en su tienda, tomar un brebaj compuesto de cebada y comino, hasta caer embriagado, para despertar con l fuerza del sol, devorado por una sed horrible.

Matho sitiaba a Hippo-Zarita.

Esta ciudad estaba protegida por un lago que comunicaba con el mar. Tení tres recintos, y en las alturas que la dominaban se extendía un muro co torreones. Jamás se había visto Matho en tales empresas. Además, el recuerd de Salambó le obsesionaba, y soñaba con los encantos de su belleza, como e las delicias de una venganza que le transportaba de orgullo. Era una necesida de verla, acre, furiosa, permanente. Pensaba en ofrecerse como parlamentario confiando que una vez en Cartago, llegaría a su lado. A menudo hacía toca asalto, y sin esperar a más, se lanzaba sobre las defensas de los sitiados Arrancaba las piedras con las manos, desbarataba, golpeaba, hundía en todo s espada. Los bárbaros se precipitaban en montón; se rompían las escalas co estrépito y se despeñaban racimos de hombres al agua, que rompía en ola sangrientas contra las murallas. El tumulto se debilitaba y los soldado concluían por alejarse, para volver a empezar después.

Matho iba a sentarse fuera de las tiendas; se enjugaba con el brazo su car manchada de sangre, y vuelto hacia Cartago, miraba el horizonte.

Frente a él, entre olivares, palmeras, mirtos y plátanos, se desplegaban do anchos estanques que se unían a otro lago, del que no se veían los contornos Por detrás surgía una montaña entre otras montañas, y en medio del lag inmenso se erguía una isla toda negra y de forma piramidal. Hacia l izquierda, en la extremidad del golfo, montones de arena semejaban grande olas azules detenidas, en tanto que el mar, plano como un enlosado d lapislázuli, subía incesantemente hasta el borde del cielo. El verdor de l campiña desaparecía en algunos sitios bajo largas placas amarillas; la algarrobas brillaban como botones de coral; caían pámpanos de la cima de lo sicomoros; oíase el murmullo del agua; saltaban las alondras crestadas, y lo últimos rayos del sol doraban el caparazón de las tortugas, que salían de lo juncos para aspirar la brisa.

Lanzaba Matho grandes suspiros. Se acostaba boca abajo; hundía las uña en tierra y lloraba; se sentía miserable, infeliz, abandonado. No la poseerí jamás, ni tampoco podría apoderarse de la ciudad.

Por la noche, solo en su tienda, contemplaba el zaimph. ¿De qué le servía esta prenda de los dioses? Y surgían dudas en el pensamiento del bárbaro Luego le parecía, por el contrario, que el manto de la diosa pertenecía Salambó y que una parte de su alma flotaba más sutil que un aliento; y l palpaba, lo olía, hundía la cara en él, lo besaba gimiendo y se lo arrollaba a la espaldas para forjarse la ilusión de estar cerca de ella.

Otras veces huía de repente. A la luz de las estrellas daba zancadas entre lo soldados, que dormían envueltos en sus mantos; y al llegar a las puertas de campamento, se lanzaba a caballo, y dos horas después se encontraba e Útica, en la tienda de Espendio.

Empezaba hablándole del sitio; pero no había venido sino para aliviar s dolor hablando de Salambó. Espendio le aconsejaba que fuera cuerdo.

—¡Rechaza de tu alma estas miserias que te degradan! ¡Antes obedecías ahora mandas un ejército, y si no conquistamos Cartago, al menos se no darán provincias y seremos reyes!

Pero ¿por qué la posesión del zaimph no les daba la victoria? Segú Espendio, era cuestión de tiempo.

Se imaginaba Matho que el velo pertenecía exclusivamente a los hombre de raza cananea, y en su sutileza de bárbaro, se decía: «El zaimph no har nada por mí; pero, puesto que lo han perdido, tampoco hará nada por ellos.»

En seguida le atormentaba un escrúpulo. Tenía miedo de ofender a Moloc adorando a Aptouknos, dios de los libios; y preguntaba tímidamente Espendio a cuál de los dioses sería mejor sacrificar un toro.

—¡Sacrifica siempre! decía Espendio, riendo.

Matho, que no comprendía esta indiferencia, sospechó que el griego tení un Genio del que no quería hablar.

Todos los cultos, como todas las razas, se encontraban en estos ejércitos d bárbaros, pero se respetaban los dioses ajenos, porque también inspiraba temor. Muchos mezclaban con su religión nativa prácticas extranjeras. Tenía a gala no adorar las estrellas, o bien siendo tal constelación funesta o propici se la hacían sacrificios; un amuleto desconocido, encontrado por casualidad e un peligro, se convertía en divinidad, o era un nombre, nada más que u nombre, que se repetía sin tratar de comprender lo que podía significar. A fuerza de haber saqueado templos, de ver sinnúmero de naciones y d degüellos, muchos concluían por no creer más que en el destino y en l muerte, y todas las noches dormían con la placidez de las bestias feroces Espendio había escupido a las efigies de Júpiter Olímpico, y, sin embargo temía hablar en alta voz en las tinieblas, y no olvidaba nunca calzarse primer el pie derecho.

Frente a Útica levantaba una gran terraza cuadrangular; pero a medida qu esta subía, también se agrandaba la fortificación; lo que unos derribaban, cas inmediatamente se veía reedificado por los otros. Espendio economizaba s gente, soñaba planes; procuraba recordar las estratagemas que había oíd contar en sus viajes. ¿Por qué no volvía Narr-Habas? Todo eran inquietudes.

Hannón había terminado sus aprestos bélicos. En una noche sin luna hizo atravesar en almadías, a sus elefantes y soldados, el golfo de Cartago. Doblaron luego la montaña de las Aguas Calientes para esquivar a Autharita, y siguieron con tanta lentitud, que en vez de sorprender a los bárbaros por la mañana, como había calculado el Sufeta, se llegó ya muy entrado el tercer día.

Útica tenía del lado del Oriente un llano que se extendía hasta la gran laguna cartaginesa; detrás de ella se abría en ángulo recto un valle entre dos montañas bajas, que de pronto se cortaban. Los bárbaros estaban acampados más lejos, a la izquierda, procurando bloquear el puerto, y dormían en sus tiendas, cuando se presentó el ejército cartaginés, dando un rodeo a las colinas.

Los honderos estaban repartidos en las dos alas. Los guardias de la Legión con sus armaduras de escamas de oro, formaban la primera línea, con sus pesados caballos sin crines, sin pelo y sin orejas y en mitad de la frente un cuerno de plata para parecerse a los rinocerontes. Entre estos escuadrones, los jóvenes, cubiertos con un pequeño casco, blandían en cada mano una azagaya de fresno; detrás venía la infantería de línea con sus largas picas. Todos estos mercaderes acumulaban en sus cuerpos el mayor número posible de armas: había quien llevaba a un tiempo lanza, hacha, maza y dos espadas, y quienes como puercoespines, estaban erizados de dardos y ceñían corazas con lámina de cuerno o placas de hierro. En último término iban los armatostes de las máquinas de guerra: carrobalistas, onagros, catapultas y escorpiones oscilando en carretas arrastradas por mulas y cuadrigas de bueyes. A medida que el ejército se desplegaba, los capitanes corrían a derecha e izquierda comunicando órdenes, haciendo estrechar las filas y conservando los intervalos. Aquellos de los Ancianos que mandaban, habían acudido con cascos de púrpura, cuyas franjas magníficas llegaban hasta las correas de los coturnos. Sus caras, pintadas de bermellón, brillaban bajo enormes cascos rematados por dioses; y como sus escudos eran de marfil esmaltado de piedras preciosas, parecían soles que pasaban por murallas de cobre.

Los cartagineses maniobraban con tanta pesadez, que los bárbaros, por irrisión, les invitaban a sentarse, gritándoles que irían pronto a vaciarles los gordos vientres, raspar el dorado de su piel y hacerles beber hierro.

En lo alto del mástil o cucaña clavado delante de la tienda de Espendio apareció la señal, que era un jirón de tela verde. El ejército cartaginés contestó con un estrépito de trompetas, de címbalos, de flautas hechas con huesos de asnos y de tímpanos. Ya los bárbaros habían saltado fuera de las empalizadas. Los combatientes estaban cara a cara, a tiro de las azagayas.

Un hondero balear dio un paso adelante, puso en su honda una bola d arcilla y remolineó el brazo: enfrente se rompió un escudo de cobre, y los do ejércitos se mezclaron.

Los griegos, pinchando a los caballos en las narices con las puntas de la lanzas, les encabritaron y derribaron a sus jinetes. Los esclavos encargados d disparar piedras las habían cogido tan grandes que no podían lanzarlas lejos Los infantes púnicos, dando mandobles con sus espadones, descubrían s flanco derecho. Los bárbaros adelantaron sus líneas, degollaban en masa pisoteaban moribundos y cadáveres, cegados por la sangre que les llenaba l cara. Este montón de picas, cascos, corazas, espadas y miembros disperso giraba sobre sí mismo, ensanchándose o estrechándose con contraccione elásticas. Las cohortes cartaginesas se vaciaban cada vez más; sus máquina no podían salir de las arenas; por fin, la gran litera del Sufeta, con arambele de cristal que se viera al empezar la batalla, oscilando entre los soldados como una barca sobre las olas, cayó derribada. ¿Habría muerto Hannón? Lo bárbaros se vieron solos.

El polvo se había desvanecido, y ya empezaban a cantar victoria cuando h aquí que Hannón apareció en lo alto de un elefante. Iba desnuda la cabeza bajo un quitasol de viso que llevaba un negro detrás de él. Su collar de placa azules flotaba sobre las flores de la túnica negra; círculos de diamantes ceñía sus enormes brazos, y, abierta la boca, blandía una pica desmesurada, con l punta en forma de loto y más brillante que un espejo. La tierra pareció rajarse y vieron los bárbaros aparecer en una sola línea todos los elefantes de Cartago con sus colmillos dorados, las orejas pintadas de azul, cubiertos de bronce sacudiendo por encima de sus caparazones de escarlata las torres de cuero, en cada una de estas tres arqueros con un gran arco abierto.

Apenas si los bárbaros conservaban sus armas, y estaban formados a acaso. El terror los dejó helados y quedaron indecisos.

De lo alto de las torres venían los tiros de las jabalinas, de las flechas, d las faláricas y masas de plomo; algunos, para subir, se agarraban a las franja de los caparazones, pero les cortaban las manos con cuchillos y caían d espaldas con sus espadas. Quebrábanse las picas, y los elefantes atravesaba las falanges como jabalíes entre matas de hierba. Con sus trompas arrancaba las estacas del campamento y lo recorrían de un extremo a otro, derribando la tiendas con sus pechos. Todos los bárbaros huyeron, ocultándose en las colina que rodeaban el valle por donde vinieron los cartagineses.

Hannón, vencedor, se presentó ante las puertas de Útica. Hizo sonar l trompeta, y los tres jueces de la ciudad aparecieron en las almenas de un

torre.

Los habitantes de Útica no querían admitir huéspedes tan bien armados. A fin, ante la insistencia de Hannón, consintieron en recibirle con una pequeña escolta.

Las calles eran demasiado estrechas para que pasaran los elefantes, y hubo de dejarlos fuera.

Entrado el Sufeta en la ciudad, los notables vinieron a saludarle. Hannón se hizo llevar a los baños y llamó a sus cocineros.

Pasaron tres horas y todavía estaba hundido en el aceite de cinamomo que llenaba una tina; mientras se bañaba comía, sobre una piel de buey, lenguas de flamencos con granos de adormidera sazonados con miel. A su lado, su médico griego, envuelto en una larga túnica amarilla, hacía calentar la estufa y dos mancebos, doblados en las gradas del baño, frotaban las piernas del Sufeta. Pero los cuidados de su cuerpo no obstaban al amor de la cosa pública y al mismo tiempo dictaba una carta para el Gran Consejo, al cual consultaba qué castigo terrible se daría a los prisioneros.

—Espera —dijo al esclavo amanuense que escribía de pie, en el hueco de su mano—. ¡Que me los traigan! ¡Quiero verlos!

Del fondo de la sala, llena de un vapor blanquecino, manchado por el resplandor de las antorchas, empujaron a tres bárbaros: un samnita, un espartano y un capadocio.

—Continúa —dijo Hannón, dictando al esclavo.

«¡Regocijaos, luz de los Baales! ¡Vuestro Sufeta ha exterminado a los perros voraces! ¡Bendiciones sobre la República! Ordenad preces en acción de gracias.»

Mirando a los prisioneros, les dijo, con grandes risotadas:

—¡Ah, ah, mis valientes de Sicca! ¡Hoy no gritáis tan fuerte! Soy yo. ¿Me conocéis? ¿Dónde están vuestras espadas? ¡Vaya! ¡Sois unos hombres terribles!

Y amagaba esconderse, como si les tuviera miedo.

—Me pedíais caballos, mujeres, tierras, magistraturas y sacerdocios quizás. ¿Por qué no?... Pues bien, yo os daré tierras de las que no saldréis nunca. ¡Se os casará en picotas nuevecitas! ¿Vuestra soldada? Se os fundirán en la boca lingotes de plomo. Os pondré en altos puestos, muy altos, entre las nubes, para que se os acerquen las águilas.

Los tres bárbaros, cabelludos y cubiertos de harapos, le miraban sin comprender lo que él les decía. Heridos en las rodillas, se les había cogido echándoles cuerdas, y las gruesas cadenas de sus manos arrastraban sobre las losas. Hannón se indignó de su impasibilidad.

—¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡Chacales, mendrugos, miseria, excrementos —Los infelices no chistaban—. ¡Basta! ¡Callaos! ¡Que se les desuelle vivos ahora mismo!

Y soplaba como un hipopótamo, girando los ojos. El perfumado aceite desbordaba por la masa de su cuerpo, y pegándose a las escamas de su piel, la hacía aparecer rosada a la luz de las antorchas.

Siguió diciendo:

—Nosotros hemos sufrido mucho calor durante cuatro días. En el paso de Macar se perdieron las mulas. A pesar de su posición, del valor extraordinario... ¡Ah, Demónides! ¡Cómo sufro! ¡Que se calienten los ladrillos y que se pongan al rojo!

Se oyó un ruido de palas y de hornos. Humeó más fuerte el incienso en las anchas cazoletas, y los masajistas, enteramente desnudos, sudando como esponjas, le frotaron las articulaciones con una pasta compuesta de harina, azufre, vino negro, leche de perra, mirra, gálbano y estoraque. Sed intensa le devoraba: el hombre de la túnica amarilla no cedió a este deseo, y alargándole una copa de oro en la que humeaba un caldo de víbora:

—Bebe —le dijo—, para que la fuerza de las serpientes, nacidas del Sol penetre en la médula de tus huesos y tomes valor, ¡oh, reflejo de los dioses! Tú sabes, además, que un sacerdote de Eschmún observa alrededor del Can las estrellas crueles de donde proviene tu enfermedad, y que ya palidecen como las manchas de tu piel; ¡porque tú no debes morir!

—¡Oh, sí —repitió el Sufeta—: yo no debo morir!

Y de sus labios amoratados se escapaba un aliento más nauseabundo que el olor de un cadáver. Dos carbones encendidos parecían sus ojos, que no tenían cejas; le colgaba de la frente un montón de rugosa piel; sus orejas, separándose de la cabeza, empezaban a alargarse, y las arrugas profundas que formaban semicírculos en torno de sus narices, le daban un aspecto extraño y horripilante, el aire de una bestia feroz. Su voz alterada parecía un rugido.

—¡Demónides, tal vez tengas razón! En efecto, mis úlceras empiezan a cerrarse. Me siento robusto. Mira, mira cómo devoro.

Y menos por gula que por ostentación, y para demostrarse a sí mismo que tenía buen apetito, devoraba rellenos de queso y de orégano, pescados sin espinas, rábanos y ostras, juntamente con huevos, calabacines, trufas y sarta

de pajaritos. Mirando a los prisioneros se deleitaba pensando en el suplicio que iba a darles. Sin embargo, se acordaba de Sicca, y la rabia de todos sus dolores se desahogaba en injurias contra los tres bárbaros.

—¡Ah, traidores, miserables, infames, malditos! ¡Me ultrajasteis, a mí, el Sufeta! ¡Sus servicios, el precio de su sangre, como ellos dicen! ¡Ah! ¡Sí, su sangre, su sangre! —Luego, hablando consigo mismo: «¡Morirán todos! ¡No quedará uno solo! Valdría más llevarlos a Cartago...; pero no he traído cadenas bastantes. ¡Que las traigan! ¿Cuántos son? Que vayan a preguntárselo a Mutumbal. ¡Bah! ¡Nada de piedad! ¡Que me traigan en cestas todas las manos cortadas!»

A todo esto, gritos roncos y agrios llegaban a la sala, ahogando la voz de Hannón y el ruido de los platos que le servían. Redoblaron aquellos, y de pronto estalló el bramido furioso de los elefantes, como si empezara otra batalla. Gran tumulto agitaba la ciudad.

Los cartagineses no habían intentado perseguir a los bárbaros. Acampados aquellos al pie de las murallas, con sus bagajes, sirvientes y todo el tren de los sátrapas, se regocijaban en sus hermosas tiendas de bordados de perlas mientras que el campo de los mercenarios parecía un montón de ruinas en la llanada. Espendio había recobrado su valor. Envió a Zarxas que se avistara con Matho, recorrió los bosques, juntó hombres (las pérdidas no habían sido considerables), y rabiosos de haber sido vencidos sin combatir, reformaban sus líneas, cuando descubrieron una cuba de petróleo, abandonada sin duda por los cartagineses. Espendio hizo traer cerdos de las granjas, los untó de betún, les prendió fuego y los lanzó sobre Útica.

Los elefantes, asustados por estas llamas, huyeron. El terreno era en subida; se les tiraba azagayas, y volvieron atrás, y con los colmillos y los pies destrozaban a los cartagineses, ahogándolos y aplastándolos. Tras ellos, los bárbaros bajaban la colina; el campo púnico, que estaba sin parapetos, a la primera carga fue saqueado, y los cartagineses se vieron aplastados contra las puertas, porque los de Útica no quisieron abrirlas por miedo a los mercenarios.

Apuntaba el día, y del lado de Occidente se vieron llegar los infantes de Matho, al mismo tiempo que los jinetes númidas de Narr-Habas. Saltando por sobre torrentes y maleza perseguían a los fugitivos, como cazadores que cazan liebres. Este cambio de fortuna interrumpió al Sufeta. Gritó para que vinieran a ayudarle a salir del baño.

Los tres cautivos seguían delante de él. Un negro, el mismo que en la batalla llevaba el quitasol, le dijo algo al oído.

—¡Bueno! —respondió el Sufeta—. ¡Mátalos!

El etíope sacó del cinturón un largo puñal y las tres cabezas cayeron. Una de ellas, rebotando entre los restos del festín, fue a saltar en la tina y flotó por algún tiempo, con la boca abierta y los ojos fijos. La luz de la mañana entraba por las hendiduras del muro; los tres cuerpos manaban como tres fuentes una sangre que cubría los mosaicos, arenados con polvo azul. El Sufeta mojó sus manos en este fango caliente y se frotó las rodillas. Era un remedio.

Venida la noche, escapó de la ciudad con su escolta y se retiró a la montaña para reunirse con el ejército, cuyos restos logró encontrar.

Cuatro días después estaba en Gorza, en lo alto de un desfiladero, cuando las tropas de Espendio se presentaron abajo. Veinte buenas lanzas, atacando a frente de la columna, las hubieran detenido fácilmente; pero los cartagineses las dejaron pasar, estupefactos. Hannón reconoció a retaguardia al rey de los númidas. Narr-Habas se inclinó para saludarle, y le hizo un signo que el Sufeta no comprendió.

Regresó a Cartago con mil terrores, andando únicamente de noche y ocultándose de día en los olivares. En cada etapa morían algunos, y todos se creyeron perdidos. Al fin llegaron al Cabo Hermeo, donde los recogieron los bajeles.

Hannón estaba tan fatigado, tan desesperado, sobre todo por la pérdida de los elefantes, que pidió veneno a Demónides, para acabar de una vez. Ya se veía crucificado.

Cartago no tuvo valor para indignarse contra él. Se habían perdido cuatrocientos mil novecientos setenta y dos siclos de plata, quince mil seiscientos veinte y tres shequels de oro, diez y ocho elefantes, catorce miembros del Gran Consejo, trescientos ricos, ocho mil ciudadanos, trigo para tres lunas, un bagaje considerable y todas las máquinas de guerra. La defección de Narr-Habas era cierta; iban a empezar los dos sitios. El ejército de Autharita se extendía ahora de Túnez a Radés. Desde lo alto de la Acrópoli se veían en la campiña largas humaredas que subían al cielo; eran las granjas de los ricos que estaban ardiendo.

Solo un hombre hubiera podido salvar la República. Todos se arrepentían de haberle desdeñado, y el mismo partido de la paz votó los holocaustos para el regreso de Amílcar.

La pérdida del zaimph había trastornado a Salambó. Creía oír de noche los pasos de la Diosa, y se despertaba asustada, dando gritos. Enviaba todos los días comida a los templos. Taanach se fatigaba cumpliendo sus órdenes, y Schahabarim no se apartaba de su lado.

VII

AMÍLCAR BARCA

El Anunciador de las Lunas, que velaba todas las noches desde lo alto de templo de Eschmún para señalar con la trompeta las agitaciones del astro, vi una mañana, del lado de Occidente, algo semejante a un pájaro rozando co sus largas alas la superficie del mar.

Era un navío con tres bancos de remos, y llevaba en la proa un caball esculpido. Se elevaba el sol; el Anunciador de las Lunas se puso la man delante de los ojos, y empuñando el clarín dio un gran trompetazo sobr Cartago.

Salió gente de todas las casas; no creyendo en las palabras, disputaban, y e muelle se llenaba de pueblo. Al fin fue reconocida la trirreme de Amílcar.

Avanzaba orgullosa y feroz: enhiesta la antena, abombada la vela en toda l longitud del mástil, hendiendo la espuma alrededor de ella; sus gigantesco remos batían el agua con cadencia; a intervalos aparecía la extremidad de l quilla, hecha como reja de arado, y bajo el espolón en que terminaba la proa el caballo de cabeza de marfil, enderezándose sobre sus dos pies, parecí correr sobre las llanuras del mar.

Junto al promontorio cesó el viento, cayó la vela y se vio al lado del pilot un hombre de pie, con la cabeza descubierta: era él, ¡el Sufeta Amílcar Llevaba alrededor de los muslos láminas de hierro relucientes; rojo mant pendía de sus hombros, dejando ver los brazos; dos perlas muy larga colgaban de sus orejas, y una barba negra y muy poblada le llegaba hasta e pecho.

La galera iba sorteando los escollos, costeaba el muelle, y la multitud l seguía a lo largo de la escollera, gritando:

—¡Salud! ¡Bendición! ¡Ojo de Kamón! ¡Ah! Sálvanos. La culpa es de lo ricos. ¡Quieren hacerte morir! ¡Guárdate, Barca!

Este no contestaba, como si el clamor de los mares y de las batallas l hubieran dejado completamente sordo; pero así que estuvo bajo la escalinat que bajaba de la Acrópolis, alzó la cabeza, y con los brazos cruzados miró e templo de Eschmún. Levantó más la mirada al cielo puro; con áspera voz di una orden a sus marineros; brincó la trirreme, arañó el ídolo puesto en e ángulo del muelle para contener las tempestades, y en el puerto comercial lleno de inmundicias, de astillas de madera y de cortezas de frutas, echab atrás, embistiéndolos, a los navíos amarrados a estacas y rematados po mandíbulas de cocodrilo. Corría el pueblo y muchos se echaron a nado. L galera había llegado ya ante la puerta erizada de clavos. Se levantó esta y l trirreme desapareció bajo la profunda bóveda.

El puerto militar estaba completamente separado de la ciudad. Cuand venían embajadores tenían que pasar entre dos murallas, por un corredor qu desembocaba a la izquierda, ante el templo de Kamón. Esta gran plaza d agua, redonda como una copa, tenía un cerco de muelles en los que hab dársenas para abrigar los bajeles. Delante de cada una de estas subían do columnas, con cuernos de Ammón en sus capiteles, lo que constituía un sucesión de pórticos alrededor del puerto. En medio, en una isla, se levantab la casa del Sufeta del mar.

El agua era tan limpia que se veía el fondo, pavimentado con guijarro blancos. El ruido de las calles no llegaba hasta allí; a su paso veía Amílcar la trirremes que antes había mandado.

Ya no quedaban arriba de una veintena de estas, varadas o con la quilla a aire, con las popas muy altas y las proas abombadas, cubiertas de dorados y d símbolos místicos. Las quimeras habían perdido sus alas; los dioses Pateques sus brazos; los toros, sus cuernos de plata, y todas medio despintadas, inertes podridas, pero llenas de historia y exhalando aún el olor de los viajes, com soldados mutilados que volvían a ver a su jefe y parecían decirle: ¡Somo nosotras, somos nosotras!; ¡y tú también eres un vencido!

Ninguno, excepto el Sufeta del mar, podía entrar en la casa-almirante. E tanto no se tenía la prueba de su muerte, se le consideraba siempre como vivo Los Ancianos evitaban por este medio un jefe más; con respecto a Amílcar, n habían faltado a la costumbre.

El Sufeta entró en las desiertas habitaciones. A cada paso encontrab armaduras, muebles, objetos conocidos y que, sin embargo, le extrañaban; e el vestíbulo se conservaba todavía, en una cazoleta, la ceniza de los perfume quemados en la partida para conjurar a Melkart. ¡No esperaba Amílcar volve de este modo! Recordó cuanto hiciera y cuanto vio: asaltos, incendios

legiones, tempestades, Drepanum, Siracusa, Lilibea, el monte Etna, la planicie de Erix, cinco años de batallas hasta el funesto día en que, deponiendo las armas, se perdió Sicilia. Después volvía a ver los bosques de limoneros, los pastores con cabras en las montañas grises, y su corazón brincaba al pensar en otra Cartago fundada en otra orilla. Sus proyectos, sus recuerdos zumbaban en su cabeza, aún aturdida por el vaivén del bajel; le abrumaba la angustia, y débil, de pronto, sintió la necesidad de acercarse a los dioses.

Para esto subió al último piso de la casa, y sacando de una concha de oro suspendida de su brazo, una espátula guarnecida con clavos, abrió una pequeña habitación oval, alumbrada tibiamente por delgadas rodajas negras empotradas en la muralla y transparentes como vidrio.

Entre las filas de aquellos discos iguales, había agujeros parecidos a los de las urnas de un columbario. Cada uno contenía una piedra redonda, obscura, y que parecía muy pesada. Las personas de espíritu superior eran las únicas que adoraban estas *abadires* caídas de la luna. Por su caída, significaban los astros el cielo, el fuego; por su color, la noche tenebrosa, y por su densidad, la cohesión de las cosas terrestres. Una pesada atmósfera llenaba el místico recinto. Arena marina que el viento había empujado sin duda a través de la puerta, blanqueaba en cierto modo las piedras redondas metidas en los nichos. Amílcar, con la punta del dedo, las contó una a una; luego se tapó la cara con un velo de color de azafrán y, cayendo de rodillas, se echó en el suelo con los brazos extendidos.

La luz del día penetraba por los vidrios negros; arborescencias, montículos torbellinos, contornos de vagos animales se dibujaban en la espesura diáfana y la luz llegaba terrible y pacífica sin embargo, como debe existir por detrás del sol, en los obscuros espacios de las creaciones futuras. Barca se esforzaba en alejar de su pensamiento todas las formas, todos los símbolos y los nombres de los dioses, a fin de recoger el espíritu inmutable que las apariencias ocultan. Algo de las vitalidades planetarias se infiltraba en él, en tanto sentía hacia la muerte y hacia todos los azares un desdén más sabio y más intrépido. Al levantarse, estaba lleno de un valor sereno, invulnerable a la misericordia y al temor, y como sentía oprimido el pecho, subió a la torre que dominaba a Cartago.

La ciudad se extendía ahondándose en una larga curva, con sus cúpulas sus templos, sus techos de oro, sus casas, sus palmares, sus bolas de vidrio que resplandecían como fuego, y sus fortificaciones, que constituían como la gigantesca orla de este cuerno de abundancia que se abría hacia él. Amílcar distinguió abajo los puertos, las plazas, el interior de los patios, el trazado de

las calles y los hombres parecían muy pequeños a ras del pavimento. ¡Ah! ¡S Hannón no hubiera llegado demasiado tarde a las islas Egates! Su mirada s abismó en el límite del horizonte y extendió hacia Roma sus brazo temblorosos.

La multitud ocupaba las gradas de la Acrópolis. En la plaza de Kamón s empujaban por ver salir al Sufeta, y las azoteas se iban poblando de gente algunos le vieron, le saludaron, y él se retiró, a fin de excitar más l impaciencia del pueblo.

Amílcar encontró en la sala a los hombres más importantes de su partido Istatten, Subeldia, Hictamon, Jeubas y otros, los cuales le contaron todo lo qu había pasado desde la firma de la paz: la avaricia de los Ancianos, la partid de los soldados y su vuelta, sus exigencias, la captura de Giscón y el robo de zaimph; Útica socorrida y luego abandonada; pero ninguno se atrevió hablarle de los sucesos que le concernían. Y se separaron para volver a verse la noche en la Asamblea de los Ancianos, en el templo de Moloch.

Acababan de salir, cuando un tumulto estalló junto a la puerta. A pesar d los servidores, alguien quería entrar, y como el ruido aumentase, Amílca mandó que introdujeran a quien fuese.

Y compareció una negra vieja, encorvada, arrugada, temblorosa, de air estúpido y envuelta hasta los talones en largos velos azules. Se adelantó haci el Sufeta, y los dos se miraron. De Pronto, Amílcar se estremeció, y a un orden suya, se retiraron los esclavos. Entonces, haciéndole una señal para qu anduviera con precaución, él la llevó por el brazo a una habitación apartada.

La negra se tiró al suelo para besarle los pies; él la levantó brutalmente.

—Iddibal, ¿dónde le dejaste?

—¡Allá abajo, amo!

Y quitándose los velos, se frotó la cara con la manga, y el color negro, e temblor senil, el talle encorvado desaparecieron. Era un robusto anciano, cuy piel parecía curtida por la arena, el viento y el mar. Una borla de cabello blancos se levantaba sobre su cráneo, como el moño de un pájaro, y co mirada irónica mostraba el disfraz caído en el suelo.

—Hiciste bien, Iddibal; muy bien... ¿Hay alguno que sospeche?

El viejo le juró por los Kabiros que el secreto estaba oculto. N abandonaban su cabaña, a tres días de Hadrumeto, orilla poblada de tortugas con palmeras en la duna.

—Y conforme a tu mandato, Amo, yo le enseño a lanzar la azagaya y guia equipos.

—¿Es fuerte?

—Sí, amo, y también intrépido. No tiene miedo ni de las serpientes, ni de trueno, ni de los fantasmas. Corre con los pies desnudos, como un pastor, a borde de los precipicios.

—¡Habla! ¡Habla!

—Inventa trampas para las bestias feroces. La otra luna sorprendió a un águila; la sangre del ave y la del niño caía en el aire en anchas gotas, como rosas volanderas. Furiosa el águila, envolvía al niño con su batir de alas; él la apretaba contra su pecho, y a medida que el ave agonizaba, redoblaban su risas, sonoras y soberbias como choques de espadas.

Amílcar bajaba la cabeza, deslumbrado por estos presagios de grandeza.

—Pero desde hace algún tiempo se muestra inquieto. Contempla a lo lejo las velas que pasan por el mar; está triste; rehúsa el pan, se informa de lo dioses y quiere conocer Cartago.

—¡No, no; todavía no! —contestó el Sufeta.

El viejo esclavo pareció conocer el peligro que asustaba a Amílcar, y añadió:

—¿Cómo contenerle? Necesito prometerle algo, y he venido a Cartago para comprarle un puñal con mango de plata incrustado de perlas.

En seguida contó que habiendo visto al Sufeta en la terraza, se hizo pasa por una de las mujeres de Salambó, para que los guardas del puerto le franqueasen la entrada.

Amílcar quedó un rato pensativo.

—Mañana —dijo al esclavo— te presentarás en Megara, al ponerse el sol detrás de las fábricas de púrpura, e imitarás tres veces el grito del chacal. Si no me vieras, vendrás a Cartago el primer día de cada luna. ¡No olvides nada ¡Cuídale! Ya puedes hablarle de Amílcar.

El esclavo volvió a ponerse su disfraz, y los dos salieron juntos de la casa y del puerto.

Amílcar siguió solo y a pie, sin escolta, porque las reuniones de lo Ancianos eran siempre secretas en circunstancias extraordinarias, y a ellas se iba misteriosamente.

Primeramente atravesó la parte oriental de la Acrópolis; pasó en seguida por el mercado de hierbas, las galerías de Kinvido y el arrabal de lo perfumistas. Las escasas luces se extinguían, las calles más anchas se quedaban silenciosas, y después todo eran sombras que resbalaban en la tinieblas. Aparecían unas, y otras las seguían, y todas se dirigían del lado de los Mapales.

El templo de Moloch estaba edificado al pie de una garganta escarpada, en un lugar siniestro. Desde abajo no se veían más que altas murallas que subían indefinidamente, así como paredes de una monstruosa tumba. La noche era sombría y una bruma gris parecía pesar sobre el mar, que azotaba el acantilado con un ruido de gemidos y de estertores; las sombras desaparecieron poco a poco, como si hubieran pasado a través de los muros.

Pero así que se atravesaba la puerta, se entraba en un vasto patio cuadrangular, con soportales. En medio se levantaba una masa arquitectónica de ocho pisos iguales, coronada de cúpulas que se apretaban alrededor de un segundo piso, el cual soportaba una especie de rotonda, de la que emergía un cono de curva reentrante, rematado por una bola.

Ardían fuegos en los cilindros de filigrana, adheridos a varales llevados por hombres. Estas luces oscilaban con las borrascas del viento, enrojeciendo los peines de oro que fijaban en la nuca sus cabellos trenzados. Corrían y se llamaban unos a otros, para recibir a los Ancianos.

Sobre las losas, estaban agazapados como esfinges enormes leones, símbolos vivientes del sol devorador. Movían los párpados medio cerrados, pero despiertos por las pisadas y las voces, se levantaban lentamente, yendo hacia los Ancianos, a los que conocían por su traje; se frotaban contra sus muslos, erizando el lomo, con sonoros bostezos, y el vapor de su aliento velaba la luz de las antorchas. Redobló la agitación, se cerraron las puertas, huyeron todos los sacerdotes y desaparecieron los Ancianos bajo las columnas que formaban un hondo vestíbulo alrededor del templo.

Estas estaban dispuestas de modo que reprodujeran por sus rangos circulares, comprendidas las unas en las otras, el período saturniano con los años, los años con los meses, los meses con los días, tocándose al fin con la muralla del santuario.

Aquí era donde los Ancianos dejaban sus bastones de cuernos de narval, porque una ley, siempre observada, castigaba con la muerte al que entrara en la sesión con un arma cualquiera. Muchos llevaban al borde del manto una rasgadura terminada por un galón de púrpura, para demostrar así que al llorar la muerte de sus parientes, no se habían cuidado de sus vestidos; y esta prueba de aflicción impedía que el rasgón se hiciera más grande. Otros guardaban su barba cerrada en un saquito de piel violeta, colgado de las orejas por dos cordones. Todos se juntaron, abrazándose, pecho con pecho. Rodeaban a Amílcar y le felicitaban; hubiérase dicho que eran hermanos que volvían a ver a otro hermano.

Estos hombres eran casi todos ventrudos, de nariz encorvada como la de los colosos asirios; si bien algunos, por sus pómulos más salientes, su estatura más alta y sus pies más estrechos, revelaban un origen africano, de ascendientes nómadas. Aquellos que vivían continuamente en el fondo de sus oficinas, tenían la cara pálida; otros llevaban pintada en ellas algo de la severidad del desierto; joyas extrañas brillaban en los dedos de sus manos tostadas por soles desconocidos. Conocíanse los navegantes en el balanceo de su andar, en tanto que los hombres agrícolas olían a lagar, a hierbas secas y a sudor de mulo. Estos viejos piratas hacían labrar los campos; estos acaparadores de dinero equipaban navíos; estos propietarios agrícolas sostenían esclavos que desempeñaban otros oficios útiles. Todos eran sabios en disciplina religiosa, expertos en estratagemas, implacables y ricos. Tenían aspecto de estar fatigados por hondas cuitas. Sus ojos, llenos de llamas, miraban con desconfianza, y la costumbre de viajar y de mentir, del tráfico y del mando, daban a todos ellos un aspecto de astucia y de violencia y de cierta brutalidad discreta y convulsiva. La influencia del Dios les ponía sombríos.

Primero pasaron por un salón abovedado, que tenía la forma de huevo. Siete puertas, correspondientes a los siete planetas, describían en la muralla otros tantos cuadrados de color diferente. Pasando otra gran cámara entraron en otra sala parecida.

Un candelabro, enteramente cubierto de flores cinceladas, brillaba en el fondo, y cada uno de sus ocho brazos de oro llevaba en un cáliz de diamante una mecha de viso. Estaba puesto encima de la última de las gradas de un gran altar, de ángulos terminados por cuernos de cobre. Dos escaleras laterales conducían a su cima aplanada; no se veían las piedras; era como una montaña de cenizas, y algo indeciso humeaba lentamente encima. Más alto que el candelabro y mucho más arriba que el altar, se erguía Moloch, forrado en hierro, con pecho humano horadado de aberturas. Sus alas abiertas se desplegaban en la pared, sus manos alargadas llegaban hasta el suelo; tres piedras negras, incrustadas en un círculo amarillo, representaban tres pupilas en su frente, y con terrible esfuerzo levantaba su cabeza de toro, como para mugir.

En torno de la estancia había asientos de ébano, y detrás de cada uno de estos, un trípode de bronce, formado por tres garras, sostenía una antorcha. Todas estas luminarias se reflejaban en las losas de nácar que pavimentaban la sala, la cual era tan alta que el rojo color de sus paredes, subiendo hasta la bóveda, se hacía negro, apareciendo los tres ojos del ídolo en lo alto, como estrellas medio perdidas en la noche.

Sentáronse los Ancianos en los escabeles de ébano, poniendo encima de su cabeza la cola de su túnica. Estaban inmóviles, con las manos cruzadas en su anchas mangas, y el enlosado de nácar parecía un río luminoso que, viniendo del altar hacia la puerta, corría bajo sus pies desnudos.

Los cuatro pontífices estaban en medio, dándose la espalda, formando cruz en cuatro asientos de marfil; el gran sacerdote de Eschmún, con túnica color jacinto; el de Tanit, de lino blanco; el de Kamón, de lana obscura, y el de Moloch, de púrpura.

Amílcar avanzó hacia el candelabro. Dio una vuelta, miró las mechas que ardían, y luego echó sobre ellas un polvo perfumado que hizo aparecer llamas violáceas en el extremo de los brazos.

Se oyó una voz aguda, a la que respondió otra; y los cien Ancianos, los cuatro pontífices y Amílcar, puestos en pie, entonaron un himno, repitiendo siempre las mismas sílabas, y reforzando el sonido subían sus voces, severas y terribles, hasta que de una sola vez se callaron.

Se esperó algún tiempo, hasta que Amílcar, sacando del pecho una estatuita con tres cabezas y azul como el zafiro, la puso delante de él. Era la imagen de la Verdad, el genio de su palabra. Luego la volvió a meter en su pecho, y todos, como poseídos de súbita ira, gritaron:

—¡Los bárbaros son tus amigos! ¡Traidor, infame! ¿Vuelves para verno morir, no es verdad? ¡Dejadle hablar! ¡No, no!

Así se vengaban de la limitación a que poco antes les había obligado el ceremonial político; si bien habían deseado el regreso de Amílcar, ahora se indignaban de que él no hubiera previsto sus desastres, o más bien, de que no los hubiera sufrido con ellos.

Cuando se apaciguó el tumulto, el pontífice de Moloch se levantó.

—Nosotros te preguntamos por qué no volviste a Cartago.

—¿Qué os importa? —contestó desdeñosamente el Sufeta.

Redobló la gritería.

—¿De qué me acusáis? ¿Acaso llevé mal la guerra? Vosotros habéis visto el plan de mis batallas, vosotros, que decíais que mis bárbaros...

—¡Basta, basta!

Siguió Amílcar en voz baja, para que le escucharan con más atención.

—¡Oh! ¡Esto es verdad! ¡Me he engañado, luces de los Baales, hay valientes entre vosotros! ¡Giscón, levántate!

Y paseando la grada del altar, con los párpados medio cerrados, como si buscara a alguno, repitió:

—¡Levántate, Giscón, tú puedes acusarme; estos te defenderán! ¿Perc dónde estás?... ¡Ah, en su casa, sin duda, rodeado de sus hijos, mandando a sus esclavos, feliz, y contando los collares de honor que la patria le ha dado!

Los Ancianos se encogían de hombros, como flagelados por azotes.

—¡Vosotros no sabéis siquiera si está vivo o muerto!

Y sin cuidarse de los clamores, dijo que al abandonar al Sufeta habían abandonado a la República. La misma paz romana, por ventajosa que le pareciera, era más funesta que veinte batallas perdidas. Aplaudieron algunos los menos ricos del Consejo, sospechosos de inclinarse hacia el pueblo o hacia la tiranía. Sus adversarios, jefes de los Sisitas y administradores, triunfaban por el número; los más significados de la reunión estaban del lado de Hannón quien se hallaba sentado al otro extremo de la sala, delante de la alta puerta cerrada por un tapiz de color jacinto.

Se había pintado con afeites las úlceras de la cara; pero el polvo de oro de sus cabellos le había caído sobre la espalda, formando placas brillantes, que parecían blanquizcas, finas y crespas como vellones. Lienzos embebidos de un craso perfume que goteaba sobre el pavimento, envolvían sus manos, y, sin duda, su enfermedad se había agravado, porque sus ojos desaparecían bajo el pliegue de los párpados. Si quería ver, tenía que doblar hacia atrás la cabeza. Al fin, con voz ronca y odiosa, dijo:

—¡Menos arrogancia, Barca! Todos nosotros hemos sido vencidos. Cada cual soporta su desgracia. ¡Resígnate!

—Dinos más bien —contestó sonriendo Amílcar— de qué modo gobernaste tus galeras contra la flota romana.

—Me empujaba el viento —respondió Hannón.

—¡Haces como el rinoceronte, que patea en su estiércol: te obstinas en tu necedad! ¡Cállate!

Y empezaron a recriminarse por la batalla de las islas Egates. Hannón le acusaba de no haber venido a su encuentro.

—Esto hubiera sido desguarnecer a Eryx. Había que tomar el lago. ¿Quién te lo impedía? ¡Ah, me olvidaba! Los elefantes tienen miedo al mar.

Los adictos a Amílcar celebraron la ocurrencia con grandes risotadas, que hacían resonar la bóveda como si sonaran tímpanos.

Hannón denunció la indignidad de tal ultraje; su enfermedad le sobrevino a consecuencia de un enfriamiento en el sitio de Hecatompila; y el llanto corría por su faz como lluvia de invierno sobre una muralla en ruinas.

Amílcar replicó:

—Si me hubierais querido tanto como a este, ahora reinaría la alegría en Cartago. ¡Cuántas veces no os llamé en mi ayuda! ¡Y siempre me rehusastei el dinero!

—¡Nos hacía falta! —dijeron los jefes de los Sisitas.

—¡Y cuando mis asuntos iban de mal en peor, bebíamos orines de mulas y comíamos las correas de nuestras sandalias; cuando yo quería que cada brizna de hierba fuera un soldado y formar batallones con la podredumbre de los muertos, me quitasteis el resto de mis bajeles!

—¡No podíamos arriesgarlo todo! —respondió Baat-Baal, dueño de minas de oro en la Getulia Daritiana.

—¿Qué hacíais aquí, en Cartago, en vuestras casas, al amparo de las murallas? Había galos en el Eridano, que convenía empujar; cananeos en Cirene, que hubieran venido, y mientras los romanos enviaban embajadores a Tolomeo...

—¡Ahora le da por alabar a los romanos!... ¿Cuánto te han dado para que los defiendas?

—¡Preguntádselo a las llanuras del Brucio, a las ruinas de Locres, de Metaponto y de Heraclea! Yo he incendiado todos sus árboles, he saqueado sus templos y matado hasta a los nietos de sus nietos...

—¡Eh! ¡Tú declamas como un retórico! —dijo Kapuras (comerciante muy ilustrado)—. ¿Qué es lo que quieres?

—Digo que hay que ser más ingenioso o más terrible. Si el África entera rechaza vuestro yugo, es que sois unos amos débiles que no sabéis uncirlo a su cerviz. Agatocles, Régulo, Cepio, todos los hombres atrevidos, no tienen más que desembarcar para tomarla; y cuando los libios que están en el Oriente se entiendan con los númidas que están en el Occidente, y los nómadas vengan del Sur y los romanos del Norte...

Un grito de horror se alzó.

—¡Oh, entonces os golpearéis el pecho, os revolcaréis en el polvo y rasgaréis vuestros mantos! ¡No importa! Habrá que ir a dar vuelta a la muela en la Suburra y vendimiar en las colinas del Lacio.

Los contrarios se daban palmadas en el muslo derecho para significar su escándalo, y las mangas de sus túnicas se levantaban como grandes alas de pájaros asustados. Amílcar, llevado por su cólera, continuaba de pie en la grada más alta del altar, tembloroso, terrible; levantaba los brazos, y los rayos del candelabro que alumbraba tras él le pasaban entre los dedos como dardos de oro.

—Vosotros perderéis vuestras naves, vuestros campos, vuestros carros vuestros lechos suspendidos y las esclavas que os frotan los pies. Los chacale dormirán en vuestros palacios, el arado labrará vuestras tumbas. No habrá má que gritos de águilas y montones de ruinas. ¡Tú caerás, Cartago!

Los cuatro pontífices extendieron las manos para apartar el anatema. Todo se habían levantado; pero el Sufeta del mar, magistrado sacerdotal bajo l protección del Sol, era inviolable en tanto no fuera juzgado por la Asamble de los Ricos. El altar inspiraba miedo. Retrocedieron.

Amílcar no hablaba ya. Fija la mirada, y con el semblante más pálido qu las perlas de su tiara, jadeaba, casi asustado de sí mismo y con el espíritu perdido en visiones fúnebres. En la altura en que estaba, todas las antorchas d los pies de bronce le parecían una vasta corona de fuegos a ras de las losas negra humareda subía por las tinieblas de la bóveda, y fue tan profundo e silencio, durante algunos minutos, que se oía el ruido del mar a lo lejos.

Después, los Ancianos hicieron preguntas. Sus intereses, sus vidas, estaba amenazados por los bárbaros; pero no se les podía vencer sin el socorro de Sufeta, y esta consideración, no obstante su orgullo, les hizo olvidar todo l demás. Llamaron aparte a sus amigos; hubo reconciliaciones interesadas acomodamientos y promesas. Amílcar no quería formar parte de ningú gobierno. Todos le conjuraron a cambiar de idea; se lo suplicaban; y como l palabra «traición» se dejara oír, se sulfuró. El único traidor era el Gra Consejo, porque expirando el contrato de los soldados con la guerra, quedaba libres terminada esta; exaltó la valentía del ejército y todas las ventajas que s podrían sacar interesándoles a favor de la República con donaciones privilegios.

Entonces Magdasan, antiguo gobernador de provincias, dijo, revolvend sus ojos amarillos:

—Realmente, Barca, a fuerza de viajar, te has vuelto griego, o latino, o n sé qué. ¿Qué recompensas pides para estos hombres? ¡Mueran diez mi bárbaros antes que uno solo de nosotros!

Aprobaban los Ancianos con la cabeza, murmurando:

—Sí; no hay que apurarse: se encuentran mercenarios en todo tiempo.

—Y se les despide cuando se quiere, ¿no es así? Se les abandona, com hicisteis en Cerdeña. Se avisó al enemigo el camino que habían de toma como con los galos en Sicilia, o bien se les desembarca en medio del mar. A mi vuelta, he visto la roca blanqueada con sus huesos.

—¡Qué desgracia! —dijo imprudentemente Kapuras.

—¿Acaso no se volvieron cien veces al enemigo? —decían otros.

Amílcar respondió:

—¿Por qué, pues, no obstante vuestras leyes, los llamasteis a Cartago? Y cuando estaban en la ciudad, pobres y en gran número, en medio de vuestra riquezas, ¿no se os ocurrió la idea de dividirlos, para debilitarlos con la desunión? ¡Los despedisteis con sus mujeres y sus hijos, sin guardar un solo rescate! ¡Creíais que se matarían para ahorraros el dolor de mantener vuestros juramentos! Los odiáis porque son fuertes, y a mí también porque soy su jefe ¡Oh! Lo he conocido ahora, cuando me besabais las manos y os conteníai para no mordérmelas.

Si los leones que dormían en el patio hubieran entrado rugiendo, el clamo no hubiera sido tan espantoso. Pero el pontífice de Eschmún se levantó, y muy encarado y con los brazos abiertos, dijo:

—Barca, Cartago necesita que tú tomes el mando general de las fuerza púnicas contra los mercenarios.

—Rehúso —contestó Amílcar.

—¡Te daremos plena autoridad! —dijeron los jefes de los Sisitas.

—No.

—Sin limitación de ningún género, sin copartícipes, con todo el dinero que pidas y todos los cautivos, todo el botín y cincuenta «zerets» de tierra por cada cadáver enemigo.

—¡No, no! Porque con vosotros es imposible vencer.

—¡Tiene miedo!

—Porque sois unos cobardes, avaros, ingratos y locos.

—¡Los defiende!... Para ponerse al frente de ellos —agregó alguien— y volverse contra nosotros.

Y desde el fondo de la sala, Hannón aulló:

—¡Quiere hacerse rey!

Entonces todos botaron, derribando los asientos y las antorchas; lanzáronse hacia el altar, blandiendo puñales. Amílcar sacó de las mangas dos ancha cuchillas y, medio doblado, con el pie izquierdo hacia adelante, encendidos lo ojos y apretados los dientes, los desafió inmóvil bajo el candelabro de oro.

Resultaba que todos, por precaución, habían llevado armas, lo cual era un crimen. Como todos eran culpables, pronto se tranquilizaron, y volviendo la espalda al Sufeta, bajaron rabiosos de humillación. Por vez segunda retrocedían ante él. Por un rato, permanecieron de pie. Muchos que se habían herido en los dedos, se los llevaban a la boca o se los envolvían en la fimbria del manto; ya iban a marcharse, cuando Amílcar oyó estas palabras:

—¡Bah! ¡Es una delicadeza para no afligir a su hija!

Y una voz más alta, que añadió:

—No cabe duda, porque ella toma sus amantes entre los mercenarios.

Amílcar vaciló, y sus miradas buscaron rápidamente a Schahabarim Únicamente el sacerdote de Tanit había permanecido en su puesto, y Amílca vio de lejos su alto birrete. Todos se burlaban en su propia cara. A medida qu aumentaba su angustia, redoblaba la alegría de ellos, y en medio de rechiflas los que estaban detrás, gritaban:

—¡Le han visto salir de su habitación!

—¡Una mañana del mes de Tamuz!

—¡Es el ladrón del zaimph!

—¡Un hombre muy hermoso!

—¡Más grande que tú!

Amílcar se arrancó la tiara, insignia de su dignidad, su tiara de ocho rango místicos, que llevaba en medio una concha de esmeralda, y con las dos manos con toda su fuerza, la tiró al suelo; los círculos de oro, al romperse, rebotaron y sonaron las perlas sobre las losas. Vieron entonces, en la blancura de s frente, una larga cicatriz que se agitaba como una serpiente, entre sus cejas temblaba todo él. Subió una de las escaleras laterales que llevaban al altar y anduvo encima; lo cual era ofrecerse en holocausto a los dioses. E movimiento de su manto agitaba las luces del candelabro más abajo de su sandalias, y el fino polvo que levantaban sus pasos le envolvía como un nube, hasta el vientre. Se detuvo entre las piernas del coloso de cobre. Tom en sus manos dos puñados de este polvo, cuya sola vista hacía estremecer d horror a todos los cartagineses, y dijo:

—¡Por las cien antorchas de vuestras Inteligencias! ¡Por los ocho fuegos d los Kabiros! ¡Por las estrellas, los meteoros y los volcanes! ¡Por todo lo qu arde, por la sed del Desierto y la salobridad del mar! ¡Por la caverna d Hadrumeto y el imperio de las Almas! ¡Por el exterminio, por la ceniza d vuestros hijos y la de los hermanos de vuestros abuelos, con la que ahora vo a confundir la mía! ¡Vosotros, los Ciento de Cartago, vosotros habéis mentid acusando a mi hija! ¡Y yo, Amílcar Barca, Sufeta del mar, jefe de los Ricos y dominador del pueblo, juro ante Moloch, de cabeza de toro!...

Esperaban oír todos algo espantoso, pero él dijo, con voz más alta, per más calmosa:

—¡Que ni yo mismo la hablaré!

Entraron los servidores sagrados de los peines de oro, unos con esponjas d púrpura y otros con palmas. Levantaron la cortina de jacinto extendida ante l puerta, y por la abertura de este ángulo se vio en el fondo de las otras salas e

gran cielo rosado, que parecía continuar la bóveda, apoyándose en el horizonte sobre el mar azul. Subía el sol, saliendo de entre las olas, y dando de pronto en el pecho del dios de cobre, dividido en siete compartimentos que formaban rejas, le hizo abrir las fauces de rojos dientes, con horrible bostezo y dilatar sus enormes narices. La luz del día le animaba, le daba un aire terrible e impaciente, como si quisiera saltar afuera para mezclarse con el astro y recorrer juntos las inmensidades.

Las antorchas esparcidas por el suelo seguían ardiendo, alargándose aquí y acullá sobre el nácar, como manchas de sangre. Los Ancianos vacilaban agotados; aspiraban con ansia la frescura del aire, corría el sudor por sus caras lívidas; a fuerza de haber gritado, ya no se oían. Pero su cólera contra el Sufeta no se había calmado, y a modo de despedida le amenazaban respondiéndoles Amílcar.

—Mañana por la noche, Barca, en el templo de Eschmún.

—Iré.

—Te haremos condenar por los ricos.

—Y yo a vosotros por el pueblo.

—Ten cuidado no mueras en la cruz.

—Y vosotros destrozados en las calles.

Así que salieron del patio, recobraron todos la calma.

A la puerta les esperaban sus cocheros y criados. La mayor parte se fueron en mulas blancas. El Sufeta saltó a su carro y tomó las riendas; los dos animales, retorciendo las colas y golpeando con cadencia las piedras, que rebotaban, subieron al galope la vía de los Mapales; el buitre de plata, en la punta de la lanza del carro, parecía volar: tal era la velocidad del vehículo.

El camino atravesaba un campo salpicado de túmulos, como pirámides, con una mano abierta tallada en medio, como si el muerto enterrado debajo la tendiera hacia el cielo para reclamar algo. Seguían luego cabañas diseminadas hechas de barro, de ramas, o de varales de juncos, todas ellas en forma cónica separadas irregularmente por tapias de guijarros, por acequias, por cuerdas de esparto o por setos de nogales y que se amontonaban conforme se iba subiendo a las huertas del Sufeta. Pero la mirada de Amílcar convergía hacia una gran torre cuyos tres pisos formaban tres monstruosos cilindros: el primero construido de piedra, el segundo de ladrillos y el tercero enteramente de cedro, soportando una cúpula de cobre sobre veinticuatro columnas de enebro, de donde caían, a modo de guirnaldas, cadenetas de oro entrelazadas

Tan alto edificio dominaba los que se extendían a la derecha, los almacenes y la casa de comercio, en tanto que el palacio de las mujeres se erguía en el fondo de cipreses alineados como dos muros de bronce.

Cuando el resonante carro entró por la estrecha puerta, paró en un ancho cobertizo, donde los caballos, trabados, comían montones de heno.

Acudieron todos los criados, que eran una multitud, porque por miedo a los soldados habían venido a Cartago los colonos del campo. Los labradores, vestidos con pieles de animales, arrastraban cadenas sujetas a los tobillos; los obreros de manufacturas de púrpura tenían rojos los brazos, como verdugos; los marinos llevaban birretes verdes; los pescadores, collares de coral, y la gente de Megara vestía túnicas blancas o negras, calzón de cuero y gorros de paja, de fieltro o de tela, según su servicio o la industria que ejercían.

Atrás se apretujaba la plebe vestida de andrajos; eran los que vivían sin oficio ni beneficio, lejos de las casas, durmiendo de noche en las huertas, devorando las sobras de las cocinas; roña humana que vegetaba a la sombra del palacio. Amílcar los toleraba, más por precisión que por desdén. Todos, en prueba de alegría, se habían puesto una flor en la oreja; muchos de ellos no habían visto nunca al Sufeta.

Unos hombres, tocados como esfinges y con largos bastones, se lanzaron sobre esta turba, dando golpes a diestro y siniestro, a fin de contener a los esclavos afanosos de ver al amo y que este no se fuera atropellado por el número o molestado por el tufo de los miserables.

Todos estos se echaron boca abajo en el suelo gritando: «Ojo de Baal florezca tu casa.» Y entre estos hombres así acostados en la avenida de los cipreses, el primer intendente, Abdalonim, con mitra blanca, se adelantó hacia Amílcar, con un incensario en la mano.

Bajaba Salambó por la escalinata de las galeras. Detrás de ella venían toda las mujeres, siguiéndola paso a paso. Las cabezas de las negras formaban grandes puntos negros en la línea de vendas con placas de oro que ceñían la frente de las romanas. Otras tenían en el cabello flechas de plata, mariposas de esmeraldas o largos alfileres que remataban en soles. Sobre estas vestiduras blancas, amarillas y azules, resplandecían los anillos, broches, collares, franjas y brazaletes; se oía el ruido de las sandalias juntamente con el de los pies desnudos que hollaban el entarimado de las gradas, y un eunuco, tan alto que sobresalía sobre los hombros de las mujeres, sonreía complacido. Así que se calmó la aclamación de los hombres, ellas, tapándose las caras con las mangas, lanzaron un extraño grito, semejante al aullido de una loba, tan

furioso y estridente, que la gran escalera de ébano, llena de mujeres, parecía vibrar como una inmensa lira.

El viento levantaba sus velos y los menudos tallos de papiro se balanceaban suavemente. Era el mes de Schebar, en pleno invierno. Los granados en flor se destacaban en el azul del cielo, y a través de las ramas aparecía el mar con una isla en lontananza, medio perdida entre la bruma.

Detúvose Amílcar al ver a Salambó. Le había nacido después de habérsele muerto muchos hijos varones. El nacimiento de una hija se consideraba como una calamidad en las religiones del Sol. Los dioses le enviaron un hijo más tarde; pero Amílcar conservaba algo de la amargura de su esperanza fallida y como el eco de la maldición que había pronunciado contra Salambó. Esta seguía andando.

Perlas de variados colores colgaban en largas sartas de sus orejas sobre los hombros y hasta los codos. Su cabellera estaba rizada simulando una nube. Llevaba alrededor del cuello placas pequeñas de oro, cuadrangulares, que representaban una mujer entre dos leones empinados, y su traje reproducía en un todo los arreos de la Diosa. El bermellón de sus labios hacía resaltar la blancura de los dientes, así como el antimonio de los párpados agrandaba sus ojos. Las sandalias, hechas con plumas de pájaro, tenían los tacones muy altos. Salambó estaba extraordinariamente pálida, sin duda a causa del frío.

Llegó al fin junto a Amílcar, y sin mirarle, sin levantar la cabeza, le dijo:

—¡Salud, hijo de Baalim, gloria eterna! ¡Triunfo, placer, satisfacción, riqueza! Tiempo hace que mi corazón está triste y mi casa lúgubre; pero ahora que viene es como Tamuz resucitado, y ante tu mirada, ¡oh, padre!, van a esparcirse alegría y vida nuevas.

Tomando de manos de Taanach un pequeño vaso oblongo en el que humeaba una mezcla de harina, manteca, cardamomo y vino, dijo:

—Bebe a placer la bebida del regreso, preparada por tu servidora.

Él contestó:

—¡Bendita seas! —y tomó maquinalmente el vaso de oro que ella le brindaba.

Sin embargo, la miraba con tan áspera atención, que Salambó, temblorosa, balbució:

—Te han dicho, oh, señor...

—¡Sí, lo sé! —dijo Amílcar en voz baja.

¿Era esto una confesión, o se refería a los bárbaros? Amílcar añadió algunas palabras vagas sobre los asuntos públicos que esperaba arreglar solo.

—¡Oh, padre! —exclamó Salambó—; ¡no podrás reparar lo que e irreparable!

Amílcar retrocedió y Salambó extrañaba este asombro; porque ella no s refería a Cartago, sino al sacrilegio que la tenía obsesionada. El hombre qu hacía temblar las legiones y al que apenas conocía ella, le asustaba como u dios; lo había adivinado y sabido todo; algo terrible iba a acontecer, exclamó:

—¡Perdón!

Amílcar bajó lentamente la cabeza.

Por más que ella quería culparse, no osaba abrir los labios, y sin embargo hervía en deseos de quejarse y de ser consolada. Amílcar reprimía el ansia d quebrantar su juramento. Tenía a orgullo o temor concluir con s incertidumbre, y miraba a su hija de hito en hito, para leer en el fondo de s corazón.

Poco a poco, iba Salambó hundiendo la cabeza entre los hombros intimidada por esta mirada tan persistente. Él estaba seguro ahora de que ell había caído en el lazo de un bárbaro; y, convulso, la amenazó con los puños Exhaló Salambó un grito y cayó en brazos de sus mujeres, que se agruparo en torno de ella.

Amílcar dio media vuelta y todos los intendentes le siguieron. Se abrió l puerta de los almacenes y entró en una vasta sala redonda, a la que afluía como los radios al cubo de una rueda, largos pasillos que llevaban a otra salas. Un disco de piedra se levantaba en el centro, con balaustres par sostener almohadones acumulados sobre tapices.

El Sufeta paseó primero a grandes pasos, respirando ruidosamente pasándose la mano por la frente como aquel a quien molestan las moscas Sacudió la cabeza, y ante el cúmulo de sus riquezas y ante la perspectiva d los corredores que llevaban a otras salas repletas de más tesoros, se calmó Placas de bronce, lingotes de plata y barras de hierro alternaban con salmone de estaño traídos de las Casitérides por el mar Tenebroso; gomas del país d los negros desbordaban en sacos de corteza de palmera; y el polvo de oro apilado en odres, se escapaba insensiblemente por las costuras demasiad viejas. Delgados filamentos, sacados de plantas marinas, colgaban entre lino de Egipto, de Grecia, de Trapobana y de Judea; madréporas, como grande arbustos, se erizaban al pie de las paredes, y un olor indefinible se exhalaba d los perfumes, de los cueros, de las especias y de las plumas de avestruz atada en grandes manojos en lo alto de la bóveda. Delante de cada corredor, uno

colmillos de elefante en posición vertical, se reunían por las puntas formando un arco alrededor de la puerta.

Amílcar subió al disco de piedra. Todos los intendentes estaban con los brazos cruzados y baja la cabeza, en tanto que Abdalonim ostentaba orgulloso su mitra puntiaguda.

Amílcar interrogó al Jefe de las naves, viejo piloto de párpados comidos por el viento, con blancos copos en la barba, como si llevara con él la espuma de las tempestades. Contestó que había enviado una flota por Gades y Timiamata, para lograr arribar a Eciongaber, doblando el Cuerno del Sur y el Promontorio de los Aromas.

Otras habían navegado al Oeste, durante cuatro lunas, sin encontrar orillas; pero la proa de las naves tropezaba con hierbas, el horizonte resonaba continuamente con el ruido de las cataratas, brumas sanguinolentas obscurecieron el sol, y una brisa impregnada de perfumes adormecía a las tripulaciones; ahora, estas nada podían decir, porque tenían turbada la memoria. Sin embargo, uno había remontado el río de los Escitas, penetrado en la Cólquida, entre los Jugrianes y los Estienos, raptado en el Archipiélago mil quinientas vírgenes y hundido todos los bajeles extranjeros que navegaban más allá del Cabo Estriava, para que el secreto de las rutas no fuera conocido. El rey Tolomeo acaparaba el incienso de Eschebar; Siracusa, El Atia, Córcega y las demás islas no habían dado nada, y el viejo piloto bajaba la voz para anunciar que habían tomado los númidas una trirreme en Rusicada, «porque están con ellos, amo».

Amílcar frunció las cejas; luego hizo seña de que hablara el Jefe de los viajes, que vestía una túnica parda sin cinturón y se envolvía la cabeza en una banda blanca, que pasando por el borde de la boca le caía por detrás sobre la espalda.

Las caravanas habían partido con regularidad en el equinoccio de invierno. Pero de mil quinientos hombres que marcharon a la extrema Etiopía con buenos camellos, odres nuevos y provisiones de telas pintadas, solo volvió uno a Cartago; los restantes habían sucumbido de fatiga o enloquecido por el terror del desierto. Añadía el jefe haber visto, más allá del Arusch Negro, pasado el país de los atarantes y de los monos grandes, reinos inmensos en los que los más ínfimos utensilios eran de oro; un río color de leche, ancho como un mar; bosques de árboles azules, de colinas de plantas aromáticas; monstruos con cara humana vegetaban en las rocas y sus pupilas se secaban como flores. Detrás de los lagos infestados de dragones, unas montañas de cristal soportaban el sol. Otros habían vuelto de la India con pavos reales

pimienta y tejidos nuevos. En cuanto a los que iban a comprar calcedonias po el camino de las Sirtes y el templo de Ammón, sin duda perecieron en lo arenales. Las caravanas de la Getulia y de Fazzana suministraron su acostumbrados ingresos; pero el jefe no se atrevía por ahora a equipar otras.

Comprendió Amílcar que era porque los mercenarios ocupaban la campiña Con sordo gemido se reclinó sobre el otro codo, y el Jefe de las granjas tení tanto miedo de hablarle, que temblaba horriblemente, no obstante sus enorme espaldas y sus grandes pupilas rojas. Su cara, roma como la de un dogo, ib coronada por una red de hilos de cortezas; ceñía un cinturón de piel d leopardo con pelos, en el que relucían dos formidables cuchillos.

No bien se volvió Amílcar a él, gritó invocando a todos los Baales. L culpa no era suya, ¡nada podía hacer! Había observado las temperaturas, lo terrenos y las estrellas; hecho las plantaciones en el solsticio de invierno, la podas de los árboles en el curso de la luna, inspeccionado a los esclavos economizado ropa...

A Amílcar le irritaba esta locuacidad; pero el hombre de los cuchillo siguió diciendo atropelladamente:

—¡Ah, amo! ¡Todo lo han saqueado y destruido! Tres mil pies de árbole han sido cortados en Marchala, saqueados los graneros en Ubada y cegadas la cisternas. En Tedes se han llevado mil quinientos gomores de harina; e Marazzana, matado a los pastores, comido los rebaños, quemado la casa, t hermosa casa de vigas de cedro que tú habitabas en el verano. Los esclavos d Tuburdo, que segaban la cebada, huyeron a las montañas; y los asnos, la mulas, los burdéganos, los bueyes de Taormina y los caballos oringes fuero todos robados, sin que quedara uno. ¡Es una maldición! Yo no sobreviviré ella —y añadía llorando—: ¡Ah! ¡Si hubieras visto lo colmados que estaba los graneros y lo relucientes de las carretas! ¡Ah, los hermosos carneros! ¡Ah los hermosos toros!

A Amílcar le ahogaba la cólera, y esta estalló:

—¡Cállate! ¿Acaso soy un pobre? ¡No mientas! ¡Di la verdad! ¡Quier saber todo lo que he perdido, hasta el último siclo, hasta el último cab Abdalonim, tráeme las cuentas de los bajeles, las de las caravanas, las de la granjas y las de la casa! Si vuestra conciencia está turbada, ¡ay de vuestra cabezas! ¡Fuera de aquí!

Todos los intendentes salieron a reculones y encorvados hasta el suelo.

Abdalonim fue a tomar en una casilla de la pared cuerdas con nudos bandas de tela o de papiro y omoplatos de carnero llenos de señales escritas Puso todo a los pies de Amílcar y en sus manos un cuadro de madera con tre

hilos interiores de estaño enhebrados en bolas de oro, de plata y de cuerno, y empezó diciendo:

—Ciento noventa y dos casas en los Mapales, alquiladas a los cartagineses nuevos a razón de un beka por luna.

—No, ¡es demasiado! Alivia a los pobres. Escribirás los nombres de aquellos que te parezcan más audaces, procurando saber si son adictos a la República. ¡Después!

Dudaba Abdalonim, sorprendido de esta generosidad. Amílcar le arrancó de las manos las bandas de tela.

—¿Qué es esto? ¿Tres palacios alrededor de Kamón, a doce kesitath a mes? Pon veinte. No quiero que los ricos me devoren.

El intendente de los intendentes, después de un largo saludo, añadió:

—Prestado a Tigillas, hasta el fin de la estación, dos kikar al tres por ciento de interés marítimo; a Bar-Malkarth, quinientos siclos, con la prenda de treinta esclavos. Doce de estos han muerto en las marismas.

—¡Porque no eran robustos! —dijo riendo el Sufeta—. No importa: si necesita dinero, dáselo. Siempre se debe prestar y a distinto interés, según la riqueza de las personas.

Entonces el servidor se apresuró a leer todo lo que habían producido las minas de hierro de Annaba, las pesquerías de coral, las fábricas de púrpura, el arriendo del impuesto a los griegos domiciliados, la exportación de la plata a Arabia, donde valía diez veces el oro, las capturas de naves, deducción hecha del diezmo para el templo de la Diosa.

—¡Siempre he declarado un cuarto de menos, amo!

Amílcar contaba con las bolas, que sonaban en sus dedos.

—¡Basta! ¿Qué has pagado?

—A Estratónides, de Corinto, y a tres comerciantes de Alejandría, por estas letras que aquí están, diez mil dracmas atenienses y doce talentos de oro sirios. La alimentación de las tripulaciones, a veinte nimes de oro al mes por cada trirreme.

—Lo sé. ¿Cuántas se perdieron?

—Aquí está la cuenta en estas láminas de plomo. Respecto a las naves fletadas en común, como hubo que tirar la carga al mar, se han repartido las pérdidas entre los asociados. Por cuerdas tomadas a los arsenales y que ha sido imposible devolver, los Sisitas han exigido ochocientos kesitaths, antes de la expedición a Útica.

—¡Siempre ellos! —dijo Amílcar, pensativo, quedándose así algún tiempo como abatido por el peso de todos los odios concitados contra él—. No ve

los gastos de Megara...

Abdalonim, palideciendo, fue a tomar en otro casillero unas tablillas de sicomoro, atadas en paquetes con tiras de cuero.

Amílcar le escuchaba, curioso por los detalles domésticos y sometiéndose a la monotonía de la voz que enumeraba cifras, y Abdalonim se desalentaba. De pronto, dejó caer las hojas de madera y se tiró al suelo, de bruces, con los brazos extendidos, en la posición de un condenado. Amílcar, sin emocionarse recogió las tablillas; y quedó estupefacto al ver que el gasto en un solo día llegaba a un exorbitante consumo de carne, pescados, pájaros, vinos y aromas más platos rotos, esclavos muertos y tapices perdidos.

Abdalonim, siempre prosternado, le enteró del festín de los bárbaros. No pudo sustraerse a la orden de los Ancianos. Además, Salambó quiso que se prodigara el dinero para obsequiar mejor a los soldados.

Al oír el nombre de su hija, Amílcar se levantó de un salto; rechinando los dientes, se agarró a los almohadones, rasgando las franjas con las uñas.

—¡Levántate! —dijo, y salió.

Seguíale Abdalonim, temblándole las rodillas, hasta que cogiendo una barra de hierro se dio, como un furioso, a levantar losas. Saltó un disco de madera y aparecieron en todo el largo del pasillo muchas de estas ancha coberteras que tapaban las fosas donde se conservaba el grano.

—¡Ya lo ves, Ojo de Baal! —dijo el servidor—, ¡no se lo llevaron todo Cada una de estas tiene una profundidad de cincuenta codos y está colmada hasta el borde. Durante tu viaje, hice hacer excavaciones así, en los arsenales en las huertas, en todas partes. Tu casa está repleta de trigo, como tu corazón de sabiduría.

Amílcar se sonrió:

—Está bien, Abdalonim... Pero haz venir más de la Etruria, del Brucio, de donde quieras y al precio que sea. Compra y almacena. Es preciso que yo solo posea todo el trigo de Cartago.

No bien llegaron al extremo del corredor, Abdalonim, con una de las llaves que colgaban de su cinturón, abrió una gran habitación cuadrangular, dividida en medio por pilares de cedro. Monedas de oro, de plata y de cobre, puestas en mesas o en nichos, se amontonaban a lo largo de las cuatro paredes, hasta la carreras del techo. Enormes rimeros de piel de hipopótamo soportaban en los rincones filas enteras de sacos más pequeños; montones de mil millones formaban pilas en el suelo, y aquí y allá, alguna demasiado alta, al romperse daba la impresión de una columna rota.

Las grandes monedas de Cartago, que representaban a Tanit a caballo debajo de una palmera, se confundían con las de las colonias, marcadas con un toro, una estrella, un globo o una luna en creciente. Luego se veían dispuestas en sumas desiguales, monedas de todos los valores, de todas las dimensiones y de todas las épocas; desde las antiguas de Asiria, pequeñas como la uña, hasta las del Lacio, más grandes que la mano; botones de Egina, tablillas de la Bactriana, varillas cortas de la antigua Lacedemonia; muchas de ellas cubiertas de moho o de cardenillo, o ennegrecidas por el fuego por haber sido cogidas con redes o en los saqueos, entre los escombros de las poblaciones. Antes de que el Sufeta se diera cuenta de si todo aquel dinero era proporcional a las ganancias y pérdidas que había oído, reparó en tres jarras de cobre enteramente vacías. Abdalonim volvió la cara, en señal de horror, y Amílcar, resignado, no dijo palabra.

Atravesando más corredores y salas, llegaron ante una puerta guardada por un hombre atado por el vientre a una larga cadena sujeta a la pared; costumbre romana, recién introducida en Cartago. Habían crecido extraordinariamente su barba y sus uñas, y se balanceaba de derecha a izquierda, con la oscilación continua de los animales cautivos. No bien reconoció a Amílcar, se dirigió a él, gritando:

—¡Perdón, Ojo de Baal! ¡Perdón, mátame! Diez años hace que no veo el sol. ¡En nombre de tu padre, perdón!

Amílcar, sin responderle, llamó con las manos y se presentaron tres hombres; los cuatro, a un tiempo, con todas sus fuerzas, sacaron de los anillos la enorme barra que cerraba la puerta. Amílcar tomó una antorcha y desapareció en las tinieblas.

Era, según se creía, el lugar de las sepulturas de la familia; pero no se veía más que un ancho pozo, abierto para desorientar a los ladrones y que no ocultaba nada. Amílcar hizo girar una piedra muy pesada, y por la abertura que quedó al descubierto entró en un aposento labrado en forma de cono.

Cubrían las paredes escamas de cobre; en medio, sobre un pedestal de granito, se levantaba la estatua de un kabiro, Aletes de nombre, inventor de las minas en la Celtiberia. En la base formaban cruz anchas rodelas de oro y monstruosos vasos de plata, de cuello cerrado, y por tanto inservibles; porque era costumbre fundir de este modo grandes cantidades de metal para imposibilitar las dilapidaciones y los robos.

Con la antorcha encendió una lámpara de minero, fija en el birrete de ídolo, y de golpe, iluminaron la sala luces verdes, amarillas, azules, violáceas, de color de vino y de color de sangre. Estaba llena de piedras preciosas

puestas en calabazas de oro, colgadas como lampadarios en planchas de cobre o en sus bloques nativos al pie de las paredes. Eran piedras grandes arrancadas de la montaña a tiros de honda, carbunclos formados por la orina de los linces, glosopetras caídas de la luna, tianos, diamantes, sandastros, berilos, con las tres clases de rubíes, las cuatro clases de zafiro y las doce clases de esmeraldas. Todas ellas fulguraban a modo de salpicaduras de leche, de hielo azules, de polvo de plata, y lanzaban sus destellos en ondas, en rayos y en estrellas. Las ceraunias, engendradas por el trueno, brillaban junto a las calcedonias, que curan los peces. Había topacios del monte Zabarca para prevenir los terrores, ópalos de la Bactriana, que impiden los abortos, y cuernos de Ammón, que se ponen en los lechos para tener sueños.

Las luces de las gemas y las llamas de la lámpara se reflejaban en los grandes escudos de oro. Amílcar, en pie, sonreía, con los brazos cruzados, deleitándose menos con el espectáculo que con la conciencia de sus riquezas inaccesibles, inagotables, infinitas. Se sentía un genio subterráneo. Sus abuelos dormían a sus pies, enviando a su corazón algo de su eternidad. Era como la alegría de un kabiro; y los grandes rayos luminosos que herían su rostro, se le antojaban la extremidad de una red invisible que, a través de los abismos, le ligaban al centro del mundo.

Una idea le hizo estremecer, y habiéndose puesto detrás del ídolo, fue directamente hacia la pared. Entre los tatuajes de su brazo examinó una línea horizontal con otras dos perpendiculares, que en cifras cananeas expresaban el número trece. Contó hasta la decimotercera de las placas de cobre, volvió a levantar la ancha manga, y con la mano derecha extendida, leyó en otro sitio de su brazo otras líneas más complicadas, paseando los dedos suavemente, a la manera de un tocador de lira. Finalmente, con el pulgar dio siete golpes y una parte de la pared giró como una sola pieza.

Disimulaba una especie de cava que contenía cosas misteriosas, sin nombre y de un valor incalculable. Amílcar bajó tres gradas; tomó en un cubo de plata una piel de antílope, que flotaba en un líquido negro, y volvió a subir.

Abdalonim andaba ahora delante de él, dando golpes en el pavimento con su alto bastón guarnecido de campanillas en el mango, y gritando, al pasar por cada habitación, el nombre de Amílcar, entre alabanzas y bendiciones.

En la galería circular a la que afluían todos los corredores, estaban acumulados a lo largo de las paredes pequeñas vigas de algumín, sacos de lausonia, pastas de Lemnos y conchas de tortuga llenas de perlas. A su paso, el Sufeta los rozaba con su túnica, sin hacer caso de los gigantescos pedazos de ámbar, materia casi divina, formada por los rayos del sol.

Surgió una nube de vapor.

—¡Empuja la puerta!

Entraron.

Unos hombres desnudos amasaban pastas, cortaban hierbas, agitaban carbones, echaban aceite en jarras, abrían y cerraban pequeñas celdas ovoides cavadas en torno de la muralla, y eran tantos que aquello parecía una colmena. Desbordaban el mirabolano, el bdellium, el azafrán y las violetas. Doquiera estaban diseminadas gomas, polvos, raíces, redomas de vidrio, ramas de lilipéndola y pétalos de rosa; producían asfixia, no obstante los torbellinos de estoraque, que humeaba en un trípode de cobre.

El *Jefe de los olores suaves*, pálido y larguirucho como un cirio de cera, salió a recibir a Amílcar para aplastar en sus manos un rollo de metopión, en tanto que otros dos hombres le frotaban los talones con hojas de bácaris. Amílcar los rechazó, porque eran cirineos de costumbres infames, pero a lo que se consideraba a causa de sus secretos.

Para demostrar su vigilancia, el Jefe ofreció al Sufeta, en una cuchara de electro, un poco de malobatro, y con una lezna pinchó tres bezares indios. El amo, que entendía de estas artes, tomó un cuerno lleno de bálsamo, y después de acercarlo a los carbones lo colgó en su túnica; apareció una mancha obscura, señal de fraude. Miró fijamente al Jefe, y sin decir nada le tiró el cuerno de gacela a la cara.

Por indignado que estuviera por las falsificaciones cometidas en perjuicio suyo, al ver los paquetes de nardo que se embalaban para los países de ultramar, mandó que mezclaran antimonio para que pesaran más.

Tras esto preguntó dónde estaban tres cajas de psagas destinadas para su uso.

El Jefe de los olores declaró no saber nada, porque habiendo entrado soldados, cuchillo en mano, les habían abierto las cajas.

—¿De modo que los temes más que a mí? —gritó el Sufeta, y a través de humo brillaban sus pupilas como antorchas, mirando al hombrón pálido que empezaba a entender lo que se le venía encima—. Abdalonim, antes de ponerse el sol le harás pasar por las varas; que lo vapuleen bien.

Esta pérdida, menor que las otras, le había exasperado; porque a pesar de sus esfuerzos para no acordarse de los bárbaros, los tenía siempre en la memoria. Los excesos de los mercenarios se confundían con la vergüenza de su hija, y poseído de una rabia de inquisición, visitó bajo los cobertizos, detrás de la casa de comercio, las provisiones de betún, de madera, de anclas y

cuerdas, de miel y de cera, los almacenes de paño, las reservas de comestibles la cantera de mármoles y el granero del silfio.

Fue a inspeccionar al otro lado de las huertas, en sus cabañas, a lo artesanos domésticos, cuyos productos se vendían. Los sastres bordaba mantos, otros tejían redes, otros peinaban cojines y cortaban sandalias; obrero de Egipto, con una concha pulían papiros; chirriaba la lanzadera de lo tejedores y resonaban los yunques de los armeros. Amílcar les dijo:

—¡Forjad espadas! ¡Forjadlas siempre; me harán falta!

Y sacó del pecho la piel de antílope macerada en venenos, para que se l cortase una coraza más sólida que las de cobre e inatacable por el hierro y po la llama.

Al acercarse a los obreros, Abdalonim, con el fin de desviar su cólera procuraba irritarle contra ellos, denigrando sus trabajos:

—¡Es una vergüenza! Verdaderamente el amo es demasiado bueno.

Amílcar, sin hacerle caso, seguía adelante.

Se desanimó porque grandes árboles, enteramente calcinados, como en u bosque donde han acampado pastores, estorbaban el camino; las empalizada estaban rotas, se perdía el agua de las acequias y entre linfas fangosa aparecían pedazos de vasos y huesos de monos.

Colgaba de los matorrales tal cual jirón de ropa, y flores podridas formaba un estiércol amarillo debajo de los limoneros. Los criados lo había abandonado todo, creyendo que el amo no volvería.

A cada paso descubría Amílcar algún nuevo desastre y una prueba d aquello que no quería saber. Pero ahora manchaba sus borceguíes de púrpur hollando inmundicias; y sentía no tener aquellos hombres ante sí, a tiro d catapulta, para hacerlos volar en pedazos. Sentíase humillado por haberlo defendido; era un engaño, una traición, y como no podía vengarse ni de lo soldados, ni de los Ancianos, ni de Salambó, ni de nadie, y su cóler necesitaba víctimas, mandó a las minas a todos los esclavos de las huertas.

Temblaba Abdalonim cada vez que le veía acercarse a los parques; per Amílcar tomó el camino del molino, en donde se dejaba oír una melope lúgubre.

En medio del polvo, movíanse las pesadas ruedas, es decir, dos conos d pórfido superpuesto, con un embudo el más alto, el cual giraba sobre el d abajo con ayuda de fuertes barras. Con el pecho y los brazos empujaban uno hombres, mientras otros tiraban, uncidos como animales. El roce de las barra había formado alrededor de sus sobacos costras purulentas, como se observ en el crucero de los asnos, y el andrajo negro y deshilachado que apena

cubría sus riñones colgaba de sus piernas como una larga cola. Los ojo estaban rojos, sonaban los hierros de sus pies y todos los pechos resollaban a un tiempo. Tenían en la boca, fijado por dos cadenetas de bronce, un bozal qu les impedía comer la harina, y unos guanteletes sin dedos encerraban su manos para que no la pudieran coger.

A la entrada del amo las barras de madera sonaron con más fuerza. Saltab el grano al romperse. Muchos cayeron sobre las rodillas; los demás siguieron pasándoles por encima.

Preguntó por Giddenem, gobernador de los esclavos, y compareció este personaje, mostrando su dignidad en la riqueza del vestido; porque su túnica hendida por los lados, era de fina púrpura; pesados anillos colgaban de su orejas, y para juntar las bandas que envolvían sus piernas, subía de los tobillo a la cadera un lazo de oro, como una serpiente enroscada a un árbol. En lo dedos, cargados de sortijas, llevaba un collar de granos de piedras negras para conocer los hombres sujetos al mal sagrado.

Amílcar le hizo seña para que hiciera quitar los bozales. Entonces, todos gritando como animales hambrientos, se echaron sobre la harina, devorándola con la cara metida en el montón.

—¡Los tienes extenuados! —dijo el Sufeta.

Giddenem alegó que esto era necesario para domarlos.

—No valía la pena de enviarte a Siracusa, a la escuela de los esclavos ¡Haz venir a los demás!

Cocineros, despenseros, palafreneros, corredores, porteadores de literas hombres de los baños y mujeres con sus hijos; todos se alinearon en el jardín en una sola fila, desde la casa de comercio hasta el parque de las fieras Silencio enorme llenaba Megara; todos contenían el aliento. El sol se prolongaba sobre la laguna, debajo de las catacumbas. Graznaban los pavo reales. Amílcar andaba a paso lento.

—¿Qué haré de estos viejos? —dijo—. Véndelos. Hay demasiados galos son borrachos; y demasiados cretenses: son mentirosos. Cómprame capadocios, asiáticos y negros.

Quedó extrañado del poco número de niños.

—Giddenem, cada año la casa ha de tener nuevos nacimientos. Dejarás de noche todas las habitaciones abiertas para que se junten con libertad.

Hizo que se presentaran los ladrones, los perezosos y los amotinadores Dictó castigos, con reproches a Giddenem; y este, como un toro, bajaba la cabeza frunciendo las cejas.

—Mira, Ojo de Baal —dijo, señalando a un libio robusto—, a este le han sorprendido con una cuerda al cuello.

—¡Ah! ¿Quieres morir? —preguntó desdeñosamente el Sufeta.

Y el esclavo, con voz intrépida:

—¡Sí! —contestó.

Y sin cuidarse del ejemplo ni del daño pecuniario, Amílcar dijo a los criados:

—¡Lleváoslo!

Quizás abrigaba la intención de un sacrificio, como una desgracia que se infligía para prevenir otras más terribles.

Giddenem tenía ocultos a los mutilados detrás de los otros; Amílcar los vio

—¿Quién te ha cortado el brazo?

—Los soldados, Ojo de Baal.

A un samnita, que vacilaba como una garza herida:

—Y a ti, ¿quién te ha hecho esto?

Fue el gobernador, que le había roto una pierna con una barra de hierro.

Esta atrocidad imbécil indignó al Sufeta, y arrancando de manos de Giddenem el collar de piedras, dijo:

—¡Maldito sea el perro que hiere al rebaño! ¡Estropeas esclavos, bondad de Tanit! ¡Ah, tú arruinas a tu amo! ¡Que lo ahoguen en el estiércol! ¿Y los que faltan? ¿Dónde están? ¿Los has asesinado como a los soldados?

Tan terrible tenía el semblante que huyeron todas las mujeres. Los esclavos formaron un ancho círculo alrededor de los dos; Giddenem besaba frenéticamente las sandalias de Amílcar; este, en pie, tenía levantados los brazos sobre él.

Con su inteligencia lúcida, como en la más fuerte de las batallas, recordaba mil cosas odiosas e ignominias de que se había apartado; y a la luz de su cólera, como a los relámpagos de una tempestad, veía de un golpe todos sus desastres a un tiempo. Los gobernadores de los campos habían huido, por miedo a los soldados, por conveniencia quizá; todos le engañaban; se contenía demasiado tiempo.

—¡Que los traigan! —gritó—. ¡Que los señalen en la frente con hierro encendido, como a los cobardes!

Trajeron y fueron repartidos en medio del jardín grilletes, argollas, cuchillos, cadenas para los condenados a las minas, cepos que apretaban las piernas, escorpiones y látigos con tres ramales, rematados con garfios de cobre.

Los condenados fueron puestos de cara al sol, del lado de Moloch devorador, echados en tierra en posición supina, y los que habían de ser azotados, atados de pies y manos a los árboles, con dos sayones: uno que daba los azotes y otro que los iba contando.

Silbaban las correas, arrancando la corteza de los árboles. La sangre mojaba como lluvia las hojas, y al pie de cada árbol se retorcía un cuerpo humano hecho una llaga viva. Aquellos que fueron marcados, se arañaban el cutis con las uñas. Se oían crujir los tornillos de madera, resonaban choques sordos; a veces hería el aire un grito agudo. Del lado de las cocinas, entre

jirones de ropa y cabelleras tendidas, unos hombres con soplillos avivaban lo carbones, y apestaba el olor a carne quemada. Desfallecían los flagelados pero sujetos por los brazos, doblaban la cabeza, cerrando los ojos. Lo espectadores gritaban asustados; los leones, acordándose tal vez del festín, s desperezaban bostezando, al borde de los fosos.

Viose entonces a Salambó en la plataforma de la terraza, corriend asustada de un lado a otro. La vio Amílcar, pareciéndole que levantaba lo brazos hacia él, pidiéndole perdón. El Sufeta, con un gesto de horror, se perdi en el parque de los leones.

Estos animales constituían el orgullo de las grandes casas púnicas. Habían tirado del carro del vencedor, triunfado en las guerras, y eran venerados com favoritos del sol. Los de Megara eran los más fuertes de Cartago. Amílcar antes de su partida, había exigido a Abdalonim el juramento de que cuidaría d ellos; pero habían muerto mutilados, quedando únicamente tres, acostados e medio del patio, ante los restos de su comida.

Conocieron a Amílcar y se le acercaron. Uno tenía las orejas horriblement mutiladas; otro, una ancha herida en la pierna; el tercero, el hocico cortado. L miraban con aire triste, como personas; y el del hocico cortado, bajando l enorme cabeza y doblando las corvas, le acariciaba suavemente con e extremo del muñón llagado.

Ante esta caricia, lloró Amílcar y saltó sobre Abdalonim.

—¡Ah! ¡Miserable! ¡La cruz, la cruz!

Abdalonim se desmayó, cayendo de espaldas.

Detrás de las fábricas de púrpura, cuyas lentas humaredas subían al cielo sonó un aullido de chacal. Amílcar se detuvo.

Pensando en su hijo, se calmó de pronto, como si le hubiera tocado un dios Entreveía una prolongación de su fuerza, una indefinida continuación de s persona; los esclavos no comprendían cómo pudo haberse apaciguado ta pronto.

Yendo a las fábricas de púrpura, pasó delante de la ergástula: un caserón d piedra negra rodeado de un foso cuadrado, con un camino alrededor, y cuatr escaleras en las esquinas.

Para acabar su señal, Iddibal esperaba, sin duda, la noche. «No corr prisa», se dijo Amílcar, y bajó a la prisión. Algunos le gritaron: «Vuélvete» los más atrevidos le siguieron.

El viento agitaba la puerta abierta; entraba el crepúsculo por los estrecho mechinales y veíase adentro cadenas rotas colgadas en las paredes. Era todo l que quedaba de los cautivos de guerra.

Amílcar palideció extraordinariamente, y le vieron apoyarse con una mano en la pared para no caer.

El chacal gritó tres veces seguidas. Amílcar levantó la cabeza, y cuando el sol se ocultó, desapareció detrás del seto de nopales.

A la noche, en la Asamblea de los Ricos, en el templo de Eschmún, dijo al entrar: «¡Luces de los Baalim: acepto el mando de las fuerzas púnicas contra los bárbaros!»

VIII

LA BATALLA DEL MACAR

Al siguiente día obtuvo de los Sisitas doscientos veinte y tres mil kikar d oro, y decretó un impuesto de catorce shequels sobre los ricos. Hasta la mujeres contribuyeron; se pagaba por los niños, y lo que era más monstruoso atendidas las costumbres cartaginesas, obligó a los colegios de los sacerdotes a que dieran dinero.

Requisó todos los caballos y mulas y se incautó de todas las armas. A lo que quisieron disimular sus riquezas se les vendió los bienes, y para intimida la avaricia de los demás, dio él solo sesenta armaduras y mil quiniento gomores de harina, tanto como la Compañía del Marfil.

Envió a la Liguria a comprar soldados, tres mil montañeses acostumbrado a combatir osos; se les pagó por adelantado seis meses, a razón de quinc minas diarias.

Le hacía falta un ejército; pero no aceptó, como Hannón, a todos lo ciudadanos. Rechazó por de pronto a la gente de ocupaciones sedentarias luego, a los demasiado obesos o de aspecto pusilánime; admitió a los hombre deshonrados, la crápula de Malca, los hijos de los bárbaros y los libertos. En recompensa, prometió a los cartagineses nuevos el derecho completo d ciudadanía.

Su primer cuidado fue la reforma de la Legión. Estos arrogantes jóvenes considerados como la majestad militar de la República, se gobernaban por s mismos. Destituyó a los oficiales; trató a todos rudamente, haciéndoles correr saltar y subir de un tirón la cuesta de Byrsa; lanzar azagayas, luchar cuerpo a cuerpo y dormir al raso. Sus familias venían a verles y les compadecían.

Mandó hacer espadas más cortas y borceguíes más fuertes. Fijó el número de sirvientes y redujo los bagajes, y como se guardaban en el templo d

Moloch trescientos pilums romanos, los tomó, a pesar de las reclamacione del Pontífice.

Con los que habían vuelto de Útica y otros de particulares organizó una falange de setenta y dos elefantes, que hizo formidables. Armó a su conductores con un martillo y un escoplo para que rompieran el cráneo a esto animales en caso de que huyeran.

No consintió que sus generales fueran nombrados por el Gran Consejo. Lo Ancianos le echaban en cara que violaba las leyes; él no les hizo caso; nadi se atrevía a contradecirle; todo se doblegaba a la violencia de su genio.

Él solo se encargó de la guerra, del gobierno y de la hacienda; y con el fi de prevenir acusaciones, pidió para examinador de sus cuentas al Sufet Hannón.

Hacía trabajar en las fortificaciones, y para tener piedras derribó las vieja murallas interiores, que eran inútiles. La diferencia de fortunas, ya que no l jerarquía de razas, seguía manteniendo separados los hijos de los vencidos de los conquistadores; los patricios vieron irritados la destrucción de eso muros; pero el pueblo, sin darse cuenta, se regocijaba sin saber por qué.

Armada la tropa, por mañana y tarde desfilaba por las calles, y a cad momento se oía el resonar de las trompetas; en los carros pasaban escudos tiendas de campaña, picas; los patios estaban llenos de mujeres que hacía hilas y vendajes; unos a otros se infundían valor; el alma de Amílcar llenaba l República.

Dividió sus soldados en números pares, cuidando de poner a lo largo de la filas, alternativamente, un hombre robusto y otro que lo era menos, para que e menos vigoroso o más cobarde fuera llevado y empujado a la vez por s compañero. No obstante, con tres mil ligures y los mejores cartagineses n pudo formar más que una sencilla falange de cuatro mil noventa y sei hoplitas, defendidos con cascos de bronce, y que manejaban picas de fresno d catorce codos de largo.

Dos mil hombres iban armados con un puñal, reforzados con ochociento jóvenes más, con escudo redondo y espada a la romana.

La caballería pesada estaba compuesta de mil novecientos guardias qu quedaban de la Legión, cubiertos con láminas de bronce bermejo, como lo clinabaros asirios. Había además más de cuatrocientos arqueros a caballo, d los llamados tarentinos, con birretes de piel de comadreja, hacha de doble fil y túnica de cuero; y mil doscientos negros del arrabal de las caravanas mezclados con los clinabaros, que debían correr al lado de los caballos

cogidos a las crines. Todo estaba dispuesto y, sin embargo, Amílcar no empezaba la campaña.

A menudo, salía de noche solo de Cartago, y se perdía en la embocadura del Macar, más allá de la laguna. ¿Quería unirse a los mercenarios? Los ligures, acampados en los Mapales, rodeaban su casa.

Los temores de los Ricos parecieron justificados cuando se vio un día a trescientos bárbaros que se acercaban a las murallas. El Sufeta les abrió las puertas. Eran tránsfugas que se acogían a su jefe por temor o por fidelidad.

La vuelta de Amílcar no había sorprendido a los mercenarios; este hombre según sus ideas, no podía morir. Venía para cumplir sus promesas; esperanza que nada tenía de absurda: ¡tan profundo era el abismo entre la patria y el ejército! Además, no se creían culpables; se habían olvidado del festín.

Los espías que aprehendieron les desengañaron. Fue un triunfo para los exaltados; hasta los tibios se volvieron furiosos. Además, los dos sitios les habían aburrido; nada se adelantaba; era preferible una batalla. Muchos hombres se desbandaban, merodeando por la campiña. A la noticia de los armamentos acudieron, y Matho saltó de alegría:

—¡Al fin! ¡Al fin! —exclamó.

El resentimiento que tenía contra Salambó se volvió contra Amílcar. Su odio veía una presa determinada; y como la venganza era más fácil de concebir, la creía segura; la idea le deleitaba. Al mismo tiempo, estaba dominado por una más alta ternura; devorado por un deseo más agrio. Se veía en medio de los soldados, llevando en su pica la cabeza del Sufeta, y después en el cuarto del lecho de púrpura, apretando a la virgen entre sus brazos cubriéndola la cara de besos, acariciando sus largos cabellos negros; esto sueños, que sabía eran irrealizables, constituían para él un suplicio. Se juró a sí mismo, ya que sus camaradas le habían nombrado schalischim, dirigir la guerra; la certidumbre de que no volvería, le impulsaba a ser implacable.

Fue a ver a Espendio, y le dijo:

—Reúne tus hombres; yo llevaré los míos. Avisa a Autharita. Estamos perdidos si Amílcar nos ataca. ¿Me entiendes? ¡Levántate!

Espendio quedó estupefacto ante este decreto autoritario. Matho, por costumbre, se dejaba guiar y se le pasaban pronto los arrebatos; pero ahora parecía a un tiempo más calmado y más terrible; una voluntad soberbia fulguraba en sus ojos, como la llama de un sacrificio.

El griego no atendía sus razonamientos. Habitaba una de las tiendas cartaginesas bordadas de perlas, bebía bebidas frescas en copas de plata jugaba al cótabo, dejaba crecer su cabellera y llevaba el sitio con lentitud. Por

lo demás, tenía inteligencias en la ciudad y no quería partir, en la seguridad d que esta se rendiría a los pocos días. Narr-Habas, que vagabundeaba entre lo ejércitos, se encontraba ahora cerca de él. Apoyó su opinión y llegó a acusar a libio de querer abandonar la empresa, por exceso de valor.

—Vete, si tienes miedo —contestó Matho—; nos prometiste pez, azufre elefantes, infantes y caballos; ¿dónde están?

Narr-Habas le recordó que había exterminado las últimas cohortes d Hannón; en cuanto a los elefantes, se les estaba cazando en los bosques armaba los infantes, y los caballos estaban ya en marcha; y el númida acariciando la pluma de avestruz que le caía por la espalda, giraba los ojo como una mujer y sonreía de una manera irritante. Matho no sabía qu contestarle.

Un desconocido entró donde ellos estaban, sudoroso, asustado, sangrand los pies y desatado el cinturón; la respiración agitaba su flaco pecho como s fuera a hacerle estallar; y hablando un dialecto ininteligible, abría los ojo como si contara una batalla. El rey se echó afuera y llamó a sus jinetes.

Formaron en el llano un círculo alrededor de él. Narr-Habas, a caballo bajaba la cabeza y se mordía los labios. Por fin, separó sus hombres en do mitades y mandó a la primera que esperase; con gesto imperioso se llevó lo otros al galope y desapareció en el horizonte, por el lado de las montañas.

—¡Señor! —dijo Espendio—: no me gustan estas cosas extraordinarias; e Sufeta, que viene, y Narr-Habas, que va...

—¡Bah! ¿Qué importa? —contestó desdeñosamente Matho.

Era una razón más para unirse a Autharita; pero si se abandonaba el sitio saldrían los sitiados, los atacarían por retaguardia, y al frente tendrían a lo cartagineses. Después de mucho hablar, se resolvió lo siguiente, que fu inmediatamente ejecutado:

Espendio, con quince mil hombres, ocupó el puente del Macar, a tres milla de Útica, y fortificó los ángulos con cuatro torres enormes, con catapultas Con troncos de árboles, pedazos de roca y montones de espinos y piedras d las murallas cerró todos los caminos y gargantas de las montañas; y en la cumbres puso hierba seca, que se encendería para señales, y pastore acostumbrados a otear de lejos.

Sin duda Amílcar no iría, como Hannón, por la montaña de las Agua Calientes. Debía pensar que Autharita, dueño del interior, le cerraría e camino. Además, un desastre al principio de la campaña le perdería, mientra que la victoria era probable estando más lejos los mercenarios. Meterse entr los dos ejércitos sería en él una imprudencia, contando con fuerzas inferiores

así, pues, Amílcar, según todas las probabilidades, tomaría las faldas de l
Ariana, torcería a la izquierda para evitar las bocas del Macar y vendría e
derechura al puerto, donde Matho le esperaría.

Vigilaba de noche a los peones, a la luz de las antorchas; iba a Hippo
Zarita, a las obras de las montañas, volvía y no descansaba. Espendi
envidiaba su energía, y Matho escuchaba dócilmente a su compañero e
cuanto al manejo de los espías, a la elección de centinelas, al arte de la
máquinas y demás medios de defensa. Ya no hablaban de Salambó: Espendio
porque no se acordaba; Matho, por una especie de pudor. A menudo iba de
lado de Cartago, para ver de lejos las tropas de Amílcar. Flechaba con sus ojo
el horizonte, se echaba de bruces, y en los latidos de sus arterias creía oír e
rumor de un ejército.

Dijo a Espendio que si antes de tres días no llegaba Amílcar, iría con todo
sus hombres a presentarle batalla. Pasaron dos días; Espendio le contenía; per
en la mañana del sexto, partió.

No menos que los bárbaros estaban los cartagineses impacientes por l
guerra; en las tiendas y en las casas había el mismo deseo, la misma angustia
se preguntaban todos qué era lo que detenía a Amílcar. En ocasiones, subí
este a la cúpula del templo de Eschmún, y al lado del Anunciador de las Luna
escudriñaba el horizonte.

Un día, el tercero del mes de Tibby, se le vio bajar de la Acrópolis a paso
precipitados. Se alzó un griterío en los Mapales. Bien pronto se llenaron la
calles, y los soldados se armaron, entre el llanto de las mujeres, que lo
abrazaban, yendo a formar a la plaza de Kamón. No se les podía seguir, ni au
hablarles, ni acercarse a las fortificaciones; durante algunos minutos, la ciuda
entera permaneció silenciosa como una inmensa tumba; los soldados
apoyados en sus lanzas, y los demás, angustiados.

Al ponerse el sol, salió el ejército por la parte de Occidente; pero en vez d
tomar el camino de Túnez o ganar las montañas en dirección a Útica, siguió l
costa, llegando en breve a la laguna, en la que las salitreras se reflejaban com
enormes espejos de plata olvidados en la ribera.

Fuéronse multiplicando los aguazales; el suelo era cada vez más blando y
en él se hundían los pies. Amílcar iba siempre a la cabeza, y su caballo
cubierto de manchas amarillas como un dragón, pisaba el fango haciend
grandes esfuerzos y levantando espuma en torno suyo. Vino la noche; noch
sin luna. Algunos gritaron que se iba a la muerte; el caudillo les quitó la

armas y las entregó a los criados. El fango se hacía cada vez más hondo; fue preciso montar en los animales de carga o bien agarrarse a la cola de los caballos; los robustos ayudaban a los débiles, y la Legión empujaba a la infantería con la punta de las lanzas. Aumentó la obscuridad; se habían extraviado; todos hicieron alto.

Los esclavos del Sufeta siguieron adelante para encontrar las balizas plantadas por orden de este, de distancia en distancia. Gritaban en las tinieblas, y el ejército les seguía de lejos.

Por fin se pisó tierra firme; luego se dibujó vagamente una curva blanquecina, y llegaron a la orilla del Macar. A pesar del frío, no se encendió fuego.

A media noche se levantaron ráfagas de viento. Amílcar hizo despertar a los soldados, pero sin tocar las trompetas, haciendo que los capitanes les golpearan en la espalda.

Entró en el agua un hombre de alta estatura, y aquella no le llegaba a la cintura; señal de que se podía pasar.

El Sufeta ordenó que treinta y dos elefantes se colocaran en el río, cien pasos más lejos, en tanto que los demás detendrían las líneas de hombres empujados por la corriente; y todos con las armas sobre la cabeza, atravesaron el Macar como entre dos murallas. Se había observado que el viento del Oeste empujando las arenas, obstruía el río y formaba en toda su anchura una calzada natural.

Este alarde de genio entusiasmó a los soldados y les infundió una confianza extraordinaria. Querían acometer en seguida a los bárbaros, pero el Sufeta les hizo descansar dos horas. No bien salió el sol, los desplegó en el llano, en tres líneas: primero los elefantes, detrás la infantería ligera con la caballería, y en tercera línea la falange.

Los bárbaros acampados en Útica y en las quince millas alrededor del puente, quedaron sorprendidos al ver ondular esta masa. El viento, que soplaba muy fuerte, levantaba torbellinos de arena, como arrancados del suelo subiendo en grandes capas de color azul, que se rompían para volver a formarse, ocultando siempre a los mercenarios el ejército púnico. Comoquiera que los cartagineses adornaban con cuernos la punta de los cascos, unos mercenarios creyeron ver una tropa de bueyes, en tanto que otros, engañados por el vaivén de los mantos, pretendían ver alas; no faltando quien echándoselas de sabio atribuyera despreciativamente todo esto a una ilusión del espejismo. Sin embargo, algo enorme continuaba avanzando. Pequeños vapores, sutiles como alientos, corrían sobre la superficie del desierto; el sol

ahora más alto, brillaba con más fuerza; una luz áspera y que parecía vibra entre la profundidad del cielo y los objetos, hacía la distancia incalculable. La inmensa llanura se desplegaba por todos lados, hasta perderse de vista, y la ondulaciones del terreno, casi insensibles, se prolongaban hasta el extremo horizonte, cerrado por la gran línea azul del mar. Los dos ejércitos, fuera de sus tiendas, se miraban; la gente de Útica, para ver mejor, se amontonaba en los baluartes.

Al fin, se vieron muchas barras transversales erizadas de puntas, que se agrandaban y hacían más espesas; montículos negros que se balanceaban, y aparecer de pronto la masa de picas y elefantes.

—¡Los cartagineses! —exclamaron los bárbaros.

Y los soldados de Útica y los del puente salieron en montón, a la desordenada, para caer juntos sobre Amílcar.

Ante este nombre, Espendio tembló: «¡Amílcar! ¡Amílcar!» Matho no estaba allí. ¿Qué hacer? La huida era imposible. La sorpresa, el miedo a Sufeta y, sobre todo, lo urgente de una resolución inmediata, lo desconcertaban; se veía traspasado por mil espadas, decapitado, muerto. Pero treinta mil hombres le seguían y confiaban en él; furioso contra sí mismo y confiando en una feliz victoria, se creyó más intrépido que Epaminondas. Para disimular su palidez, tiñó su barba de bermellón, apretó sus grebas y su coraza, bebió una patera de vino puro y corrió hacia su tropa, que se unía a la de Útica.

Ambas divisiones de bárbaros juntáronse con tanta celeridad, que el Sufeta no tuvo tiempo de formar sus hombres en batalla. Los elefantes se detuvieron balanceando sus pesadas cabezas cargadas de plumas de avestruz y golpeándose las espaldas con la trompa.

En el fondo de los claros que dejaban se veían las cohortes de los vélites; más lejos, los grandes cascos de los clinabaros, con hierros que brillaban al sol, y corazas, penachos y banderas desplegadas. Pero el ejército cartaginés, compuesto de once mil trescientos noventa y seis hombres, parecía ser inferior a este número porque formaba un largo cuadrado, estrecho en los flancos y muy apretado en sí mismo.

Viéndolos tan débiles, los bárbaros, tres veces más numerosos, sintieron una alegría desordenada; no se veía a Amílcar. ¿Estaría allí? No importaba; el desdén que los bárbaros tenían por estos mercaderes avivaba su valor, y antes que Espendio mandara la maniobra, todos la habían comprendido y la estaban ejecutando.

Desplegáronse en una gran línea recta, que desbordaba las alas del ejército púnico, a fin de envolverlo completamente. Pero cuando estuvieron a trescientos pasos, los elefantes, en vez de avanzar, retrocedieron, y los clinabaros, haciendo un cambio de frente, los siguieron; aumentó la sorpresa de los mercenarios el ver que todos los demás hacían lo mismo. Los cartagineses tenían miedo, ¡huían! Una silba formidable estalló en las tropas bárbaras, y Espendio, desde lo alto de su dromedario, gritaba:

—¡Ah, ya lo sabía! ¡Adelante! ¡Adelante!

Cayó una lluvia de azagayas, dardos y tiros de honda. Los elefantes con la grupa acribillada a flechazos galoparon más aprisa; les envolvía una gran polvareda y, como sombras en una nube, desaparecieron.

Pero en el fondo de la masa púnica se oía un gran ruido de pasos dominado por el son agudo de las trompetas, que tocaban con furia. Este espacio que los bárbaros tenían delante, pleno de torbellinos y de tumulto atraía como un abismo; algunos se lanzaron. Aparecieron cohortes de infantería y jinetes al galope con otros peones a la grupa.

En efecto: Amílcar había ordenado a la falange que rompiera sus secciones y que pasaran los elefantes y la tropa ligera por estos intervalos, para que cubrieran prontamente los flancos; calculó tan bien la distancia de los bárbaros, que en el momento en que estos llegaban allí, el ejército cartaginés formaba en masa una gran línea recta.

En medio se erizaba la falange compuesta de sintagmas o cuadrados, con diez y seis hombres en cada lado. Los jefes de filas aparecían entre largos hierros agudos que desbordaban desigualmente, porque las seis hileras primeras alargaban las astas cogiéndolas por el medio, y las diez hileras inferiores, apoyándolas en la espalda de sus compañeros, se ponían delante. Las viseras de los cascos ocultaban a medias las caras; las grebas de bronce cubrían todas las piernas derechas; anchos escudos cilíndricos bajaban hasta las rodillas; y esta horrible masa cuadrangular maniobraba en un solo bloque viva como un animal fantástico y con la regularidad de una máquina. Dos cohortes de elefantes la flanqueaban, haciendo caer la lluvia de flechas pegadas a su negra piel. Los indios, agazapados entre los montones de blancas plumas de avestruz, los retenían con el mango del arpón, y en las torres, otros hombres, ocultos hasta los hombros, se asomaban armados con grandes arcos tendidos y varas de hierro con estopas encendidas. A derecha e izquierda de los elefantes maniobraban los honderos, con una honda ceñida a los riñones, otra en la cabeza, y la tercera en la mano derecha. Venían luego los clinabaros, cada cual con un negro que les alargaba las lanzas entre las orejas de los

caballos enteramente cubiertos de oro como los jinetes. A continuación se espaciaban soldados armados a la ligera con escudos de piel de lince y jabalinas en la mano izquierda; y los tarentinos, llevando del diestro dos caballos juntos, y apostados en los dos extremos de esta muralla de combatientes.

A la inversa, el ejército de los bárbaros no había podido conservar su alineación. En todo su enorme frente se habían formado ondulaciones y vacíos, y jadeaban todos, sofocados por la carrera.

La falange se puso en marcha pesadamente, blandiendo todos las picas bajo este enorme peso, la línea de los mercenarios cedió pronto por el centro.

Entonces, las líneas cartaginesas se abrieron para envolverlos, guiándole los elefantes. Con las lanzas tendidas oblicuamente, la falange cortó a los bárbaros; se agitaron dos masas enormes; las alas, a tiros de honda y de flecha los empujaban sobre la falange. Para desprenderse de esta, faltaba la caballería; a excepción de doscientos númidas que arremetieron contra los clinabaros, los demás se encontraron cercados y no podían salir de sus líneas. Inminente era el peligro; urgente una resolución.

Espendio mandó atacar la falange simultáneamente por los dos flancos, a fin de pasar al través; pero las filas más estrechas, replegándose sobre las más largas, se volvieron juntas contra los bárbaros, mostrándose tan terribles como lo era el frente. Herían los bárbaros con su hierro, pero la caballería estorbaba su ataque; en tanto que la falange púnica, apoyada por los elefantes, se apretaba o se ensanchaba, o maniobraba en cuadrado, en cono, en rombo, en trapecio o en pirámide, de frente, a retaguardia, se producía continuamente un movimiento interior, porque los que estaban detrás de las filas corrían a las primeras líneas, y los cansados o heridos se replegaban atrás. Los bárbaros se veían empujados contra la falange: era imposible avanzar; hubiérase dicho un océano en el que bullían garcetas rojas con escamas de cobre, en tanto que los lucientes escudos se apretaban como espuma de plata. A veces, de un cabo a otro, bajaban anchas corrientes, que luego ascendían, manteniéndose inmóviles en medio una pesada masa. Las lanzas se bajaban y se levantaban alternativamente. Todo era una agitación de espadas desnudas, tan precipitadas que solo se veían las puntas; haces de caballería, ensanchándose en círculos, y que volvían a cerrarse, moviendo torbellinos a su alrededor.

Dominando las voces de mando, sonaban en el aire los bélicos clarines y el son de las liras, y las balas de plomo o de arcilla de las hondas, silbando y haciendo saltar las espadas de las manos y los sesos de los cráneos. Los heridos, resguardándose con un solo brazo con su escudo, tendían la espada

apoyando el pomo en el suelo; otros, entre charcos de sangre, se volvían para morder los talones de los enemigos. La multitud era tan compacta, el polvo tan espeso, el tumulto tan fuerte, que era imposible ver nada; los cobardes que ofrecían entregarse ni siquiera eran oídos. Cuando las manos estaban vacías se abrazaban cuerpo a cuerpo; los pechos chocaban con las corazas y los cadáveres caían hacia atrás, con los brazos crispados. Hubo una compañía de sesenta umbrianos que, firmes sobre sus talones, con la pica delante de los ojos, inquebrantables y rechinando los dientes, obligaron a retroceder dos sintagmas a la vez. Los pastores epirotas corrieron al escuadrón izquierdo de los clinabaros y agarraron de las crines a los caballos, volteando sus bastones los animales, derribando a los jinetes, huyeron por el llano. Los honderos púnicos, repartidos aquí y acullá, estaban sorprendidos. La falange empezaba a oscilar, los capitanes corrían desolados, los cabos de fila empujaban a los soldados; los bárbaros, rehechos, volvían a la carga, y la victoria iba a ser suya.

Pero de pronto sonaron gritos espantosos y rugidos de dolor y de rabia eran los setenta y dos elefantes, que se precipitaban en doble línea, porque Amílcar había esperado a que los bárbaros estuviesen en montón, para echárselos encima. Los indios los aguijonearon con tal fuego, que la sangre corría por las anchas orejas de los paquidermos. Las trompas, pintadas de minio, se levantaban rectas en el aire, como rojas serpientes; sus pechos estaban armados de un venablo, el lomo con una coraza, los colmillos prolongados con láminas de hierro encorvadas como sables, y, para volverlos más feroces, se les había embriagado con una mezcla de pimienta, vino puro e incienso. Sacudían sus collares de cascabeles y gritaban; los elefantarcas o conductores bajaban la cabeza ante la lluvia de las faláricas que venía de lo alto de las torres.

Con el propósito de resistirlos mejor, los bárbaros se abalanzaron en masa compacta; los elefantes se precipitaron impetuosamente en medio. Los espolones de sus pechos hendían las cohortes como proas de un navío; con la trompas, ahogaban a los hombres o los arrancaban del suelo, entregándolos por encima de sus cabezas a los soldados de las torres; con los colmillos, los despanzurraban, los lanzaban al aire, colgando racimos de entrañas de sus garfios de marfil, como paquetes de cuerdas en los mástiles. Los bárbaros intentaban reventarles los ojos o desjarretarlos; otros, metiéndose bajo los vientres, les hundían la espada hasta la empuñadura y morían aplastados. Los más intrépidos se colgaban a las correas, y entre llamas o bajo la lluvia de dardos y hondas, no dejaban de cortar cueros para que la torre de mimbre

cayera como una torre de piedra. Catorce elefantes de los que estaban en la extrema derecha, furiosos por sus heridas, se volvieron a la segunda línea; los indios, con su martillo y clavija, les dieron la puntilla a fuerza de puños.

Las enormes bestias se atropellaron, cayendo unas encima de otras. Fue como una montaña; y sobre este montón de cadáveres y de armaduras, un elefante monstruoso, que se llamaba el *Furor de Baal*, cogido por la pierna entre cadenas, estuvo toda la noche aullando, con una flecha en el ojo.

Sin embargo, los demás, como conquistadores que se complacen en el exterminio, seguían atropellando, aplastando y encarnizándose en los muertos y en los restos de la batalla. Para rechazar a los manípulos apretados en coronas a su alrededor, giraban sobre los pies de atrás con un movimiento continuo de rotación siempre avanzando. Los cartagineses sintieron aumentar su vigor, y la batalla volvió a empezar.

Los bárbaros cedían; los hoplitas griegos arrojaron sus armas, y el espanto se apoderó de los demás. Se vio a Espendio huir colgado de su dromedario azuzándolo con dos jabalinas. Todos, entonces, se precipitaron para entrar en Útica.

Los clinabaros, con los caballos cansados, no pudieron detenerlos. Los ligures, extenuados de sed, gritaban que se les llevara al río; pero los cartagineses, puestos en medio de las sintagmas y que habían sufrido menos, hervían de deseo ante la venganza que se les escapaba; ya se lanzaban a la persecución de los mercenarios cuando apareció Amílcar.

Refrenaba con riendas de plata su caballo atigrado, bañado en sudor. Las cintas atadas a los cuernos de su casco flotaban al viento y tenía su escudo ovalado sujeto bajo el muslo izquierdo. A una señal de su pica de tres puntas se detuvo el ejército.

Los tarentinos saltaron rápidamente de un caballo al otro, y partieron a derecha e izquierda en dirección al río y a la ciudad.

La falange exterminó a placer el resto de los bárbaros. Cuando llegaban bajo las espadas, las víctimas alargaban el cuello, cerrando los párpados. Otros se defendieron a todo trance, pero se les abrumaba de lejos a pedradas, como perros rabiosos. Amílcar tenía encargado que se hicieran cautivos; pero los cartagineses le obedecieron a regañadientes, por el placer que sentían en degollar bárbaros. Como tenían mucho calor, operaban con los brazos desnudos, a manera de segadores; y cuando se interrumpían para tomar aliento, seguían con la mirada a un jinete que galopaba tras un soldado huyendo. Conseguía cogerle de los cabellos, lo tenía así un rato y concluía por derribarle de un hachazo.

Vino la noche. Cartagineses y bárbaros habían desaparecido. Los elefante que habían huido erraban por el horizonte con las torres incendiadas. Ardían en la obscuridad como faros perdidos en la bruma, y no se advertía otro movimiento en la llanura que la ondulación del río, engrosado por lo cadáveres que iban arrastrados al mar.

Dos horas después llegó Matho. A la luz de las estrellas vio largo montones desiguales tendidos en tierra.

Eran las filas de bárbaros. Se apeó y vio que todos estaban muertos; llamó a voces y nadie le contestó.

Aquella mañana había partido de Hippo-Zarita con sus soldados, en dirección a Cartago. El ejército de Espendio acababa de salir de Útica, y los habitantes empezaban a incendiar las máquinas de guerra. Todos se habían batido encarnizadamente; el tumulto que se oía del lado del puente aumentaba de un modo incomprensible. Matho había venido por el camino más corto, a través de la montaña, y como los bárbaros huyeron por el llano, no encontró a ninguno.

A su frente, se levantaban en la sombra masas piramidales, y del lado del río, cercanas y a ras del suelo, se veían luces inmóviles. Era que los cartagineses se habían replegado detrás del puerto para engañar a los bárbaros el Sufeta había puesto muchas guardas en la otra orilla.

Matho, avanzando siempre, creyó ver enseñas púnicas, porque las cabezas de caballo que no se movían aparecían en el aire, fijas en astas, en listones que no se podían ver; y oyó más lejos un gran rumor, un ruido de canciones y de copas que chocaban.

No sabiendo dónde se encontraba, ni cómo hallar a Espendio, lleno de angustia y perdido en las tinieblas, se volvió más aprisa por el mismo camino. Apuntaba el alba cuando desde lo alto de la montaña divisó la ciudad, con los armazones de las máquinas ennegrecidas por las llamas, así como esqueletos de gigantes junto a las murallas.

Todo reposaba en silencio y en abandono extraordinarios. Entre sus soldados, al borde de las tiendas, hombres casi desnudos dormían de espalda o con la frente en el brazo que sostenía la coraza. Algunos llevaban en las piernas vendas ensangrentadas. Los moribundos movían la cabeza blandamente, en tanto que otros les traían de beber. A lo largo de los caminos estrechos, andaban los centinelas para calentarse, o bien miraban el horizonte con la pica al hombro, en actitud feroz.

Matho encontró a Espendio recogido bajo un jirón de tela puesto sobre dos palos, con las manos en las rodillas y la cabeza baja.

Estuvieron largo rato sin decirse nada; al fin, Matho murmuró:

—¡Vencidos!

Espendio contestó con voz sombría:

—¡Sí; vencidos!

Y a todas las preguntas respondía con gestos desesperados.

Llegaban basta ellos suspiros y estertores. Matho entreabrió la tela, y e espectáculo de los soldados le recordó otro desastre en el mismo lugar, y dijo:

—¡Miserable!, otra vez...

Espendio le interrumpió:

—¡Tampoco tú estabas!

—¡Es una maldición! —exclamó Matho—. ¡Pero yo le esperaré, l venceré, le mataré! ¡Ah, si hubiera estado aquí!...

La idea de no haberse encontrado en la batalla lo desesperaba más que l derrota. Se quitó la espada y la tiró por el suelo.

—Pero ¿cómo os han vencido los cartagineses?

El antiguo esclavo contó las maniobras. Matho creía estar viéndolas, y s irritaba. El ejército de Útica, en vez de dirigirse al puente, debió ir a atacar Amílcar por retaguardia.

—¡Lo sé! —dijo Espendio.

—Convenía doblar las filas, no comprometer los vélites contra la falange dar salida a los elefantes. En último extremo, se podía probar otra vez, nunc huir.

Respondió Espendio:

—Le he visto pasar en su gran manto rojo, con los brazos levantados, má alto que el polvo, como águila que volaba al flanco de las cohortes; a todas la señales de su cabeza, estas se apretaban y se abalanzaban; la multitud no arrastró el uno hacia el otro; él me miró, y yo sentí en mi corazón como el frí de una espada.

—¿Habrá elegido tal vez el día? —se decía Matho.

Y se hacían preguntas tratando de descubrir qué habría traído al Sufeta e las circunstancias más desfavorables. Hablando de la situación, para atenua su falta o animarse a sí propio, Espendio dijo que aún quedaba esperanza.

—¡Aunque no la haya, no importa! —dijo Matho—; yo solo continuaré l guerra.

—Y yo también —repuso el griego, muy agitado, brillantes las pupilas con sonrisa extraña que contraía su cara de chacal.

—¡Volveremos a empezar! ¡No me abandones! Yo no estoy hecho para la batallas al sol: el brillo de las espadas me turba la vista: es una enfermedad: h

vivido mucho tiempo en la ergástula. Pero dame murallas que escalar d noche, y yo entraré en las ciudadelas y los cadáveres estarán fríos antes qu los gallos hayan cantado. Indícame a alguien, alguna cosa, un enemigo, u tesoro, una mujer..., una mujer, aunque sea la hija de un rey, y la traeré, si l deseas, a tus pies con prontitud. Me reprochas de haber perdido la batall contra Hannón y, sin embargo, la gané. ¡Confiésalo! Mi piara de cerdos no sirvió más que una falange de espartanos.

Y cediendo a la necesidad de rehabilitarse y de tomar el desquite, fu enumerando cuanto hiciera en favor de los mercenarios.

—¡Yo fui quien en los jardines del Sufeta empujé al galo! Más tarde, e Sicca, los concité a todos con el miedo de la República; Giscón los volvió perdonar, pero yo impedí que hablaran los intérpretes. ¡Ah! ¡Cómo les colgab la lengua de la boca! ¿Te acuerdas? Yo te llevé a Cartago; yo he robado e zaimph. Yo te he llevado a casa de *ella*. ¡Yo haré más aún!...; ¡ya verás!

Y soltó la carcajada como un loco. Matho le miraba asombrado Experimentaba cierto malestar ante este hombre, a un tiempo cobarde terrible.

El griego añadió en tono jovial, castañeteando los dedos:

—¡Evohé! Después de la lluvia sale el sol. He trabajado en las canteras he bebido música en un bajel que era mío, bajo un palio de oro, como u Tolomeo. La desgracia debe servirnos para hacernos más hábiles. A fuerza d trabajo, se rinde la fortuna. Esta ama a los diestros. ¡Ella cederá!

Y tomando del brazo a Matho:

—Amo, los cartagineses están ahora confiados en su victoria. Tú tienes u ejército que no ha combatido, y tus hombres te obedecen. Ponlos delante; lo míos, para vengarse, los seguirán. Me quedan tres mil carios, mil doscient honderos y arqueros, cohortes completas. Se puede formar toda una falange ¡Vamos!

Matho, abrumado por el desastre, no había imaginado plan alguno par repararlo. Escuchaba con la boca abierta; y las láminas de bronce que ceñía su busto se levantaban con los latidos de su corazón. Recogió su espada gritando:

—Sígueme. ¡Vamos!

Los exploradores volvieron anunciando que los cartagineses se había llevado sus muertos, que el puente estaba en ruinas y que Amílcar hab desaparecido con su ejército.

IX

EN CAMPAÑA

Pensaba Amílcar que los mercenarios le esperarían en Útica o que se revolverían contra él; y no encontrando suficientes sus fuerzas para dar el ataque o recibirlo, se había dirigido al Sur, por la orilla derecha del río poniéndose al abrigo de una sorpresa.

Quería, cerrando los ojos sobre la rebelión, separar todas las tribus de la causa de los bárbaros, y cuando tuviera a estos aislados o en medio de las provincias, caer sobre ellos y exterminarlos.

En catorce días pacificó la región comprendida entre Tucaber y Útica, con las ciudades de Tignicaba, Tesura, Vacca y otras del Occidente. Zagan edificada en las montañas; Asura, célebre por su templo; Djeraado, fértil en enebros; Tajsitís y Hagur le enviaron embajadas. Los habitantes del campo llegaban cargados de víveres, implorando su protección; besaban sus pies y los de los soldados y se quejaban de los bárbaros. Algunos venían a ofrecerle, en sacos, cabezas de mercenarios muertos por ellos, según decían, pero que en realidad habían cortado a los cadáveres; porque muchos se habían perdido en la huida y se les encontraba muertos en los olivares y en las viñas.

Para deslumbrar al pueblo, Amílcar, al segundo día de la victoria, envió a Cartago los dos mil cautivos cogidos en el campo de batalla. Llegaron en largas compañías de cien hombres cada una, con los brazos atados a la espalda con una barra de bronce que les llegaba a la nuca; los heridos, sangrando corrían también, mientras los jinetes, detrás de ellos, los empujaban a latigazos.

¡Fue un delirio de alegría! Decíase que habían muerto seis mil bárbaros y que la guerra había terminado porque los demás no la proseguirían; se abrazaban en la calle y se frotaba con manteca y cinamomo la cara de los dioses Pateques en acción de gracias, los cuales, con sus grandes ojos, su

gordo vientre y los brazos levantados hasta los hombros, parecían vivos en su pintura y participar de la alegría del pueblo. Los ricos dejaban abiertas sus puertas; resonaban en la ciudad los sones de los tamboriles; de noche se iluminaban los templos, y las sirvientes de la Diosa, bajando a Malqua pusieron tablados de sicomoro en las principales esquinas, y en ellos se prostituían. Se concedieron tierras a los vencedores, se hicieron holocaustos a Moloch, votaron trescientas coronas de oro para el Sufeta, al que sus partidarios proponían otorgarle nuevos honores y preeminencias.

Había solicitado este entablar nuevas negociaciones con Autharita, para canjear al viejo Giscón y demás cartagineses cautivos por los bárbaros prisioneros. Los libios y los nómadas que componían el ejército de Autharita apenas conocían a estos mercenarios, hombres de raza italiana o griega; y puesto que la República les ofrecía tantos bárbaros a cambio de tan pocos cartagineses, pensaron que los unos no valían nada y los otros mucho. Temiendo una celada, Autharita rehusó.

En vista de esto, los Ancianos decretaron la ejecución de los cautivos aunque el Sufeta les escribió en contrario, porque contaba incorporar los mejores a sus tropas y excitar por este medio las deserciones. Pero el odio pudo más que su prudencia.

Los dos mil bárbaros fueron atados en los Mapales a los postes de las tumbas, y mercaderes, pinches de cocina, bordadores y hasta las mujeres, las viudas de los muertos con sus hijos, vinieron a matarlos a flechazos. Se les tiraba despacio, para prolongar su suplicio; se bajaba el arma y se levantaba por turno; la multitud se empujaba vociferando. Los paralíticos se hacían conducir en sus camillas; muchos, por precaución, llevaban la comida y allí permanecían hasta la noche; otros pernoctaban en el lugar. Se habían plantado tiendas y se bebía a discreción. Muchos ganaron bastante dinero alquilando arcos.

Después se dejaron en pie las cruces con los cadáveres, que parecían sobre ellas otras tantas estatuas rojas; y la exaltación contagió a la gente de Malqua de familias autóctonas y de ordinario indiferentes a las cosas de la patria. En reconocimiento de los placeres que esta les proporcionaba, se interesaban ahora en su fortuna, se sentían púnicos, y los Ancianos consideraron como una habilidad haber fundido a todo el pueblo en una misma venganza.

No faltó la sanción de los dioses, porque de todos los lados del cielo acudieron cuervos, describiendo círculos en el aire con roncos graznidos, y formando como una negra nube que continuamente rodaba sobre sí misma. Se la veía de Clipea, de Radés y del promontorio Hermeo. A veces se abría de

repente y se alargaba en negras espirales; era un águila que había entre la bandada y luego se iba; en las azoteas, en las cúpulas, en la punta de los obeliscos y en los frontis de los templos se posaban avechuchos con restos humanos en el pico enrojecido.

A causa de la pestilencia, los cartagineses se resignaron a desclavar los cadáveres. Quemáronse algunos de estos; se echaron otros al mar, y las olas agitadas por el viento norte, los depositaron en la playa, en el fondo del golfo ante el campamento de Autharita.

Tal castigo atemorizó sin duda a los bárbaros, porque de lo alto de Eschmún se les vio abatir sus tiendas, juntar sus rebaños, montar sus bagajes en asnos y alejarse la horda aquella misma noche.

El plan de los bárbaros era moverse alternativamente de Aguas Calientes a Hippo-Zarita, a fin de impedir al Sufeta acercarse a las ciudades tirias contando además con la posibilidad de volver sobre Cartago.

En este tiempo, los otros dos ejércitos procurarían llegar al Sur; Espendio por el Oriente, y Matho, por el Occidente, para unirse los tres y sorprender y cercar a Amílcar. Les sobrevino un refuerzo que no esperaban. Narr-Habas con trescientos camellos cargados de betún, veinticinco elefantes y seis mil jinetes.

El Sufeta, con el fin de debilitar a los bárbaros, juzgó prudente entretener a la númida, lejos, en su reino. Desde Cartago se había entendido con Masgaba, bandido gétulo que deseaba forjar un imperio. Con el dinero púnico, este aventurero había sublevado los estados númidas, prometiéndoles la libertad. Pero Narr-Habas, prevenido por el hijo de su nodriza, cayó sobre Cirta, envenenó a los vencedores con el agua de las cisternas, cortó algunas cabezas y vino contra el Sufeta más furioso que los bárbaros.

Los caudillos de los cuatro ejércitos se pusieron de acuerdo acerca del plan de guerra. Esta sería larga y debía preverse todo.

Convínose en primer lugar en reclamar el auxilio de los romanos, y se ofreció esta embajada a Espendio, quien, como tránsfuga que era, no se atrevió a aceptarla. Se embarcaron doce hombres de las colonias griegas, en Annaba, en una chalupa de los númidas. Los jefes exigieron de todos los bárbaros el juramento de una obediencia absoluta. Todos los días los capitanes revistaban los vestidos y el calzado; se prohibió a los centinelas usar escudos porque acostumbraban a apoyarlo en la lanza y dormir en pie; a los que llevaban bagaje se les obligó a desprenderse de él; todo debía ponerse a la

espalda, a la usanza romana. Como precaución contra los elefantes, Matho creó un cuerpo de jinetes catafractos, en que hombre y caballo desaparecían bajo una coraza de piel de hipopótamo erizada de clavos; para proteger el casco de los caballos se les puso borceguíes de esparto tejido.

Se prohibió saquear pueblos y tiranizar los habitantes de raza no púnica. Pero como la comarca se agotaba, Matho ordenó distribuir los víveres por cabeza de soldado, sin inquietarse por las mujeres, porque los hombres ya atenderían a sus suyas. Por falta de alimentación, muchos se debilitaron; era un incesante motivo de quejas y de invectivas, porque se quitaban las mujeres por la comida o la promesa de su ración. Matho mandó echarlas a todas, sin excepción, y fueron a refugiarse en el campamento de Autharita, donde los galos y tirios, a fuerza de ultrajes, las obligaron a irse.

Al fin acudieron a Cartago, implorando la protección de Ceres y de Proserpina, porque había en Byrsa un templo con sacerdotes consagrados a estas diosas, en expiación de los horrores cometidos en el sitio de Siracusa. Los Sisitas, alegando su derecho a los despojos, reclamaron las más jóvenes para venderlas; los cartagineses nuevos tomaron en matrimonio las rubias espartanas.

Algunas se obstinaron en seguir al ejército, yendo al flanco de las sintagmas, al lado de los capitanes. Llamaban a sus hombres, les tiraban del manto, se golpeaban el pecho, maldiciéndolos y les mostraban sus hijuelos que lloraban. Este espectáculo ablandaba a los bárbaros; era un estorbo, un peligro. Cuantas veces se las rechazaba, ellas volvían; Matho hizo que la dieran una carga los lanceros de Narr-Habas, y como los bárbaros gritaran que necesitaban mujeres, él les respondió:

—Yo no las tengo.

El genio de Moloch se apoderaba ahora de Matho. A pesar de las rebeliones de su conciencia, ejecutaba cosas espantosas, imaginándose obedecer la voz de un dios. Cuando no podía devastar los campos, los llenaba de piedras para volverlos estériles.

Con reiterados mensajes, excitaba a Espendio y a Autharita a que se dieran prisa. Pero las operaciones del Sufeta eran incomprensibles. Acampó sucesivamente en Eidons, en Monchar, en Tehent; los exploradores creyeron verle en los alrededores de Ischil, cerca de las fronteras de Narr-Habas; y se supo que había cruzado el río arriba de Teburba, como para volver a Cartago. No bien estaba en un lugar, se le encontraba en otro, sin que nadie supiese los caminos que tomaba. Sin librar batalla, el Sufeta conservaba sus ventajas perseguido por los bárbaros, parecía dirigirlos.

Tales marchas y contramarchas fatigaban más y más a los cartagineses; la fuerzas de Amílcar no se renovaban y disminuían de día en día. La gente de campo le suministraba víveres con más lentitud; encontraba en todas parte una vacilación, un odio callado; y no obstante sus ruegos al Gran Consejo, nc le enviaban de Cartago ningún socorro.

Decíase que no lo necesitaba, que era una astucia o quejas inútiles; y lo partidarios de Hannón, con tal de perjudicarle, exageraban la importancia dc su victoria. Bueno que se hiciera el sacrificio de las tropas que mandaba, perc no se iba a satisfacer siempre sus demandas. La guerra era muy pesada; había costado mucho y por orgullo; los patricios de su facción le apoyaban con tibieza.

Desesperando de la República, levantó por la fuerza en las tribus todo lc que necesitaba para la guerra: grano, aceite, leña, animales y hombres; perc los habitantes no tardaron en emigrar. Los pueblos que atravesaba estaban vacíos; se registraban las cabañas y no se encontraba nada, y una espantosa soledad rodeó al ejército cartaginés.

Furioso este, saqueó las provincias, cegaba las cisternas e incendiaba la casas. Las chispas, llevadas por el viento, incendiaban bosques enteros rodeaban los valles con coronas de fuego, y había que esperar, para prosegui la marcha bajo el sol ardiente y sobre cenizas calientes.

Algunas veces, en los bordes del camino, veían brillar en un matorral as como pupilas de leopardo. Era un bárbaro acurrucado sobre los talones, y qu se había cubierto de polvo para confundirse con el color del follaje; o bier cuando se atravesaba un barranco, los que iban a los flancos oían de pronto rodar piedras, y levantando la mirada veían en la abertura del desfiladero un hombre que saltaba con los pies desnudos.

Sin embargo, Útica e Hippo-Zarita estaban libres, porque los mercenario no las sitiaban. Amílcar mandó que vinieran en su ayuda. No atreviéndose a comprometerse, le respondieron con vaguedades, cumplimientos y excusas.

Bruscamente se trasladó al Norte, resuelto a entrar en una ciudad tiria aunque le costara un sitio. Le hacía falta un punto en la costa, con el fin dc sacar de las islas, o de Cirene, provisiones y soldados, y se fijó en el puerto dc Útica, por ser el más próximo a Cartago.

El Sufeta partió, pues, de Zutín y rodeó el lago de Hippo-Zarita, con prudencia. Muy pronto hubo de formar sus regimientos en columna para subi la montaña que separa los dos valles. Al ponerse el sol bajaban lo cartagineses de la cumbre, ahuecada en forma de embudo, cuando advirtieron delante de ellos, a ras del suelo, lobas de bronce que parecían correr por la

hierba, y aparecer de repente grandes penachos, oyéndose un canto formidable al son de flautas. Era el ejército de Espendio; campanios y griegos, por odio a Cartago, habían adoptado las divisas de Roma.

Al mismo tiempo, aparecieron a la izquierda largas picas, escudos con pie de leopardo, corazas de lino y espaldas desnudas. Eran los iberos de Matho los lusitanos, baleares y gétulos; se oía el relincho de los caballos de Narr Habas, que se extendieron alrededor de la colina; después llegó la turba qu mandaba Autharita; los galos, libios y nómadas; y en medio de todos s reconoció a los «Comedores de cosas inmundas», por las espinas de pescad que llevaban en la cabellera.

De esta manera, se habían juntado los bárbaros, combinando sus marcha con exactitud.

Amílcar había amontonado su gente en masa orbicular, de modo qu ofreciera una resistencia igual en todas partes. Altos escudos puntiagudos fijos en tierra, unos al lado de otros, rodeaban a la infantería. Los clinabaro quedaban por la parte de fuera y más lejos, de trecho en trecho, los elefantes Los mercenarios estaban abrumados de fatiga; valía mejor esperar el día, y seguros de la victoria, pasaron la noche comiendo.

Habían encendido fogatas que deslumbrándolos, dejaban en la sombra a ejército cartaginés, debajo de ellos. Amílcar hizo cavar alrededor de su campo como los romanos, un foso ancho de quince pasos y de diez codos d profundidad; levantar con la tierra excavada un parapeto, en el que plant estacas agudas, entrelazadas: al salir el sol, quedaron pasmados los bárbaros a ver a los cartagineses atrincherados como en una fortaleza.

En medio de las tiendas vieron al Sufeta, que se paseaba dictando órdenes Estaba armado con una coraza gris, recamada de pequeñas escamas; y seguid de su caballo, se paraba de cuando en cuando para señalar algo con el braz derecho.

Más de un bárbaro se acordó de otros días, cuando al son de los clarines Amílcar pasaba delante de ellos lentamente, fortaleciéndoles con sus miradas como con vasos de vino. Les sobrecogió una especie de ternura. Por e contrario, aquellos que no conocían al Sufeta, deliraban con la alegría d capturarle.

Sin embargo, si todos atacaban a la vez, se encontrarían en un espacio ta reducido que se expondrían a una derrota. Los númidas podían lanzarse a través; pero los clinabaros, defendidos por las corazas, los aplastarían además, ¿cómo pasar la empalizada? En cuanto a los elefantes, no estaba suficientemente amaestrados.

—¡Sois todos unos cobardes! —gritó Matho.

Y seguido de los más valientes, se precipitó contra el atrincheramiento. L rechazó una lluvia de piedras; porque el Sufeta había recogido en el puente su catapultas abandonadas.

Este fracaso cambió bruscamente el espíritu movible de los bárbaros. E exceso de su bravura desapareció; querían vencer, pero arriesgándose l menos posible. Según Espendio, convenía conservar la posición que tenían y someter por hambre a los púnicos. Pero los cartagineses ahondaron pozos y descubrieron agua en las montañas que rodeaban la colina.

Desde lo alto de la empalizada lanzaban flechas, tierra, estiércol y piedras que arrancaban del suelo, en tanto que las seis catapultas rodaba incesantemente a lo largo de la planicie.

Pero las fuentes podían secarse, agotarse los víveres e inutilizarse la catapultas; los mercenarios, diez veces más numerosos, acabarían por triunfa El Sufeta ideó entablar negociaciones para ganar tiempo; y una mañana lo bárbaros vieron en sus dos líneas una piel de carnero, cubierta de escrituras Amílcar se justificaba de su victoria; los Ancianos le habían obligado a l guerra, y para demostrar que él mantenía su palabra, ofrecía el saqueo d Útica o el de Hippo-Zarita, a elección de los mercenarios; terminando po declarar que no los temía, porque tenía traidores ganados, gracias a los cuale se adueñaría de los otros pronto y fácilmente.

Turbáronse los bárbaros; esta proposición de un botín inmediato les hací soñar; temían una traición, porque no suponían un lazo en la arrogancia de Sufeta, y empezaron a mirarse unos a otros con desconfianza. Se medían la palabras y los pasos; la pesadilla les desvelaba por las noches. Mucho abandonaban a sus camaradas; cambiaban a capricho de general, y los galos con Autharita, se juntaron con los cisalpinos, cuya lengua no comprendían.

Los cuatro jefes se reunían todas las noches en la tienda de Matho, y agachados alrededor de un escudo adelantaban y retrocedían las figuras d madera inventadas por Pirro para reproducir las maniobras. Espendi explicaba los recursos de Amílcar y suplicaba no se comprometiera la ocasión jurando por todos los dioses. Matho, irritado, gesticulaba. La guerra contr Cartago era cosa personal suya; se indignaba se mezclasen en ella sin quere obedecerle. Autharita adivinaba por su cara lo que decía, y aplaudía. Narr Habas levantaba la barbilla en señal de desdén; hallaba funestas todas la medidas, y ya no se sonreía, sino que lanzaba suspiros, como si rechazara e dolor de un sueño imposible, la desesperación de una empresa fallida.

En tanto que los bárbaros, dudosos, deliberaban, el Sufeta aumentaba su defensas; hacía cavar un segundo foso, levantar otra segunda muralla y construir en los ángulos torres de madera; sus esclavos iban a las avanzadas a hundir en el suelo los abrojos. Pero los elefantes, a los que se les había disminuido la ración, se debatían en sus trabas. Para economizar el pasto ordenó Amílcar a los clinabaros que mataran a los caballos menos robustos Rehusaron algunos y los mandó decapitar. Se comieron los caballos. E recuerdo de esta carne fresca aumentó la tristeza en los días siguientes.

Del fondo del anfiteatro en que se encontraban encerrados, veían alrededo de ellos, en las alturas, los cuatro campamentos de los mercenarios, llenos d agitación. Circulaban las mujeres con odres a la cabeza, balaban las cabra entre haces de picas, se relevaban los centinelas, se comía en torno de la trébedes; porque las tribus les proporcionaban víveres en abundancia y suponían lo que asustaba su inacción al ejército púnico.

En el segundo día observaron los cartagineses en el campo de los númida una tropa de trescientos hombres separada de los demás. Eran los Ricos hechos prisioneros desde el comienzo de la guerra. Los libios los alinearon a todos al borde del foso, y puestos detrás de ellos, disparaban azagayas sirviéndoles de parapeto el cuerpo de los cautivos. Apenas se podía conocer a estos infelices, a causa del estrago que hizo en ellos la miseria y la inmundicia Sus cabellos, arrancados a mechones, mostraban al desnudo las úlceras de la cabeza, y estaban tan flacos y terribles que parecían momias envueltas en lienzos. Algunos, temblando, gemían con aire estúpido; otros gritaban a su amigos que tiraran a los bárbaros. Uno había inmóvil y con la cabeza baja, qu no hablaba; su gran barba blanca caía hasta las manos cargadas de cadenas, y los cartagineses, sintiendo en el fondo de su corazón, como un desquiciamiento de la República, reconocieron a Giscón. Por más que el siti era peligroso, se empujaban para verle. Le habían puesto una tiara grotesca, d cuero de hipopótamo, incrustada de guijarros. Era una ocurrencia de Autharita pero que disgustaba a Matho.

Amílcar, exasperado, hizo abrir las empalizadas, resuelto a abrirse paso d cualquier modo, y con gran furia subieron los cartagineses unos trescientos pasos. Pero bajó tal ola de bárbaros, que fueron repelidos a sus líneas. Uno d los guardias de la Legión, que se quedó afuera, tropezó en las piedras. Corrió Zarxas y le hundió el puñal en la garganta; retiró el arma y, poniendo la boca en la herida, chupó la sangre a borbotones, entre retozos de alegría y sobresaltos que le sacudían hasta los talones. Después, tranquilamente, se sentó encima del cadáver, levantó la cara, volviendo el cuello para aspira

mejor el aire, como hace el ciervo que acaba de beber en el torrente, y con voz aguda entonó una canción de las Baleares, vaga melodía de modulaciones prolongadas, interrumpida y alternada como los ecos que se responden en las montañas; llamó a sus hermanos muertos, convidándolos al festín; luego dejó caer las manos sobre las rodillas, bajó lentamente la cabeza y lloró. Esta atrocidad causó horror a los mercenarios, a los griegos, sobre todo.

Los cartagineses no intentaron otra salida, pero no pensaron en rendirse seguros de morir en suplicios.

A pesar de los cuidados de Amílcar, los víveres disminuían de un modo espantoso. No quedaba para cada hombre más que diez kolumer de trigo, tres hin de mijo y doce betza de frutas secas. Ni carne, ni aceite, ni salazones, ni un grano de cebada para los caballos; se les veía bajar el enflaquecido cuello buscando en el polvo briznas de paja pisadas. A menudo, los centinelas de la terraza veían, a la luz de la luna, un perro de los bárbaros que merodeaba bajo el atrincheramiento, en un montón de inmundicias; le tiraban una piedra y ayudándose con las correas del escudo, bajaban a cogerlo, y luego se lo comían. Otras veces se oían terribles ladridos, y el hombre no subía. En la cuarta diloquia de la duodécima sintagma, tres falangitas se mataron a cuchilladas, disputándose una rata.

Todos añoraban sus familias, sus casas; los pobres, sus cabañas en forma de colmena, con conchas en el umbral de las puertas y una red colgante; y los patricios, sus salones llenos de tinieblas azuladas cuando, en la hora más calurosa del día, sesteaban escuchando el vago rumor de las calles, junto con el murmullo de los árboles de sus jardines; y para regodearse con este recuerdo, entornaban los párpados, que la punzada de una herida volvía a abrir. A cada minuto, ocurría un nuevo alerta; ardían las torres; los «Comedores de cosas inmundas» asaltaban las empalizadas; se les cortaban las manos con hachas, y otros venían; una lluvia de hierro caía sobre las tiendas. Se levantaron galerías con rejas de junco para librarse de los proyectiles. Los cartagineses se encerraron, y no se movían.

Todos los días, el sol que trasponía la colina los dejaba en la sombra desde muy temprano. Al frente y por detrás, subían las faldas grises del terreno cubiertas de piedras manchadas de un liquen raro; y sobre sus cabezas, el cielo, continuamente sereno, se abría más liso y frío a la mirada que una cúpula de metal. Amílcar estaba tan indignado contra Cartago, que sentía deseos de entregarse a los bárbaros para ir contra ella. Los esclavos, los vivanderos empezaban a murmurar, y ni el pueblo, ni el Gran Consejo, ni

nadie daban tan siquiera una esperanza. La situación era intolerable, sobr todo por el convencimiento de que llegaría a ser peor.

Al recibirse la noticia del desastre, Cartago estalló de cólera y de odi contra el Sufeta; se le hubiera execrado menos si se hubiera dejado vencer a principio.

Pero para poder comprar otros mercenarios, faltaban dinero y tiempo ¿Cómo equipar soldados en la ciudad? Amílcar se había llevado todas la armas. Y ¿quién los mandaría? Los mejores capitanes estaban ausentes con él Sin embargo, los emisarios enviados por el Sufeta, iban por las calles dand gritos. El Gran Consejo se turbó, y se las arregló para hacerlos desaparecer.

Era una imprudencia inútil, porque todos acusaban a Barca de haber conducido con blandura. Después de su victoria, debía haber aniquilado a lo bárbaros. ¿Por qué les había devastado las tribus? Les había impuesto enorme sacrificios, y los patricios deploraban su contribución de catorce sekel; lo Sisitas, sus doscientos veinte y tres mil kikar de oro; los que no habían dad nada se lamentaban como los demás. La plebe estaba celosa de lo cartagineses nuevos, a los que se había prometido el derecho de ciudadaní completo; y hasta a los ligures, que se habían batido intrépidamente, se le confundía con los bárbaros y se les maldecía como a estos; su raza venía a se un crimen, una complicidad. Los mercaderes, en el umbral de su tienda; lo peones de albañil, que pasaban con la llana en la mano; los vendedores d palmeras, chorreando sus cestos; los bañeros, en las estufas, y los proveedore de bebidas calientes, todos discutían las operaciones militares. Trazaban con e dedo, en el polvo, planes de campaña; y hasta el último galopín corregía la faltas de Amílcar.

Según los sacerdotes, era el castigo de su obstinada impiedad; no habí ofrecido holocaustos, ni purificado sus tropas, había rehusado llevar consig augures, y el escándalo del sacrilegio reforzaba la violencia de los odio contenidos, la rabia de las esperanzas frustradas. Se recordaban los desastre de Sicilia; todo el peso de su orgullo, tanto tiempo soportado. El colegio de lo pontífices no le perdonaba haber dispuesto de su tesoro, y exigió del Gra Consejo que, si volvía el Sufeta, fuese crucificado.

Los calores del mes de Elul, excesivos aquel año, eran otra calamidad. D las orillas del lago venían hedores insoportables, que se mezclaban en el air con la humareda de los aromas que se quemaban en las esquinas Continuamente se oían resonar himnos. El pueblo, en oleadas, llenaba la

escalinatas de los templos; todas las murallas estaban cubiertas de velo
negros; ardían cirios en la frente de los dioses Pateques, y la sangre de lo
camellos degollados en sacrificio, corriendo a lo largo de los tramos, formab
rojas cascadas sobre las gradas. Un funesto delirio agitaba a Cartago. De la
calles más estrechas, de las más miserables, salían rostros pálidos, hombres d
cara de víbora y que rechinaban los dientes.

Los clamores de las mujeres llenaban las casas y hacían volverse a los qu
hablaban de pie en las plazas. En ocasiones, se creía que llegaban lo
bárbaros; se les había visto detrás de la montaña de Aguas Calientes; estaba
acampados en Túnez; y los rumores se multiplicaban, confundiéndose en u
solo clamor, al que sucedió un silencio universal. Unos trepaban al frontispici
de los edificios, atalayando el horizonte; otros, echados de bruces en lo
baluartes, aguzaban el oído. Pasado el temor, volvían a empezar la
recriminaciones; pero la convicción de su impotencia los reducía a la tristeza
tristeza que redoblaba cuando, por las tardes, subidos a las azoteas, s
inclinaban nueve veces, y con un gran grito saludaban al sol, que se poní
detrás de la laguna lentamente, hundiéndose de golpe en las montañas, de
lado de los bárbaros.

Se esperaba la fiesta, tres veces santa, en la que un águila, saliendo de un
hoguera, se remontaba al cielo; símbolo de la resurrección del año, mensaj
del pueblo al supremo Baal, y considerado como un modo de unirse
participar de la fuerza del sol. El odio hacía que se dejara a Tanit por Moloc
el Homicida. La Rabbetna, privada de su velo, parecía despojada de una part
de su virtud. Rehusaba el beneficio de las aguas, había desertado de Cartago
era una tránsfuga, una enemiga. Para ultrajarla, la tiraban piedras; per
insultándola, en el fondo, se la deseaba y quería más.

Todas las calamidades venían, pues, por la pérdida del zaimph. Salamb
había, indirectamente, contribuido a ello; se la incluía en el mismo odio a
Sufeta, y debía ser castigada. Se extendió por el pueblo la vaga idea de un
inmolación. Para aplacar a los Baalim se necesitaba, sin duda, ofrecerles alg
de valor incalculable: un ser hermoso, joven, virgen, de noble linaje, cas
divino: un astro humano. Todos los días, unos hombres desconocidos invadía
los jardines de Megara; los esclavos, temiendo por ellos mismos, no s
atrevían a oponérseles. Aquellos no pasaban de la escalera de las galeras, sin
que se quedaban abajo, mirando a la última terraza: esperaban a Salambó;
durante horas enteras gritaban contra ella como perros que ladran a la luna.

X

LA SERPIENTE

Los clamores del pueblo no asustaban a la hija de Amílcar.

Ella estaba turbada por más hondas inquietudes: su gran serpiente, la pitón negra, languidecía, y la serpiente era, entre los cartagineses, un fetiche nacional y particular. Se la consideraba hija del limo de la tierra porque emerge de sus profundidades y no necesita pies para recorrerla; su marcha recuerda las ondulaciones de los ríos; su temperatura, las antiguas tinieblas viscosas, llenas de profundidad, y el círculo que describe al morderse la cola el conjunto de los planetas, la inteligencia de Eschmún.

La serpiente de Salambó había rehusado muchas veces los cuatro gorriones vivos que la presentaban a cada luna llena y nueva. Su hermosa piel tachonada, como el firmamento, de manchas de oro en fondo negro, se había vuelto amarilla, flácida, arrugada y demasiado ancha para su cuerpo; alrededor de su cabeza se extendía un moho algodonoso, y en el ángulo de sus pupilas se veían moverse pequeños puntos rojos. De vez en cuando, Salambó se acercaba a su canastilla de hilos de plata, apartaba la cortina de púrpura, las hojas de loto, el colchón de plumas, y la veía siempre arrollada, más inmóvil que liana seca; y, a fuerza de mirarla, concluía por sentir en su corazón como una espiral, como otra serpiente que le subía poco a poco a la garganta y la estrangulaba.

Estaba desesperada por haber visto el zaimph, y, sin embargo, experimentaba cierta alegría y orgullo íntimo. Un misterio se desplegaba en el esplendor de sus pliegues; era la nube que envolvía a los dioses, el secreto de la existencia universal, y Salambó, horrorizándose a sí misma, sentía no haberlo quitado.

Casi siempre estaba agachada en el fondo de su habitación, con las manos en la pierna izquierda, replegada; entreabierta la boca, y pensativos los ojos

Se acordaba con espanto de la cara de su padre; quería ir a las montañas de Fenicia, en peregrinación al templo de Afaka, donde Tanit bajó en forma de estrella; toda clase de ensueños la asaltaban y conturbaban; vivía en una soledad cada día mayor. Ignoraba lo que era de Amílcar.

Cansada de sus meditaciones, se levantaba, y arrastrando sus pequeñas sandalias, cuyas suelas crujían a cada paso que daba, se paseaba por la gran habitación silenciosa. Las amatistas y los topacios del artesanado temblaban aquí y acullá, como manchas luminosas, y Salambó volvía la cabeza al andar para mirarlas. Cogía por la boca las ánforas suspendidas; se abanicaba con anchos abanicos, o bien se distraía en quemar cinamomo en perlas ahuecadas. Al ponerse el sol, Taanach retiraba las bandas de fieltro negro que tapaban las aberturas de la pared, y las palomas frotadas de almizcle, como las de Tanit, entraban de golpe, pisando con sus rojos pies las losas de vidrio, entre granos de cebada que las echaba Salambó a puñados, como un sembrador en el campo. Pero a menudo, estallaba en sollozos y se tendía en el gran lecho hecho con tiras de buey, sin moverse, repitiendo la misma palabra, pálida como una muerta, insensible, fría; oyendo el grito de los monos en los palmares y el rechinar de la gran rueda que, a través de los pisos, enviaba un raudal de agua pura a la pila de pórfido.

No pocos días rehusaba comer. Veía en sueños, turbios astros que pasaban bajo sus pies; llamaba a Schahabarim, y cuando este se presentaba, ella no tenía nada que decirle.

No podía vivir sin el consuelo de ver al gran sacerdote, pero se sublevaba interiormente contra este dominio; sentía por él, a un tiempo, terror, celos, odio y una especie de amor, en reconocimiento a la singular voluptuosidad que experimentaba a su lado.

Había adivinado en el sacerdote la influencia de la Rabbet, por su gran habilidad en distinguir los dioses que enviaban las enfermedades. Para curar a Salambó, hacía regar todas las mañanas su aposento con lociones de verbena y abanto; la obligaba a dormir con la cabeza apoyada en una almohada de hierbas aromáticas escogidas por los pontífices; empleó, además, baaras, raíz de color de fuego, que sirven en el septentrión para espantar los genios funestos; y, volviéndose hacia la estrella polar, murmuraba tres veces el nombre misterioso de Tanit; pero Salambó sufría siempre, y aumentaban sus angustias.

Ninguno en Cartago tan sabio como él. En su juventud, estudió en el colegio de los Mogbeds, en Borsipa, cerca de Babilonia; visitó luego la Samotracia, Pesinunte, Éfeso, la Tesalia, la Judea, los templos de los

Nabateos, perdidos en los arenales; y recorrió a pie las riberas del Nilo, desd
las cataratas hasta el mar. Cubierta la cara con un velo y agitando antorchas
había tirado un gallo negro en una hoguera de sandaraca, ante el pecho de l
Esfinge, Padre del Terror. Bajó a las cavernas de Proserpina, había visto gira
las quinientas columnas del laberinto de Lemnos y resplandecer el candelabr
de Tarento, que llevaba tantas lámparas como días tiene el año; algunas noche
recibía a los griegos para interrogarles. No le inquietaba tanto la constitució
del mundo como la naturaleza de los dioses; en las armillas del pórtico d
Alejandría había observado los equinoccios; acompañado hasta Cirene a lo
hematistas de Evergeto, que medían el cielo calculando el número de pasos; y
ahora llenaba su pensamiento una religión particular, sin fórmula precisa y
por lo mismo, llena de vértigos y de ardores. No creía que la tierra fuera com
una piña; la creía redonda, rodando eternamente en la inmensidad, co
velocidad tan prodigiosa, que no se advertía su movimiento.

Por la posición del sol encima de la luna, deducía el predominio de Baal
del que el astro no es más que reflejo y figura; todo lo que veía en la tierra l
forzaba a reconocer como supremo un principio macho exterminador. Acusab
secretamente a la Rabbet del infortunio de su vida, porque una vez el gra
Pontífice, entre el tumulto de los címbalos, le había arrancado bajo una pater
de agua hirviente su futura virilidad. Desde entonces, seguía con vist
melancólica a los hombres que se solazaban con las sacerdotisas en el fond
de las tinieblas.

Pasaba los días inspeccionando los incensarios, los vasos de oro, las pinzas
los rastrillos para las cenizas del altar y las túnicas de las estatuas, juntament
con la aguja de bronce que servía para rizar los cabellos de una antigua Tanit
en el tercer edículo, cerca de la viña de esmeralda. A las mismas horas corrí
las grandes cortinas de las puertas del santuario; quedaba con los brazo
abiertos y rezaba de rodillas en las mismas losas, en tanto que a su alrededo
circulaba por los corredores una turba de sacerdotes con los pies desnudos
envueltos en un eterno crepúsculo.

En la aridez de su vida, Salambó era como una flor en la hendidura de u
sepulcro. No obstante, era duro para ella y no la ahorraba penitencias y
palabras amargas. Su condición establecía entre ellos como una igualdad d
sexo, y compensaba la imposibilidad de poseerla el verla tan hermosa y ta
pura. A menudo, comprendía que ella se fatigaba en seguir su pensamiento
entonces se quedaba más triste; se sentía más abandonado, más solo, má
vacío.

Algunas veces se le escapaban palabras extrañas, que parecían a Salambó como relámpagos que iluminaran abismos, de noche sobre todo, cuando solo los dos en la azotea, miraban las estrellas, y Cartago se explayaba a sus pie con el golfo y el mar, vagamente perdidos en las tinieblas.

El gran sacerdote explicaba a la virgen la teoría de las almas que bajan a la tierra, siguiendo el camino del sol por los signos del zodíaco. Extendiendo e brazo, mostraba en Aries la puerta de la generación humana, y en Capricornio la de la vuelta a los dioses; Salambó se esforzaba en verlo, porque tomaba estas concepciones por realidades; aceptaba como verdaderos en sí mismos lo que eran puros símbolos, y hasta las maneras del lenguaje obscuro de sacerdote.

—Las almas de los muertos —decía este— se resuelven en la luna, como los cadáveres en la tierra. Sus lágrimas componen su humedad; es un luga obscuro, lleno de fango, de ruinas y de tempestades.

Salambó preguntaba lo que sería de ella.

—Al principio languidecerás, liviana como un vapor que flota sobre la olas; después de pruebas y de angustias largas, irás al hogar del sol, la fuente misma de la inteligencia.

Pero nunca hablaba de la Rabbet. Creía Salambó que era por pudor de la diosa vencida, y llamándola con su nombre común que designaba la luna multiplicaba sus bendiciones al astro fértil y suave. Por fin él exclamó:

—¡No, no! Ella toma del sol toda su fecundidad. ¿No la ves moverse a su alrededor como mujer amante que corre tras un hombre en el campo?

Y sin cesar exaltaba la virtud de la luz.

Lejos de abatir sus místicos deseos, los avivaba, por el contrario, y hasta é mismo parecía participar de la alegría de desconsolarla con revelaciones de una doctrina implacable. Salambó, a pesar de las penas de su amor, se sentía arrobada.

No obstante, cuanto más parecía dudar Schahabarim de Tanit, más quería creer. En el fondo de su alma le detenía un remordimiento. Le faltaba alguna prueba, alguna manifestación de la diosa, y en la esperanza de obtenerla, e sacerdote imaginó una empresa que podía salvar a la vez su patria y su creencia.

Empezó por deplorar ante Salambó el sacrilegio y las desgracias que se producían hasta en las regiones celestes. Luego, de repente, le anunció e peligro del Sufeta, asaltado por tres ejércitos que mandaba Matho; porque Matho, para los cartagineses, era a causa del velo, como el rey de lo

mercenarios; y añadió que la salvación de la República y de su padre dependía solo de ella.

—¿De mí? —exclamó Salambó—. ¿Cómo puedo yo?...

—¡No consentirás nunca! —repuso el sacerdote, con una sonrisa de desdén —. ¡Es menester que vayas entre los bárbaros y recobres el zaimph!

Salambó se inclinó en su escabel de ébano, quedando con los brazos extendidos sobre las rodillas y toda temblorosa, como una víctima al pie del altar, esperando el golpe de maza. La zumbaban los oídos, veía girar círculos de fuego y, en su estupor, no comprendía más que una cosa: la de que seguramente iba a morir pronto.

Pero si la Rabbetna triunfaba, si el zaimph era devuelto y Cartago salvada ¿qué importaba la vida de una mujer?, pensaba Schahabarim. Además, quizá pudiera conseguir el velo sin morir.

Estuvo tres días sin dejarse ver, y el cuarto por la noche la hizo llamar.

Para inflamar mejor su corazón la enteró de todas las invectivas que se vociferaban contra Amílcar en pleno Consejo; añadiendo que ella había faltado y que debía reparar su crimen, puesto que la Rabbetna ordenaba el sacrificio.

Con frecuencia llegaba a Megara un prolongado clamor que atravesaba los Mapales. Schahabarim y Salambó salían prestamente, y desde lo alto de la escalera de las galeras, veían gente en la plaza de Kamón, gritando que les dieran armas. Los Ancianos no querían dárselas, creyendo inútil este esfuerzo varias partidas sin jefe habían sido acuchilladas. Al cabo se les permitió ir, y por una especie de homenaje a Moloch o por un vago deseo de destrucción arrancaron grandes cipreses de los bosques de los templos, y encendiéndolos en las antorchas de los Kabiros, los llevaban por las calles, cantando. Estas llamas monstruosas adelantaban moviéndose suavemente; irisaban con su luz las bolas de vidrio de la cresta de los templos, los ornamentos de los colosos los espolones de las naves, rebasaban las azoteas y formaban como soles que rodaban por la ciudad. Bajaron la Acrópolis; se abrió la puerta de Malqua.

—¿Estás pronta? —preguntó Schahabarim—, ¿o bien ordenaste digan a tu padre que le has abandonado?

Salambó se tapó la cara con los velos, y las grandes luminarias se alejaron poco a poco por el borde de las aguas.

Un espanto indefinible la retenía; tenía miedo a Moloch, miedo a Matho. Este hombre de estatura gigante, que era el dueño del zaimph, dominaba la Rabbetna, tanto como Baal, y se le aparecía rodeado de los mismos fulgores; además del alma, dioses visitaban algunas veces el cuerpo de los hombres

Hablando de esto Schahabarim, ¿no había dicho que ella debía vencer a Moloch? Matho y Moloch se confundían y mezclaban en su pensamiento y ambos a dos la perseguían.

Quiso conocer su porvenir y se acercó a la serpiente; porque se sacaban los augurios por la actitud de las serpientes. Pero la canastilla estaba vacía Salambó se turbó.

La encontró enroscada por la cola en uno de los balaustres de plata, cerca del lecho colgante, que frotaba para desprenderse de la vieja piel amarillenta en tanto que su cuerpo luciente y claro se alargaba como espada sacada a medias de la vaina.

En los siguientes días, a medida que Salambó se dejaba convencer y estaba más dispuesta a socorrer a Tanit, la pitón se curaba, engordaba y parecía revivir. Con esto se cercioró Salambó de que el pontífice era el portavoz de los dioses. Una mañana se levantó determinada y preguntó qué era necesario hacer para que Matho devolviera el velo.

—¡Reclamarlo! —contestó Schahabarim.

—¿Y si él rehúsa?

El sacerdote la miró fijamente, con una sonrisa que ella no había visto nunca en él.

—Sí; ¿qué hacer? —repitió la joven.

Schahabarim daba vueltas entre sus dedos a las puntas de las tocas que caían de su tiara, con los ojos bajos e inmóvil. Al fin, viendo que ella no comprendía, dijo:

—Estarás sola con él.

—¿Después?

—Sola en su tienda.

—¿Y entonces?

Schahabarim se mordió los labios. Buscaba una frase, un rodeo.

—¡Si tú has de morir, será más tarde; nada temas, no te asustes! Será humilde y te someterás a su deseo, que es la orden del cielo.

—Pero, ¿y el velo?

—¡Los dioses te inspirarán! —repuso Schahabarim.

Salambó dijo:

—¡Oh, padre! ¡Si tú me acompañaras!

—¡No!

La hizo poner de rodillas, y con la mano izquierda alzada y la derecha extendida juró por ella traer a Cartago el manto de Tanit. Con imprecaciones

terribles, ella se consagró a los dioses, y cada vez que el pontífice pronunciab una palabra, la repetía desfallecida.

Le indicó todas las purificaciones y ayunos que debía hacer y el modo d llegar hasta Matho. Además, la acompañaría un hombre, conocedor de camino.

Salambó se sintió como libertada. No pensó más que en la dicha de volve a ver el zaimph, y bendecía a Schahabarim por sus exhortaciones.

Era el tiempo en que las palomas de Cartago emigraban a Sicilia, en l montaña de Erix, alrededor del túmulo de Venus. Antes de su partida, durant muchos días, se buscaban y llamaban para reunirse, y, por fin, volaron un tarde, empujadas por el viento, y esta enorme nube blanca hendía el cielo, mu alta, por encima del mar.

El horizonte se teñía de color de sangre. Las palomas parecían bajar a la ondas, y luego desaparecieron como sorbidas y caídas por sí mismas en l boca del sol. Miraba Salambó cómo se alejaban; bajó la cabeza, y Taanach creyendo adivinar su cuita, la dijo con dulzura:

—¡Ama, ellas volverán!

—Sí; lo sé.

—¡Y tú las volverás a ver!

—¡Quién sabe! —contestó Salambó suspirando.

No había confiado a nadie su resolución. Para realizarla más discretamente envió a Taanach que comprara en el arrabal de Kinvido (en vez de pedirlo los intendentes) todas las cosas que le hacían falta: bermellón, perfumes cinturón de lino y vestidos nuevos. La vieja esclava se asustaba de esto preparativos, pero sin atreverse a preguntar nada; llegó el día fijado po Schahabarim para la partida.

A la duodécima hora, vio Salambó en el fondo de los sicomoros un cieg viejo, con una mano apoyada en la espalda de un niño que iba delante de él, en la otra, sosteniéndola en la cadera, una especie de cítara de madera negra Eunucos, esclavos y mujeres habían sido escrupulosamente apartados para qu nadie pudiera enterarse del misterio que se preparaba.

Taanach encendió en los ángulos de la habitación cuatro trípodes llenos d estrobos y de cinamomo; desplegó grandes tapices babilonios, que tendi sobre cuerdas alrededor de la cámara; porque Salambó no quería ser vista, n siquiera por las paredes. El tocador de kinnos estaba agachado detrás de l puerta, y el niño, en pie, tocaba una flauta de caña. Por fuera disminuía e

ruido de las calles; sombras violáceas se alargaban ante el peristilo de lo templos; y al otro lado del golfo, las faldas de las montañas, los olivares y la tierras amarillas ondulaban indefinidamente, confundiéndose en un vapo azulado; no se oía ningún ruido; una postración indefinible flotaba en el aire.

Salambó se inclinó en el borde del estanque, en una grada de ónice; levant las anchas mangas, que echó a las espaldas, y empezó sus abluciones metódicamente, conforme a los ritos sagrados.

Taanach le trajo en una redoma de alabastro un líquido, casi coagulado; er la sangre de un perro negro, degollado por mujeres estériles en una noche d invierno, en los escombros de una sepultura. Con ella se frotó las orejas, lo talones y el pulgar de la mano derecha, que le quedó un poco encarnada, com si hubiera partido una fruta.

Salió la luna, y en este instante, la cítara y la flauta tocaron al unísono Salambó se quitó los pendientes, el collar, los brazaletes y el chal blanco desató la venda de sus cabellos y, por algunos minutos, los sacudi suavemente sobre los hombros para refrescarse con sus ondulaciones. Afuer continuaba la música; tres notas precipitadas, furiosas, siempre las mismas chirriaban las cuerdas, roncaba la flauta, y Taanach marcaba el ritmo con la palmas de las manos, en tanto que Salambó, balanceando el cuerpo salmodiaba plegarias y se le iban cayendo una a una todas sus vestiduras.

Se agitó la pesada tapicería, y por encima de la cuerda que la sostení asomó la cabeza de la pitón. Fue bajando despacio, como gota de agua que s desliza por una pared, se arrastró por las ropas esparcidas y luego, con la col apoyada en el suelo, se enderezó recta, asaetando a Salambó con sus ojos, má encendidos que carbunclos.

El frío, tal vez el pudor, hizo vacilar a la joven; pero acordándose de la órdenes de Schahabarim, se adelantó; la pitón se aplanó, y dejándose coge por la mitad del cuerpo, formó de cabeza a cola como un collar, cuyas do puntas tocaban en el suelo. Salambó se la ciñó a las caderas, la puso bajo su brazos, entre sus rodillas; tomándola después por las mandíbulas, acercó a su dientes la boca triangular de la serpiente, y con los ojos medio cerrados, s cimbreó a los rayos de la luna. La argentada luz parecía envolverla en un niebla de plata; la huella de sus pasos húmedos brillaba en el pavimento palpitaban las estrellas en la profundidad del agua, y la serpiente apretaba Salambó con sus negros anillos moteados de oro. Jadeaba la joven con est peso excesivo, doblaba los riñones, se sentía morir, en tanto que la pitón l golpeaba suavemente el muslo con la punta de la cola. Al fin cesó la música y la serpiente se desenroscó y cayó.

Encendió Taanach dos candelabros con luces encerradas en bolas de crista llenas de agua, tiñó con lausonia la palma de las manos de la virgen, pus bermellón en sus mejillas, antimonio en el borde de sus párpados y alargó la cejas con una mezcla de goma, almizcle, ébano y patas de moscas aplastadas.

Sentada Salambó en una silla de marfil, dejaba hacer a la esclava. Per estos toques, no menos que el olor de los perfumes y los ayunos que habí hecho, la enervaban. De tal modo palideció, que la esclava cesó en su operaciones.

—¡Sigue! —dijo Salambó, haciendo un esfuerzo para animarse. Y llena d impaciencia, amonestaba a Taanach para que se diera prisa.

—¡Bien, bien, ama!... Ninguno te está esperando —repuso la esclava e tono de reproche.

—Sí —contestó Salambó—; alguien me espera.

Retrocedió sorprendida la esclava.

—Ama, ¿qué me mandas? Si has de estar ausente mucho tiempo... ¡T sufres! ¿Qué te pasa? No te vayas; llévame contigo. Cuando eras pequeñuela yo te apretaba contra mi corazón y te hacía reír con los pezones de mis tetas ¡tú las agotaste, ama! —y se golpeaba los pechos secos—. Ahora soy vieja, n puedo servirte; ya no me quieres, me ocultas tus penas; desdeñas a tu nodriza.

Y lágrimas de ternura y de despecho corrían por sus mejillas cortadas po los tatuajes.

—¡No —dijo Salambó—; no, sigo queriéndote; consuélate!

Taanach, con una sonrisa parecida a la mueca de un mono viejo, prosigui su tarea. Schahabarim tenía encargado a Salambó que se vistiera co magnificencia, y así lo hizo, según el gusto bárbaro, a un tiempo exquisito ingenuo.

Encima de una primera túnica, delgada y de color de fresa, la esclava l puso otra bordada de plumas de pájaro. Colgaban de la cintura escamas d oro, y los flecos de los bombachos azules, eran estrellas de plata. Luego l cubrió con otra gran túnica cortada por líneas verdes, hecha con tela de Seres Ató a la espalda un cuadrado de púrpura, con el borde inferior atirantado co granos de sandrasto; y sobre todas estas vestiduras, colocó un manto negr cuya cola le llegaba a los talones. Al concluir la tarea, la esclava contempló su ama, y orgullosa de su obra, no pudo menos de decir:

—¡No estarás más hermosa el día de tu boda!

—¿Mi boda? —repitió Salambó, pensativa, con el codo apoyado en la sill de marfil.

Taanach la puso delante un espejo de cobre tan ancho y tan alto, qu Salambó se vio de cuerpo entero. Se levantó, y con blando gesto se arregló u bucle de cabellos que estaba demasiado caído.

Tenía la cabellera cubierta de polvos de oro, encrespada en la frente, colgando por la espalda, sus largos tirabuzones terminados en perlas. La luces del candelabro avivaban el afeite de sus mejillas, el oro del vestido, l blancura de su piel. Llevaba alrededor del talle, en brazos, manos y dedos de pie tal abundancia de piedras preciosas, que el espejo, como un sol, reflejab en ellas sus luces. Salambó, de pie al lado de la esclava, se ladeaba par mirarse, sonriendo a este deslumbramiento de su hermosura.

Luego se paseó de un lado a otro, no sabiendo cómo emplear el tiempo qu faltaba para la partida.

De improviso, sonó el canto de un gallo. Salambó prendió a sus cabellos u largo velo amarillo, arrolló al cuello una banda, se calzó unos botines de cuer azul y dijo a Taanach:

—Mira si debajo de los mirtos está un hombre con dos caballos.

Cuando la esclava volvía, ya bajaba Salambó la escalera.

—¡Ama! —exclamó la nodriza.

Salambó se volvió a ella, y con un dedo en la boca, la ordenó discreción.

Taanach anduvo a lo largo de las proas de las galeras hasta el pie de l terraza, y de lejos, a la claridad de la luna, vio en la avenida de los ciprese una sombra gigantesca que iba a la izquierda de Salambó y en sentido oblicuo lo cual era presagio de muerte.

La esclava subió a la habitación; se echó en el suelo, se arañó la cara; s arrancaba los cabellos y daba grandes alaridos; pero comprendiendo qu podían oírla, se calló, sin dejar de sollozar, con la cabeza entre las manos tendida sobre las losas.

XI

EN LA TIENDA DE CAMPAÑA

El hombre que guiaba a Salambó la hizo pasar más allá del faro, hacia la Catacumbas, y bajar luego a lo largo del arrabal Moluya, lleno de calleja escarpadas. Empezaba a clarear. De cuando en cuando, las vigas de palma qu sobresalían de las paredes les obligaba a bajar la cabeza. Los dos caballos andando al paso, resbalaban, y así llegaron a la puerta de Teveste.

Entreabiertas estaban las pesadas hojas; la pasaron, y en seguida s cerraron tras ellos.

Siguieron primero la línea de los baluartes, y a la altura de las Cisterna tomaron por la Tenia, estrecha cinta de tierra amarilla que separaba el golf del lago y se prolongaba hasta Radés.

A nadie se veía alrededor de Cartago, ni en el mar ni en el campo. Las olas de color de pizarra, se agitaban suavemente, y el viento que empujaba su espumas las manchaba con rasgones blancos. A pesar de sus velos, Salamb temblaba por el frío de la mañana; el movimiento y el aire libre la aturdían Después se levantó el sol, que la mordía en la nuca, e involuntariamente qued amodorrada. Los dos caballos trotaban juntos, hundiendo los pies en la mud llanura.

Así que pasaron la montaña de Aguas Calientes, siguieron a paso má rápido, porque el piso era más firme.

Los campos, por más que era el tiempo de la siembra y de la labranza estaban solitarios como el desierto. A trechos se veían manchas de trigo y d cebada que empezaban a granar. En el claro horizonte, las ciudades s destacaban en negro, con formas recortadas e incoherentes.

A trechos se levantaban en el borde del camino lienzos de muralla medi calcinados. Hundíanse los techos de las cabañas; se veían restos de vasijas andrajos, utensilios y objetos desconocidos. A menudo, un ser cubierto d

harapos, de cara terrosa y pupilas ardientes, salía de estas ruinas, para echar a correr o desaparecer en un agujero. Salambó y su guía no se detenían.

Se iban sucediendo los llanos abandonados; el polvo de carbón que levantaban las cabalgaduras se extendía por grandes espacios de tierra amarilla; algunas veces encontraban sitios apacibles, un arroyo que corría entre hierbas, y Salambó, para refrescar las manos, arrancaba hojas mojadas. En la linde de un bosque de adelfas, su caballo dio un respingo ante el cadáver de un hombre tendido en el suelo.

El guía esclavo arregló el arnés en seguida. Era uno de los servidores del Templo, y hombre que Schahabarim empleaba en misiones peligrosas. Por exceso de precaución, iba ahora a pie entre los dos caballos, a los que animaba con un rebenque atado a la muñeca; o bien sacaba de un zurrón colgado al pecho bolas de trigo, dátiles y yemas de huevo, envueltas en hojas de loto, y que ofrecía a Salambó, sin dejar de correr.

A mitad del día cruzaron el camino tres bárbaros, vestidos con piel de animales. Poco a poco fueron apareciendo otros, en grupos de diez, doce y veinticinco hombres, muchos de estos arreando cabras o alguna vaca que cojeaba. Sus pesados bastones estaban erizados de puntas de cobre; brillaban los cuchillos bajo sus vestidos, horriblemente sucios, y miraban entre amenazadores y asombrados. Al paso de los viajeros, algunos enviaban una bendición; otros murmuraban palabras obscenas. El guía de Salambó contestaba a todos en sus distintos idiomas. Les decía que llevaba a un joven enfermo a curarse a un templo lejano.

Iba haciéndose tarde, y se oyeron ladridos. A la última luz del crepúsculo llegaron los viajeros a un cercado de piedras secas, con una vaga construcción en medio. Corría un can por la tapia; el esclavo le tiró una piedra, y entraron en una sala alta y abovedada.

Una mujer se estaba calentando junto a un montón de charrasca encendidas, yéndose el humo por los agujeros del techo. Sus blancos cabellos que la caían hasta las rodillas, la tapaban a medias, y sin decir palabra, con expresión idiota, murmuraba palabras incoherentes de venganza contra los bárbaros y contra los cartagineses.

El guía registró a derecha e izquierda, y acercándose a la mujer la pidió de cenar. La vieja meneaba la cabeza, y con la mirada fija en las brasas balbuceaba:

—Los diez dedos están cortados. La boca no come más.

El esclavo la enseñó unas monedas de oro. Pareció animarse la vieja, pero en seguida volvió a su inmovilidad. Le puso un puñal en la garganta, y

entonces, temblorosa, fue a levantar una ancha losa y trajo una ánfora de vino con peces de Hippo-Zarita confitados en miel.

Salambó rechazó este alimento inmundo, y se durmió sobre las mantas de los caballos, tendidas en un rincón de la sala.

Antes de ser día, se despertó. Ladraba el perro. El esclavo se le acercó callado, y de una sola cuchillada le cortó la cabeza, y con la sangre frotó la narices de los caballos para reanimarlos. La vieja le maldijo. Lo oyó Salambó y apretó contra el pecho el amuleto que llevaba sobre el corazón.

Prosiguieron la marcha.

A intervalos preguntaba ella si llegarían pronto. La ruta ondulaba por pequeñas colinas. Se oía el chirrido de las cigarras. Calentaba el sol la amarillenta hierba; todo el terreno estaba hendido por aberturas que iban formando a manera de losas monstruosas. En ocasiones pasaba una víbora y volaban águilas; el esclavo corría siempre; Salambó soñaba envuelta en sus velos, y a pesar del calor no los apartaba, temiendo manchar sus hermosos vestidos.

A distancias regulares, se levantaban torres edificadas por los cartagineses para vigilar las tribus. Los viajeros entraban en ellas, buscando la sombra, y luego seguían su camino.

La víspera, por prudencia, habían dado un gran rodeo; pero ahora, no encontraban a nadie; la región era estéril y los bárbaros no habían pasado por ella.

Volvió a verse la devastación: en mitad del campo, un mosaico, como últimos restos de una quinta, y olivares sin hojas, que de lejos parecían anchos matorrales de espinos. Pasaron por un pueblo cuyas casas estaban quemadas a ras del suelo, viéndose esqueletos humanos a lo largo de las murallas, y la carroña de dromedarios y mulas muertas que llenaban las calles.

Venía la noche, y el cielo se veía bajo y cubierto de nubes. Subieron durante dos horas en dirección a Occidente, y de pronto divisaron ante ellos multitud de pequeñas llamas en el fondo de un anfiteatro.

Aquí y acullá brillaban placas de oro, que cambiaban de sitio. Eran las corazas de los clinabaros del campo púnico; luego distinguieron en los contornos otros brillos en mayor número, porque las armas de los mercenarios se extendían confundidas en un gran espacio.

Salambó hizo un movimiento para adelantarse; pero el hombre de Schahabarim la llevó más lejos y bordearon la terraza que cerraba el campo de los bárbaros. Encontraron una brecha, y el esclavo desapareció.

En la cima del reducto se paseaba un centinela con un arco en la mano y la pica a la espalda.

Como Salambó iba acercándose, el bárbaro se arrodilló y disparó una flecha, que vino a clavarse por debajo de su manto. Se paró ella, gritando, y él la preguntó qué quería.

—Hablar a Matho —contestó ella—. Soy un tránsfuga de Cartago.

El centinela dio un silbido que se repitió de distancia en distancia.

Esperó Salambó. Su caballo, asustado, daba vueltas, relinchando.

Cuando llegó Matho la luna se levantaba detrás de ella; pero como la cubría un velo amarillo con flores negras y tanta ropa alrededor del cuerpo, era imposible ver nada. De lo alto de la terraza, Matho contemplaba esta vaga forma, erguida como un fantasma en la penumbra de la noche.

Al fin ella le dijo:

—¡Llévame a tu tienda! ¡Yo lo quiero!

Un recuerdo que no podía precisar atravesó la memoria del bárbaro. Sentía latir su corazón. Este acento de mando le intimidaba.

—¡Sígueme! —la dijo.

Se bajó la barrera, y en seguida entró Salambó en el campo de los mercenarios. Lo llenaba un gran tumulto y una gran multitud. Ardían fuegos debajo de marmitas colgadas, y sus purpúreos reflejos, al iluminar ciertos sitios, dejaban otros completamente a obscuras. Había gritos y llamadas; los caballos, trabados, formaban largas hileras en medio de las tiendas; estas eran redondas o cuadradas, de cuero o de tela; había chozas de caña y agujeros en la arena, como los que excavan los perros. Los soldados porteaban faginas, se sentaban en tierra o se envolvían en una manta, disponiéndose a dormir, y el caballo de Salambó, para pasar por encima, algunas veces alargaba una pierna y daba un salto.

Recordaba ella haberlos ya visto; pero tenían ahora las barbas más largas, sus caras estaban más negras y las voces eran más broncas. Matho iba delante de ella, apartándolos con un movimiento del brazo, que levantaba su manto rojo. Algunos besaban sus manos; otros, doblando el espinazo, se le acercaban a pedirle órdenes; porque ahora era él el verdadero jefe de los bárbaros. Espendio, Autharita y Narr-Habas estaban desalentados, y él había mostrado tanta audacia y obstinación, que todos le obedecían.

Siguiéndole Salambó, atravesó todo el campo. Su tienda estaba en el extremo, a trescientos pasos del atrincheramiento de Amílcar.

Observó ella, a la derecha, un ancho foso, y le pareció asomaban caras en los bordes, al nivel del suelo, como si fueran cabezas cortadas; pero movían

los ojos y de sus bocas salían gemidos en lengua púnica.

Dos negros con antorchas de resina, estaban a ambos lados de la puerta Matho apartó bruscamente la tela, y ella le siguió.

Era una tienda espaciosa, con un mástil en medio. La alumbraba una lámpara grande, en forma de loto, llena de un aceite amarillo, en el que flotaban puñados de estopas; relucían en la sombra objetos militares. Una espada desnuda se apoyaba en un escabel, cerca de un escudo; látigos de cuero de hipopótamo, címbalos, cascabeles y collares se entremezclaban con cesta de esparto; las migas de un pan negro manchaban una manta de fieltro; en un rincón, sobre una piedra redonda, había un montón de moneda de cobre, y por entre los rasgones de la tela de la tienda, el viento traía el polvo de fuera y el olor de los elefantes, a los que se oía comer sacudiendo sus cadenas.

—¿Quién eres? —preguntó Matho.

Sin contestar, miró ella alrededor lentamente; sus ojos se detuvieron en el fondo, donde sobre un lecho de hojas de palmera, había una cosa azulada y chispeante.

Salambó se adelantó con viveza, dando un grito. Matho, detrás de ella, se sentía impaciente.

—¿Qué te trae aquí? ¿A qué vienes?

Respondió ella, señalando el zaimph:

—¡Para llevármelo!

Y con la otra mano se arrancó los velos que la cubrían. Matho retrocedió con los codos hacia atrás, sorprendido, casi aterrorizado.

Ella se sentía como apoyada por la fuerza de los dioses, y mirándole cara a cara, le pedía el zaimph; se lo reclamaba con palabras elocuentes y soberbias.

Matho no la oía; la contemplaba, y los vestidos se confundían para él con el cuerpo. El moaré de las telas era como el esplendor de su piel, algo especial y privativo de ella. Brillaban sus ojos como los diamantes; el pulimento de sus uñas era la continuación de la finura de las joyas que llevaba en los dedos; los dos corchetes de su túnica, levantando un poco sus pechos, los juntaba uno con otro, y él se perdía con el pensamiento en este estrecho intervalo, del que bajaba un hilo con una placa de esmeraldas, que se traslucía debajo de una gasa morada. Llevaba por pendientes dos pequeñas balanzas de zafiro con una perla hueca cada una, llena de un perfume líquido. Por los agujeros de la perla caía, de rato en rato, una gotita sobre la espada desnuda, y Matho la miraba caer.

Invencible curiosidad le arrastró, y como niño que pone la mano en una fruta desconocida, tembloroso, y con la punta del dedo, tocó suavemente en el

nacimiento del pecho: la carne, un poco fría, cedió con resistencia elástica.

Este contacto, aunque apenas sensible, exaltó a Matho, y fuera de s mismo, se precipitó a ella, queriéndola envolver, absorberla, beberla. Palpitab su pecho y rechinaban sus dientes.

Tomándola por las dos muñecas, la empujó suavemente y se sentó sobr una coraza, al lado del lecho de palma, cubierto por una piel de león. L miraba de pies a cabeza, y teniéndola sentada en sus orillas, repetía:

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa!

Los ojos seguían fijos en los suyos y la hacían sufrir, y este malestar, est repugnancia llegó a tal extremo que Salambó se contenía para no gritar; per se acordó de Schahabarim y se resignó.

Matho retenía siempre sus manos en las suyas, y de cuando en cuando, pesar de las órdenes del sacerdote, ella trataba de apartarlas, sacudiendo lo brazos. Él inflaba las narices para aspirar mejor el perfume que se exhalaba d toda ella; emanación indefinible, fresca, pero que aturdía como el humo d una cazoleta. Olía a miel, a pimienta, a incienso, a rosas y a otras cosas más.

¿Pero cómo estaba ella a su lado, en su tienda, a discreción suya? ¿Quién l había empujado hasta allí? ¿Había venido solo por el zaimph? Dejó caer lo brazos y bajó la cabeza, abrumado por un repentino ensueño.

Salambó, con el fin de enternecerle, le dijo con voz quejumbrosa:

—¿Qué te hice yo para que quieras mi muerte?

—¿Tu muerte?

—Yo te vi una noche, en el incendio de mis jardines que ardían, entr copas humeantes y mis esclavos degollados, y tu cólera era tan fuerte que t precipitaste a mí y hube de huir. Después, el terror se ha apoderado d Cartago. Se pregonaba la destrucción de las ciudades, el incendio de lo campos, la matanza de soldados; ¡fuiste tú quien los perdiste; tú quien lo asesinaste! ¡Te odio! Solo tu nombre es un remordimiento para mí. ¡Eres má execrable que la peste y que la guerra romana! Las provincias tiemblan ante t furor; los surcos están llenos de cadáveres. Yo he seguido el rastro de tu devastaciones, como si fuera detrás de Moloch.

Matho se levantó de un salto; orgullo colosal le hinchaba el pecho: se veí exaltado como un dios.

Salambó continuó diciendo:

—Como si no fuera bastante tu sacrilegio, viniste a mi casa, mientras y dormía, envuelto en el zaimph. No entendí tus palabras, pero comprendí qu querías llevarme al fondo de un abismo.

Matho, retorciéndose los brazos, exclamó:

—¡No!, ¡no! Era para dártelo, para entregártelo. Me parecía que la diosa había dejado su vestido para ti, y que te pertenecía. En su templo o en tu casa ¿qué importa? ¿No eres tú omnipotente, inmaculada, radiante y bella como Tanit?

Y con una mirada llena de adoración infinita, agregó:

—¡A menos que seas tú la misma Tanit!

—¿Yo, Tanit?...

No hablaron más. El trueno retumbaba a lo lejos. Balaban los carneros asustados por la tempestad.

—¡Oh! ¡Acércate —dijo él—, acércate! No temas nada. Antes yo no era más que un soldado obscuro entre los mercenarios, tan dócil que llevaba para los otros leña a las espaldas. ¡Qué me importa Cartago! La multitud de su gente se agita como perdida en el polvo de tus sandalias, y todos sus tesoros y provincias, naves e islas no me causan la envidia que el frescor de tus labios y el torneado de tus hombros. ¡Si quise derribar sus murallas fue con el fin de llegar hacia ti, de poseerte! Entretanto, me vengaba. Ahora, aplasto los hombres como conchas y me arrojo sobre las falanges, aparto las lanzas con la mano, detengo a los caballos por las narices; no me mataría una catapulta ¡Oh! ¡Si supieras cuánto pienso en ti, durante la guerra! El recuerdo de un gesto, de un pliegue de tu vestido, me sobrecoge de pronto y me aprisiona como una red. Veo tus ojos en las llamas de las faláricas y en el dorado de los escudos. Oigo tu voz en el sonido de los címbalos. Me vuelvo, no te veo, y me distraigo guerreando.

Levantaba el brazo, en el que las venas se entrecruzaban como lianas en las ramas del árbol. Sudaba su pecho, de músculos cuadrados, y su respiración agitaba sus costados juntamente con el cinturón adornado de cintas que caían hasta sus rodillas, más duras que el mármol. Salambó, acostumbrada a los eunucos, se asombraba de la fuerza de este hombre. Era el castigo de la diosa o la influencia de Moloch, que circulaba alrededor de ella, en los cinco ejércitos. Se sentía débil; escuchaba con estupor el grito intermitente de los centinelas, contestándose unos a otros.

Las llamas de la lámpara oscilaban movidas por ráfagas de aire caliente. A intensos resplandores sucedía la obscuridad, y Salambó no veía más que las pupilas de Matho, como dos ascuas en la noche. Estaba persuadida de que una fatalidad pesaba sobre ella, que estaba abocada a un momento supremo irrevocable, y haciendo un esfuerzo subió hasta el zaimph y levantó las manos para cogerlo.

—¿Qué haces? —exclamó Matho.

Respondió ella plácidamente:

—Me vuelvo a Cartago.

Matho fue a ella con los brazos cruzados y con aire tan terrible qu Salambó quedó como clavada en el suelo.

—¡Volverte a Cartago! ¡Volverte a Cartago! ¿De modo que has venido par coger el zaimph, para vencerme, y luego desaparecer? ¡No, no; tú m perteneces, y nadie te arrancará ahora de aquí! ¡Oh! ¡No he olvidado l insolencia de tus ojos y cómo me aplastabas desde la altura de tu belleza Ahora me toca a mí; eres mi cautiva, mi esclava, mi servidora. Llama, si t parece, a tu padre con su ejército, a los Ancianos, a los Ricos, a toda l execrable Cartago. ¡Soy el amo de trescientos mil soldados! Iré a buscar más Lusitania, a las Galias y en el fondo del desierto, y destruiré tu ciudad quemaré sus templos; las trirremes navegarán sobre olas de sangre. ¡No quier que quede ni una casa, ni una piedra, ni una palmera! ¡Y si me faltan lo hombres, llamaré a los osos de las montañas y empujaré a los leones! ¡N trates de huir, porque te mato!

Pálido, y con los puños crispados, temblaba como arpa cuyas cuerdas van estallar. De pronto, le ahogaron los sollozos y, casi humillándose, añadió:

—¡Ah! ¡Perdóname! ¡Soy más infame y más vil que los escorpiones, que e fango y el polvo! Cuando tú hablabas, tu aliento ha pasado por mi cara deleitándome como a un moribundo que bebe de bruces al borde de un arroyo ¡Aplástame, con tal que sienta tus pies! ¡Maldíceme, con tal que oiga tu voz ¡No te vayas, por compasión! ¡Te amo! ¡Te amo!

Estaba de rodillas ante ella; la ceñía el talle con ambos brazos, con l cabeza hacia atrás y las manos inquietas; los discos de oro colgados de su orejas brillaban sobre su cuello de bronce; gruesas lágrimas brotaban de su ojos, parecidos a globos de plata; suspiraba de un modo acariciador, murmuraba vagas palabras, blandas como la brisa y suaves como un beso.

Salambó sentíase invadida por una laxitud que la hacía perder la concienci de sí misma. Algo, a la vez íntimo y superior, una orden de los dioses l obligaba a entregarse, y desfallecida, se dejó caer en el lecho sobre las piele de león. Matho la cogió de los pies, estalló la cadenilla de oro, y al volar la dos puntas hirieron la tela como dos víboras furiosas. El zaimph cayó envolviéndoles. Salambó vio la cabeza de Matho sobre su seno.

—¡Moloch! ¡Tú me quemas!

Y los besos del soldado, más devoradores que llamas, la envolvían sentíase como arrastrada por el huracán, como quemada por la fuerza del sol.

Matho la besaba los dedos de las manos, los brazos, los pies y las larga trenzas de sus cabellos de un extremo a otro.

—¡Llévatelo! —la decía—. ¿Qué me importa? Llévame también contigo ¡Abandono el ejército, renuncio a todo! Más allá de Gades, a veinte días d mar, hay una isla cubierta de polvo de oro, de verdor y de pájaros. Grande flores llenas de perfumes se balancean en las montañas, como eterno incensarios; en los limoneros, más altos que cedros, las serpientes de color d leche hacen caer las frutas en el césped con los diamantes de sus fauces; e aire es tan suave que impide morir. ¡Oh! ¡Verás cómo yo la encontraré Viviremos en grutas de cristal, talladas al pie de las colinas. Nadie la habit aún, y yo seré el rey de aquella tierra.

Limpió el polvo de sus coturnos; quería que ella pusiera entre sus labios u pedazo de granada; amontonó vestidos detrás de su cabeza para hacerle un almohada. Buscaba los medios de servirla, de humillarse, y hasta llegó extender sobre sus piernas el zaimph, como un sencillo tapiz.

—¿Conservas —la dijo— los cuernecillos de gacela de que cuelgas tu collares? ¡Me los darás; los quiero!

Hablaba como si hubiera terminado la guerra y se sonreía; los mercenarios Amílcar, todos los obstáculos habían desaparecido para él. La lun resplandecía entre dos nubes, y ellos la veían por una abertura de la tienda.

—¡Ah! ¡Cuántas noches he pasado contemplándola! Me parecía un vel que ocultaba tu rostro, y que tú me mirabas tras ella; tu recuerdo se mezclab con sus destellos; no os diferenciaba una de otra.

Y con la cabeza entre los senos de ella lloraba a lágrima viva.

—¡Es este el hombre formidable que hace temblar a Cartago! —pensab Salambó.

Matho se durmió. Entonces, Salambó, desprendiéndose de sus brazos, pus un pie en tierra y advirtió que se había roto su cadeneta. Acostumbraban la vírgenes de alta alcurnia respetar esta traba como algo religioso, y Salambó ruborizándose, arrolló alrededor de sus piernas los dos trozos de la cadena d oro.

Cartago, Megara, su casa, su habitación y los campos que había atravesad se amontonaban en su memoria en imágenes tumultuosas, y, sin embargo precisas. Pero el abismo abierto ahora las ponía lejos de ella, a infinit distancia.

Cesaba la tempestad, pero algunas gotas que caían hacían oscilar el tech de la tienda.

Matho, como un hombre ebrio, dormía de lado, con un brazo colgando de borde del lecho. Su cinta de perlas estaba algo subida y descubría la frente Una sonrisa separaba sus dientes, que brillaban entre su negra barba, y en su párpados entreabiertos se advertía una alegría silenciosa, casi ultrajante.

Salambó le contemplaba inmóvil, con la cabeza baja y las manos cruzadas.

A la cabecera del lecho se veía un puñal sobre una mesa de ciprés; la vista de esta hoja brillante la inflamó de un deseo sanguinario. A lo lejos oía voces quejumbrosas que la solicitaban como genios. Se acercó, cogiendo el puñal por el mango. Al ruido del roce de su ropa, Matho abrió los ojos, y poniendo los labios en su mano, cayó el puñal.

Se oyeron gritos; una espantosa claridad fulguraba detrás de la tienda. Se asomó Matho y vio que ardía el campo de los libios.

Ardían sus chozas de caña, retorciéndose los tallos y estallando entre la humareda como flechas; en el rojizo horizonte se veían correr desoladas sombras negras. Oíanse los alaridos de los que estaban en las cabañas; los elefantes, los bueyes y los caballos saltaban en medio de la turba, aplastándola entre las municiones y los bagajes que salvaban del incendio. Sonaban las trompetas. Gritaban: «¡Matho! ¡Matho!» Y la gente que estaba en la puerta quería entrar.

—¡Ven! —dijo Matho a Salambó—; Amílcar ha incendiado el campamento de Autharita.

De un salto se echó afuera, y Salambó se encontró sola.

Entonces ella examinó el zaimph; y cuando lo hubo contemplado a su sabor, quedó sorprendida de no gozar la dicha que se había imaginado. Se quedó melancólica ante su sueño realizado.

Pero el fondo de la tienda se levantó y apareció una forma monstruosa Salambó no vio de pronto más que dos ojos y una larga barba blanca que llegaba al suelo, porque el resto del cuerpo, embarazado por los andrajos, se arrastraba por la tierra; a cada movimiento para andar, las dos manos entraban en la barba, y en seguida volvían a caer. Arrastrándose así, llegó hasta los pies de Salambó, y esta reconoció al viejo Giscón.

En efecto: los mercenarios, para evitar que los antiguos cautivos huyeran les cortaron las piernas a golpes de barras de cobre, dejándolos que se pudrieran juntos en una fosa llena de inmundicias. Los más robustos, así que oían el ruido de las gamellas, se levantaban gritando, y así es como Giscón había visto a Salambó. Había adivinado una cartaginesa en las pequeñas bolas de sandastro que golpeaban en los coturnos, y presintiendo un gran misterio auxiliado por los compañeros, consiguió salir del foso; luego, ayudándose con

los codos y las manos, se arrastró veinte pasos más lejos, hasta la tienda de Matho. Percibió el ruido de dos voces, escuchó desde afuera y lo oyó todo.

—¡Eres tú! —preguntó Salambó medio asustada.

Alzándose sobre sus puños, él replicó:

—¡Sí; soy yo! ¿Me creías muerto, verdad? ¡Ah! ¿Por qué los Baales no me han concedido esta misericordia?... Así me hubieran evitado la pena de maldecirte.

Salambó se echó vivamente hacia atrás; tal era el miedo que sentía de aquel ser inmundo, repugnante como una larva y terrible como un fantasma.

—Pronto cumpliré cien años —continuó Giscón—. He conocido a Agatocles; he visto a Régulo y las águilas romanas pasar sobre las cosechas de los campos púnicos. He visto todos los espantos de las batallas y el mar obstruido con los restos de nuestras flotas. Los bárbaros que yo mandé me han encadenado por los cuatro miembros, como a un esclavo homicida. Mis compañeros, uno tras otro, se van muriendo a mi lado; el olor de sus cadáveres me despierta de noche; espanto los pájaros que vienen a picotearles los ojos; y sin embargo, ni un solo día he desesperado de Cartago. Aun cuando hubiera visto todos los ejércitos del mundo contra ella, y las llamas del incendio rebasar la altura de sus templos, todavía hubiera creído en su eternidad. ¡Pero ahora, todo ha concluido, todo se perdió! ¡Los dioses la execran! ¡Maldita seas, porque con tu ignominia has precipitado su ruina!

Salambó quiso hablar.

—¡Ah, he sido testigo! —le interrumpió Giscón—. Te he oído gemir de amor como una prostituta; él te explicaba su deseo y tú te dejabas besar las manos. ¡Ya que el ardor de tu impudicia te empujaba, debiste hacer al menos como las bestias feroces, que se ocultan en sus ayuntamientos, y no deshonrarte ante los ojos de tu padre!

—¡Cómo! —interrumpió ella.

—¡Ah! ¿No sabes que los dos campos están separados sesenta codos uno de otro, y que tu Matho, por exceso de orgullo, está acampado frente a Amílcar? Allí, detrás de ti está tu padre; si yo pudiera subir el sendero que lleva a la planicie, le gritaría: ¡Ven Amílcar, ven a ver a tu hija en brazos de un bárbaro! Se ha puesto, para agradarle, el manto de la Diosa, y, al abandonar su cuerpo, entrega con la gloria de tu nombre, la majestad de los dioses, la venganza de la patria, la misma salvación de Cartago.

El movimiento de su boca desdentada agitaba su luenga barba; sus ojos devoraban a Salambó, y no dejaba de repetir, jadeante:

—¡Sacrílega! ¡Maldita seas! ¡Maldita, maldita!

Salambó había apartado el velo, y teniéndolo levantado en la mano, mirab
del lado de Amílcar.

—¿Es por aquí, no es verdad? —preguntó a Giscón.

—¿Qué te importa? ¡Vuélvete! ¡Vete! ¡Húndete en la tierra! Es un luga
santo que manchas con la vista.

Salambó se arrolló el zaimph alrededor del talle, se puso rápidamente su
velos, su manto y banda, y exclamando «¡Corro allá!», desapareció.

Primeramente anduvo entre tinieblas sin encontrar a nadie, porque todo
habían acudido al incendio; redoblaba el clamor, y grandes llamas enrojecía
el cielo. Una amplia terraza la detuvo.

Dio una vuelta, buscando en todas direcciones una escala, una cuerda, un
piedra, algo en fin, para ayudarse a bajar. Tenía miedo de Giscón y le parecí
que la perseguían gritos y pasos. Empezaba a alborear. Vio un sendero en e
espesor del atrincheramiento. Cogió con los dientes la cola de su vestido, qu
la estorbaba, y en tres saltos se encontró en la plataforma.

Un grito sonoro estalló encima de ella, en la sombra; el mismo que había
oído al pie de la escalera de las galeras; inclinándose, reconoció al hombre d
Schahabarim, con los caballos del diestro.

Había ido errante toda la noche entre los dos campos; después, inquieto po
el incendio, se había vuelto atrás, tratando de ver lo que pasaba en el vivac d
Matho; y como sabía que aquel sitio era el más próximo a su tienda, no s
había movido, obedeciendo al sacerdote.

Montó de pie sobre uno de los caballos, Salambó se dejó caer en su
brazos, y ambos huyeron al galope, dando un rodeo, al campo púnico, par
buscar una entrada por cualquier parte.

Cuando Matho entró en su tienda, la lámpara, humeante, alumbrab
apenas, y creyó que Salambó estaba dormida. Palpó delicadamente la piel d
león, en la cama de palma. Llamó, y no respondió nadie; arrancó vivamente u
pedazo de tela para que entrara la luz del día, y vio que el zaimph había
desaparecido.

Temblaba la tierra bajo pasos precipitados; gritos, relinchos, choques d
armaduras hendían los aires, y las fanfarrias de los clarines tocaban ataque
Era como un huracán que se arremolinaba en torno de él. Un furo
desordenado le hizo saltar sobre sus armas y se lanzó afuera.

Largas filas de bárbaros bajaban corriendo la montaña, y los cuadrado
púnicos avanzaban a su encuentro, con oscilación pesada y regular. La niebla

deshecha por el sol, formaba nubecillas movibles que, poco a poco, dejaban ver al descubierto estandartes, cascos y las puntas de las picas. Ante sus rápidas evoluciones, algunas porciones de terreno todavía en la sombra parecían cambiar de sitio en bloque; hubiérase dicho que eran torrentes que se entrecruzaban con masas inmóviles y espinosas entre ellos. Matho veía a capitanes, soldados, heraldos y criados montados en asnos. En vez de conservar su posición para cubrir la infantería, Narr-Habas dio un rápido cambio de frente a la derecha, como si quisiera hacerse aplastar por Amílcar.

Sus jinetes rebasaron la línea de los elefantes que se acercaban, y todos los caballos, alargando la cabeza sin bridas, galopaban con tal furia, que parecían tocar la tierra con el viento. De repente, Narr-Habas marchó resueltamente hacia un centinela. Arrojó su espada, su lanza y sus azagayas, y desapareció en medio de los cartagineses.

El rey de los númidas llegó a la tienda de Amílcar, y le dijo, mostrándole su caballería, que estaba parada a distancia:

—¡Barca, te traigo mis jinetes: son tuyos!

Se arrodilló en señal de esclavitud, y para probar su fidelidad, explicó su conducta desde el principio de la guerra. Primero, había impedido el sitio de Cartago y la matanza de los cautivos; después, no se había aprovechado de la victoria contra Hannón, cuando la derrota de Útica. En cuanto a las ciudades tirias, estaban en las fronteras de su reino. Tampoco había asistido a la batalla del Macar, porque se ausentó expresamente para eludir la obligación de combatir al Sufeta.

En efecto: Narr-Habas había querido engrandecerse con usurpaciones de provincias púnicas, ayudando o abandonando a los mercenarios según venían bien o mal dadas; pero convencido de que Amílcar sería el más fuerte en definitiva, se pasó a su partido. Quizás intervino en esta defección el odio contra Matho a causa del mando o de su antiguo amor.

El Sufeta le oyó sin cortarle la palabra. No era de desdeñar el hombre que así se presentaba en un ejército que le debía tantas venganzas; Amílcar adivinó en seguida la utilidad de tal alianza para sus grandes proyectos. Con los númidas, se desprendería de los libios; llevaría el Occidente a la conquista de Iberia, y sin preguntar al númida por qué no había acudido antes, ni tratar de deshacer ninguna de las mentiras, besó a Narr-Habas, restregando tres veces su pecho contra el suyo.

Había incendiado el campo de los libios para terminar y por desesperación. Los númidas le llegaban como un socorro de los dioses: disimulando su alegría, contestó:

—¡Favorézcante los Baales! Ignoro lo que hará por ti la República, perc Amílcar no es ingrato.

Redoblaba el tumulto; entraban los capitanes. El Sufeta se armó al tiempc que hablaba:

—¡Vamos! Con tus jinetes batirás su infantería entre tus elefantes y lo míos. ¡Valor! ¡Exterminio!

Narr-Habas iba a precipitarse, cuando se presentó Salambó. Saltó rápida dc su caballo, abrió su ancho manto, apartó los brazos y desplegó el zaimph.

La tienda de cuero, levantada en las esquinas, dejaba ver toda la falda de la montaña, cubierta de soldados, y como estaba en el centro, se veía a Salambc de todos los lados. Un clamor inmenso, un prolongado grito de triunfo y dc esperanza estalló.

Los que estaban en marcha, se pararon; los moribundos, apoyándose en lo codos, se volvían para bendecirla. Sabían ahora los bárbaros que ella había recobrado el zaimph; la veían de lejos, y otros gritos, pero de rabia y dc venganza, resonaban entre los ejércitos de los cartagineses. Los cinc ejércitos, desplegándose en la montaña, pateaban y daban alaridos alrededo de Salambó.

Amílcar, sin poder hablar, le daba las gracias con señales de cabeza. Su miradas iban alternativamente del zaimph a ella, y advirtió que tenía rota su cadeneta. Amílcar se estremeció, acuciado por terrible sospecha; perc recobrando su impasibilidad, miró de reojo a Narr-Habas, sin volver la cara.

El rey de los númidas se mantenía aparte, en actitud discreta; llevaba en la frente un poco del polvo que había tocado al prosternarse. El Sufeta sc adelantó hacia él, y con aire grave le dijo:

—En recompensa de los servicios que me has prestado, Narr-Habas, te doy mi hija. Sé tú mi hijo, y defiende a tu padre.

Narr-Habas hizo un gesto de profunda sorpresa; luego, le cubrió las mano de besos. Salambó, en calma como una estatua, parecía no comprender. Sc ruborizó, bajó los párpados, y sus largas cejas encorvadas sombreaban su mejillas.

Amílcar quiso unirlos inmediatamente con esponsales indisolubles. Puso en las manos de Salambó una lanza, que ella ofreció a Narr-Habas; les ató lo pulgares con una tira de buey y les derramó trigo sobre la cabeza; los grano que caían junto a ellos, sonaron como granizo que rebota.

XII

EL ACUEDUCTO

Doce horas después, solo quedaba de los mercenarios un montón d heridos, de muertos y de moribundos.

Amílcar, saliendo bruscamente del fondo del desfiladero, había bajado po la pendiente occidental que mira a Hippo-Zarita, y como el espacio en est sitio era más ancho, allí había atraído a los bárbaros. Narr-Habas los hab envuelto con su caballería; el Sufeta, en tanto, los rechazaba y aniquilaba además, estaban materialmente vencidos por la pérdida del zaimph; lo mismos que no cuidaban de él, sintieron angustia y debilidad. Amílcar, si pretender vivaquear en el campo de batalla, se retiró algo más lejos, a l izquierda, sobre unas alturas desde las cuales los dominaba.

Se conocían los campos por la forma de las empalizadas inclinadas. U gran montón de cenizas humeaba en el sitio del de los libios; el suelo removido, tenía ondulaciones como el mar, y las tiendas, hechas jirones parecían bajeles perdidos en los escollos. Corazas, horquillas, clarines pedazos de madera, de hierro y de cobre; trigo, paja y ropas se confundían co los cadáveres; aquí y acullá alguna falárica, a punto de apagarse, ardía entr un montón de bagajes; la tierra, en ciertos sitios, desaparecía bajo los escudos las carroñas de las caballerías se sucedían como una serie de montículos; s veían piernas, sandalias, brazos, cotas de malla y cabezas sin cascos sostenidas por las carrilleras y que rodaban como bolas; en lagos de sangre los elefantes, con las entrañas abiertas agonizaban echados con sus torres; s andaba encima de cosas pegajosas y había barrizales, aunque no había llovido

Esta confusión de cadáveres cubría toda la montaña, de arriba abajo. Lo sobrevivientes estaban tan callados como los muertos; agazapados en grupos se miraban asustados y sin hablar.

Al extremo de una larga pradera, el lago de Hippo-Zarita resplandecía a sol poniente. A la derecha, blancas casas aglomeradas rebasaban un cinturó de murallas; seguía el mar, ensanchándose indefinidamente. Los bárbaros pensativos, suspiraban, pensando en sus patrias. Caía una nube de polvo gris.

Sopló el viento de la noche, y todos los pechos se ensancharon; a medid que aumentaba el fresco, era de ver cómo los gusanos abandonaban lo muertos que se enfriaban y corrían a la arena caliente. Sobre las grande piedras, los cuervos, inmóviles, montaban la guardia a los agonizantes.

Cuando fue completamente de noche, unos perros de piel amarilla, bestia inmundas que seguían a los ejércitos, se acercaron calladamente a lo bárbaros. Bebieron los chorros de sangre que manaban de los muñones todavía calientes, y devoraron los cadáveres, empezando por el vientre.

Los fugitivos reaparecían de uno en uno, como sombras; las mujeres s atrevieron a volver, pues quedaban algunas a pesar de la matanza que hicieron los númidas.

Algunos se sirvieron de cabos de cuerda para encender antorchas; otro guardaban sus picas. Si tropezaban con algún cadáver, lo echaban a un lado.

Los encontraban extendidos en largos rimeros, de espaldas, con la boca abierta, con sus lanzas al lado; o bien, apilados en montón, y a menudo, para ver los que faltaban, había que remover todo el montón. En seguida l arrimaban la antorcha a la cara. Horribles armas les habían producido herida complicadas. Jirones verdosos colgaban de sus frentes; estaban tajados a pedazos, aplastados hasta la médula, estrangulados o hendidos por lo colmillos de los elefantes. Aunque muertos al mismo tiempo, no estaba igualmente corrompidos. Los hombres del Norte aparecían inflados por una hinchazón lívida; los africanos, más nerviosos, tenían aspecto de ahumados, y se iban secando. Se reconocía a los mercenarios en los tatuajes de sus manos los veteranos de Antíoco llevaban un gavilán; los que habían servido en Egipto, la cabeza de un cinocéfalo; los alquilados a príncipes de Asia, un hacha, una granada o un martillo; y si a las Repúblicas griegas, el perfil de una ciudadela o el nombre de un arconte. Los había con los brazos enteramente cubiertos por estos símbolos, mezclados con cicatrices y nuevas heridas.

Se encendieron cuatro hogueras para los muertos de raza latina: samnitas etruscos, campanios y brucios. Los griegos cavaron fosas con las puntas de su espadas; los espartanos envolvieron en sus mantos a sus difuntos; lo atenienses los extendían mirando al sol levante; los cántabros los enterraban bajo un montón de piedras; los nasamones los doblaban en dos, con correas d bueyes, y los garamantes los sepultaban en la playa, para que las olas lo

bañaran perpetuamente. Los latinos se entristecían por no poder encerrar la cenizas en urnas; los nómadas echaban de menos el calor de las arenas, qu momifican los cadáveres; y los celtas, tres piedras bastas, bajo un cielo lluvioso, en el fondo de un golfo tormentoso.

Se oían vociferaciones, seguidas de un prolongado silencio: era para obligar las almas a volver; y los clamores se sucedían obstinadamente, a intervalos regulares.

Se excusaban con los muertos de no poder honrarlos, como prescribían su ritos; porque por esta causa, irían las almas errantes en períodos infinitos a través de mil azares y metamorfosis; se las invocaba, preguntándoles lo qu deseaban; otros abrumaban de injurias a los muertos por haberse dejad vencer.

El resplandor de las grandes hogueras empalidecía las caras exangües entre los restos de armaduras; las lágrimas excitaban otras lágrimas, lo gemidos se hacían más agudos, los reconocimientos y los abrazos, má frenéticos. Las mujeres se echaban sobre los cadáveres, boca con boca, frent con frente; había que golpearlas para que se retiraran cuando los enterraban Se ennegrecían las mejillas, se cortaban los cabellos; se extraían sangre y l arrojaban en la fosa; se hacían cortes a imitación de las heridas qu desfiguraban sus muertos. Estallaban rugidos a través del ruido de lo címbalos. Algunos se arrancaban sus amuletos, escupiéndolos encima. Lo moribundos se contraían en el fango ensangrentado, mordiéndose, de rabia los puños mutilados; y cuarenta y tres samnitas, en la flor de la edad, s mataron entre sí, como gladiadores. Muy pronto faltó leña para las hogueras se apagaron las llamas; todos los sitios estaban ocupados; y cansados de gritar débiles y vacilantes, se durmieron al lado de sus hermanos muertos; los qu quedaban con vida llenos de inquietudes, y algunos con deseos de n despertar.

Con la luz del alba, aparecieron en los límites de los bárbaros alguno soldados que desfilaban con cascos en la punta de las picas, que, saludando a los mercenarios, les preguntaban si no encargaban nada para sus patrias.

Se acercaron otros, y los bárbaros reconocieron a algunos de sus antiguo camaradas.

El Sufeta había propuesto a los cautivos que sirvieran en sus tropas Muchos rehusaron intrépidamente; pero resuelto a no alimentarlos n abandonarlos al Gran Consejo, los despidió, ordenándoles no combatir más a

Cartago. Respecto a aquellos a quienes el miedo a los suplicios hizo dóciles se les distribuyó las armas del enemigo, y estos eran los que se presentaban a los vencidos, menos por reducirlos que por vanidad o curiosidad.

Contaban, en primer lugar, el buen trato del Sufeta, y los bárbaros lo oían envidiándolos, por más que los despreciaban. A las primeras palabras de reproche, los cobardes se irritaron; de lejos, les enseñaban sus propias espadas y corazas, invitándolos con injurias a que vinieran a tomarlas. Los bárbaros cogieron piedras, y todos huyeron, y ya no se vio en la cima de la montaña sino las puntas de las lanzas rebasando el borde de las empalizadas.

Un dolor más pesado que la humillación de la derrota abrumó a los bárbaros. Pensaban en la inutilidad de su valor. Se quedaron con los ojos fijos rechinando los dientes.

A todos les asaltó la misma idea. Se precipitaron en tumulto sobre los prisioneros cartagineses. Los soldados del Sufeta no habían podido descubrirlos, y como estos se habían retirado del campo de batalla, aún estaban aquellos en el foso profundo.

Se les alineó en otro sitio llano. Los centinelas hicieron un círculo alrededor de ellos, entregándolos a las mujeres por tandas de treinta y cuarenta. Queriendo aprovechar el poco tiempo que se les daba, corrían estas del uno al otro, inciertas y palpitantes; e inclinadas sobre los cuerpos, los golpeaban con los brazos, como las lavanderas golpean la ropa; aullando el nombre de sus maridos, los laceraban con las uñas y les reventaron los ojos con las agujas de sus cabellos. Vinieron después los hombres, y les atormentaron los pies, cortándoles la piel desde los tobillos hasta la frente arrancando tiras, con las que se ceñían la cabeza. Los «Comedores de cosas inmundas» imaginaron mil atrocidades: envenenaban las heridas, echándoles polvos, vinagre y cascos de loza; otros se ponían detrás y bebían la sangre que corría, como hacen los vendimiadores alrededor de las cubas de mosto.

A todo esto, Matho estaba sentado en el suelo, en el mismo sitio donde le cogió la batalla perdida, en actitud pensativa; nada veía ni oía.

Distraído por los alaridos de la multitud, alzó la cabeza y vio ante sí un jirón de tela colgante de una percha, cubriendo confusamente cestos, tapices y una piel de león: era su tienda. Y sus ojos se clavaron en el suelo, como si la hija de Amílcar, al desaparecer, se hubiera hundido en la tierra.

La tela desgarrada flotaba al viento; a veces, sus largas tiras se desplegaban ante él, y reparó en una marca roja, parecida a la huella de una mano: era la de la mano de Narr-Habas, señal de su alianza. Matho se levantó; tomó un tizón humeante, y lo arrojó sobre los restos de su tienda, desdeñosamente. Luego

con la punta de su coturno, empujó hacia las llamas todo lo que estaba fuera para que no quedara nada.

De pronto, y sin que se pudiera comprender de dónde salía, apareció Espendio. El antiguo esclavo se había atado el muslo con dos astillas de lanza cojeaba lastimosamente y se quejaba.

—¡Apártate de aquí! —le dijo Matho—; sé que eres un valiente.

Estaba tan aplastado por la injusticia de los dioses, que le faltaban fuerza para indignarse contra los hombres. Espendio le hizo una señal y le llevó a hueco de un cerro en el que estaban ocultos Zarxas y Autharita.

Habían huido como el esclavo, a pesar de su crueldad y de su valentía ¿Quién había de creer en la traición de Narr-Habas, en el incendio de lo libios, en la pérdida del zaimph, en el súbito ataque de Amílcar y, sobre todo en sus maniobras, forzándoles a ir al fondo de la montaña, bajo los certero golpes de los cartagineses? Espendio no confesaba su terror, y persistía en sostener que tenía la pierna rota.

Por fin, los tres caudillos y el schalischim consultaron lo que se debía hacer. Amílcar les cerraba el camino de Cartago; estaban entre los soldado del Sufeta y las provincias de Narr-Habas; las ciudades tirias se unirían a lo vencedores; se encontrarían rechazados al borde del mar y aplastados por lo enemigos, irremisiblemente.

No había medio de evitar la guerra: por el contrario, era preciso continuarla a todo trance. Pero ¿cómo hacer comprender la necesidad de una interminable batalla a toda su gente, desanimada y todavía sangrando de sus heridas?

—¡Yo me encargo! —dijo Espendio.

Dos horas después, un hombre que venía del lado de Hippo-Zarita, subía corriendo la montaña. Agitaba unas tablillas en el extremo del brazo, y como gritaba muy fuerte, los bárbaros le rodearon.

Era un enviado de los soldados griegos de la Cerdeña, que recomendaban a sus compañeros de África vigilaran a Giscón y demás cautivos, porque un mercader de Samos, un tal Hipponax, viniendo de Cartago, les había enterado de un complot organizado para hacerles evadir; por lo que exhortaban a los bárbaros que se precavieran, pues la República era poderosa.

La estratagema de Espendio no dio, de pronto, el resultado que él esperaba La seguridad de un peligro inmediato, lejos de excitar su furor, despertó temores: acordándose de la advertencia de Amílcar en los carteles enviado anteriormente, cuando el sitio, esperaban algo imprevisto y terrible. Se pasó la noche con gran angustia; muchos dejaron las armas, con el fin de congraciarse con el Sufeta cuando este se presentara.

Pero a la mañana siguiente, al tercer cuarto del día, se presentó otro correo más agitado y más lleno de polvo. Espendio le arrancó de las manos un rollo de papiro escrito en fenicio, en el que se suplicaba a los mercenarios que no se desanimaran, porque los valientes de Túnez iban a venir con grandes refuerzos.

Espendio leyó por tres veces el mensaje, y a hombros de dos capadocios, se hizo llevar de un lado a otro, releyendo y arengando a todos por espacio de siete horas. A los mercenarios los recordaba las promesas del Gran Consejo; a los africanos, las crueldades de los intendentes; a todos, la injusticia de Cartago. La bondad del Sufeta era un cebo para perderlos. Los que se pasaran a él serían vendidos como esclavos; los vencidos, ajusticiados. Caso de querer huir, ¿por qué caminos? Ningún pueblo querría recibirlos. Pero continuando sus esfuerzos, obtendrían, a un tiempo, libertad, venganza y dinero, sin que tuvieran que esperar mucho tiempo, porque la gente de Túnez y toda la Libia se precipitaban a socorrerlos. Y enseñaba el pergamino estirado: «¡Mirad ¡Leed! Aquí están sus promesas. Yo no miento.»

Vagaban perros de hocico negro, manchado de rojo. Un sol de fuego quemaba las cabezas desnudas. Un olor nauseabundo se exhalaba de los cadáveres medio insepultos, algunos de los cuales asomaban a flor de tierra hasta el vientre. Espendio les llamaba para atestiguar lo que decía, y concluía amenazando con los puños del lado de Amílcar.

Matho le estaba observando, y Espendio, para disimular su cobardía, fingía que la cólera se iba apoderando de él. Invocando a los dioses, acumuló maldiciones sobre Cartago. El suplicio de los cautivos era un juego de niños ¿Por qué cuidarlos y llevarlos siempre atrás, como ganado inútil? «¡No; hay que acabar de una vez! ¡Conocemos sus intenciones! ¡Uno solo de ellos puede perdernos! ¡No haya compasión! ¡Se conocerán los buenos en la ligereza de las piernas y en la fuerza del golpe!»

Entonces se arrojaron sobre los cautivos. Algunos alentaban todavía; se les remató hundiéndoles el talón en la boca, o bien apuñalándolos con la punta de una jabalina. En seguida pensaron en Giscón. No se le veía en ninguna parte, y esto les preocupó. Querían a un tiempo convencerse de su muerte y participar en ella. Por fin le descubrieron tres pastores samnitas a quince pasos del sitio donde antes estuvo la tienda de Matho. Lo conocieron por su barba larga, y llamaron a los demás.

Echado de espaldas, estirados los brazos y juntas las rodillas, tenía el aspecto de un muerto que llevan a enterrar; pero la respiración movía su

pecho, y los ojos, muy abiertos, en una cara extremadamente pálida, mirabar de un modo continuo e intolerable.

Los bárbaros le miraron al principio con gran asombro. Durante el tiempo que vivió en la fosa le habían olvidado; cohibidos por antiguos recuerdos, se mantenían a distancia y no se atrevían a sentarle la mano. Los que estaban en último término murmuraban y se empujaban, cuando un garamante atravesó la multitud blandiendo una guadaña. Comprendieron todos su intención y avergonzados, gritaron: «¡Sí! ¡Sí!»

El hombre del hierro curvo se acercó a Giscón; le cogió por la cabeza y apoyándola en su rodilla, la fue segando hasta que cayó, vertiendo dos chorros de sangre que hicieron un agujero en el polvo. Zarxas saltó encima, y más ligero que un leopardo, corrió hacia los cartagineses. Cuando llegó a mitad de la montaña, sacó del pecho la cabeza de Giscón y, cogiéndola por la barba y dándole vueltas muchas veces, la lanzó describiendo una parábola por encima del campo púnico.

A todo esto se alzaron en el borde de las empalizadas estandartes entrelazados como señal convenida para reclamar los cadáveres. Cuatro heraldos, escogidos por la amplitud de su pecho, fueron con grandes clarines y hablando con las bocinas de cobre declararon que entre cartagineses y bárbaros no habría en adelante ni fe, ni piedad, ni dioses, y que rehusaban por adelantado a toda negociación, reexpidiendo a los parlamentarios con las manos cortadas.

Inmediatamente, Espendio fue enviado a Hippo-Zarita en busca de víveres; la ciudad tiria los envió la misma noche. Comieron ávidamente, y cuando estuvieron confortados, recogieron aprisa los restos de sus bagajes y armas; las mujeres se agruparon en medio, y sin cuidarse de los heridos que dejaban llorando detrás de ellos, partieron siguiendo la orilla del río, con paso rápido como manada de lobos que se alejan.

Iban sobre Hippo-Zarita, resueltos a tomarla, porque necesitaban una ciudad.

Amílcar, al verlos de lejos, se desesperó, no obstante el orgullo que sentía por haberlos vencido. Hubiera sido conveniente atacarlos en seguida con tropas de refresco, y en otra jornada se acababa la guerra. Ahora podrían volver más fuertes; las ciudades tirias se unirían a ellos; la clemencia con los vencidos habría sido inútil. Tomó la resolución de ser implacable.

Llegada la tarde, envió al Gran Consejo un dromedario cargado d brazaletes cogidos a los muertos, ordenando con terribles amenazas que l enviaran otro ejército.

Todos en Cartago le creían ya perdido; al conocer la victori experimentaron un asombro mezclado con terror. La vuelta del zaimph anunciada vagamente, completaba la maravilla. Los dioses y la fuerza d Cartago parecía que le pertenecían ahora.

Ninguno de sus enemigos aventuró ni una queja ni una recriminación. Po el entusiasmo de los unos y la pusilanimidad de los otros, antes del término señalado estuvo dispuesto un ejército de cinco mil hombres, el cual gan prontamente Útica para apoyar al Sufeta a retaguardia, en tanto que tres mi hombres escogidos embarcaban en naves que debían desembarcarlos e Hippo-Zarita para rechazar a los bárbaros.

Hannón aceptó en principio el mando; pero confió el ejército a su teniente Magdasan, para que acaudillara las tropas de desembarco, en vista que él n podía sufrir las sacudidas de la litera. Su enfermedad, destruyéndole labios y nariz, había cavado en la cara un ancho agujero; a diez pasos se le veía e fondo de la garganta, y él mismo se encontraba tan horrible que, como un mujer, se cubría la cabeza con un velo.

Hippo-Zarita no hizo caso de sus intimidaciones ni de las de los bárbaros pero todas las mañanas los habitantes acudían con víveres en cestas, y desde l alto de las torres se excusaban de las exigencias de la República conminándoles a que se marcharan. Iguales protestas hacían a los cartagineses que estaban estacionados en el mar.

Hannón se limitó a bloquear el puerto, sin resolverse a correr el riesgo d un ataque. Obtuvo de los Jueces de la ciudad que recibieran dentro de ella trescientos de sus soldados. Después se fue hacia el Cabo de las Ubars, dand un largo rodeo con propósito de envolver a los bárbaros, operación ta imprudente como arriesgada. Sus celos le impedían ir en auxilio de Amílcar detenía a sus espías, estropeaba sus planes, comprometía la empresa. En vist de ello Amílcar escribió al Gran Consejo pidiéndole que depusiera a Hannón Este regresó a Cartago, furioso contra los Ancianos y contra lo que llamab cobardía del Sufeta. De este modo, después de tantas ilusiones, la situación er más desesperada que nunca; pero nadie pensaba en ella ni de ella hablaban como si con el silencio alejaran el peligro.

Todo parecía conjurarse de golpe contra Cartago. Se supo que lo mercenarios que guarnecían la Cerdeña habían crucificado a su general tomado las plazas fuertes y degollado a todos los cartagineses. Roma amenaz

a la República con una ruptura inmediata de las hostilidades, y, aceptando la alianza propuesta por los bárbaros, les envió buques abarrotados de harina y carne seca; los cartagineses los persiguieron y aprisionaron quiniento hombres; pero tres días después, la tempestad hizo naufragar una flota con víveres para Cartago. Los dioses estaban, sin duda, contra ella.

Los habitantes de Hippo-Zarita, fingiendo una alarma, hicieron subir a lo trescientos soldados de Hannón a las murallas, y estando desprevenidos cogiéndolos por los pies, los despeñaron al foso. Los que no murieron en e acto, fueron perseguidos y se ahogaron en el mar.

Útica se vio sitiada por Magdasan, a pesar de las órdenes en contrario d Amílcar. A sus soldados les daban vino mezclado con mandrágora; cuand estaban dormidos, los degollaban. Al mismo tiempo, se presentaron lo bárbaros, y huyó Magdasan; se abrieron las puertas, y las dos ciudades tiria se mostraron desde entonces acérrimas partidarias de sus nuevos amigos, a par que contrarias a sus antiguos aliados.

Este abandono de la causa púnica era un consejo, un ejemplo. Ante l posibilidad de la liberación, las demás poblaciones inciertas hasta entonces n vacilaron más tiempo. Lo supo el Sufeta, y perdió la esperanza de se socorrido. Se veía irremisiblemente perdido.

Despidió a Narr-Habas para que guardara las fronteras de su reino, y él s resolvió a ir a Cartago a agenciarse soldados y continuar la guerra.

Los bárbaros, establecidos en Hippo-Zarita, vieron a su ejército cuand bajaba la montaña. ¿Adónde irían los cartagineses? Sin duda les empujaba e hambre y, enloquecidos por los sufrimientos, presentarían batalla, a pesar d su debilidad. Pero torcieron a la derecha en señal de huida. Podían esperarlos aplastarlos a todos, y los bárbaros se lanzaron en su persecución.

Los cartagineses fueron detenidos por el río, esta vez muy crecido, sin qu soplara el viento del Oeste. Unos lo pasaron a nado, y otros sobre sus escudos Reanudaron la marcha; hízose de noche y se perdieron de vista.

No por esto se detuvieron los bárbaros, sino que marcharon más allá con e fin de encontrar un sitio más estrecho. Acudieron los de Túnez y arrastraron a los de Útica. A cada matorral aumentaba el número, y los cartagineses tendidos en el suelo, oían el trepidar de sus pasos en las tinieblas. Para anima a su gente, Barca hacía disparar nubes de flechas que mataron alguno enemigos. Cuando fue de día, estaban en las montañas del Ariace, en un luga donde el camino hacía un recodo.

Matho, que iba a la cabeza, creyó distinguir en el horizonte una cosa verde en la cumbre de una eminencia. El terreno descendía y se vieron obeliscos cúpulas y casas. ¡Era Cartago! Se apoyó contra un árbol para no caer: ¡tan violentamente le palpitaba el corazón!

Recordaba todos los sucesos de su vida, desde la última vez que pasó por allí. Era una sorpresa infinita, un aturdimiento. Le transportó la alegría de volver a Salambó. Vinieron a su memoria los motivos que tenía para execrarla pero los desechó muy pronto. Tembloroso y con las pupilas encendidas contemplaba, más allá de Eschmún, la alta terraza de un palacio, por encima de las palmeras; una sonrisa de éxtasis iluminaba su cara, como si se reflejara en ella una gran luz; abría los brazos, enviaba besos al aire y murmuraba:

—¡Ven! ¡Ven!

Un suspiro le hinchó el pecho y dos lágrimas, como perlas, cayeron en su barba.

—¿Qué te detiene? —preguntó Espendio—. ¡Date prisa! ¡En marcha! El Sufeta se nos va a escapar. Pero tus rodillas vacilan y tú me miras como un hombre ebrio.

Tropezaba de impaciencia; empujaba a Matho, y con guiños en los ojos como si se acercara a un objeto deseado por mucho tiempo, exclamó:

—¡Ah! ¡Ya estamos! ¡Ya los tengo!

Tenía un aire tan convencido y triunfante que Matho, sorprendido en su sopor se sintió contagiado. Estas palabras venían en el colmo de su derrota empujaban su desesperación a la venganza; ofrecían un blanco a su cólera Saltó en uno de los camellos de los bagajes, le quitó el cabestro y con la larga cuerda azotaba a diestro y siniestro a los rezagados; iba en todas direcciones y hasta la extrema retaguardia, como perro que azuza el ganado.

A su tonante voz, las líneas de hombres se apretaron; hasta los cojos precipitaron sus pasos; a mitad del istmo, el espacio entre ambos ejército disminuyó. Las avanzadas de los bárbaros iban pisando las huellas de los cartagineses. Los dos ejércitos se acercaban, iban a tocarse. Pero la puerta de Malqua, la de Tagarte y la de Kamón abrieron sus hojas; el cuadrado púnico se dividió; tres columnas entraron adentro y se arremolinaron bajo los pórticos La masa, demasiado apretada en sí misma, dejó de avanzar; chocaban las picas en el aire y las flechas de los bárbaros rebotaban en las paredes.

En el umbral de Kamón se vio a Amílcar, que se revolvía gritando a su gente que se apartara. Se apeó del caballo, y espoleándole con la espada, lo envió a los bárbaros. Era un semental oringio que se alimentaba con bolas de harina y que doblaba las rodillas para que subiera su amo. ¿Por qué lo

enviaba? ¿Era un sacrificio? El poderoso caballo galopaba en medio de la lanzas, derribaba hombres, y embarazados los cascos con el peso de la entrañas, caía y se levantaba dando saltos enormes. Los bárbaros, al par que l abrían paso, trataban de detenerlo, o bien miraban sorprendidos cómo lo cartagineses se habían replegado, cerrándose la enorme puerta a tiempo qu los bárbaros la acometían.

La puerta no cedió, y durante algunos minutos hubo a lo largo de todo e ejército una oscilación cada vez más débil, hasta que se detuvo.

Los cartagineses habían puesto soldados en el acueducto, y empezaron a tirar piedras y maderos. Espendio demostró que no había que obstinarse y fueron a acampar más lejos, resueltos a sitiar a Cartago.

El rumor de la guerra había traspasado los confines del imperio púnico desde las columnas de Hércules hasta más allá de Cirene pensaban en ella guardando sus rebaños, y de ella hablaban las caravanas de noche, a la luz d las estrellas. ¡Esta gran Cartago, dominadora de los mares, espléndida como e sol y espantosa como un dios, encontraba hombres que se atrevían a atacarla Muchas veces se había anunciado su caída, en la que todos creyeron, porque l deseaban: poblaciones sometidas, ciudades tributarias, provincias aliadas hordas independientes; todos los que la execraban por su tiranía, envidiaban s poderío o codiciaban sus riquezas deseaban tomar parte en la lucha. Los má valientes pronto se juntaron con los mercenarios. La derrota del Macar habí detenido a los demás; pero ahora habían recobrado la confianza, y poco a poc se aproximaban; los hombres de las regiones orientales aguardaban en la dunas de Clipea, al otro lado del golfo, y así que asomaron los bárbaros, s dieron a conocer.

No eran únicamente los libios de los alrededores de Cartago (desde hací tiempo componían el tercer ejército), sino los nómadas de la planicie de l Barca, los bandidos del Cabo Fisco y del promontorio de Derné, los d Fazzana y de la Marmárica. Habían atravesado el desierto bebiendo en lo pozos salobres enladrillados con osamentas de camello; los zualces, cubierto con plumas de avestruz, habían venido en cuadrigas; los garamantes, tapado con velos negros, sentados en la cola de yeguas pintadas; otros en asnos, e onagros, en cebras o en búfalos; algunos con sus familias y sus ídolos y e techo de su cabaña en forma de chalupa. Veíanse amonianos de miembro arrugados por el agua caliente de las fuentes; atarantes, que maldecían al sol troglodítas, que enterraban riendo sus muertos bajo enramadas; y lo

asquerosos ausenios, que comían langostas; los archimaquides, que comían piojos, y los gisantes, pintados de bermellón, devoradores de monos.

Todos estaban reunidos a orillas del mar, formando una gran línea recta, y cuando avanzaron, lo hicieron como torbellinos de arena levantados por el viento. La turba se detuvo a mitad del istmo, con los mercenarios delante cerca de las murallas, resueltos a no moverse de allí.

Después, del lado de la Ariana aparecieron los hombres de Occidente, el pueblo de los númidas. Narr-Habas solo gobernaba a los masilianos; aparte que por costumbre abandonaban a su rey después de una derrota; por esto aquellos se habían juntado en el Zaino y lo vadearon al primer movimiento de Amílcar. Viéronse todos los cazadores del Maletut Baal y del Garaphos vestidos de pieles de león, guiando con el regatón de sus picas caballos pequeños y delgados, de largas crines; los gétulos, con corazas de piel de serpiente; los farusianos, con altas coronas hechas de cera y de resina, y los caunos, macares y tilabares, llevando cada uno dos jabalinas y una rodela de cuero de hipopótamo. Todos hicieron alto debajo de las catacumbas, en los primeros charcos de la laguna.

Cuando fueron desalojados los libios, se vio en el lugar que usurpaban, y como una nube a ras del suelo, la multitud de negros, llegados del Harusch blanco, del Harusch-negro, del desierto de Augile y aun de la gran región de Agacimba, a cuatro meses al Sur de los garamantes y más lejos todavía. A pesar de sus joyas de madera roja, la mugre de su piel les hacía parecer a muros sucios de polvo. Vestían calzones de hilo de corteza, túnicas de hierba secas, hocicos de bestias feroces a la cabeza, y aullando como lobos, sacudían unas varas adornadas de anillos y blandían colas de buey atadas al extremo de un bastón, a manera de estandartes.

Detrás de los númidas, marusianos y gétulos se apretujaban unos hombres amarillos, habitantes de Taggir, en bosques de cedros, con carcajes de piel de gato, a la espalda, y perros enormes, tan grandes como asnos, y que no ladraban.

Finalmente, como si África no estuviera suficientemente vaciada, y para recoger más furias fuera preciso recurrir a lo más ínfimo de la especie humana, figuraban en último término unos hombres de perfil de bestia y de risa idiota; miserables roídos por enfermedades asquerosas, pigmeos deformes, mulatos de sexo ambiguo, albinos de ojos encarnados que guiñaban al sol; todos ellos balbuceando sonidos ininteligibles y poniéndose un dedo en la boca para demostrar que tenían hambre.

La confusión de armas no era menor que la indumentaria y las razas. All todas las invenciones para matar: desde los puñales de madera, hachas d piedra y tridentes de marfil, hasta los largos sables dentados como sierras delgados y hechos de una lámina de cobre que se doblaba. Había cuchillos qu se bifurcaban en muchas hojas a modo de astas de antílopes, podadera adheridas al extremo de una cuerda, triángulos de hierro, mazas y punzones Los etíopes del Bamboto ocultaban dardos envenenados en sus cabellos Muchos cargaban piedras en sacos; otros, a falta de armas, amenazaban co los dientes.

Una ola continua agitaba toda esta multitud. Los dromedarios, sucios d alquitrán como barcos, derribaban a las mujeres que llevaban los hijos a la ancas. Las provisiones se derramaban de los sacos; se pisaban al andar grano de sal, paquetes de goma, dátiles podridos y nueces; en pechos sucios d sabandijas, colgaba en ocasiones de un delgado cordón algún diamant buscado por los sátrapas; piedra fabulosa con la que se podía comprar u imperio. La mayor parte de esa gente no sabía lo que quería; les empujaba un fascinación, una curiosidad; los nómadas, que en su vida habían visto un ciudad, se asustaban de la sombra de las murallas.

El istmo desaparecía cubierto por tantos hombres; y esta larga superficie e que las tiendas parecían como cabañas en una inundación, se desplegaba hast las primeras líneas de los otros bárbaros, resplandecientes de hierro y simétricamente emplazados a ambos lados del acueducto.

Les duraba todavía a los cartaginesas el espanto de su llegada, cuand vieron venir derechos contra ellos, como monstruos y como edificios, co mástiles, brazos, cuerdas, articulaciones, capiteles y caparazones, la máquinas de sitio que enviaban las ciudades tirias; sesenta carrobalistas ochenta onagros, treinta escorpiones, cincuenta torreones, doce arietes y tre gigantescas catapultas que lanzaban pedazos de roca que pesaban quinc talentos. Las empujaban en su base masas de hombres; a cada paso las sacudí un estremecimiento; así llegaron ante las murallas.

Pero faltaban muchos días para ultimar los preparativos del sitio. Lo mercenarios, aleccionados por sus derrotas, no querían arriesgarse co preparativos inútiles; de una y otra parte, no había prisas, porque entendía que iba a entablarse una terrible contienda de la que resultaría una victoria un exterminio completos.

Cartago podía resistir por mucho tiempo; sus anchas murallas ofrecían un serie de ángulos entrantes y salientes; disposición ventajosa para rechazar los asaltantes.

Sin embargo, del lado de las catacumbas faltaba un lienzo de muralla, y en las noches obscuras, entre los bloques desunidos, se veían luces en los chamizos de Malqua. En ciertos sitios dominaban la altura de los baluartes. Vivían allí con sus nuevos maridos las mujeres de los mercenarios expulsados por Matho. Al verlos no pudieron contenerse; agitaban de lejos sus chales y venían de noche a hablar con los soldados por la brecha de la muralla, hasta que el Gran Consejo supo una mañana que todas habían huido. Unas habían pasado entre las piedras; otras, más intrépidas, habían bajado con cuerdas.

Al fin, Espendio resolvió realizar su proyecto, que la guerra le impidiera ejecutar antes. Desde que se presentó ante Cartago, supuso que los habitantes sospechaban lo que él proyectaba; pero los centinelas del acueducto eran cada vez en menor número, porque hacía falta gente para la defensa del recinto.

El antiguo esclavo se ejercitó durante muchos días en disparar flechas a los flamencos del lago, y una noche de luna rogó a Matho que hiciera encender una gran hoguera de paja y que la tropa diera al mismo tiempo grandes gritos y llevándose a Zarxas, orilló el golfo, camino de Túnez.

A la altura de los últimos arcos, torcieron hacia el acueducto; el sitio estaba descubierto y avanzaron arrastrándose hasta la base de las piedras.

Los centinelas de la plataforma se paseaban tranquilamente. Viéronse grandes llamaradas; sonaron los clarines, y los soldados de su facción creyendo que se trataba de un asalto, corrieron hacia Cartago.

Pero quedó un hombre, al que se veía en el negro fondo del cielo. Le iluminaba la luna por detrás, y su desmesurada sombra le daba de lejos el aspecto de un obelisco andando.

Esperaron que se presentara ante ellos. Zarxas preparó su honda. Espendio por prudencia o por ferocidad, le detuvo:

—No, el silbido de la piedra haría ruido. ¡Déjame a mí!

Y empuñando el arco con todas sus fuerzas, y apoyándolo en el tobillo del pie izquierdo, apuntó y disparó La flecha.

El hombre no cayó; desapareció.

—Si estuviera herido, le oiríamos —dijo Espendio; y subió aprisa, de pico en pico, como hizo la primera vez, ayudándose de una cuerda y de un arpón. Llegó arriba y dejó caer el cadáver. El bárbaro clavó un pico con su martillo y se volvió.

No sonaban las trompetas; todo parecía tranquilo. Espendio había removido una de las losas, entrado en el agua y vuelto a ponerla en su sitio.

Calculando la distancia por el número de pasos, llegó precisamente al lugar donde había observado una hendidura oblicua; y en las tres horas que

quedaban de noche, trabajó sin cesar, con furia, respirando apenas por lo intersticios de las losas de encima, lleno de angustia y creyendo morirse veint veces. Por fin oyó un crujido; una piedra enorme, desprendida de los arco inferiores, rodó hasta abajo, y de repente una catarata, todo un río, cayó en e llano. El acueducto, cortado por la mitad, se desbordaba. Era la muerte d Cartago; la victoria para los bárbaros.

En un instante, los cartagineses, despertados, salieron a las murallas, de la casas y de los templos. Los bárbaros avanzaban, gritando, bailando, delirante de alegría, alrededor de la gran caída de agua, y en la extravagancia de s júbilo se mojaban la cabeza.

Viose en la cima del acueducto un hombre, con la túnica rota, hech jirones. Estaba colgado, con las manos en los lomos, mirando hacia abajo como asustado de su obra.

En seguida se irguió. Miró el horizonte con aire soberbio, como pareciend decir: «Todo esto es mío ahora.» Los bárbaros aplaudieron; los cartagineses comprendiendo su desastre, aullaban de desesperación. Espendio paseó l plataforma, de un extremo a otro, y como auriga triunfante en los juego olímpicos, transportado de orgullo, levantaba los brazos.

XIII

MOLOCH

Los bárbaros no tenían necesidad de fortificarse del lado de África, porqu esta les pertenecía; pero para hacer más fácil los aproches de las murallas, s derribó el atrincheramiento que rodeaba el foso. Matho dividió el ejército e grandes semicírculos, con el fin de envolver mejor a Cartago. Los hoplita mercenarios fueron puestos en primera línea; detrás de ellos, los honderos los jinetes; en el fondo, los bagajes, carretas y caballos; a trescientos pasos d las torres se erizaban las máquinas.

No obstante la variedad infinita de sus nombres (que cambiaron mucha veces en el curso de los siglos), podían reducirse a dos sistemas: una funcionaban como hondas y otras como arcos.

Las primeras, las catapultas, se componían de un marco cuadrado, con do montantes verticales y una barra horizontal. En su parte anterior, un cilindr con cables sostenía un gran timón provisto de una cuchara para recibir lo proyectiles. La base estaba fija en una madeja de hilos torcidos, que, cuand se soltaban las cuerdas, se levantaba, yendo a dar contra la barra multiplicando su fuerza con esta sacudida.

Las segundas eran de un mecanismo más complicado. Sobre una pequeñ columna, iba fijo en su mitad un travesaño, en el que terminaba en ángul recto una especie de canal; a los extremos del travesaño se elevaban do capiteles conteniendo un revoltijo de crines. Dos vigas sostenían los cabos d una cuerda que se hacía llegar abajo de la canal, sobre una tableta de bronce A favor de un resorte, se desprendía esta placa de metal y por las ranura despedía las flechas.

Otro nombre de las catapultas era el de onagros, como los asnos salvaje que tiran piedras con los pies; y de las ballestas, el de escorpiones, por u

gancho erecto en la tablilla, que bajándose de un puñetazo hacía saltar e resorte.

Su construcción requería sabios cálculos; las maderas se escogían entre la más duras; los engranajes eran de bronce. Se movían por medio de palancas de garruchas, cabrestantes y tímpanos; fuertes ejes o quicios variaban l dirección del tiro; unos cilindros las hacían avanzar, y los de mayor tamaño s montaban pieza por pieza, enfrente del enemigo.

Espendio colocó las tres grandes catapultas en los tres ángulos principales delante de cada puerta, una ballesta, y circulando por detrás los combatientes Faltaba resguardarlas del fuego de los sitiados y rellenar primero el foso qu las separaba de las murallas.

Se hicieron galerías con zarzos de juncos verdes y cimbras de encina parecidos a enormes escudos movidos por tres ruedas; en pequeñas choza cubiertas con pieles de animales y embarradas de hierbas, se abrigaban lo trabajadores; catapultas y ballestas fueron defendidas con redes de cuerdas mojadas en vinagre para hacerlas incombustibles. Mujeres y niños iban po piedras a la playa, las amontonaban con las manos y las llevaban a lo soldados.

También se preparaban los cartagineses.

Amílcar los había tranquilizado declarando que quedaba agua en la cisternas para ciento veintitrés días. Tal afirmación, su presencia en medio d ellos y la del zaimph, sobre todo, les dieron buenas esperanzas. Cartago s levantó de su abatimiento; los que no eran de origen cananeo se dejaron lleva del entusiasmo de los demás.

Se armó a los esclavos y se vaciaron los arsenales; cada ciudadano tuvo s puesto y su empleo. Sobrevivían doscientos hombres de los tránsfugas, y e Sufeta los hizo capitanes a todos; los carpinteros, armeros, herreros y orfebre fueron asignados para las máquinas que conservaban los cartagineses, a pesa del tratado de paz con Roma. Las repararon bien, porque eran entendidos e estas obras.

Quedaban inaccesibles los dos lados septentrional y oriental, defendido por el mar y el golfo. En la muralla, dando el frente a los bárbaros, se pusiero troncos de árboles, ruedas de molino, vasos llenos de azufre, cubas de aceite y se construyeron hornos. Se amontonaron piedras en la plataforma de las torres y rellenaron de arena las más próximas a las fortificaciones, para afirmar y aumentar su espesor.

Ante estos preparativos, los bárbaros se irritaron. Querían combatir e seguida. Tan enormes eran los pesos que pusieron en las catapultas que s

rompieron los timones, por lo que se retrasó el ataque.

Por fin, en el día decimotercero del mes de Schabar, al salir el sol, resonó un gran golpe en la puerta de Kamón.

Setenta y cinco soldados tiraban de las cuerdas dispuestas en la base de una viga gigantesca, suspendida horizontalmente por cadenas que bajaban de una horca, rematada en una cabeza de carnero, todo de cobre. Iba forrada con pieles de buey; unos brazaletes de hierro la reforzaban de trecho en trecho; era tres veces más gruesa que el cuerpo de un hombre, larga de ciento veinte codos, y avanzaba y retrocedía con oscilación regular al empuje de los desnudos brazos.

Los demás arietes de las otras puertas empezaron a moverse. En las redas ahuecadas de los tímpanos se vieron hombres que subían de escalón en escalón. Las poleas y los capiteles rechinaron, cayeron las redes de cuerdas, y a un mismo tiempo se lanzaron nubes de piedras y de flechas. Corrían desperdigados todos los honderos; algunos, acercábanse a los baluartes ocultando bajo los escudos ollas de resina, que luego lanzaban a fuerza de brazo. Esta granizada de piedras, de dardos y de fuego pasaba por encima de las primeras filas, describiendo una curva que iba a caer por detrás de las murallas. Pero en las cimas de estas se levantaban largas grúas de las que servían para enarbolar las naves, y de ellas bajaban enormes pinzas terminadas en dos semicírculos dentados interiormente. Estas máquinas mordían a los arietes. Los soldados, colgados de la viga, tiraban hacia atrás. Los cartagineses trabajaban para hacerla subir, y la porfía duró hasta la noche.

Cuando al día siguiente los mercenarios volvieron a su tarea, los altos de las murallas estaban enteramente alfombrados con fardos de algodón, de tela y almohadones; las almenas, tapadas con esteras, y en los baluartes, entre las grúas, se veía una línea de palos terminados en horquillas y hoces.

Con esto empezó una furiosa resistencia.

Troncos de árboles, manejados por cables, caían y volvían a caer alternativamente, golpeando los arietes; garfios, lanzados por ballestas, arrancaban el techo de las cabañas; y de la plataforma de las torres caían torrentes de pedernal y de tejos.

Los arietes consiguieron romper las puertas de Kamón y la de Tagarte. Pero los cartagineses habían amontonado dentro tal abundancia de materiales, que las hojas no se abrieron y quedaron en pie.

En vista de esto se dirigieron los golpes contra las murallas abiertas para desencajar los bloques de piedra. Las máquinas fueron mejor gobernadas, sus sirvientes repartidos por escuadras; desde la mañana hasta la noche

funcionaban sin interrupción, con la monótona precisión de un bastidor de tejedor.

Espendio no se cansaba de manejarlas. Él era quien movía las madejas de las ballestas. Para obtener una paridad completa en sus tensiones gemelas, se apretaron las cuerdas golpeando, ora a la derecha, ora a la izquierda, hasta el momento en que los dos lados daban un sonido igual. Espendio montado en su ligazón, con la punta del pie los golpeaba con suavidad y acercaba la oreja como el músico que templa una lira. Y cuando la lanza de la catapulta se levantaba, cuando la columna de la ballesta temblaba a la sacudida del resorte volaban las piedras, y los dardos caían en montón, doblaba todo el cuerpo y abría los brazos como para seguirlos.

Los soldados, admirados de su destreza, ejecutaban sus órdenes. Alegre con su trabajo, improvisaban cuchufletas con el nombre de las máquinas. A la tenazas que aprehendían a los arietes las llamaban lobos; a las galería cubiertas, «parrales»; había «corderos», se «hacía la vendimia», y al armar la piezas decían a los onagros: «¡Ea, cocea bien!», y a los escorpiones «Atraviésalos hasta el corazón». Estas burlas, siempre las mismas, sostenían los ánimos.

Con todo eso, las máquinas no desmoronaban la fortificación, formada po dos murallas repletas de tierra, sino que derribaban la parte superior, repuesta en seguida por los sitiados. Matho dio orden de construir torres de madera de la misma altura que las torres de piedra. Se rellenó el foso con césped, estacas piedras y carros con sus ruedas, y antes que se colmara, la inmensa multitud de bárbaros onduló en el llano, con un solo movimiento, y llegó al pie de la murallas como un mar desbordado.

Se adelantaron las escalas de cuerda, las escaleras rectas y los sambucos, e decir, dos mástiles del que bajaban, movidos por palancas, una serie de bambúes que terminaban en una punta móvil, formando muchas líneas recta apoyadas contra el muro. Los mercenarios, en hilera, subían por ellas, con la armas en la mano. No se veía un solo cartaginés; ya los asaltantes llegaban a los dos tercios de la fortificación, cuando se abrieron las almenas, vomitando como dragones, fuego y humo; llovía la arena, entrando por las junturas de la armaduras; el petróleo se pegaba a las ropas; el plomo líquido rebotaba en lo cascos y agujereaba la carne; una rociada de chispas quemaba las caras, y la órbitas sin ojos parecían llorar lágrimas gordas como almendras. Los hombres amarillos por el aceite, ardían por la cabellera; si corrían inflamaban a otros se les apagaba echándoles a la cabeza mantas mojadas con sangre. Hubo quien

sin estar herido, quedaba inmóvil, más rígido que un poste, con la boca abierta y ambos brazos extendidos.

El asalto continuó durante muchos días, porque los mercenarios esperaban triunfar por exceso de fuerza y de audacia.

En ocasiones, un hombre a espaldas de otro, hundía un hierro entre las piedras, sirviéndole de escalón para subir más arriba y poner un segundo y un tercero; protegidos por el borde de las almenas rebasaban la muralla, y poco a poco iban subiendo; pero siempre, al llegar a cierta altura, se despeñaban. Repleto el foso, desbordaba; bajo los pies de los vivos, los heridos, en montón se mezclaban con los cadáveres y los moribundos. Entre entrañas abiertas, sesos esparcidos y charcos de sangre, los troncos calcinados formaban manchas negras; brazos y piernas, saliendo a medias de un montón, quedaban enhiestos como rodrigón en una viña incendiada.

Encontrándose insuficientes las escalas se emplearon los tonelones, o sea unos instrumentos compuestos de una larga viga puesta transversalmente sobre otra, y llevando al extremo una cesta cuadrangular en la que cabían treinta peones con sus armas.

Matho quiso subir en la primera que estuvo dispuesta. Espendio le detuvo. Unos hombres se encorvaron sobre un molinete; se levantó la gran viga, quedó horizontal, luego casi vertical, y, excesivamente cargada en la punta, se doblaba como una enorme caña. Los soldados, ocultos hasta la barba, se apretujaban; no se veía más que las puntas de los cascos. Por fin, así que estuvo a cincuenta codos en el aire, giró de derecha a izquierda muchas veces y luego bajó; como un brazo de gigante que llevara en la mano una cohorte de pigmeos, puso al borde de la muralla la cesta llena de hombres. Saltaron estos adentro, y no se les volvió a ver.

Pronto estuvieron dispuestos los restantes tonelones; pero hubieran sido necesarios cien veces más para tomar la ciudad. En vista de esto, se les empleó para la matanza. Arqueros etíopes subidos en las cestas, que estaban sujetas con cables, disparaban flechas envenenadas. Los cincuenta tonelones dominaban las almenas y rodeaban a Cartago, como buitres monstruosos; los negros se reían al ver a los guardias de la fortificación morir entre atroces convulsiones.

Amílcar envió hoplitas a los que hacía beber todas las mañanas el jugo de ciertas hierbas que les preservaba del veneno.

En una noche obscura embarcó sus mejores soldados en gabarras y balsas y dando la vuelta a la derecha del puerto, fue a desembarcar en la Tania. Avanzaron hasta las primeras líneas de los bárbaros y, cogiéndoles por el

flanco, hicieron gran carnicería. Hombres colgados de cuerdas bajaban de noche de lo alto de la muralla, incendiaban las obras de los mercenarios y volvían a subir.

Matho estaba ansioso; cada obstáculo avivaba su cólera; hacía cosas terribles y extravagantes; citaba mentalmente a Salambó a una entrevista, y se quedaba esperándola. Como no venía, esto le pareció una traición, y en adelante, la aborreció. Si hubiera visto su cadáver, tal vez se habría alegrado. Dobló las avanzadas, plantó horcas al pie de los fuertes y mandó a los libios que le trajeran toda la madera de un bosque para pegarla fuego e incendiar a Cartago como una madriguera de zorras.

Espendio se obstinaba en el sitio. Procuraba inventar máquinas espantables como no se habían visto nunca.

Los otros bárbaros, acampados a lo lejos, en el istmo, se aburrían de la lentitud y murmuraban. Se los dejó en libertad de acción y se precipitaron con cuchillos y jabalinas, a las mismas puertas. Su desnudez facilitaba las heridas y los cartagineses hicieron gran mortandad. Los mercenarios se alegraron, sin duda, por celos del botín. Se originaron riñas y peleas entre ellos. Como la campiña estaba devastada, se disputaban los víveres. Iban descorazonándose y se retiraron hordas numerosas.

Se intentó cavar minas; mas siendo el terreno quebradizo, se hundió. Probaron hacerlas en otro sitio; pero Amílcar adivinaba siempre su dirección aplicando el oído a un escudo de bronce. Hizo, además, contraminas debajo del camino que debían recorrer las torres de madera, y cuando las empujaban se hundían en los agujeros.

Al fin, comprendieron todos que la ciudad era inexpugnable en tanto que no se levantara a la altura de las murallas una larga tenaza que permitiera pelear en el mismo nivel, pavimentando la cima para rodar encima las máquinas, en cuyo caso le sería imposible a Cartago resistir.

La ciudad empezaba a padecer sed. El agua, que al comenzar el sitio costaba dos kesita una carga, se vendía ahora a un sekel de plata; las provisiones de carne y de trigo se agotaban también; se tenía miedo de hambre; se empezaba a hablar de bocas inútiles, y esto asustaba a todos.

Los cadáveres interceptaban las calles desde la plaza de Kamón hasta el templo de Moloch, y como se estaba a final del verano, unas moscas negras muy grandes acosaban a los combatientes. Los viejos transportaban a los heridos, y la gente devota continuaba los funerales ficticios de sus allegados y

amigos muertos durante la guerra. Atravesadas en las puertas, se ponían estatuas de cera con cabellos y vestidos, que se fundían al calor de los cirios que ardían junto a ellas; corría la pintura sobre sus espaldas, y el llanto por el rostro de los vivos, que salmodiaban canciones lúgubres. En todo este tiempo la multitud corría; pasaban bandas armadas, gritaban órdenes los capitanes y oíase siempre el golpe de los arietes que batían las murallas.

La temperatura se hizo tan pesada que los cuerpos se hinchaban y no cabían en los ataúdes, por lo que había que quemarlos en los patios. Estas hogueras, en espacio tan reducido, incendiaban las paredes vecinas, saliendo de las casas grandes llamaradas, como sangre que brota de una arteria. De este modo, Moloch poseía a Cartago; estrechaba el recinto y devoraba hasta los cadáveres.

Unos hombres que llevaban en señal de desesperación mantos hechos con harapos desechados, se establecieron en las esquinas de las calles, declamando contra los Ancianos y contra Amílcar; prediciendo al pueblo una completa ruina y excitando a la destrucción y al pillaje. Los más peligrosos eran los bebedores de beleño; en sus crisis se creían bestias feroces y se arrojaban sobre los que pasaban, para destrozarlos. Se arremolinaba el populacho a su alrededor, y olvidaba la defensa de Cartago. El Sufeta pagó otros para sostener su política.

Con el objeto de retener en la ciudad el genio de los dioses, se habían cubierto de cadenas sus símbolos. Se taparon con velos negros los Pateques y pusiéronse cilicios en los altares; se procuraba excitar el orgullo y los celos de los dioses, cantándoles al oído: «¿Vas a dejarte vencer? ¿Serán otros más fuertes que tú? ¡Ayúdanos! Muestra quién eres para que los pueblos no digan ¿dónde están ahora nuestros dioses?»

Ansiedad permanente agitaba los colegios de los pontífices. Los de la Rabbetna, sobre todo, tenían miedo, porque la restitución del zaimph no había salvado la situación. Se mantenían encerrados en el tercer recinto inexpugnable como una fortaleza. Solamente uno de ellos se atrevía a dar cara: era el gran sacerdote Schahabarim.

Iba a casa de Salambó, pero siempre silencioso, contemplándola con las pupilas fijas; o bien decía algo, y los reproches que la lanzaba eran más duros que nunca. Por una contradicción inconcebible, no perdonaba a la joven el haber seguido sus instrucciones. Schahabarim lo había adivinado todo, y la obsesión de esta idea avivaba los celos de su impotencia. La acusaba de ser ella la causante de la guerra. Según él, Matho sitiaba a Cartago para recobrar

el zaimph; vertía imprecaciones e ironías sobre el bárbaro que pretendía poseer cosas santas, aunque no era esto lo que el sacerdote quería decir.

Pero Salambó no le temía ahora; las angustias de antes no la experimentaba ya. Se mostraba muy tranquila, y sus miradas, menos vagas brillaban con límpida llama. Sin embargo, el pitón había caído enfermo, y como Salambó, por el contrario, iba mejorando, la vieja Taanach se alegraba convencida de que pasaba a la serpiente el malestar de su ama.

Una mañana encontró a la pitón detrás del lecho de pieles de buey arrollada en sí misma, más fría que el mármol y con la cabeza enteramente cubierta de gusanos. A los gritos de la nodriza, acudió Salambó; movió a la serpiente con la punta de su sandalia y la esclava se asombró de su insensibilidad.

La hija de Amílcar no prolongaba sus ayunos con tanto fervor. Pasaba días enteros en lo alto de la terraza, acodada en la balaustrada y distrayéndose en observar el horizonte. La cima de las murallas, al extremo de la ciudad recortaba en el cielo zigzags desiguales, y las lanzas de los centinelas venían a formar como un campo de espigas. Salambó veía a lo lejos, entre las torres, las maniobras de los bárbaros, y en los días que no había asalto, podía enterarse de sus ocupaciones. Remendaban sus armas, se engrasaban la cabellera, o bien lavaban en el mar los brazos ensangrentados; las tiendas estaban cerradas; las acémilas comían, y en lontananza, las hoces de los carros, puestos en semicírculo, parecían una cimitarra de plata extendida al pie de los montes. Venían a su memoria los discursos de Schahabarim. Esperaba a su desposado Narr-Habas. Hubiera querido, a pesar de su odio, volver a ver a Matho. Entre todos los cartagineses, era ella, quizás, la única persona que le hubiera hablado sin miedo.

Amílcar la visitaba a menudo; sentado sobre almohadones la contemplaba enternecido, como si la vista de ella fuese un alivio a sus fatigas. La hacía preguntas acerca de su viaje al campo de los mercenarios; quería saber si alguno la había impulsado a hacerlo, y Salambó le contestaba que nadie, orgullosa como estaba de haber rescatado el zaimph.

El Sufeta hacía siempre hincapié en Matho, a pretexto de informes militares. No comprendía en qué pudo ella emplear las horas que pasó en su tienda. Salambó no habló de Giscón, porque temía que las maldiciones de este se volvieran contra él, y ocultó su tentativa de asesinato, persuadida de que se le reprocharía no haberla consumado. Contaba únicamente que Matho parecía furioso, que gritó mucho y que luego se quedó dormido. Y nada más refería Salambó, o por vergüenza o por exceso de candor, no dando importancia a lo

besos del bárbaro; además, que todo esto flotaba en su mente de un modo melancólico y brumoso, como el recuerdo de una pesadilla, y no hubiera podido expresarlo con palabras.

Una noche en que estaban juntos padre e hija, apareció Taanach muy azorada. Un viejo con un niño aguardaba en el patio y deseaba ver al Sufeta.

Palideció Amílcar, y replicó vivamente:

—Que suban.

Entró Iddibal, sin prosternarse, llevando de la mano a un doncel cubierto con un manto de piel de macho cabrío, y quitándole aquel la capucha que le tapaba el rostro, dijo:

—¡Amo! ¡Aquí lo tienes! ¡Recíbelo!

El Sufeta y el esclavo se retiraron a un ángulo de la habitación. El niño se quedó en medio, de pie, y con mirada más de curiosidad que de asombro contemplaba el artesonado, los muebles, los collares de perlas puestos sobre la tapicería de púrpura y la majestuosa joven que tenía delante.

Tendría unos diez años, y no sería más alto que una espada romana. Sus crespos cabellos sombreaban una frente abombada. Hubiérase dicho que sus miradas buscaban amplios espacios donde explayarse. Eran anchas las fosas de su afilada nariz; en toda su persona resplandecía el indefinible esplendor de aquellos que están destinados a grandes empresas. Al derribar su pesado manto, dejó ver una piel de lince que le envolvía el talle y unos pies descalzos blancos por el polvo. Adivinando que se trataba de cosas importantes, permanecía inmóvil, con una mano atrás y otra en los labios, en actitud pensativa.

Amílcar hizo una señal a Salambó para que se acercara, y la dijo en voz baja:

—Guardarás este niño contigo. ¿Lo oyes? Que nadie, ni aun los de casa, sepan de él.

Y una vez más preguntó a Iddibal si estaba seguro de que no los habían visto entrar.

—Las calles estaban desiertas —contestó el esclavo.

A causa de la guerra, que repercutía en las provincias, el esclavo había temido por el hijo de su amo. No sabiendo dónde ocultarle, siguió a lo largo de la costa en una chalupa, y llevaba tres días en el golfo buscando la manera de entrar en Cartago; hasta que aquella noche, viendo desiertos los alrededores de Kamón, se dio prisa a desembarcar cerca del arsenal, encontrando libre la entrada del puerto.

Los bárbaros no tardaron en establecer una inmensa red para impedir a lo cartagineses salir de la ciudad. Levantaron más torres de madera y dieron principio a la terraza artificial. Quedaron interrumpidas las comunicaciones y empezó a padecerse hambre.

Fueron muertos los perros, todas las mulas y asnos y los quince elefante traídos por el Sufeta. Los leones del templo de Moloch se habían enfurecido y los hieródulos no osaban acercarse a ellos. Se les alimentó primero con lo bárbaros heridos; luego les dieron cadáveres todavía calientes; no lo quisieron, y murieron todos. A la hora del crepúsculo, la gente recorría el viejo recinto, cogiendo entre las piedras hierbas y flores que hacían hervir con vino porque el vino costaba menos que el agua. Otros se aventuraban hasta la avanzadas del enemigo para robar víveres de las tiendas de campaña Asombrados los bárbaros, no pocas veces los dejaban en paz. Al fin, llegó e día que los Ancianos resolvieron degollar los caballos de Eschmún. Eran animales sagrados, a los que los pontífices trenzaban las crines con cintas de oro, y eran los símbolos del sol y del fuego. Su carne, cortada en porcione iguales, fue ocultada detrás del altar, y todas las noches, a pretexto de algún acto devoto, los Ancianos subían al templo y se regodeaban en secreto llevándose debajo de la túnica un pedazo de carne para sus hijos. En lo desiertos arrabales, lejos de las murallas, los habitantes que padecían meno necesidad habían levantado barricadas por miedo a los vecinos.

Las piedras de las catapultas y la de los derribos hechos para la defensa habían acumulado montones de ruinas en medio de las calles. En las horas de descanso, el populacho se precipitaba, vociferando, y de lo alto de la Acrópolis los incendios formaban como jirones de púrpura que el viento agitaba sobre las terrazas.

Las tres grandes catapultas no cesaban en su destrucción; sus estragos eran tan extraordinarios, que la cabeza de un hombre fue a dar en el frontispicio de los Sisitas; y en la calle de Kinisdo, una mujer que estaba pariendo fue aplastada por un bloque de piedra, y el niño llevado, juntamente con la cama hasta la esquina de Cinasim. Lo más irritante eran los tiros de los honderos Caían sus piedras sobre los techos, en los jardines y en los patios, mientras se estaba comiendo una pobre comida, con el corazón oprimido. Los atroce proyectiles llevaban letras grabadas que quedaban impresas en la carne leyéndose en los cadáveres injurias como *puerco*, *chacal*, *piojo*; y burlas como «¡Lo tengo bien merecido!»

La parte fortificada desde el ángulo de los puertos hasta la altura de la cisternas, quedó hundida, y la gente de Malqua se encontró entre el bárbaro y

el recinto de Byrsa; pero bastante había que hacer en espesar y levantar más la muralla para ocuparse de ellos; se les abandonó y murieron todos. Aunque eran odiados por los cartagineses, pareció mal esta crueldad de Amílcar. Al día siguiente, este abrió los fosos donde guardaba el trigo, y sus intendentes lo repartieron al pueblo, con lo que se hartaron durante tres días.

Pero la sed era intolerable, y la hacía más cruel el ver delante la gran cascada de agua limpia que se derramaba del acueducto y que, a los rayos del sol, despedía un fino vapor, con un arco iris al lado y un pequeño río que haciendo curvas en la playa, se iba a verter en el golfo.

Amílcar no cedía; contaba con algo imprevisto, decisivo, extraordinario. Sus esclavos arrancaron las hojas de plata del templo de Melkart; sacó del puerto cuatro naves, con cabestrantes, y los transportó abajo de los Mapales horadando el muro que daba a la ribera, para que fueran a las Galias a contratar mercenarios, a cualquier precio. Lo que más le impacientaba era no poder comunicarse con el rey de los númidas, a quien suponía a retaguardia de los bárbaros y pronto a caer sobre ellos. Narr-Habas, demasiado débil para hacer esto, no podía arriesgarse solo; el Sufeta hizo levantar doce palmos más de parapeto, guardar en la Acrópolis todo el material de los arsenales y reparar nuevamente las máquinas.

Se empleaban para rollos de las catapultas tendones de cuello de toro o bien jarretes de ciervo; pero no había en Cartago ni toros ni ciervos. Amílcar pidió a los Ancianos los cabellos de sus mujeres; fueron sacrificados, y no hubo bastante. Había en las casas de los Sisitas doscientas esclavas núbiles y las destinadas a la prostitución en Grecia e Italia; y sus cabellos, que se habían hecho elásticos por el uso de ungüentos, se encontraron bonísimos para las máquinas de guerra. Como la pérdida sería considerable al vender las esclavas, se decidió escoger las más hermosas cabelleras entre las mujeres de los plebeyos. Sin cuidarse de las necesidades de la patria, estas gritaron desesperadas cuando los criados de los Ciento vinieron con tijeras a cumplir la orden.

Los bárbaros sentían redoblado su furor. De lejos, se les veía juntar la grasa de los muertos para ensebar sus máquinas; otros les arrancaban las uñas, que cosían unas con otras, haciéndose una coraza. Imaginaron poner en las catapultas vasijas llenas de serpientes traídas por los negros; al romperse los vasos de arcilla en las losas, las serpientes corrían, parecían pulular y salir naturalmente de las paredes. Descontentos de esta invención, los bárbaros la perfeccionaron lanzando toda clase de inmundicias, excrementos humanos, carroña y cadáveres. Sobrevino la peste. A los cartagineses se les caían los

dientes; tenían las encías descoloridas como las de los camellos después de un viaje demasiado largo.

Se colocaron las máquinas sobre la terraza artificial, por más que esta no llegaba todavía a la altura de la fortificación. Ante las veintitrés torres de recinto se levantaron otras veintitrés torres de madera. Se remontaron todos los tonelones, y algo más atrás aparecía la formidable helépolis de Demetrio Poliorcetes, reconstruido por Espendio. Piramidal como el faro de Alejandría era alto, de ciento treinta codos por veintitrés de ancho, con nueve pisos que iban disminuyendo hacia la punta y estaban defendidos por placas de cobre y agujereadas, con puertas llenas de soldados. En su plataforma superior se erguía una catapulta flanqueada por dos ballestas.

Para contrarrestar su efecto, Amílcar hizo plantar cruces para aquellos que hablaran de entregarse, y hasta las mujeres fueron enroladas. Se dormía en las calles, y se despertaban llenos de angustia.

Una mañana, un poco antes de salir el sol, en el séptimo día del mes de Nisan, se oyó una gritería entre los bárbaros, roncaron las trompetas de tubo de plomo y mugieron como toros los grandes cuernos paflagonios. Los cartagineses acudieron en masa a la muralla.

En la base de esta se erizaba un bosque de lanzas, picas y espadas que asaltaba el muro, acercando las escalas. En el almenaje asomaron algunas cabezas de bárbaros.

Golpeaban las puertas unas vigas empujadas por largas filas de hombres; y en los sitios en que la terraza se interrumpía, los mercenarios, para demoler el muro, venían en cohortes cerradas, agachada la primera hilera, doblando la rodilla la segunda, y apareciendo sucesivamente las otras, hasta las últimas que se veían de pie; en tanto que para hacer el escalo, el más alto iba a la cabeza, el más bajo, a la cola, y todos con el brazo izquierdo, apoyando los escudos encima de los cascos, los juntaban por el borde tan estrechamente que hubiérase dicho una ensambladura de enormes tortugas. Resbalaban los proyectiles por encima de estas masas oblicuas.

Los cartagineses arrojaban ruedas de molino, pilas, cubas, toneles y camas todo lo que podía hacer peso y derribar. Algunos acechaban en las troneras con una red de pescar y, cuando llegaba el bárbaro, lo cogían en las mallas, en la que se revolvía como un pez. Ellos mismos demolían sus almenas; caían lienzos de muralla, levantando una gran polvareda; las catapultas de la terraza tiraban unas contra otras, chocaban sus piedras y estallaban en mil pedazos resultando como una lluvia sobre los combatientes.

Muy pronto, las dos multitudes formaron una gruesa cadena de cuerpo humanos, que desbordaba en los intervalos de la terraza y, aflojándose en la dos extremidades, se doblaba sin avanzar seguido. Se apretujaban echados d bruces, como luchadores. Se aplastaban. Las mujeres aullaban dobladas sobr las almenas. Las tiraban del pelo, y la blancura de sus cuerpos, desnudos d pronto, brillaba entre los brazos de los negros, que les hundían sus puñales Los cadáveres, demasiado ceñidos por la multitud, no caían; sostenidos por e empuje de los compañeros vivos, iban en pie y con los ojos abiertos. Algunos con las sienes atravesadas por una azagaya, movían la cabeza como osos Quedaban petrificadas las bocas que se abrían para gritar, y las manos volaba cortadas. Se dieron grandes golpes, de los que hablaron por mucho tiempo lo sobrevivientes.

Venían flechas de las torres de madera y de las de piedra. Los tonelone movían rápidamente sus largas antenas, y como los bárbaros habían saquead debajo de las catacumbas el viejo cementerio de los autóctonos, lanzaba sobre los cartagineses losas de sepultura. Al peso de las cestas, demasiad llenas, se cortaban los cables y caían racimos de hombres por el aire, con lo brazos extendidos.

Los hoplitas veteranos se habían encarnizado hasta la mitad del día contr la Tania, con el objeto de penetrar en el puerto y destruir la flota. Amílcar hiz encender en el techo de Kamón una hoguera de paja húmeda; cegándoles e humo, se revolvían a derecha e izquierda, aumentando el horrible tumulto qu se empujaba en Malqua. Las sintagmas, compuestas de hombres robustos escogidos expresamente, habían hundido tres puertas; les detuvieron alta barreras de planchas con clavos. La cuarta puerta cedió más fácilmente, y aquellos se precipitaron corriendo, yendo a caer en un foso lleno de cepos. E el ángulo sudoeste, Autharita y sus hombres abatieron la fortificación, cuyo portillos estaban tapados con ladrillos. El terreno formaba cuesta, y l subieron con ligereza; pero en lo alto encontraron una segunda muralla d piedras y vigas, alternadas como las casillas de un tablero de ajedrez a l usanza gala, adoptada por el Sufeta. Los galos se creyeron en su tierra atacaron con tibieza, y fueron rechazados.

De la calle de Kamón al Mercado de las Hierbas, todo el camino d circunvalación pertenecía ahora a los bárbaros; los samnitas remataban estacazos a los moribundos, o bien con un pie en el muro contemplaban abaj las ruinas humeantes, y a lo lejos, la batalla que se entablaba.

Los honderos, repartidos a retaguardia, disparaban sin cesar, hasta que, fuerza del uso, se rompió el resorte de las hondas acarnanianas, y entonce

tiraban piedras con la mano, o bien lanzaban bolas de plomo con el mango d su rebenque. Zarxas, con las espaldas cubiertas por sus largos cabellos negros estaba en todas partes, dando saltos y conduciendo a los baleares. Llevaba e los lomos dos zurrones, en los que metía continuamente la mano izquierda manejando el brazo derecho como la rueda de un carro.

Matho se abstuvo al principio de combatir, para mandar mejor a todos lo bárbaros. Se le había visto a lo largo del golfo con los mercenarios; cerca de l laguna, con los númidas; a orillas del lago, entre los negros, y en el fondo d la llanura, empujaba las masas de soldados que llegaban incesantement contra las líneas de fortificación. Poco a poco fue acercándose; el olor de l sangre, el espectáculo de la matanza y el estrépito de los clarines acabaron po inflamarle el corazón. Entró en su tienda y, quitándose la coraza, se vistió l piel de león, más cómoda para la batalla. El hocico se adaptaba a su cabeza bordeado el rostro de un círculo de dientes; las dos patas anteriores s cruzaban sobre su pecho, y las de atrás alargaban las garras hasta más abajo d sus rodillas.

Conservaba su grueso cinturón, en el que brillaba un hacha de doble filo; con su espadón en las dos manos, se precipitó impetuosamente sobre l brecha. Como podador que corta ramas de sauce y que trata de cortar lo má posible para ganar más dinero, así marchaba segando cartagineses alrededo suyo. A los que intentaban cogerle por los lados, él los abatía a golpes d empuñadura; si le atacaban de frente, los atravesaba; si huían, los hendía. Do hombres saltaron a un tiempo a su espalda, y él, retrocediendo de un salt contra una puerta, los aplastó. Su espada bajaba y subía hasta que se rompi en el ángulo de un muro. Entonces empuñó la pesada hacha, y por delante por detrás despanzurraba cartagineses como rebaño de corderos. Se apartaba a su paso, y llegó solo ante el segundo recinto, al pie de la Acrópolis. Lo materiales lanzados de la cima llenaban de escombros las gradas desbordaban sobre la muralla. Matho, en medio de las ruinas, se volvió par llamar a sus compañeros.

Veía sus penachos diseminados entre la multitud; iban a perecer, y él s lanzó hacia ellos; la vasta corona de plumas rojas se fue estrechando, y pront se le reunieron los compañeros, rodeándole. Por las calles laterale desembocaba una enorme multitud, que le arrastró hasta fuera de l fortificación, en un lugar donde la terraza era alta.

Matho dio una voz de mando; todos los escudos se pusieron encima de lo cascos; saltó encima para agarrarse a algún sitio y poder entrar en Cartago;

blandiendo el hacha terrible, corrió encima de los escudos, semejantes a ola de bronce, como un dios marino sobre las ondas, sacudiendo el tridente.

Un hombre de túnica blanca se paseaba al borde de la fortificación impasible e indiferente a la muerte que le rodeaba. A veces, extendía la mano derecha sobre los ojos para descubrir a alguno. Matho acertó a pasar debajo de él. Las pupilas del hombre se inflamaron, se puso intensamente pálido y levantando sus dos brazos escuálidos, le vociferaba injurias.

Matho no le oía; pero sintió penetrar en su corazón una mirada tan cruel y furiosa, que dio un rugido. Le tiró la pesada hacha; otros se echaron sobre Schahabarim, y Matho, no viéndole ya, cayó de espaldas, agotado.

Se acercaba un rugido espantable, mezclado con el ritmo de voces ronca que cantaban con cadencia.

Era el gran helépolis, rodeado por una turba de soldados. Tiraban de él con las dos manos, con cuerda, y empujando con los hombros; porque el talud que subía del llano, si bien muy suave, era impracticable para máquinas de peso tan excesivo. Llevaba, sin embargo, ocho ruedas con llantas de hierro, y desde la mañana iba avanzando así, de una manera lenta, como una montaña que va subiendo encima de otra. Luego salió de su base un inmenso ariete; sus tres caras quedaron al descubierto, y aparecieron en su interior, como colmenas de hierro, soldados acorazados que subían y bajaban las escaleras a través de sus pisos. Algunos de aquellos esperaban a lanzarse que los garfios de las puertas tocasen al muro; en medio de la plataforma superior, los tirantes de la ballesta daban vueltas, en tanto que bajaba el gobernalle de la catapulta.

Amílcar estaba en este momento de pie en el terrado de Melkart. Había supuesto que la máquina vendría allí, por ser el sitio de la muralla más invulnerable y estar, a causa de esto, desprovisto de centinelas. Mandó a sus esclavos que llevaran odres al camino de circunvalación, en el que habían levantado con arcilla dos tabiques transversales que formaban una especie de balsa. El agua corría insensiblemente sobre la terraza, siendo lo más extraño que Amílcar se mostrara tranquilo. Cuando el helépolis estuvo a unos treinta pasos, mandó poner tablas en las calles de casa a casa, desde las cisternas hasta los baluartes, y formó cuerdas de gente para que pasaran el agua de mano en mano, en cascos y ánforas.

Los cartagineses se indignaban por este agua perdida. El ariete demolía la muralla; de pronto, brotó una fuente de entre las piedras separadas, y la máquina de cobre, de nueve pisos, con más de tres mil soldados, empezó a oscilar suavemente, como un barco. El agua, entrando en la terraza, había ahondado el terreno; las calles se enfangaron; en el primer piso, entre cortina

de cuero, asomó la cabeza de Espendio, soplando con fuerza en una bocina de marfil. La gran máquina, como levantada convulsivamente, avanzó unos diez pasos; pero el terreno se ablandaba cada vez más, el fango llegaba a los ejes, y el helépolis se paró, ladeándose espantosamente de un lado. La catapulta rodó hasta el borde de la plataforma, y, llevada por la carga del timón, volcó con todos los que la ocupaban. Los soldados que estaban amontonados en las puertas cayeron en el abismo, y los que se sostenían al extremo de las largas vigas, aumentando con su peso la inclinación del helépolis, contribuían a que este se desmembrara en todas sus junturas.

Acudieron los demás bárbaros a socorrerlos. Los cartagineses bajaron del reducto y, atacándolos por retaguardia, los mataron a discreción. Sobrevinieron los carros de hoces, corriendo en torno de esa multitud; pero se hizo de noche, y los bárbaros se retiraron.

No se veía en el llano más que un hormigueo negro desde el golfo azulado hasta la laguna blanca; a lo lejos, el lago, lleno de sangre, se mostraba como una gran mancha de púrpura.

La terraza estaba ahora tan cargada de cadáveres, que parecía construida con cuerpos humanos. En medio se destacaba el helépolis, cubierto de armaduras; y a intervalos, se desprendían de él fragmentos enormes, como piedras de pirámide que se desmorona. En las murallas se veían los anchos rastros labrados por los arroyos de plomo. Aquí y acullá ardía una torre de madera; las casas aparecían vagamente como gradas de un anfiteatro en ruinas. Densas humaredas subían, despidiendo chispas que se perdían en el cielo negro.

Los cartagineses, devorados por la sed, se habían precipitado a las cisternas. Rompieron las puertas; el fondo estaba lleno de agua cenagosa.

¿Qué hacer ahora? Los bárbaros eran innumerables, y una vez descansados volverían a la carga.

El pueblo, por las noches, deliberaba en grupos en las esquinas de las calles. Decían unos que se debían despedir las mujeres, los enfermos y los viejos; proponían otros abandonar la ciudad y fundar una colonia en otra parte; pero faltaban los barcos. Salió el sol y no habían resuelto nada.

En este día no se peleó, porque todos estaban cansados; hasta los que dormían tenían aspecto de muertos.

Reflexionando los cartagineses sobre la causa de sus desastres, recordaron no haber enviado a Fenicia la ofrenda anual debida a Melkart tirio; y esto lo

llenó de pavor. Los dioses, indignados contra la República, iban sin duda a vengarse.

Se les consideraba como genios crueles que se aplacaban con súplicas y se dejaban ganar por dádivas. Todos eran débiles comparados con Moloch, el Devorador. La vida, la carne misma de los hombres le pertenecían; y para salvarlas, acostumbraban los cartagineses ofrecerles una porción que calmara su furor. Se quemaba a los niños, en la frente o en la nuca, con mechas de lana; esta manera de satisfacer a Baal proporcionaba a los sacerdotes mucho dinero, por lo que no dejaban de recomendarla como la más fácil y menos dura.

Pero esta vez se trataba de la República, de la nación; por consiguiente, ya que cualquier provecho debía ser a cambio de una pérdida, que cualquiera transacción debía arreglarse en beneficio del más fuerte y en perjuicio del más débil, no se debía escatimar nada al dios, supuesto que este se deleitaba en lo más horrible y que se estaba a su discreción. Era necesario saciarlo completamente. Los ejemplos probaban que por este medio cesaban las plagas. Creíase además que una inmolación por el fuego purificaría a Cartago. Se halagaba también la ferocidad del pueblo, tanto más cuanto que la elección pesaba exclusivamente sobre las grandes familias.

Reuniéronse los Ancianos. La sesión fue larga. Hannón había venido. Como no podía sentarse, se quedó acostado junto a la puerta, medio oculto entre las franjas de la alta tapicería: y cuando el pontífice de Moloch le preguntó si consentirían entregar sus hijos, estalló su voz como el rugido de un genio en el fondo de una caverna. Sentía, eran sus palabras, no poder dar su propia sangre: y al decir esto, miraba a Amílcar, que estaba a su frente, en el otro extremo de la sala. El Sufeta se turbó de tal suerte, que bajó los ojos. Aprobaron todos, sucesivamente, con una inclinación de cabeza y, conforme a los ritos, hubo que contestar al gran sacerdote: «Sea así.» Con esto, los Ancianos decretaron el sacrificio por una perífrasis tradicional; porque hay cosas más arduas de decir que de ejecutar.

La resolución se supo en seguida en toda Cartago. Se oyeron lamentaciones. Gritaban en todas partes las mujeres; las consolaban sus maridos, o bien las recriminaban por su falta de resignación.

Pero tres horas después se supo otra noticia más extraordinaria: el Sufeta había encontrado fuentes en la base del acantilado. Corrieron allí, y efectivamente, cavando en la arena, se encontró agua dulce, de la que mucho bebieron echados de bruces.

Ni el mismo Amílcar sabía si esto era por disposición de los dioses o e vago recuerdo de una revelación que su padre le hiciera en otro tiempo; ell fue que al salir de la sesión de los Ancianos, bajó a la playa, y con su esclavos se puso a cavar en la arenisca.

Repartió calzado, ropas y vino, y todo el resto del trigo que guardaba en s casa. Hasta hizo entrar al pueblo en su palacio, y le abrió las cocinas, lo almacenes y todas las habitaciones, excepto la de Salambó. Anunció adem que iban a venir seis mil mercenarios galos y que el rey de Macedonia enviarí un ejército.

Pero al segundo día, las fuentes disminuyeron; y al tercero, se secaron po completo. Con esto, el decreto de los Ancianos volvió a la mente de todos, los sacerdotes de Moloch empezaron su tarea.

Hombres vestidos de negro se presentaban en las casas, muchas de la cuales encontraban desiertas, a pretexto de algún asunto o de alguna compr de sus moradores. Volvían los sirvientes de Moloch y cogían los niños. Habí quien entregaba estúpidamente sus hijos. A estos los llevaban al templo d Tanit, donde las sacerdotisas se encargaban de divertirlos y alimentarlos hast el día solemne.

Presentáronse en casa de Amílcar, al que encontraron en sus jardines.

—¡Barca, venimos a lo que tú sabes..., por tu hijo!...

Añadieron que se había visto a este, en los Mapales, en una noche de l otra luna, acompañado de un viejo.

Al pronto, Amílcar quedó cortado, pero comprendiendo que sería en van toda negativa, accedió, introduciéndoles en la Casa de Comercio. Lo esclavos, a una señal suya, vigilaron los contornos.

Entró como un aturdido en la cámara de Salambó; tomó a Aníbal de l mano, arrancó con la otra la presilla del vestido que arrastraba; le ató de pies manos, le amordazó la boca y lo ocultó debajo de la cama de pieles de buey dejando caer hasta el suelo un ancho tapiz.

Hecho esto, daba paseos por la habitación, accionando con los brazos mordiéndose los labios, hasta que quedó con las pupilas fijas y jadeante com si se fuera a morir.

Llamó tres veces con las palmas de las manos, y compareció Giddenem.

—¡Oye! —le dijo—. Toma entre los esclavos un niño de ocho a nuev años, de cabellos negros y frente bombeada, y tráemelo. ¡Pronto!

Giddenem se dio prisa a cumplir el encargo y volvió con un niño; un pobr niño delgado y abotargado a un mismo tiempo. Su piel parecía tan gris com

el infecto harapo que le cubría; hundía la cabeza entre los hombros, y con e
revés de la mano se frotaba los ojos de las picaduras de las moscas.

¡Era imposible confundirle con Aníbal, y faltaba tiempo para escoger otro
Amílcar miraba a Giddenem, con ganas de estrangularlo.

—¡Vete! —gritó.

El intendente de los esclavos se fue más que de prisa.

La desgracia temida por tanto tiempo iba a sobrevenir, si no buscaba u
medio de evitarla. De pronto se oyó a Abdalonim detrás de la puerta. Lo
servidores de Moloch preguntaban por el Sufeta, y se impacientaban.

Amílcar contuvo un grito, como si le aplicaran un hierro candente, y volvi
a pasear por la habitación, como un insensato. Salió al borde de la balaustrada
y con los codos en las rodillas, se apretaba la frente con los puños cerrados.

El tazón de pórfido conservaba un poco de agua limpia para las ablucione
de Salambó. No obstante su repugnancia y su orgullo, el Sufeta metió en ell
al niño, y como un mercader de esclavos, se puso a lavarle y frotarle con lo
estrígiles y tierra roja. Sacó de un armario de la pared dos cuadrados d
púrpura; le puso uno en el pecho y otro en la espalda, y los reunió en la
clavículas con dos broches de diamantes. Vertió un perfume en su cabeza
pasó alrededor de su cuello un collar de electro, y le calzó sandalias co
tacones de perlas; ¡las mismas sandalias de su hijo! Hacía todo esto bramand
de indignación, y Salambó, que se apresuraba a ayudarle, estaba tan pálid
como él. El niño sonreía, deslumbrado por estas galas y, entusiasmado
empezaba a palmotear y saltar, cuando Amílcar lo llevó consigo, sujetándol
fuertemente con la mano, como si tuviera miedo de perderlo. El niño, a quie
este apretón le hacía daño, lloriqueaba sin dejar de andar.

En lo alto de la ergástula, debajo de una palmera, oyeron una vo
lamentable y suplicante: «¡Amo, amo!»

Amílcar se volvió, y vio a su lado un hombre de abyecta apariencia; uno d
los miserables parásitos del palacio.

—¿Qué quieres? —le preguntó el Sufeta.

El esclavo, temblando horriblemente, balbució:

—¡Soy su padre!

Amílcar siguió andando; el otro le seguía encorvado y con la cabeza medi
caída. Tenía contraído el rostro por una angustia indefinible, y los gemidos l
ahogaban, presa del afán de preguntar y de gritar: «¡Perdón!»

Al fin se atrevió a tocar al Sufeta con el dedo en el codo, diciéndole:

—¿Es que lo llevas para...?

No tuvo fuerzas para acabar la pregunta.

Amílcar se detuvo, asombrado de tanto dolor.

Nunca se le habría ocurrido que pudiera haber entre él y el otro algo que le fuera común: ¡tal era el abismo que los separaba! Aquello le parecía un ultraje a su persona y como una merma de su privilegio. Contestó con una mirada más fría y más pesada que el hacha del verdugo. El esclavo cayó desmayado a sus pies, en el polvo. Amílcar pasó por encima de él.

Los tres hombres de negro le esperaban en el salón, de pie, junto al disco de piedra. Amílcar rasgó sus vestiduras y se arrastró por el suelo dando agudos gritos:

—¡Ah, mi pequeño Aníbal! ¡Ah, hijo mío! ¡Mi consuelo, mi esperanza, mi vida! ¡Matadme a mí también! ¡Llevadme! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Se arañaba la cara, se arrancaba los cabellos y aullaba como las plañideras en un entierro.

—¡Lleváoslo pronto! ¡Sufro demasiado! ¡Idos! ¡Matadme como a él!

Los servidores de Moloch se admiraban de que el gran Amílcar tuviera un corazón tan débil. Casi se sentían enternecidos.

Se oyó un ruido de pies desnudos, con un resuello parecido a la respiración de bestia feroz que se acerca; y en el dintel de la tercera galería, entre los largueros de marfil, apareció un hombre terrible, que con los brazos extendidos, gritaba:

—¡Hijo mío!

De un salto, Amílcar se echó sobre el esclavo, y tapándole la boca con las manos, dijo a su vez:

—¡Es el viejo que lo ha criado! ¡Le llama su hijo! ¡Se volverá loco! ¡Basta, basta!

Y empujando a los tres sacerdotes y a la víctima, salió con ellos, cerrando en pos, de un golpe, la puerta.

Amílcar estuvo atento por algunos minutos, temiendo que volvieran. Pensó en seguida en deshacerse del esclavo, para tener la seguridad de que no hablaría; pero el peligro no desaparecía por completo, porque si los dioses se irritaban, podían volverse contra su hijo. Cambiando de idea, le envió con Taanach lo mejor de su cocina: un cuarto de macho cabrío, habas y conserva de granada. El esclavo, que no había comido en mucho tiempo, se precipitó sobre los platos, mojándolos con sus lágrimas.

Vuelto Amílcar al cuarto de Salambó, desató las cuerdas de Aníbal. El niño exasperado, le mordió la mano hasta hacerle sangre. Su padre le contuvo con una caricia.

Para apaciguarle, Salambó quiso darle miedo con *Lamia*, ogresa de Cirene:

—¿Dónde está? —preguntó el niño.

Se le dijo que vendrían bandidos a cogerle, y contestó: «¡Que vengan, y lo mataré!»

Cuando Amílcar le contó la horrible verdad, recriminó a su padre porque siendo el señor de Cartago podía imponerse al pueblo. Por fin, rendido por la cólera, se durmió con sueño feroz; hablaba soñando, con la espalda apoyada en un cojín de escarlata, caída la cabeza hacia atrás y con el brazo extendido en actitud imperiosa. Cuando obscureció completamente, Amílcar bajó con él a obscuras, la escalera de las galeras. Al pasar por la Casa de Comercio, tomó un racimo de uvas y una jarra de agua; el niño se despertó ante la estatua de Aletes, en la cueva de las piedras preciosas, y sonreía, en brazos de su padre, a la luz de los destellos que le rodeaban.

Amílcar tenía la seguridad de que no podían quitarle su hijo. Era un lugar impenetrable que comunicaba con la costa por un subterráneo que únicamente él conocía. Miró en rededor y aspiró una bocanada de aire. Luego puso el niño en su escabel, al lado de los escudos de oro.

Nadie le veía ahora, y esto le tranquilizó. Como una madre que encuentra a su primogénito perdido, estrechó contra su pecho al niño, llorando y riendo a un mismo tiempo, llamándole con los nombres más tiernos y cubriéndole de besos. El pequeño Aníbal, impresionado por tanta ternura, se callaba.

Palpando las paredes, llegó Amílcar a la gran sala en la que la luna se filtraba por un mechinal de la cúpula; en medio de ella dormía el esclavo tendido sobre las losas de mármol. Al verle así Amílcar, se sintió compasivo. Con la punta del pie le alargó una alfombra debajo de la cabeza. Luego levantó los ojos y contempló la media luna que brillaba en el cielo, y se sintió más fuerte que los Baales y los despreció.

Habían empezado los preparativos del sacrificio. En el templo de Moloch se derribó un lienzo de pared para sacar el dios de cobre, sin tocar las ceniza del altar, y así que salió el sol los hieródulos lo empujaron hacia la plaza de Kamón.

Se movía hacia atrás, sobre dos cilindros; sus hombros rebasaban la altura de las murallas; por lejos que le vieran, se escondían los cartagineses, porque no se podía mirar impunemente a Baal más que en el ejercicio de su cólera.

Olían las calles a hierbas aromáticas; todos los templos se abrieron a un tiempo y de ellos salieron altares sobre carretas o en literas que llevaban los pontífices. Grandes penachos de palmas se balanceaban a los flancos de los

ídolos, y rayos esplendorosos lanzaban sus agudas puntas terminadas po bolas de cristal, de oro, de plata o de cobre.

Eran los Baalim cananeos, desdoblamientos del Baal supremo que volvían hacia su principio, para humillarse ante su fuerza y aniquilarse ante su esplendor.

El pabellón de Melkart, de púrpura fina, contenía una lámpara de petróleo en el de Kamón, de color de jacinto, se erguía un palo de marfil rodeado d piedras preciosas; entre las cortinas de Eschmún, azules como el éter, una serpiente dormida formaba un círculo con la cola; y los dioses Pateques en brazos de los sacerdotes, parecían niños en pañales, que con los talone rozaran el suelo.

Venían a continuación las formas inferiores de la divinidad: Baal-Sanim dios de los espacios celestes; Baal-Zebú, dios de la corrupción y de las raza congéneres; Baal-Peor, dios de los montes sagrados; Larbal de la Libia Adremalech de Caldea, Kijun de Siria; Derceto, en figura de virgen con aleta de pez; y el cadáver de Tamuz, sobre un catafalco, entre antorchas y cabelleras. Para que los reyes del firmamento se sujetaran al Sol, e impedi que sus particulares influencias no dañasen la suya, se blandían largas percha con estrellas de metal de distintos colores; desde el negro Nabo, genio d Mercurio, hasta el horrible Rahab, constelación del Cocodrilo. Las Abadires piedras caídas de la luna, giraban en ondas de hilos de plata; bollos pequeños imitando sexos de la mujer, eran llevados en canastillas por los sacerdotes d Ceres, al paso que otros de esta orden llevaban sus fetiches y amuletos Salieron todos los ídolos olvidados, incluso los símbolos místicos de lo navíos, como si Cartago quisiera recogerse en un pensamiento de muerte y d desolación.

Ante cada tabernáculo sostenía un hombre en equilibrio, sobre su cabeza un ancho vaso en el que humeaba incienso y entre cuyas nubes de humo s veían la tapicería, los flecos y los bordados de los pabellones sagrados Avanzaban lentamente, a causa de su peso enorme. A veces el eje de los carro se enganchaba en las calles, y los devotos aprovechaban esta ocasión para tocar los Baalim con sus vestidos, que luego guardaban como cosa venerandas.

La estatua de cobre continuaba avanzando hacia la plaza de Kamón. Lo Ricos, con cetros de puño de esmeralda, salieron del fondo de Megara; lo Ancianos, ciñendo diademas, estaban reunidos en Kinvido, y los intendente de Hacienda, los gobernadores de provincias, mercaderes, soldados, marinero y toda la horda numerosa empleada en los funerales, todos ellos con la

insignias de su magistratura o con los instrumentos de su oficio, se dirigían hacia los tabernáculos que bajaban de la Acrópolis, entre los colegios de los pontífices.

Por deferencia a Moloch, se habían adornado con sus más espléndidas joyas. Fulguraban los diamantes sobre las vestimentas negras; los anillos anchos en demasía, oscilaban en sus enjutos dedos, y nada más lúgubre que esta comitiva silenciosa con tiaras de oro sobre las frentes crispadas por atroz desesperación y pendientes en las orejas que temblaban sobre los pálidos rostros.

Llegó, por fin, Baal, a mitad de la plaza. Sus pontífices hicieron una alambrada para contener a la multitud y formaron un círculo a sus pies.

Los sacerdotes de Kamón, en túnicas de lana parda, se alinearon ante su templo, bajo las columnas del pórtico; los de Eschmún, con capas de lino collares y tiaras puntiagudas, se pusieron en las gradas de la Acrópolis; los de Melkart, con túnicas moradas, escogieron el lado de Occidente; los de la Abadires, ceñidos con bandas de paño frigios, el de Oriente; y al Mediodía los nigromantes, cubiertos de tatuajes; los aulladores con mantos remendados, los servidores de los Pateques y los Yidonim, que para investigar el porvenir se ponían en la boca un hueso de muerto. Los sacerdotes de Ceres, vestidos de túnica azul, estaban apostados en la calle de Sateb, salmodiando en voz baja un tesmoforión en dialecto megaro.

De cuando en cuando, llegaban filas de hombres enteramente desnudos con los brazos abiertos y tendidos al viento y unidos por los hombros. Arrancaban de las profundidades del pecho una entonación bronca y cavernosa; sus pupilas, clavadas en el coloso, brillaban en el polvo y balanceaban el cuerpo a intervalos iguales, todos a un tiempo, como sacudidos por igual impulso. Estaban tan furiosos, que para restablecer el orden, los hieródulos, a bastonazos, los hicieron poner de bruces, con la cara junto a la alambrada de cobre.

Entonces fue cuando se adelantó del fondo de la plaza un hombre vestido de blanco. Atravesó lentamente por entre la multitud y todos reconocieron al sacerdote de Tanit, el gran sacerdote Schahabarim. Oyéronse rechiflas, porque la influencia del principio masculino prevalecía en este día en todas las conciencias y la diosa estaba tan olvidada que no se había advertido la ausencia de sus pontífices. Aumentó el asombro cuando se le vio abrir uno de los portones de la alambrada, destinados para que entraran los que iban a ofrecer las víctimas. Según los sacerdotes de Moloch, esto era un ultraje a su dios; a empellones trataron de rechazarlo. Alimentados con la carne de los

holocaustos, vestidos de púrpura como reyes y con coronas de triple cerco afrentaban al pálido eunuco, extenuado por las maceraciones. La cólera hacía agitar en sus pechos las negras barbas desplegadas al sol.

Schahabarim, sin hacerles caso, seguía andando; y atravesando, paso a paso, el recinto, llegó hasta las piernas del coloso y le tocó por ambos lados separando los dos brazos, lo cual era una fórmula solemne de adoración. Hacía mucho tiempo que la Rabbet le torturaba, y por desesperación, o tal vez a falta de un dios, satisfacía completamente su pensamiento decidiéndose por Baal.

Espantada la turba ante esta apostasía, prorrumpió en protestas. Sentía romperse el único lazo que unía las almas con una divinidad clemente. Como Schahabarim, a causa de su castración, no podía participar del culto de Baal los hombres de los mantos rojos le excluyeron del recinto; pero no bien estuvo afuera, dio una vuelta alrededor de todos los colegios, y el sacerdote sin dios desapareció entre la multitud, que se apartaba al acercarse él.

Ardía una hoguera de áloe, de cedro y de laurel entre las piernas del coloso. Las largas alas del dios hundían las puntas en las llamas; los ungüentos de que estaba ungido corrían como sudor por sus miembros de cobre. En torno de la piedra redonda en la que apoyaba los pies, los niños, envueltos en velos negros, formaban un círculo inmóvil; los brazos desmesuradamente largos de ídolo tocaban con las manos las tiernas criaturas como para coger esta corona de carne y llevarla al cielo.

Los Ricos, los Ancianos, las mujeres, toda la multitud se amontonaba detrás de los sacerdotes y en las azoteas de las casas. Las grandes estrellas pintadas no giraban ya, los tabernáculos estaban inmóviles en el suelo y el humo de los incensarios subían perpendicularmente como árboles gigantescos que desplegaban en el cielo sus ramas azuladas.

Muchos de los espectadores se desmayaron; otros se quedaban inertes y petrificados. Angustia infinita agobiaba todos los pechos. Se iban apagando los últimos clamores y el pueblo de Cartago estaba como absorto en el anhelo del terror.

Por fin, el gran sacerdote de Moloch pasó la mano debajo de los velos de los niños y les arrancó de las frentes un mechón de cabellos, que arrojó a las llamas. Los hombres de los mantos rojos entonaron entonces el himno sagrado.

—¡Honor a ti, Sol! ¡Rey de las dos zonas, creador que se engendra, Padre y Madre, Padre e Hijo, Dios y Diosa, Diosa y Dios!

Las voces se perdían en la explosión de los instrumentos que tocaban a la vez, con el fin de ahogar los gritos de las víctimas. Los schemunits de ocho

cuerdas, los kinor de diez y los nebal de doce, silbaban, tañían y tronaban enormes odres erizados de tubos producían un chapoteo agudo; los tamborile sonaban con golpes sordos y rápidos, y a pesar del furor de los clarines, e solsalim crujía como alas de langosta.

Los hieródulos abrieron con un gancho largo los siete compartimento escalonados en el cuerpo de Baal. En el más alto pusieron harina; en e segundo, dos tórtolas; en el tercero, un mono; en el cuarto, un carnero; en e quinto, un cordero, y como faltaban bueyes para el sexto, se echó una pie curtida del santuario. El séptimo depósito quedó vacío.

Antes de operar, se probaron los brazos del dios. Delgadas cadenitas qu salían de sus dedos subían a sus hombros y colgaban por las espaldas, dond unos hombres, tirando desde arriba, hacían subir a la altura de los codos la dos manos abiertas del coloso, que al juntarse le tocaban en el vientre. La movieron varias veces; callaron los instrumentos; crepitaba el fuego.

Los pontífices de Moloch se paseaban sobre la gran piedra, observando a l multitud.

Era necesario un sacrificio individual, una oblación voluntaria, que er considerada como preliminar de las que venían después; pero nadie se ofrecí hasta ahora, y los siete pasadizos que iban de las avenidas al coloso estaba vacíos. Para animar al pueblo, los sacerdotes sacaron los puñales de su cinturones y se hirieron el rostro. Hízose entrar en el recinto a los devoto echados en el suelo a la parte de afuera; se les dio un paquete de horrible hierros viejos y cada uno escogió su tortura. Se pasaban agujas entre lo pechos, se cortaban las mejillas y pusiéronse coronas de espinas en la cabeza luego se enlazaron de los brazos y, rodeando a los niños, formaron otro gra ruedo que se contraía y se ensanchaba. Llegaron a la balaustrada con esta contracciones, atrayendo a la multitud con el vértigo de este movimient sanguinario y clamoroso.

Poco a poco fue acudiendo gente a las avenidas, arrojando a las llama perlas, vasos de oro, copas, todas sus riquezas; las ofrendas eran cada vez má espléndidas y numerosas. Al fin, un hombre que se tambaleaba, un hombr pálido y horrible por el terror, empujó a un niño; en seguida se vio en la manos del coloso una masa negra que se hundió en la tenebrosa abertura. Lo sacerdotes se inclinaron al borde de una gran losa y prorrumpieron en u nuevo cántico celebrando las alegrías de la muerte y los renacimientos de l eternidad.

Subían las víctimas lentamente, y como la humareda formaba alto torbellinos, parecía desde lejos que desaparecían en una nube. Ninguno s

movía. Estaban unidos por los puños, y los tobillos y la sombría tapicería le impedía ver y ser vistos.

Amílcar, con manto rojo, como los sacerdotes de Moloch, estaba al lado d Baal, de pie ante el dedo gordo de su pie derecho. Cuando trajeron el niñ decimocuarto, notaron todos que el Sufeta hizo un gesto de horror; per pronto recobró su primera actitud: se cruzó de brazos y miró al suelo. Al otr lado de la estatua, el gran pontífice permanecía inmóvil como él. Baja l cabeza, con una mitra asiria, se miraba en el pecho la placa de oro cubierta d piedras fatídicas, de las que la llama despedía resplandores irisados. Amílca inclinaba la frente; y los dos personajes se encontraban tan cerca de la hoguer que las llamas levantaban las colas de sus mantos.

Los brazos de cobre se movían más aprisa y sin pararse. Cada vez que s introducía un niño, los sacerdotes de Moloch extendían la mano sobre él com cargándole los crímenes del pueblo, vociferando: «¡No son hombres: so bueyes!» Y la multitud repetía: «¡Bueyes, bueyes!» Los devotos gritaban «¡Señor, come!» Los sacerdotes de Proserpina, conformándose por miedo a las necesidades de Cartago, murmuraban la fórmula eleusiaca: «¡Derrama l lluvia! ¡Engendra!»

Las víctimas desaparecían al borde de la abertura como gotas de agua e una plancha al rojo y un humo blanquecino ascendía entre el color escarlata d la estatua.

Pero el apetito del dios no se calmaba: quería siempre más. Con el objet de saciarle mejor, le apilaron las víctimas en las manos con una gruesa caden por encima, que los sujetaba. Los devotos quisieron contarlos al principio para ver si el número de los niños correspondía a los días del año solar; per era imposible contarlos por el movimiento vertiginoso de los horribles brazos Esto duró mucho tiempo; hasta la noche. Las paredes interiores tomaron u aspecto más obscuro, y entonces se vieron las carnes quemadas; alguno creyeron reconocer los restos de las víctimas por los cabellos, los miembros hasta por los cuerpos enteros.

Atardecía y las nubes se amontonaban encima de Baal. La hoguera exhausta ahora, formaba una pirámide de carbones hasta las rodillas de coloso, completamente rojo, como un gigante lleno de sangre. Con la cabez inclinada, parecía tambalearse bajo el peso de su embriaguez.

A medida que los sacerdotes se daban prisa, aumentaba el frenesí de pueblo; como disminuía el número de las víctimas, gritaban unos que s necesitaban más, y otros que había bastante. Hubiérase dicho que las murallas cargadas de gente, se hundían bajo el peso de los alaridos de espanto y d

voluptuosidad mística. Llegaron otros fieles, a quienes pagaban para qu entregaran sus hijos a los sacerdotes. Los tocadores de instrumentos, cansados cesaban en su música, y entonces se oían los gritos de las madres y el chirrid de la grasa que caía sobre los carbones. Los bebedores de beleño, andando a gatas, daban vueltas al coloso y rugían como tigres; los Yidonim vaticinaban los devotos cantaban con sus labios hendidos; se había roto la alambrada y todos querían tomar parte en el sacrificio. Los padres cuyos hijos habían muerto anteriormente, echaban al fuego su efigie, sus juguetes y los hueso que habían quedado. Algunos, con sus cuchillos, se precipitaron sobre lo demás. Se degollaban entre ellos. Con palas de bronce, los hieródulo recogieron las cenizas caídas en la losa y las echaron al aire para que e sacrificio se esparciera por la ciudad, hasta la región de las estrellas.

Este gran ruido y esa gran hoguera atrajeron a los bárbaros al pie de la murallas; encaramados sobre los restos del helépolis, miraban el espectácul estremecidos de horror.

XIV

EL DESFILADERO DEL HACHA

Apenas habían entrado los cartagineses en sus casas, se espesaron la nubes; aquellos que todavía miraban al coloso sintieron caer gruesas gota sobre sus frentes y empezó a llover recio.

Siguió lloviendo a cántaros toda la noche; retumbaba el trueno; era la voz de Moloch, que había vencido a Tanit, la cual, ahora fecundada, abría su vast seno en lo alto del firmamento. A veces se la veía en un claro del cielo extendida sobre almohadones de nubes; luego las tinieblas volvían a ocultarl como si, demasiado fatigada, quisiera dormirse. Los cartagineses, que creía que el agua era hija de la luna, gritaban para facilitar su tarea.

La lluvia caía sobre las azoteas, desbordándolas, formando lagos en lo patios, cascadas en las escaleras y torbellinos en las esquinas de las calles Vertíase en pesadas y tibias masas y en hilos apretados; gruesos chorro espumosos saltaban de los ángulos de los edificios, y los tejados de lo templos brillaban con un negro lavado a la luz de los relámpagos. De l Acrópolis bajaban torrentes por mil caminos; las casas se derrumbaban y l avenida arrastraba impetuosamente vigas, cascote y muebles.

Se habían sacado ánforas, jarras y lienzos impermeables para llenarlos d agua, pero las antorchas se apagaban; se cogieron tizones de la hoguera d Baal, y para beber muchos echaban hacia atrás la cabeza y abrían la boca Otros hundían los brazos hasta los sobacos en la corriente fangosa, y tanta er el agua que bebían, que la vomitaban como búfalos. Refrescó la atmósfera y todos aspiraban el aire húmedo estirando sus miembros; se encendía en todo los corazones una inmensa esperanza. Se olvidaron todas las miserias. Un vez más, la patria renacía.

Sentían los cartagineses una especie de necesidad de hacer pagar a otros e exceso de furor que no habían podido emplear contra sí mismos. Un sacrifici

como aquel no debía ser inútil, y si bien no tenían ningún remordimiento estaban transportados por el frenesí que da la complicidad en los crímene irreparables.

Los bárbaros habían aguantado la tempestad en sus tiendas mal cerradas; a día siguiente se les veía medio ateridos, chapoteando en el barro, buscando su armas y municiones averiadas.

Amílcar fue a ver a Hannón, y le confió el mando. El viejo Sufeta dud unos minutos entre su rencor y el deseo de mandar, y al cabo aceptó.

Amílcar mandó salir en seguida una galera armada de una catapulta e cada extremo, y la hizo fondear en el golfo; luego embarcó en los bajele disponibles sus mejores tropas. Era una especie de huida; a velas desplegada tomó rumbo Norte y desapareció en la bruma.

Tres días después, cuando se iba a empezar el ataque, llegaro tumultuosamente gentes de la costa de la Libia, porque Barca había entrado e su territorio, procurándose bastimentos.

Los bárbaros se indignaron, como si Barca les traicionara. Los má aburridos del sitio, los galos sobre todo, no vacilaron en abandonar el asedio para unirse a él. Espendio quería reconstruir el helépolis; Matho había trazad una línea imaginaria desde su tienda a Megara, jurándose seguirla; ninguno d sus hombres se movió. Los soldados de Autharita se fueron, abandonando l parte occidental del campo atrincherado. La desidia de los sitiadores era tant que ninguno se cuidó de reemplazarlos.

Narr-Habas los espiaba de lejos, en las montañas. Durante la noche hiz pasar toda su gente al otro lado de la laguna, y por la costa entró en Cartago presentándose como un libertador con seis mil hombres, cada uno de ellos co harina bajo del manto, y con cuarenta elefantes cargados de forraje y d cecina. La llegada de este socorro regocijó a los cartagineses, no menos que l vista de los fuertes animales consagrados a Baal; eran como una prenda d ternura; una prueba de que al fin el dios iba a intervenir en la guerra.

Narr-Habas recibió las felicitaciones de los Ancianos. En seguida subió a palacio de Salambó.

No la había vuelto a ver desde que en la tienda de Amílcar, entre los cinc ejércitos, apretó su mano fría y suave; después de los esponsales, la jove había regresado a Cartago. El amor del númida, distraído por otra ambiciones, se despertaba ahora; quería gozar de sus derechos de esposo poseerla.

Salambó no comprendía que este joven pudiera ser su señor. Aunque todo los días pedía a Tanit la muerte de Matho, su horror por el libio disminuía

Sentía confusamente que el odio que antes le tuviera era casi religioso; hubiera querido ver en la persona de Narr-Habas como un reflejo de la violencia que seguía teniéndola deslumbrada. Deseaba haberle conocido antes, y sin embargo, le cohibía su presencia. Mandó que le dijeran que no podía recibirle.

Por lo demás, Amílcar tenía ordenado a su servidumbre que no dejasen entrar al rey de los númidas a la residencia de Salambó, porque retrasando la recompensa hasta el final de la guerra, esperaba tenerle adicto. Narr-Habas por temor al Sufeta, se retiró.

En cambio se mostró altanero con los Ciento. Exigió prerrogativas para su gente, y la colocó en los puestos importantes; de modo que los bárbaros quedaron extrañados al ver a los númidas en las torres.

Mayor fue la sorpresa de los cartagineses cuando vieron llegar en una trirreme púnica cuatrocientos de los suyos hechos prisioneros cuando la guerra de Sicilia. Amílcar había enviado secretamente a los Quirites las tripulaciones de las naves latinas prisioneras antes de la defección de las ciudades tirias; y Roma, en correspondencia, le devolvía ahora sus cautivos, desdeñando las negociaciones de los mercenarios en la Cerdeña y aun negándose a reconocer como súbditos a los habitantes de Útica.

Hierón, que gobernaba en Siracusa, imitó este ejemplo. Necesitaba para conservar sus Estados mantener el equilibrio entre Roma y Cartago; tenía pues, interés en la salvación de los cananeos, por lo que se declaró amigo de estos, enviándoles doscientos bueyes, más cincuenta y tres mil rebel de buen trigo.

Una razón de más peso obligaba a socorrer a Cartago; se comprendía que si los mercenarios triunfaban, se insubordinarían desde el soldado hasta el fregón de platos y que ningún gobierno ni ninguna casa podrían resistirles.

En todo este tiempo, Amílcar operaba en las campiñas orientales. Rechazó a los galos, y los bárbaros se encontraron sitiados a su vez. El Sufeta se dedicó a inquietarlos con marchas y contramarchas, renovando siempre esta táctica hasta que los hizo salir de sus campamentos. Espendio se vio obligado a seguirle, y Matho, lo mismo.

Pero no pasó de Túnez, sino que se encerró en sus muros; determinación muy cuerda, porque pronto se vio que Narr-Habas salía por la puerta de Kamón con sus elefantes y soldados, llamado por Amílcar. Los otros bárbaros iban errantes por las provincias en persecución del Sufeta. Este había recibido en Clipea tres mil galos; hizo venir caballos de la Cirenaica y armaduras de Brucio, y continuó la guerra.

Nunca su genio fue tan impetuoso y fértil. Durante cinco lunas los arrastr detrás de él. Tenía un objetivo, y a él los llevaba.

Los bárbaros trataron al principio de envolverle con pequeño destacamentos; pero se les escapaba siempre. No desistieron. Su ejército s componía de cerca de cuarenta mil hombres, y muchas veces se dieron e gusto de ver retroceder a los cartagineses.

Lo que más les atormentaba eran los jinetes de Narr-Habas. Co frecuencia, en las horas de bochorno, cuando iban por el llano soñolientos y abrumados por el peso de las armas, asomaba de pronto en el horizonte un gruesa línea, un tropel de caballos, y entre una nube de pupilas centelleantes descargaba una lluvia de dardos. Los númidas, envueltos en capas blancas lanzaban alaridos, levantaban los brazos, apretando con las rodillas a lo encabritados corceles; les hacían dar una vuelta bruscamente, y lueg desaparecían. Tenían siempre, a cierta distancia, provisiones de azagayas e los dromedarios, y volvían más terribles, aullando como lobos y huyend como buitres. Caían los bárbaros que iban en los flancos, y así se seguía hast la noche, en que se procuraba ganar las montañas.

Aunque estas eran peligrosas para los elefantes, Amílcar se aventuró e ellas, siguiendo la larga cadena que se extiende del promontorio Hermeo a l cumbre del Zaghouan. En opinión de sus enemigos, era este un medio d ocultar la escasez de sus tropas. Pero la continua incertidumbre en que lo mantenía, concluía por exasperarlos más que una derrota. Sin desanimarse, l seguían los pasos.

Por fin, una noche, entre la Montaña de Plata y la Montaña de Plomo, e medio de grandes rocas, a la entrada de un desfiladero, sorprendieron lo bárbaros un cuerpo de vélites; era lo peor que el enemigo estaba allí en masa según demostraba el estrépito de los clarines. Los cartagineses huyeron por e desfiladero. Desembocaba este en una llanura en forma del hierro de un hach y estaba rodeado de un alto anfiteatro de peñas escarpadas. Los bárbaro acometieron a los vélites, entre los bueyes que galopaban; otros cartaginese corrían en tumulto; se vio un hombre de manto rojo, el Sufeta, y los bárbaro le gritaron con transportes de furor y de alegría. Muchos, o por pereza o po prudencia, se habían quedado a la salida del desfiladero. La caballería salió d un bosque y a golpe de lanza y de sable los empujaban sobre los demás. E breve, los bárbaros estaban todos en el fondo de la llanada, y su enorme masa

después de evolucionar por algún tiempo, se detuvo. No se descubría ninguna salida.

Aquellos que se hallaban más próximos al desfiladero, volvieron atrás pero ya estaba cortado el paso. Se azuzó a los que iban delante para hacerles andar aprisa, pero se aplastaban contra la montaña. Sus compañeros los insultaban desde lejos porque no daban con el camino.

Apenas habían bajado los bárbaros, unos hombres ocultos en las rocas las empujaron con maderos, las derribaron; como la pendiente era rápida, estos bloques enormes, rodando juntos, cerraron completamente la boca del desfiladero.

Al otro extremo de la llanada se extendía un largo pasadizo, hendido aquí y allá por grietas, el cual conducía a un torrente que venía de la planicie superior en la que estaba el ejército púnico. En este paso, habían preparado escalas apoyándolas en las paredes del tajo; protegidos por las sinuosidades de las grietas, los vélites se habían vuelto a reunir; allí fueron izados por los compañeros. A los que estaban más atascados en la quebrada, se les arrojó cuerdas, porque el terreno en este lugar era un arenal movedizo, imposible de escalar a pie. Casi en seguida llegaron los bárbaros, a tiempo que un rastrillo alto, de cuarenta codos, hecho a la medida exacta del hueco, se interpuso entre ellos, como un reducto caído del cielo.

Así, pues, las combinaciones del Sufeta habían surtido sus efectos. Ninguno de los mercenarios conocía la montaña, y los que marchaban a frente de la columna arrastraban a los otros. Las peñas, algo estrechas en la base, se volcaban fácilmente, y en tanto que todos corrían en el horizonte se oían gritos de angustia. Amílcar perdió la mitad de sus vélites; pero hubiera sacrificado veinte veces su número a cambio de un triunfo como el obtenido.

Los bárbaros se mantuvieron en filas compactas en el llano hasta la mañana, tratando de encontrar un paso que les librara de aquella encerrona. Al amanecer vieron a su alrededor una gran muralla blanca, tallada a pico. No había salvación. Las dos salidas naturales de este callejón estaban cerradas por el rastrillo y por el montón de rocas. Miráronse todos en silencio, y sintiendo que se les helaba la sangre intentaron el último esfuerzo. Treparon por las peñas; procuraron escalar la cumbre, pero aquellas o se desmoronaban o no ofrecían asidero a causa de su forma redonda. Quisieron hender el terreno a ambos lados de la garganta, pero sus herramientas se rompieron. Con los palos de sus tiendas encendieron una gran hoguera; pero el fuego no podía incendiar la montaña.

Embistieron el rastrillo, claveteado con púas agudas como las del puerc espín y más apretadas que las crines de un cepillo. Los primeros entraron hast la armazón, los segundos saltaron por encima, y todos cayeron, dejando en su horribles ramas jirones de carne humana y cabelleras ensangrentadas.

Dando una tregua a su desaliento, examinaron lo que les quedaba d víveres. A causa de haber perdido sus bagajes, apenas tenían para dos días todo les faltaba, porque esperaban un convoy prometido por las ciudades de Sur. Pero por allí andaban errantes algunos bueyes abandonados por lo cartagineses con el fin de atraer a los bárbaros. Los mataron a lanzadas, lo comieron, y con el estómago lleno los pensamientos fueron menos sombríos.

Al otro día degollaron todas las mulas, unas cuarenta en junto; rasparon la pieles, hirvieron las entrañas, se apilaron los huesos; no desesperaban porque sin duda, acudiría en su socorro el ejército de Túnez.

El hambre redobló en la noche del quinto día, y tuvieron que roer lo tahalíes de las espadas y las pequeñas esponjas que cubrían el fondo de lo cascos.

Estos cuarenta mil hombres estaban amontonados en la especie d hipódromo que venían a formar las montañas alrededor de ellos. Quiénes s quedaban frente al rastrillo, al pie de las rocas; quiénes erraban confusament por el llano. Los fuertes se esquivaban y los tímidos buscaban a los bravos que, sin embargo, no podían salvarlos.

Se había enterrado aprisa los cadáveres de los vélites, a causa de l infección; pero ya no se veía el sitio de las fosas.

Languidecían los bárbaros, tendidos en tierra. Entre sus líneas, un veteran iba de un lado a otro; lanzaban maldiciones contra los cartagineses, contr Amílcar y contra Matho, por más que este fuera inocente del desastre; pero a ellos les parecía que sus dolores hubieran sido menores si hubiera participad de ellos. Algunos lloraban como niños.

Buscaban a los capitanes y les suplicaban les dieran algo que mitigara su sufrimientos; por toda contestación aquellos les tiraban piedras a la cara Muchos conservaban en un agujero de la tierra sus cortas provisiones reducidas a unos racimos de dátiles y un puñado de harina, que iba comiéndose de noche, tapándose la cabeza bajo el manto. Los que guardaba sus espadas, las tenían desnudas en las manos; los más desconfiados, s mantenían de pie, de espaldas contra la montaña.

Injuriaban a sus jefes y les amenazaban. Autharita no temía dar la cara. Co su obstinación de bárbaro que no cede nunca, veinte veces al día exploraba e fondo y las rocas, esperando encontrar una escapatoria; balanceando su

enormes hombros cubiertos de pieles, parecía un oso salido de su caverna, allá en la primavera, para observar si se derritieron las nieves.

Espendio, rodeado de griegos, se ocultaba en una de las grietas; como tenía miedo hizo correr el rumor de su muerte. Todos estaban tan espantosamente flacos, que su piel aparecía cubierta de placas azuladas. En la noche del noveno día murieron tres iberos. Asustados sus compañeros abandonaron aquel sitio; se desnudó a los cadáveres, y sus cuerpos blancos quedaron sobre la arena, expuestos al sol. Entonces, los garamantes se pusieron a rondar los muertos. Eran seres acostumbrados a la soledad y que no conocían ningún dios. El más viejo de la banda hizo una señal, y echándose sobre los cadáveres con sus cuchillos, cortaron trozos, y luego, sentados sobre los talones, los devoraron. Los demás bárbaros lo veían de lejos, dando gritos de horror muchos, sin embargo, envidiaban en el fondo de su alma esta desaprensión.

A media noche se reunieron algunos, y disimulando su asco, se acercaban pidiendo una tajada «para probar», según decían. Acudieron otros, y pronto fueron multitud. Pero casi todos, al llevar a los labios esta carne fría, dejaban caer la mano; aunque no faltaron quienes la comieron con deleite.

Al fin, arrastrados por el ejemplo, se excitaban unos a otros, incluso aquellos que al principio rehusaban el trato con los garamantes. Asaban la carne sobre carbones, con la punta de la espada, la salaban con polvo, y se disputaban las mejores tajadas. Cuando no quedó nada de los tres cadáveres buscaban otros en la llanada para comérselos.

Solo tenían veinte cartagineses cautivos en el último encuentro, y en los que nadie se había fijado aún. Desaparecieron; fue además una venganza lógica. Después, como había que vivir, y se tomaba gusto por esta alimentación, se degolló a los palafreneros, aguadores y peones de los mercenarios. Todos los días mataban a alguno de estos; muchos se hartaban con su carne, cobraban fuerzas y se volvían alegres.

También este recurso llegó a faltar. Entonces la gula pensó en los heridos y enfermos. Supuesto que no podían curarse, era preferible librarlos de sus torturas; no bien alguno se tambaleaba, estaba perdido y era pasto de los demás. Para apresurar su muerte, se valían de astucias; les robaban las migajas de su inmunda ración y como por descuido se les atropellaba; los agonizantes con el objeto de hacer creer que estaban con fuerzas, intentaban mover los brazos, levantarse, reír. Había desmayados que volvían en sí al contacto de la cuchilla que les cortaba un miembro; se mataba sin necesidad, por ferocidad y para saciar el furor.

Una niebla tibia y pesada, propia de estas regiones a fines de invierno envolvió al ejército bárbaro, al día decimocuarto. Este cambio de temperatura originó muchas muertes, y la corrupción cundió con rapidez en la cálida humedad, retenida por las montañas. La llovizna que caía sobre los cadáveres reblandeciéndolos, convirtió en pudridero la llanura. Se cernían vapores blanquecinos que penetraban la piel, cegaban los ojos y picaban en las narices y en los que los bárbaros creían ver el aliento o las almas de sus camaradas. Una tristeza inmensa les abrumó; nada les apetecía ahora: querían morir.

Dos días después, el tiempo se serenó y volvieron a pasar hambre. Les parecía que les arrancaban el estómago con tenazas; se revolcaban convulsos, se metían en la boca puñados de tierra, se mordían los brazos y estallaban en risas frenéticas. Aún más les atormentaba la sed, porque no tenían ni una sola gota de agua, pues a partir del noveno día se habían agotado los odres. Para engañar la necesidad, lamían las chapas metálicas de sus cinturones, los pomos de marfil y las hojas de las espadas. Los antiguos conductores de caravanas se apretaban el vientre con cuerdas. Otros chupaban un guijarro. Bebían los orines enfriados en los cascos de cobre.

Y a todo esto, esperando siempre el socorro de Túnez. Según sus conjeturas, el tiempo que tardaba en acudir, certificaba su próxima llegada. Además, Matho, que era un valiente, no les abandonaría. «Mañana será», se decían, y este mañana no llegaba nunca.

Al principio hicieron plegarias, votos y toda suerte de invocaciones; ahora solo sentían odio por sus divinidades, y en venganza se volvían incrédulos.

Los hombres de carácter violento fueron los primeros en morir; los africanos resistieron mejor que los galos. Zarxas estaba tendido a lo largo, inerte; Espendio encontró una planta de anchas hojas de un jugo abundante, y declarándola venenosa, a fin de apartar a todos, se alimentaba con ella.

Ni fuerzas tenían para matar cuervos a pedradas. Algunas veces, cuando un buitre desgarraba un cadáver, alguien se arrastraba hacia él con una jabalina entre los dientes, y apoyándose en una mano, después de apuntar bien, lanzaba el hierro. El buitre turbado por el ruido, miraba en torno, como el cuervo marino sobre un escollo, y volvía a hundir su asqueroso pico. El hombre desesperado, quedaba mirándole echado en el polvo. Otros más afortunados conseguían descubrir camaleones o serpientes; pero lo que les hacía vivir más que todo, era el amor a la vida; se aferraban a esta idea, tenazmente, por un esfuerzo de la voluntad.

Los más estoicos se mantenían unidos, sentados en rueda, en medio de la llanura, entre los muertos; envueltos en sus mantos se abandonaban

silenciosamente a su tristeza.

Los que habían nacido en ciudades, se acordaban de sus calles má concurridas, con tabernas, baños, teatros y tiendas de barberos, donde s cuentan sucesos. Otros suspiraban por sus campiñas cuando se pone el sol cuando ondulan los trigos amarillos y los grandes bueyes suben las colinas co el yugo de las carretas en la cerviz. Los nómadas soñaban con cisternas; lo cazadores, con los bosques; los veteranos, con batallas, y en la somnolenci que les embargaba, todo ello se les representaba con la lucidez y los éxtasis d un ensueño. Alucinados, buscaban en la montaña una puerta por donde huir, y querían pasarla al través; otros, creyendo navegar en medio de una tempestad mandaban una maniobra marinera; o bien retrocedían espantados, viendo e las nubes batallones púnicos. Los había que cantaban, figurándose estar en u festín.

Muchos, por una extraña manía, repetían la misma palabra o hacía continuamente el mismo gesto; acabando por levantar la cabeza, mirarse uno a otros, y gemir al ver el horrible estrago de sus rostros. Los más sufridos, par matar las horas, se contaban los peligros de que se habían salvado. A todos s les representaba la muerte cierta, inminente. ¡Cuántas veces habían intentad abrirse un paso! Para implorar una capitulación del vencedor, no sabían de qu medio valerse, porque ignoraban dónde estaba Amílcar.

Soplaba el viento del lado de la quebrada, haciendo volcar la arena e cascadas, por encima del rastrillo; los mantos y las cabelleras de los bárbaro se cubrían de ella, como si la tierra quisiera enterrarlos vivos. Nada se movía la eterna montaña les parecía cada día más alta.

En ocasiones cruzaban los aires bandadas de pájaros, que se ponían a tiro pero ellos cerraban los ojos para no verlos.

Sentían zumbidos en los oídos, se les ennegrecían las uñas, el frío le traspasaba el pecho; se acostaban de un lado y morían sin exhalar un grito.

Al cumplirse el día decimonono, habían muerto dos mil asiáticos, mi quinientos del Archipiélago, ocho mil libios, tribus completas, los más jóvene de los mercenarios; en total, veinte mil soldados: la mitad del ejército.

Autharita, con los cincuenta galos que le quedaban, iba a dejarse matar para concluir de una vez, cuando vio en la cumbre de la montaña un hombr frente a él.

Este hombre, a causa de la altura, parecía un enano; pero Autharita divis el escudo en forma de trébol que llevaba en el brazo izquierdo y gritó: «¡U cartaginés!» Todos se levantaron; en la llanura, ante el rastrillo y bajo la

peñas. El soldado púnico se paseaba al borde del precipicio, y desde abajo, lo bárbaros le contemplaban.

Espendio cogió una cabeza de buey; con dos cinturones compuso una diadema, y poniéndola sobre los cuernos, en la punta de una percha, la levantó en alto, en señal de intenciones pacíficas. El cartaginés desapareció. Quedaron todos a la espera.

Era de noche cuando, como una piedra de lo alto del tajo, vieron caer un talabarte de cuero rojo, bordado con tres estrellas de diamante, con el sello del Gran Consejo: en el centro, un caballo debajo de una palmera. Era la respuesta de Amílcar; el salvoconducto que les enviaba.

Por malo que fuera deseaban un cambio que trajera el fin de sus dolores. Transportados de júbilo, se abrazaban y lloraban. Espendio, Autharita y Zarxas, cuatro italiotas, un negro y dos espartanos se ofrecieron como parlamentarios, y en el acto fueron aceptados. Pero no sabían qué camino tomar.

En esto, sonó un crujido del lado de las rocas, y la más alta de estas, girando sobre sí misma, cayó abajo. Si en la parte que estaban los bárbaros eran las rocas inconmovibles, porque se precisaba moverlas en un plano oblicuo, de arriba, por el contrario, bastaba empujarlas con fuerza para que se despeñaran. Los cartagineses las empujaron, y con la luz del día, los bárbaros vieron una serie de peñascos dispuestos como una escalinata en ruinas. Los bárbaros no podían todavía subirlas. Se les tendió escalas y todos se precipitaron a ellas. Los rechazó la descarga de una catapulta, y únicamente fueron aceptados los diez embajadores.

Fueron entre los clinabaros, apoyándose con las manos en las grupas de los caballos, para sostenerse. Ahora que había pasado su primer transporte de alegría, empezaban a concebir inquietudes. Las exigencias de Amílcar serían crueles; pero Espendio les tranquilizó.

—Yo seré quien hable.

Y se jactaba de lo que diría, como más conveniente para la salvación del ejército.

Detrás de los matorrales encontraban centinelas emboscados, que se arrodillaban ante el talabarte que Espendio llevaba cruzado. Así que los parlamentarios llegaron al cuartel general, la soldadesca se apiñó alrededor de ellos, riendo y cuchicheando. Se abrió la puerta de una tienda de campaña.

En el fondo estaba sentado Amílcar, en un escabel, junto a una mesa alta en la que brillaba una espada desnuda. Los capitanes le rodeaban, puestos en pie.

Al ver el Sufeta a aquellos hombres, hizo un gesto de repugnancia; tenían las pupilas extraordinariamente dilatadas, con un gran cerco negro en torno de los ojos, que se prolongaba por debajo de las orejas; sus narices amoratadas apuntaban entre las mejillas hundidas, surcadas por profundas arrugas; la piel del cuerpo, demasiado ancha para los músculos, desaparecía bajo un polvo de color pizarra; sus labios se pegaban a unos dientes amarillos; despedían un olor infecto, como de tumba entreabierta o de sepulcro agusanado.

En el centro de la tienda había, sobre una estera en que los capitanes iban a sentarse, una gamella de calabazas humeantes, que miraban los bárbaros con un ansia terrible. Amílcar se volvió para dar una orden, y entonces los diez famélicos se precipitaron sobre la vianda, hundiendo las caras en la grasa y acompañando el ruido de la deglución con hipos de alegría. Más por extrañeza que por misericordia, les dejaron arrebañar la gamella, y cuando hubieron terminado, Amílcar mandó con una señal que hablara aquel que llevaba puesto el talabarte. Espendio tenía miedo, balbuceaba.

Amílcar, mientras le escuchaba, daba vueltas en un dedo a un grueso anillo de oro, el mismo con el que había impreso en el tahalí el sello de Cartago. Lo dejó caer en el suelo, y Espendio lo recogió, como si fuera un esclavo. Sus compañeros se indignaron ante esta bajeza.

El griego levantó la voz, y trayendo a cuento los crímenes de Hannón porque sabía que este era el enemigo de Amílcar, trató de aplacar a este con el relato de sus miserias y el recuerdo de sus antiguos servicios. Habló mucho rato, de un modo rápido, insidioso, casi violento; hasta que divagó, arrebatado por el calor de su facundia.

Replicó Amílcar que aceptaba sus excusas y que se haría la paz, que por esta vez sería definitiva. Solo exigía que se le entregaran diez mercenarios de los que él eligiera, sin armas y sin túnicas.

Los enviados no esperaban tanta clemencia. Espendio exclamó:

—¡Te entregaremos veinte, si lo prefieres, amo!

—No; me bastan diez —contestó Amílcar.

Les hicieron salir de la tienda para que deliberaran. Cuando estuvieron solos, Autharita reclamó por sus compañeros sacrificados, y Zarxas dijo a Espendio:

—¿Por qué no le has matado? ¡Allí estaba su espada, junto a él!

—¡Matar a Amílcar! ¡A Amílcar! —repuso Espendio—. ¡A Amílcar!

Y lo repitió muchas veces, como si fuera una cosa imposible, como si Amílcar fuera un ser inmortal.

Tal era su postración, que se echaron de espaldas en tierra, sin saber qu resolver. Espendio les animó a que cedieran. Consintieron y volvieron a entra en la tienda.

Amílcar puso por turno una mano en las de los diez bárbaros, apretando lo pulgares, y en seguida la frotó en sus vestiduras, porque solo el tocar aquella pieles viscosas causaba una picazón que horripilaba. Luego añadió:

—¿Sois vosotros los jefes de los bárbaros y prometéis por ellos?

—Sí —respondieron todos.

—¿Sin reservas, del fondo del alma, con intención de cumplir vuestra promesas?

Contestaron que volverían junto a sus compañeros para hacerles cumplir l pactado.

—Pues bien —replicó el Sufeta—; según la convención pactada entre yo Barca, y los embajadores de los mercenarios, os escojo a vosotros diez; o guardo en rehenes.

Espendio cayó desmayado sobre la estera. Los otros nueve se apretaro guardando tacto de codos, sin proferir una palabra ni una queja.

Al ver los compañeros de abajo que no volvían sus parlamentarios, s creyeron traicionados y que estos se habían entregado al Sufeta. Esperaron do días más, y en la mañana del tercero tomaron la resolución de hacer una escalas con cuerdas, jirones de ropa, picos y flechas, hasta conseguir escala las rocas, y dejando atrás a los más débiles, que eran unos tres mil, pusiéron en marcha para reunirse con el ejército de Túnez.

En lo alto del desfiladero se abría una pradera sembrada de arbustos; lo bárbaros devoraron las yemas y retoños. Luego dieron con un campo de habas y lo talaron como una nube de langostas. Tres horas después llegaron a un segunda planicie, circundada de colinas verdegueantes.

Entre las ondulaciones de estos montículos brillaban haces de color d plata, separadas unas de otras; los bárbaros, deslumbrados por el sol, veía confusamente, debajo de ellas, grandes masas negras que las soportaban. Era las lanzas de las torres de los elefantes, horriblemente armados.

Además del espolón del pecho, de los puñales de sus colmillos y de la rodilleras y de las chapas de cobre que cubrían sus flancos, llevaban a extremo de las trompas un brazalete de cuero al que iba atado el mango de u ancho cuchillo. Acometiendo todos a un tiempo, se adelantaban paralelament por cada lado.

Los bárbaros quedaron helados de espanto. Ni siquiera intentaron huir; se encontraban ya cercados. Entraron los elefantes en esta masa de hombres; los espolones de sus pechos la dividían, las lanzas de sus colmillos la revolvían como rejas de arado; cortaban, tajaban, partían con las guadañas de su trompas; las torres, llenas de faláricas, parecían volcanes movibles; no se veía más que un ancho montón en que las carnes humanas formaban mancha blancas; los pedazos de cobre, manchas grises, y la sangre, copos rojos. Los horribles animales, atropellando por todo, ahondaban surcos negros. El más furioso iba conducido por un númida que llevaba una diadema de plumas y lanzaba jabalinas con horrible celeridad, acompañándose de un agudo silbido. Los demás paquidermos, dóciles como perros, durante la carnicería miraban siempre hacia él.

Poco a poco se iba estrechando el círculo; los bárbaros no podían resistir, y en breve los elefantes llegaron al centro de la llanura. Les faltaba espacio; se amontonaban alborotados, chocándose con los colmillos. Pero Narr-Habas los aplacó, y volviendo grupas, regresaron al trote a las colinas.

Dos sintagmas de bárbaros se habían refugiado a la derecha, en un repliegue del terreno; tiraron sus armas, y de rodillas fueron a las tiendas púnicas, implorando gracia. Se les ató de pies y manos; y cuando los tuvieron tendidos en tierra y todos juntos, se trajeron los elefantes. Estallaban los pechos como cofres al romperse; cada pisotón de elefante aplastaba dos hombres; sus pezuñas se hundían en el cuerpo con un movimiento de anca que parecía hacerles cojear. Así hicieron todo el recorrido.

El nivel de la planicie quedó en calma. Vino la noche. Amílcar se recreaba en el espectáculo de su venganza; pero, de pronto, se estremeció.

Seguía viendo más bárbaros todavía, a seiscientos pasos de allí, a la izquierda, en la cumbre de un cerro. Eran cuatrocientos de los más robustos etruscos, libios y espartanos que en un principio ganaron las alturas, y que después de la matanza de sus compañeros resolvieron cargar contra los cartagineses. Ya bajaban en columnas cerradas, de un modo magnífico y formidable.

El Sufeta les envió inmediatamente un heraldo. Necesitaba soldados, y los recibía sin condiciones, en homenaje a su bravura. Podían acercarse a cierto lugar, que se les designó, donde encontrarían víveres.

Corrieron allí los bárbaros y pasaron la noche comiendo. Pero los cartagineses criticaron esta parcialidad de Amílcar con los mercenarios.

¿Cedía este a las expansiones de un odio insaciable, o era esto un refinamiento de perfidia? Al otro día fue él mismo, sin espada, desnuda la

cabeza, con una escolta de clinabaros, y les declaró que siendo mucha la gente que había que mantener, no podía contratarlos; pero como le hacían falta hombres, y no sabía de qué modo escoger los mejores, que se pelearan unos con otros y que admitiría los vencedores para su guardia particular.

Muerte por muerte, valía más esta; y apartando a sus soldados, porque los estandartes púnicos ocultaban a los mercenarios el horizonte, les mostró los ciento noventa y dos elefantes de Narr-Habas formando una línea recta, con las trompas erectas como el hierro, cual brazos de gigantes que llevaran hachas en las cabezas.

Los bárbaros se miraron en silencio unos a otros. No era la muerte lo que les infundía pavor, sino la horrible alternativa a que se les obligaba.

La vida en común había establecido entre estos hombres una profunda amistad. Para la mayoría, el campamento substituía a la patria; viviendo sin familia, volvían toda su ternura hacia un compañero; dormían cada uno al lado de otro, bajo el mismo manto, a la claridad de las estrellas. Además, en este perpetuo vagamundeo a través de tantos países, de tantas muertes y aventuras se habían creado extraños amores; uniones obscenas tan formales como matrimonios; en las que el más fuerte defendía al más joven en una batalla, le ayudaba a franquear precipicios, limpiaba su frente del sudor de las fiebres, robaba comida para él; y el protegido, niño recogido al borde de un camino convertido en mercenario, pagaba este afecto con mil cuidados y complacencias de esposa.

Cambiaron sus collares y pendientes de las orejas, regalos felices, en horas de embriaguez o de gran peligro. Querían morir todos, pero ninguno daba el primer golpe. Un joven decía a otro de barba gris: «¡No; tú eres el más robusto! ¡Tú nos vengarás; mátame!» Y el otro respondía: «Me quedan menos años de vida que a ti. ¡Dame en el corazón y no te preocupes!» Los hermanos se miraban con las manos enlazadas; el amante daba a su amado la despedida eterna derramando lágrimas, abrazándose.

Al quitarse las corazas para que las puntas de las espadas entraran mejor enseñaron las cicatrices de las heridas recibidas por defender a Cartago semejantes a inscripciones en columnas.

Se colocaron en cuatro filas iguales, al modo de los gladiadores, y empezaron con tibias acometidas. Algunos se habían vendado los ojos, y con las espadas hendían el aire, como un ciego agita el palo. Burlábanse de ellos los cartagineses, diciéndoles que eran unos cobardes. Los bárbaros se animaron, y muy pronto se generalizó la lucha de un modo furibundo y precipitado.

A veces, dos hombres se detenían ensangrentados, cayendo uno en brazo del otro, y morían dándose besos. Ninguno retrocedía. Daban el pecho a la espadas. Su delirio era tan furioso, que los cartagineses, de lejos, tenían miedo.

Al fin cesaron de pelear. Los pechos roncaban y sus pupilas fulguraban a través de sus largas cabelleras, que colgaban como teñidas en un baño de púrpura. Muchos giraban sobre sí mismos, vertiginosamente, como pantera heridas en la frente; otros estaban inmóviles, contemplando un cadáver a su pies; luego, de pronto, se arañaban la cara con las uñas, tomaban la espada con ambas manos, y se la hundían en el vientre.

Quedaban unos sesenta. Pidieron de beber. Les gritaron que tiraran la espadas; y cuando lo hicieron, se les trajo agua. Mientras estaban bebiendo con la cara hundida en las vasijas, otros tantos cartagineses los mataron por la espalda con estiletes.

Amílcar había dispuesto todo esto para satisfacer los instintos de su ejército, y por esta traición atraerlo a su persona.

Así, pues, la guerra había terminado; al menos, así se creía. Matho no resistiría más. Impaciente el Sufeta, ordenó en seguida la partida.

Sus exploradores vinieron a decirle que se veía un convoy por la Montaña de Plomo. Amílcar no dio importancia a la noticia. Una vez destruidos los mercenarios, los nómadas no le estorbarían más. Lo importante era tomar a Túnez, a la que se dirigió a marchas forzadas.

Había enviado a Narr-Habas a Cartago a llevar la noticia de la victoria: y el rey númida, orgulloso de su éxito, se presentó en el palacio de Salambó.

Salambó le recibió en sus jardines, al pie de un alto sicomoro, entre dos almohadones de cuero amarillo, acompañada de Taanach. Llevaba sobre el rostro un velo blanco que solo dejaba libres los ojos; pero sus labios brillaban en la transparencia de la gasa no menos que la pedrería de sus dedos; ya que Salambó, que tenía las manos envueltas mientras duró la entrevista, no hizo un solo gesto.

Narr-Habas la anunció la derrota de los bárbaros. Ella le dio las gracias por los servicios que había prestado a su padre, Barca. El númida le contó entonces toda la campaña.

En torno de los interlocutores, las palomas se arrullaban lánguidamente, y otros pájaros revoloteaban entre la hierba: codornices de Tarteso y pintadas púnicas. Trepaban las coloquíntidas por las ramas de las cañafístulas, la

asclepias sembraban los campos de rosas; toda clase de plantas se entrelazaban formando canastillos y lazos; los rayos de sol, bajando oblicuamente, dibujaban la sombra de las hojas en el suelo. Los animales domésticos, convertidos en montaraces, huían al menor ruido. Los rumores de la ciudad se perdían en el murmullo del oleaje. El cielo estaba todo azul y no una vela aparecía en el mar.

Narr-Habas no hablaba; Salambó contemplaba al rey númida. Vestía este una túnica de lino pintada de flores y con fimbria de oro; dos flechas de plata sostenían sus cabellos trenzados sobre sus orejas. Apoyaba la mano derecha en el mango de una pica adornada con círculos de electro y pellones de piel. Una infinidad de vagos pensamientos absorbían a Salambó. Este hombre, de voz suave y de complexión femenina, cautivaba por su gracia personal, y a ella le parecía como una hermana mayor enviada por los Baales para protegerla. El recuerdo de Matho le hizo preguntar por él al númida.

Respondió Narr-Habas que los cartagineses se dirigían a Túnez con el fin de hacerle prisionero. A medida que exponía sus probabilidades de éxito y lo pocos recursos de Matho, ella parecía animarse, hasta ponerse nerviosa. Cuando, al fin, le prometió matarlo él mismo, Salambó dijo:

—¡Sí, mátalo; es necesario!

El númida contestó que deseaba ardientemente esta muerte, porque así acabada la guerra, sería su esposo.

Salambó se estremeció y bajó la cabeza. Pero prosiguiendo Narr-Habas comparó sus deseos a las flores que languidecen después de la lluvia; a los viajeros perdidos que esperan el día. Añadió que ella era más hermosa que la luna; más grata que el viento de la mañana y que el rostro del huésped; que haría venir para ella, del país de los negros, cosas nunca vistas en Cartago, y que las habitaciones de su palacio estarían enarenadas con polvo de oro.

Atardecía; se respiraba un aire perfumado. Por algún tiempo, se miraron en silencio. Los ojos de Salambó, entre los largos pliegues de su vestimenta, parecían dos estrellas en el rasgón de una nube. Antes que se pusiera el sol terminó la entrevista.

Los Ancianos se sintieron inquietos cuando Narr-Habas salió de Cartago. El pueblo le había recibido con aclamaciones más entusiastas que la primera vez. Si Amílcar y el rey de los númidas triunfaban solos de los mercenarios, sería imposible resistirlos; por tanto, resolvieron, para debilitar la influencia de Barca, que el viejo Hannón actuara en esta última etapa de la salvación de la República.

Hannón se trasladó inmediatamente a las provincias occidentales, a fin d vengarse en los mismos lugares testigos de su vergonzosa derrota; pero lo habitantes y los bárbaros habían muerto, huido o estaban ocultos. Est contratiempo hizo que el Sufeta desahogara su cólera en la campiña; quem ruinas de ruinas, no dejó ni un árbol ni una brizna de hierba; a los niños y enfermos que encontraba los hacía morir entre tormentos; daba a sus soldado las mujeres antes de degollarlas, pero él se hacía llevar a una litera las má hermosas, porque su atroz enfermedad le tenía inflamado de impúdico deseos.

A veces, en las crestas de las colinas se plegaban las negras tiendas com derribadas por el viento, y anchos discos de brillantes llantas, que eran la ruedas de los carros, rechinando con plañidero son, se hundían en los valles Las tribus que habían abandonado el sitio de Cartago iban errantes por la provincias, esperando una ocasión o la victoria de los mercenarios para volver pero, sea por terror o por hambre, tomaron todas el camino de sus hogares, y desaparecieron.

Amílcar no tuvo celos de este éxito de Hannón; pero como le convení concluir de una vez, le ordenó se juntara con él delante de Túnez. Hannón, qu amaba a su patria, se presentó en el día fijado ante las murallas de aquell ciudad.

Túnez tenía para defenderse su población autóctona, doce mil mercenarios todos los «Comedores de cosas inmundas», y con ellos estaba Matho contemplando desde allí, a lo lejos, el horizonte de Cartago. Con este conjunt de odios reunidos, pronto se organizó la resistencia. Con odres se hicieron cascos, se cortaron todas las palmeras de los jardines para hacer lanzas, s cavaron cisternas; y, en cuanto a víveres, se pescaban a orillas del lag grandes peces blancos que se alimentaban de cadáveres y de inmundicias. La fortificaciones, en estado ruinoso por los celos de Cartago, no podían resisti el empuje de los hombres. Matho tapó los agujeros con piedras de lo edificios. Era la lucha postrera; nada esperaba, como no fuese que la fortun diera una vuelta a la rueda.

Al acercarse los cartagineses, vieron en la muralla un hombre que d cintura arriba rebasaba la altura de las almenas, y que veía volar las flechas a su alrededor con la impasibilidad de quien ve cruzar una bandada d golondrinas. Ninguna de ellas hirió a Matho.

Amílcar estableció su campo en el lado meridional; Narr-Habas, a s derecha, ocupaba el llano de Radés; Hannón, el borde del lago; los tre

generales debían guardar sus posiciones respectivas para atacar todos a un tiempo al enemigo.

Pero Amílcar quiso primero demostrar a los mercenarios que los castigaría como esclavos. Hizo crucificar a los diez embajadores, y los puso juntos sobre un montículo, de cara a la ciudad.

A su vista, los sitiados abandonaron las murallas.

Matho tenía pensado que si podía pasar entre los muros y las tiendas de Narr-Habas, con la rapidez necesaria para que los númidas no tuvieran tiempo de salir, caería sobre la retaguardia de la infantería cartaginesa, que así se vería copada entre él y la gente de la ciudad. En consecuencia, se lanzó afuera con sus veteranos.

Lo vio Narr-Habas, y, llegándose a la playa del lago, avisó a Hannón que enviara tropas en auxilio de Amílcar. ¿Era porque creía a Barca débil para resistir a los mercenarios, o bien fue una perfidia o una necedad? Nunca se pudo averiguar. Lo cierto es que Hannón, en su afán de humillar a su rival, no titubeó: mandó tocar los clarines, y con todo su ejército se precipitó sobre los bárbaros. Estos hicieron un cambio de frente, y corrieron hacia los cartagineses; repeliéndolos y aplastándoles, hasta que llegaron a la tienda de Hannón, que estaba en ella con treinta de los Ancianos más ilustres.

Asombrado de tanta audacia, llamó a sus capitanes. Avanzaban todos puñal en mano, vociferando injurias. Se empujaba la turba, y aquellos que le tenían cogido de la mano, a duras penas podían impedirle la huida. Hannón les decía al oído: «Te daré lo que quieras. Soy rico. ¡Sálvame!» Los otros le empujaban y aunque era muy pesado, sus pies no tocaban al suelo. A los Ancianos se les había ya sacado afuera. Aumentó el terror de Hannón: «¡Me habéis vencido! ¡Soy vuestro cautivo! ¡Pagaré mi rescate!» Y repetía, viéndose llevado a hombros de los mercenarios: «¿Qué vais a hacer? ¿Qué queréis? ¡Ya veis que no hago resistencia! ¡Siempre he sido bueno!»

Ante la puerta se había levantado una cruz gigantesca. Aullaban los bárbaros: «¡Aquí! ¡Aquí!» Hannón levantó más la voz, y en nombre de los dioses les invitó a que llamaran al Schalischim, porque tenía que confiarle un secreto del que dependía su salvación.

Los bárbaros se detuvieron; pareciéndole que era prudente consultar a Matho, fueron a avisarle.

Hannón cayó sobre la hierba; alrededor suyo veía otras cruces, como si el suplicio que le aguardaba se multiplicara de antemano; hacía esfuerzos para convencerse de que se engañaba; que no veía más que una, tal vez ninguna. Los levantaron.

—¡Habla! —dijo Matho.

Le ofreció entregar a Amílcar; que entrarían juntos en Cartago, y serían reyes los dos.

Matho se apartó, haciendo señal a los demás para que se dieran prisa porque ya se imaginaba que todo era una astucia para ganar tiempo.

Pero se engañaba Matho; Hannón sufría una de esas crisis en que no se atiende a nada; y execraba de tal modo a Amílcar, que a cambio de una leve esperanza de salvarse, lo hubiera sacrificado con todos sus soldados.

Al pie de las treinta cruces yacían los Ancianos tendidos en tierra, con las cuerdas bajo los sobacos. Comprendiendo entonces el anciano Sufeta que iba a morir, lloró.

Le arrancaron lo que le quedaba del vestido, y entonces mostró al desnudo toda la asquerosidad de su persona. Las úlceras cubrían enteramente su cuerpo; la grasa de las piernas tapaban las uñas de los pies; colgaban de sus dedos como andrajos verdosos; las lágrimas que resbalaban entre los tubérculos de sus mejillas daban a su rostro algo horriblemente triste, nunca visto en otro rostro humano. La diadema real, medio desceñida, se arrastraba por el polvo con sus cabellos blancos.

No encontraban cuerdas bastante fuertes para izarlo hasta lo alto de la cruz y le clavaron los pies, antes de levantar el madero, a la usanza púnica. Su orgullo, entonces, se sobrepuso a su dolor: vomitó injurias. Espumeaba por la boca; se retorcía como monstruo marino que degüellan en la ribera, y les predecía que morirían todos de una manera más cruel, y que sería vengado.

Ya lo estaba. Al otro lado de la ciudad, de donde se escapaban ahora llamaradas entre columnas de humo, agonizaban los embajadores de los mercenarios.

Algunos de estos, desmayados al principio, se habían reanimado con la frescura del viento; pero seguían con la barba sobre el pecho y colgaban sus cuerpos, a pesar de los clavos que les sujetaban los brazos más arriba de la cabeza; de sus talones y manos, caía la sangre a goterones, lentamente, como las frutas maduras de un árbol; y Cartago, el golfo, las montañas y las llanuras todo les parecía que daba vueltas, como una inmensa rueda. Alguna nube de polvo que subía del suelo les envolvía en su torbellino, y sentían correr sobre ellos un sudor glacial juntamente con el alma que se les escapaba.

Veían, sin embargo, a mucha profundidad los movimientos de los soldados en las calles y fulgores de espadas; oían vagamente el tumulto de la batalla, así como oyen el ruido del mar los náufragos que mueren en las gavias de un buque. Los italiotas, que eran los más robustos, aún gritaban; los audemonios

estaban callados, con los ojos entornados; Zarxas, tan vigoroso, estab doblado como una caña rota; el etíope, a su lado, tenía la cabeza caída haci atrás, por encima del brazo de la cruz; Autharita, inmóvil, giraba los ojos; s gran cabellera, sujeta en una hendidura de la madera, se mantenía recta sobr la frente, y el ronquido que exhalaba del pecho parecía más bien un rugido d cólera. En cuanto a Espendio, revestido de un valor extraño, despreciaba ahor la vida, por la certidumbre que tenía de una manumisión inmediata y eterna, esperaba impasible la muerte.

En medio de su desfallecimiento, temblaban todos ante un roce de pluma que les pasaban por la boca, acompañado de sombras y graznidos, en el aire Como la cruz de Espendio era la más alta, en ella se posó el primer buitre. E antiguo esclavo volvió la cara a Autharita, y le dijo lentamente, con sonris indefinible:

—¿Te acuerdas de los leones, en el camino de Sicca?

—¡Eran nuestros hermanos! —contestó el galo; y expiró.

Durante este tiempo, Amílcar había abierto brecha y llegado a la ciudadela Una ráfaga de viento disipó de pronto el humo en las lejanías de las muralla de Cartago; el Sufeta creyó ver gente asomada en la plataforma de Eschmún; a poca distancia, hacia la izquierda, a orillas del lago, treinta cruce desmesuradas.

En efecto: para hacerlas más espantosas, las habían construido con lo mástiles de las tiendas; y los treinta cadáveres de los Ancianos aparecían e alto, destacándose en el azul del cielo. Sobre sus pechos tenían algo así com mariposas blancas; eran las barbas de las flechas que les habían tirado desd abajo.

En la cima de la mayor de todas fulgía una ancha cinta de oro, flotand hacia atrás; el brazo faltaba por este lado, y a Amílcar le costó trabaj reconocer a Hannón. Los huesos esponjosos de este, no pudiendo aguantar e peso de los clavos, se iban descoyuntando, juntamente con los miembros, solo quedaban en la cruz restos informes, semejantes a fragmentos d animales colgados a la puerta de un puesto de monteros.

El Sufeta no pudo advertir nada; la ciudad, delante de él, le ocultaba todo e otro lado, y los capitanes enviados sucesivamente a los otros dos generales n habían vuelto. Pero fueron llegando fugitivos, los cuales contaron la derrota; el ejército púnico hizo alto. Esta catástrofe, en medio de la victoria, le impresionó. Ya no hacían caso de las órdenes de Amílcar.

Matho se aprovechó de ello para continuar sus estragos entre los númidas.

Destruido el campo de Hannón, Matho cayó sobre ellos. Salieron lo elefantes, pero los mercenarios, con teas encendidas se precipitaron sobre ello y las bestias, asustadas, huyeron desbocadas al golfo, donde se ahogaron baj el peso de sus armaduras. Narr-Habas había enviado su caballería; todos s echaron de cara al suelo, y cuando los caballos estuvieron a tres pasos de lo bárbaros, estos saltaron, abriéndoles el vientre a puñaladas. La mitad de lo númidas había muerto cuando se presentó Amílcar.

Extenuados los mercenarios, no podían hacer frente a estas tropas d refresco. Retrocedieron en buen orden hasta la montaña de las Agua Calientes. El Sufeta tuvo la prudencia de no perseguirlos, y se dirigió a l desembocadura del Macar.

Túnez era suyo, pero estaba reducido a un montón de escombro humeantes. Las ruinas caían por las brechas de los muros, hasta la mitad de llano; en el fondo, entre las orillas del golfo, los cadáveres de los elefantes empujados por la brisa, chocaban entre sí como un archipiélago de negra rocas que flotaran en el mar.

Narr-Habas, para sostener esta guerra, había echado mano de todos lo elefantes de sus bosques, jóvenes y viejos, machos y hembras, y así agotó l fuerza militar de su reino. El pueblo, que los vio morir a lo lejos, qued desolado; los hombres se lamentaban en las calles, llamándolos por su nombres, como a amigos difuntos: «¡Ah, el *Invencible*! ¡La *Victoria*! ¡E *Terrible*! ¡La *Golondrina*!» En el primer día no se habló más que de lo ciudadanos muertos; pero al siguiente, se vieron las tiendas de los mercenario en la montaña de las Aguas Calientes, y la desesperación fue tan grande, qu mucha gente, las mujeres sobre todo, se precipitaron de cabeza de lo alto de l Acrópolis.

Se ignoraban los proyectos de Amílcar. Este vivía solo en su tienda, sin más compañía que la de un joven, y nadie comía con ellos, sin exceptuar a mismo Narr-Habas, al que demostraba, sin embargo, miramiento extraordinarios desde la derrota de Hannón; pero el rey de los númidas tenía demasiado interés en ser su yerno y empezaba a desconfiar.

La inercia del Sufeta disimulaba hábiles maniobras. Con toda suerte de artificios, iba seduciendo a los jefes de pueblos; y los mercenarios se vieron arrojados, rechazados, acosados como bestias feroces. No bien entraban en un bosque, ardían todos los árboles a su alrededor; si bebían en una fuente, estaba envenenada; tapiaban las cavernas donde se guarecían para dormir. La poblaciones que hasta entonces habían sido sus aliadas o sus cómplices, los perseguían ahora; en todas estas bandas, veían los bárbaros armadura cartaginesas.

Muchos tenían costras y herpes en la cara, provenientes, según ellos, de haber tocado a Hannón. Pensaban otros que era por haber comido los peces de Salambó; pero lejos de arrepentirse, soñaban con sacrilegios peores, a fin de que fuese mayor el ultraje a los dioses púnicos. Hubieran querido exterminarlos.

Así fueron ambulando durante tres meses, a lo largo de la costa oriental, y después, por detrás de la montaña de Selún, hasta los primeros arenales del desierto, buscando no sabían qué refugio. Útica e Hippo-Zarita no les habían traicionado; pero Amílcar tenía cercadas las dos ciudades. Subieron más al Norte, al azar, sin conocer los caminos. Con tanta miseria, tenían turbadas las cabezas; solo les quedaba el sentimiento de una exasperación que iba en aumento; hasta que un día se encontraron en las gargantas del Cobo, ¡frente a Cartago otra vez!

La fortuna se mantenía igual; pero unos y otros estaban tan excitados, que deseaban, en lugar de estas escaramuzas, una gran batalla, con tal de que fuera la última.

Matho tenía deseos de comunicar personalmente al Sufeta esta propuesta pero uno de sus libios se ofreció a hacerlo. Todos, al verle partir, tuvieron el convencimiento de que no volvería; pero volvió la misma noche.

Amílcar aceptaba el reto. Se encontrarían con él al amanecer, en el llano de Radés.

Quisieron saber los mercenarios si había dicho algo más, y el libio contó:

—Cuando yo estuve en su presencia, me preguntó qué quería. Yo respondí «Que me maten.» Entonces él dijo: «¡No, vete, ya morirás mañana con tu compañeros!»

Esta generosidad extrañó a los bárbaros; algunos quedaron aterrados, por lo que Matho lamentó que no hubieran matado al parlamentario en el campo cartaginés.

Le quedaban todavía tres mil africanos, mil doscientos griegos, mi quinientos campanios, doscientos iberos y cuatrocientos etruscos, quiniento samnitas, cuarenta galos y una banda de Nafur, bandidos nómada encontrados en la región de los dátiles; en total, siete mil doscientos diez y nueve soldados, pero ninguna sintagma completa. Habían tapado los agujero de las corazas con omoplatos de cuadrúpedo; y reemplazó los coturnos d cobre con sandalias rotas. Las placas de cobre o de hierro hacían más pesado sus vestidos; las cotas de malla colgaban en andrajos, mostrando en las carne las cuchilladas como hilos de púrpura entre los pelos de los brazos y de la caras.

La rabia por los compañeros muertos les volvía al alma multiplicando su vigor; sentían confusamente que eran los servidores de un dios de lo oprimidos, como los pontífices de la venganza universal. Además, le encolerizaba una injusticia irritante; sobre todo ante la vista de Cartago en e horizonte. Juraron combatir todos hasta la muerte.

Mataron las bestias de carga y se las comieron para cobrar fuerzas; luego s entregaron al descanso. Algunos rezaron, de cara a distintas constelaciones.

Llegaron los cartagineses al llano, frente a ellos. Frotaron el borde de lo escudos con aceite, para facilitar el resbalo de las flechas; los infantes qu llevaban largas cabelleras se las cortaron en la frente, por prudencia; y Amílcar, a la quinta hora, hizo volcar todas las gamellas, sabiendo que era desventajoso pelear con el estómago lleno. Su ejército ascendía a catorce mi hombres, casi el doble del ejército bárbaro; pero nunca había experimentado la inquietud que ahora; si sucumbía era la destrucción de Cartago y moriría crucificado; si triunfaba, por los Pirineos, las Galias y los Alpes, caería sobr Italia y el imperio de los Barca sería eterno. Veinte veces se levantó en esta noche para vigilarlo todo, en los más mínimos detalles. Los cartagineses estaban exasperados por tanto recelo.

Narr-Habas dudaba de la fidelidad de los númidas, aparte de que lo bárbaros podían vencerlos. Poseído de una extraña debilidad, bebía a cada

instante vasos de agua.

De repente, un hombre desconocido abrió su tienda y puso en el suelo una corona de sal gema, adornada con dibujos hieráticos hechos con azufre y rombos de nácar. Era la corona de desposado que enviaba la novia; una prueba de amor; una especie de invitación.

Sin embargo, Salambó no amaba a Narr-Habas. El recuerdo de Matho la obsesionaba de una manera intolerable, pareciéndole que la muerte de este hombre despejaría su imaginación, bien así como para curarse de la picadura de una víbora, se la aplasta sobre la misma herida. El rey de los númidas esperaba con impaciencia la boda, y como esta debía seguir inmediatamente a la victoria, Salambó le hacía este presente para excitar su valor. Todas las angustias de Narr-Habas desaparecieron; ya no pensó más que en la dicha de poseer una mujer tan hermosa.

La misma visión preocupaba a Matho; pero la rechazó en seguida, y concentró su amor en sus compañeros de armas. Los acariciaba como porciones de su propia persona, de su odio; y se sentía con el espíritu más elevado, los brazos más fuertes; todo lo que debía ejecutar le parecía claro. Si algún suspiro se le escapaba, era por el recuerdo de Espendio.

Alineó los bárbaros en seis filas iguales. En medio puso a los etruscos unidos por una cadena de bronce; los flecheros estaban atrás, y en las dos alas distribuyó los Nafur, montados en caballos de pelo raso, cubiertos de pluma de avestruz.

El Sufeta dispuso los cartagineses en orden parecido. A distancia de la infantería, junto a los vélites, colocó los clinabaros; más allá, a los númidas. Cuando fue de día, ambos ejércitos estaban alineados, dándose las caras mirándose con ojos feroces. Hubo al pronto una vacilación; pero al fin, los dos ejércitos se movieron.

Avanzaban los bárbaros lentamente, para no sofocarse, batiendo la tierra con los pies. El centro del ejército púnico formaba una curva convexa. Sobrevino un choque terrible, parecido al encontronazo de dos flotas que se abordan. La primera hilera de bárbaros se entreabrió en seguida, y los flecheros que estaban detrás, lanzaron sus flechas y azagayas. La curva de los cartagineses iba aplanándose, hízose recta y luego se dobló; entonces, las dos secciones de vélites se acercaron paulatinamente, como hojas de un compás que se cierra. Los bárbaros, encarnizados contra la falange, entraron en este hueco; estaban perdidos. Matho los detuvo; y mientras las alas cartaginesas seguían avanzando, hizo salir afuera las tres filas interiores de su línea, la

cuales desbordaron pronto sus flancos, apareciendo todo el ejército en tripl longitud.

Pero los bárbaros, puestos en los dos extremos, aparecían los más débiles los de la izquierda sobre todo, por haber agotado sus carcajes, y los vélites lo apretaban en columna cerrada.

Matho los hizo correr a retaguardia. Su ala derecha se componía d campesinos armados de hachas; los empujó sobre la izquierda cartaginesa; a centro atacaba al enemigo, y los del otro extremo, fuera de peligro, contenía a los vélites. Entonces, Amílcar dividió su caballería por escuadrones, pus entre ellos a los hoplitas y los lanzó contra los mercenarios.

Estas masas en forma de cono presentaban un frente de caballos y parede demasiado anchas, se erizaban llenas de flechas. Era imposible que resistiera los bárbaros; únicamente los infantes griegos tenían armaduras de cobre; lo demás iban armados con cuchillos en la punta de una percha, hoces tomada en las granjas y espadas hechas con la llanta de una rueda; sus hojas, blanda en demasía, se doblaban al herir, y en el tiempo que empleaban e enderezarlas con los talones, los cartagineses los acuchillaban cómodamente, derecha e izquierda.

Los etruscos, atados a la cadena, no se movían; los que habían muerto n podían caer, y sus cadáveres eran un obstáculo; esta gruesa línea de bronce ta pronto se abría y se cerraba, dúctil como una serpiente e inquebrantable com un muro. Los bárbaros venían a rehacerse tras ella, descansando un minuto, luego volvían a la lucha, con los pedazos de armas que les quedaban.

A muchos les faltaban ya y saltaban sobre los cartagineses, mordiéndole en las caras, como perros. Los galos, por orgullo, se despojaron de sus sayos mostrando de lejos sus corpachones blancos, y para asustar al enemig ensanchaban sus heridas. En las sintagmas púnicas no se oía más que la vo del agitador que anunciaba las órdenes; los estandartes repetían sus señales cada cual iba llevado por la oscilación de la gran masa que le rodeaba.

Amílcar mandó avanzar a los númidas, y los Nafur se precipitaron a s encuentro.

Vestidos con anchas túnicas negras, con una borla de cabello en la punt del cráneo y una rodela de cuero de rinoceronte, manejaban un hierro si mango, sostenido por una cuerda; sus camellos, erizados de plumas, lanzaba sonoros ronquidos. Las hojas daban en los sitios precisos, y cuando s apartaban se llevaban un miembro con ellas. Furiosos los animales galopaba a través de las sintagmas. Algunos de los camellos que tenían las piernas rotas andaban a saltos como los avestruces heridos.

La infantería púnica cayó en masa sobre los bárbaros y los cortó. Su manípulos evolucionaban, espaciados unos de otros. Las armas brillantes d los cartagineses cercaban a los bárbaros como coronas de oro; un hormiguer bullía en medio, y el sol ponía en las puntas de las espadas chispas y vislumbres. Las filas de los clinabaros estaban tendidas en el llano; lo mercenarios les arrancaban las armaduras, se las ponían y volvían al combate Muchas veces, engañados los cartagineses, se metieron en medio de ellos. Le inmovilizaba cierto embotamiento, o bien refluían y daban triunfante clamores que, llevados por el aire, parecía empujarles como el aliento de un tempestad. Amílcar se desesperaba; todo iba a sucumbir ante el genio d Matho y el invencible valor de los mercenarios.

En esto se oyó en el horizonte un repetido batir de tamboriles. Era un turba de viejos, de enfermos, de niños de quince años y de mujeres, que n pudiendo resistir a su zozobra, salieron de Cartago, y para ponerse bajo l protección de algo formidable, habían tomado, en casa de Amílcar, el únic elefante que poseía ahora la República: el de la trompa cortada.

Entonces les pareció a los cartagineses que la patria, abandonando su murallas, venía a mandarles morir por ella. Sintieron redoblado su valor, y lo númidas arrastraron a todos.

Los bárbaros, en medio del llano, se habían replegado junto a u montículo. No tenían ninguna probabilidad de vencer, ni aun de sobrevivir pero eran los mejores, los más intrépidos y los más fuertes.

La gente de Cartago lanzaba, por encima de los númidas, asadores, cazos y martillos; aquellos que pusieron espanto en los cónsules, morían a los golpe de las mujeres; el populacho púnico exterminaba a los mercenarios.

Estos se habían refugiado en lo alto de la colina. A cada nueva brecha, s círculo se estrechaba; dos veces bajó, y una sacudida les empujó arriba; lo cartagineses, en montón, alargaban los brazos; introdujeron las picas entre la piernas de los compañeros y pinchaban al acaso. Resbalaban en la sangre; l pendiente era tan rápida, que rodaban por ella los cadáveres. El elefante qu trataba de subir la cuesta los tenía hasta el vientre, no pareciendo sino que lo pisaba con delicia; su trompa cortada, pero ancha en su reborde, se movía d vez en cuando como una enorme sanguijuela.

Después, se pararon todos. Los cartagineses, enseñando los dientes miraban a lo alto de la colina donde los bárbaros estaban en pie, hasta qu acometiendo bruscamente, volvió a empezar la contienda. Los mercenario dejaban acercarse a los enemigos, gritando que se querían entregar; pero, co súbita burla, se mataban de un golpe, y a medida que caían los muertos, lo

otros se ponían encima para defenderse. Era como una pirámide que poco a poco se agrandaba.

Ya únicamente quedaban cincuenta, que se redujeron a veinte, luego a tres y por fin a dos: un samnita armado con un hacha, y Matho, que aún tenía su espada.

El samnita manejaba su hacha, a diestro y siniestro, advirtiendo a Matho los golpes que le amagaban:

—¡Amo! ¡Por aquí! ¡Por allá! ¡Bájate!

Matho había perdido sus espaldares, su casco, su coraza; estaba completamente desnudo, más lívido que un muerto, con los cabellos erizados y los labios espumeantes; su espada giraba con tanta rapidez, que formaba una aureola en torno suyo. Una pedrada la rompió la empuñadura; el samnita había muerto y la ola de cartagineses se estrechaban y se le venía encima. Entonces levantó al cielo las manos vacías, cerró los ojos y, abriendo los brazos como un hombre que se lanza al mar desde lo alto de un promontorio, se lanzó a las picas.

Estas se apartaron al verle venir. Cuantas veces se daba a los enemigos otras tantas estos retrocedían y separaban sus armas. Tropezó con una espada y quiso cogerla; pero entonces se sintió atado de pies y manos, y cayó.

Era Narr-Habas, que le estaba siguiendo hacía algún tiempo, paso a paso con una de las redes de cazar animales salvajes, y que aprovechó el momento en que Matho se bajaba para envolverle.

Lo pusieron sobre el elefante, con los cuatro miembros en cruz; todos los que no estaban heridos fueron escoltándole ruidosamente hasta Cartago.

La noticia de la victoria había llegado a la ciudad antes de la tercera hora de la noche; la clepsidra de Kamón había vertido la quinta cuando llegaron a Malqua. Matho abrió los ojos. Había tantas luces en las casas, que la ciudad parecía arder en llamas.

Llegaba vagamente a sus oídos un inmenso clamor, y echado de espaldas miraba las estrellas.

Luego se cerró una puerta tras él y quedó en tinieblas.

Al otro día, a la misma hora, moría el último de los hombres que quedaban en el desfiladero del Hacha. El día que partieron sus compañeros, los zuazos habían desmoronado las rocas y se alimentaron por algún tiempo. Los bárbaros no perdían la esperanza de volver a ver a Matho y no querían abandonar la montaña, sea por desaliento, por tibieza o por obstinación de enfermos que se resisten a cambiar de sitio; pero agotadas las provisiones, los zuazos se retiraron.

Se sabía que apenas quedaban trescientos, por lo que no valía la pena d
enviar soldados.

Las bestias feroces, los leones, sobre todo, se habían multiplicado desd
que empezó la guerra. Narr-Habas había hecho una gran batida, y poniend
cabras atadas, de distancia en distancia, los había empujado hacia e
desfiladero del Hacha, y aún vivían los trescientos cuando llegó el hombr
enviado por los Ancianos a averiguar cuántos quedaban de ellos.

En toda la extensión de la llanura, los leones y los cadáveres estaba
tendidos, y los muertos se confundían con los vestidos y las armaduras. A cas
lodos les faltaba la cara o bien un brazo; algunos parecían intactos; otro
completamente disecados, y los cráneos hechos polvo llenaban los cascos; lo
pies, descarnados, salían de las grebas; los esqueletos conservaban sus mantos
las osamentas, limpias por el sol, formaban manchas brillantes en medio de l
arena.

Los leones descansaban con el pecho en el suelo y las dos patas alargadas
parpadeando a la luz del sol, aumentada por la reverberación de las roca
blancas. Otros, sentados sobre la grupa, miraban fijamente delante de ellos;
bien medio envueltos en sus largas crines, dormían arrollados como una bola
en actitud cansina y aburrida. Estaban inmóviles, como la montaña y como lo
muertos. Venía la noche, y anchas fajas rojas rayaban el cielo en el Occidente.

En uno de estos montones que ondulaban irregularmente el llano, alg
menos vago que un espectro se levantó. Uno de los leones se despejó
anduvo, recortando con su forma monstruosa una sombra negra en el fond
del cielo color de púrpura, y cuando estuvo junto al hombre, lo derribó de u
solo zarpazo, y, puesto encima de él, sentado sobre el vientre, le fu
desgarrando las entrañas.

Abrió después sus enormes fauces, y durante algunos minutos lanzó u
largo rugido que repitieron los ecos de la montaña y fue a perderse en l
soledad.

De pronto rodaron desde lo alto fragmentos de rocas. Oyóse un rumor d
pasos rápidos, y del lado del rastrillo, del lado de la garganta, asomaron cinc
orejas puntiagudas y unas pupilas salvajes. Eran los chacales que acudían
devorar los restos.

El cartaginés, que veía todo esto desde lo alto del precipicio, se volvió.

XV

MATHO

Gozosa estaba Cartago, con gozo profundo, universal, desmesurado frenético. Habían reparado las ruinas y pintado las estatuas de los dioses; lo ramos de mirto cubrían las calles, humeaba el incienso en las encrucijadas y l multitud en las azoteas parecía, con sus abigarrados vestidos, como cestas d flores que se abren al sol.

El continuo chillido de las voces era dominado por el grito de lo aguadores que regaban el pavimento; los esclavos de Amílcar ofrecían e nombre de este cebada tostada y pedazos de carne cruda; salían unos a encuentro de otros, se abrazaban llorando; las ciudades tirias estaba conquistadas, los nómadas dispersos, exterminados los bárbaros. Desaparecí la Acrópolis bajo los toldos de colores; los espolones de las trirremes alineados fuera del muelle, resplandecían como un dique de diamantes dondequiera se advertía el orden restablecido, el principio de una nueva vida la explosión de una inmensa alegría; era el día del matrimonio de Salambó co el rey de los númidas.

En la terraza del templo de Kamón estaban dispuestas tres grandes mesa cargadas de orfebrerías para el servicio de los sacerdotes, de los Ancianos y d los Ricos; y en otra cuarta, y a mayor altura, la destinada a Amílcar, a Narr Habas y su esposa; porque habiendo salvado Salambó a su patria con l restitución del velo, el pueblo convertía esta boda en regocijo universal y estaba esperando la aparición de la desposada.

Otro deseo más áspero impacientaba a la muchedumbre; la muerte d Matho, prometida para la ceremonia.

Habíanse propuesto al principio desollarlo vivo, meterle plomo derretid en las entrañas, hacerle morir de hambre; o bien atarle a un árbol y que u mono le golpeara por detrás en la cabeza; había ofendido a Tanit, y lo

cinocéfalos de la diosa habían de vengarla. Otros eran de parecer que se l paseara en un dromedario, después de haberle atado al cuerpo distintas banda de lino impregnadas de aceite; les recreaba la idea del cuadrúpedo corriend las calles con un hombre que se retorcía quemándose, como candelabr agitado por el viento.

¿Pero qué idear para que todos contribuyeran al suplicio? Lo que s deseaba era un género de muerte que lo presenciara toda la ciudad; que toda las manos, todas las armas, todo lo que era cartaginés, desde las losas de la calles a las olas del golfo, pudieran desgarrar y aplastar al reo de les divinidad. En su consecuencia, los Ancianos decretaron que iría de la prisión a la plaza de Kamón sin escolta, con los brazos atados por la espalda; que n pudiera herírsele en el corazón, a fin de que viviera más tiempo y que se l arrancaran los ojos para que la tortura fuera más intensa. No podía tirársel nada, ni tocársele más que con tres dedos.

Por más que Matho no debía presentarse hasta la caída de la tarde, se crey verle alguna que otra vez, y la multitud se precipitaba hacia la Acrópolis dejando desiertas las calles, para volver desengañada y formulando protestas Casi todos estaban en pie, desde la víspera, en la plaza donde había d verificarse la ejecución, y de lejos se interpelaban enseñándose las uñas, qu habían dejado crecer para hundirlas mejor en la carne del reo. Otros s paseaban agitados y pálidos, cual si se tratara de su propio suplicio.

De pronto, por detrás de los Mapales, se levantaron por encima de la cabezas unos grandes abanicos de plumas. Era Salambó que salía de s palacio. De todos los pechos brotó un suspiro de satisfacción.

El cortejo tardó en llegar, porque iba con suma lentitud.

Primero desfilaron los sacerdotes de los Pateques; luego los de Eschmún los de Melkart y los demás colegios, con las mismas insignias y en el mism orden que cuando el sacrificio. Los pontífices de Moloch pasaban con la fren baja, y la multitud, por una especie de remordimiento, se apartaban de ellos En cambio los sacerdotes de la Rabbetna avanzaban erguidos y con la lira e las manos, seguidos de las sacerdotisas con túnicas transparentes de colo amarillo o negro, que lanzaban gritos de pájaro y se retorcían como víboras; bien, al son de las flautas, giraban imitando la danza de las estrellas esparciendo a su paso las voluptuosas esencias de sus vestiduras. De esta mujeres, las más aplaudidas eran las kedeschim, de párpados pintados, qu simbolizaban el hermafrodismo de la divinidad, perfumadas y vestidas com las otras, y muy parecidas a ellas a pesar de sus pechos aplanados y de su caderas más estrechas. En este día dominaba en todo el principio hembra,

lúbrico misticismo flotaba en el aire. Las antorchas ardían ya en los bosque sagrados, porque por la noche debía haber una pública prostitución, con e contingente de las cortesanas traídas de Sicilia en tres naves, y también de desierto.

Conforme iban pasando los Colegios sacerdotales, se iban colocando en fila en los patios del templo, en las galerías exteriores y a lo largo de la grandes escalinatas adosadas a los muros y que se juntaban en lo alto. Entre las columnatas se destacaban las túnicas blancas, como una arquitectura de estatuas humanas, inmóviles como las de piedra.

Aparecieron después los intendentes, los gobernadores de provincias y todos los Ricos. En el pueblo se produjo un tumulto, arremolinándose en la calles afluentes; los hieródulos contenían la turba a latigazos. En medio de lo Ancianos, coronados de tiaras, y en una litera con dosel de púrpura iba Salambó.

Al verla, se alzó un gran clamor; los címbalos y crótalos sonaron más fuerte, redoblaron los tamboriles y el gran palio de púrpura atravesó el pórtico para subir al primer piso.

Andaba Salambó muy despacio, y atravesó la terraza para ir a sentarse en el fondo, en un trono hecho de concha de tortuga. Pusieron a sus pies un escabel de marfil, con tres gradas: en la primera se arrodillaron dos niño negros, en cuyas cabezas posaba Salambó algunas veces sus dos brazos cargados de ajorcas y brazaletes.

De los tobillos a las caderas iba envuelta en una red de estrechas malla que imitaban las escamas de un pez y que brillaban como nácar; un ceñido azul apretaba su talle, dejando ver los dos senos por un escote en forma de media luna, con carbunclos colgantes en sus puntas. Peinaba un tocado hecho de plumas de avestruz consteladas con piedras preciosas; un amplio manto blanco como la nieve, caía flotante sobre sus hombros, y con los codo pegados al cuerpo, juntas las rodillas y con pulseras de diamantes en la muñecas, se mantenía firme, en actitud hierática.

Los dos sitios más bajos a su lado eran los de su padre y su esposo. Narr Habas, vestido con un sayo azul, ceñía la corona de sal gema, de la que se desbordaban dos trenzas de cabello, torcidas como los cuernos de Ammón Amílcar, con túnica violeta, con broches de pámpanos de oro, llevaba a costado su espada de guerra.

En el espacio cerrado por las mesas, la pitón del templo de Eschmún, entre manchones de aceite, describía en el suelo un gran círculo negro, mordiéndose la cola. En medio de este círculo se alzaba una columna de cobre con un

huevo de cristal encima, que herido por el sol irradiaba resplandores por todo lados.

Detrás de Salambó estaban desplegados los sacerdotes de Tanit, con túnica de lino; a la derecha, los Ancianos, con sus tiaras, formaban una gran línea de oro; y al otro lado, los Ricos, con cetros de esmeralda, otra línea verde; en tanto que allá en el fondo se alineaban los sacerdotes de Moloch fingiendo con sus mantos una muralla de púrpura. Los demás Colegios ocupaban las terrazas inferiores. La multitud llenaba las calles, las azoteas de las casas, o bien subía por la Acrópolis. De este modo, teniendo el pueblo a sus pies, el firmamento sobre las cabezas y alrededor suyo la inmensidad del mar, el golfo, las montañas y las perspectivas de las provincias, la resplandeciente Salambó se confundía con Tanit, y parecía el genio mismo de Cartago, su alma, en forma corpórea.

El festín debía durar toda la noche; lampadarios de muchos brazos estaban plantados como árboles sobre los tapices de lana pintada que cubrían las mesas bajas. Grandes jarras de electro, ánforas de vidrio azul, cucharas de concha y pequeños panes redondos, se apretujaban entre la doble hilera de platos orlados de perlas; racimos de uvas con sus pámpanos estaban enroscados como tirsos a copas de marfil; bloques de nieve fundíanse en platos de ébano, y limones, granadas, calabazas y sandías formaban montículos bajo las altas vajillas. Los jabalíes, con la boca abierta, se hundían en el polvo de las especias; las liebres conservaban sus pieles y parecían saltar entre las flores; las carnes aderezadas llenaban las conchas; los dulces revestían formas simbólicas, y cuando se levantaba la tapa de las fuentes volaban palomas.

Los esclavos, con la túnica arremangada, andaban de puntillas; a intervalos las liras tocaban un himno o bien se oía un coro de voces. El rumor del pueblo como el ruido del mar, flotaba vagamente en torno del festín, como si lo meciera en más grande armonía; algunos se acordaban del banquete de los mercenarios; se entregaban a sueños de felicidad; el sol empezaba a declinar, y la luna, en cuarto creciente, se levantaba ya en la otra parte del cielo.

Salambó, como si alguno la llamara, volvió la cabeza, y el pueblo, que la estaba mirando, siguió la dirección de sus ojos.

En la cima de la Acrópolis acababa de abrirse la puerta del calabozo abierto en la roca, al pie del templo, y en el umbral de este negro agujero se vio un hombre en pie. Salió encorvado, con el aspecto asustadizo de los animales salvajes cuando de repente se les da libertad. Le cegaba la luz, y permaneció parado un momento. Todos le habían conocido y contenían la respiración.

El cuerpo de esta víctima era para ellos una cosa propia, revestida de un esplendor casi religioso. Se empinaban para verle, especialmente las mujeres que deliraban por contemplar al que había hecho morir a sus hijos y maridos; a pesar suyo, del fondo de sus almas surgía una infame curiosidad: el deseo de conocerle del todo; afán mezclado de remordimientos, que aumentaba la execración.

Al fin, el hombre avanzó, y el aturdimiento de la sorpresa se desvaneció. Se levantaron muchos brazos y no se le volvió a ver.

La escalinata de la Acrópolis tenía sesenta peldaños. El hombre las bajó como si rodara por una quebrada de lo alto de una montaña; por tres veces se le vio saltando hacia abajo, cayendo sobre los dos talones.

Sangraban sus espaldas, alentaba su pecho con grandes sacudidas; hacía tales esfuerzos por romper las cuerdas que se le hinchaban los brazos cruzados sobre los riñones, como espirales de serpiente.

Del sitio en que estaba, partían muchas calles, y en cada una de estas, una triple hilera de cadenas de bronce, atadas al ombligo de los dioses Pateques, se extendía paralelamente de un extremo a otro. La turba se amontonaba en las aceras, y en medio estaban los criados de los Ancianos empuñando látigos.

Uno de ellos empujó con violencia a Matho, y este se puso en marcha.

Todos alargaban los brazos por encima de las cadenas, quejándose de que se hubiera dejado al reo un camino demasiado ancho; Matho andaba pinchado, maltratado por mil dedos. Salía de una calle y entraba en otra; muchas veces se lanzó a un lado para morder a la gente, que se daba prisa a apartarse. Las cadenas le contenían y la plebe estallaba en carcajadas.

Un niño le desgarró una oreja; una joven, sacando de la manga la punta de un huso, le cortó la cara: le arrancaban puñados de cabello y tiras de piel; otros, con bastones en los que llevaban esponjas empapadas de inmundicias, le ensuciaban el rostro. Del lado derecho de su garganta brotó un reguero de sangre, y en seguida empezó el delirio. El último sobreviviente de los bárbaros se les aparecía como el representante de todos los mercenarios, como la encarnación de su ejército; y todos se vengaban en él de los desastres, de los terrores y de los oprobios sufridos. La rabia del pueblo aumentaba a medida que se iba saciando; las cadenas, demasiado tensas, iban a romperse; no hacían caso de los golpes de los esclavos que los contenían; se colgaban en los salientes de las casas; se asomaban en los agujeros de los muros, y ya que no le podían herir, vociferaban contra él.

Eran injurias atroces, inmundas, con frases irónicas e imprecaciones; no le bastaba el tormento que le infligían: le anunciaban otros más terribles en la

eternidad.

Este inmenso alarido llenaba Cartago con estúpida continuidad. Una sola sílaba, una entonación bronca, profunda, frenética, era repetida a vece seguidamente por todo el pueblo. Las paredes de las casas vibraban desde e portal hasta el tejado, pareciéndole a Matho que se le venían encima para levantarle del suelo, como dos brazos inmensos que le ahogaban en el aire.

Recordaba ahora haber experimentado en otra ocasión algo parecido. Era la misma multitud en las azoteas, las mismas miradas, la misma ira; perc entonces andaba libre, todos le abrían paso, le cubría un dios; y tal recuerdo le infundía una tristeza aplastante. Pasaban sombras ante sus ojos, la sangre manaba por una herida de su muslo, se sentía morir; plegó las rodillas y se dejó caer despacio sobre el pavimento.

Del peristilo del templo de Melkart trajeron entonces la barra de un trípode enrojecida al vivo, y por encima de la primera cadena se la aplicaron a la herida. La carne chirrió, se la vio humear, y las voces del pueblo ahogaron e quejido de Matho. Este se levantó.

Seis pasos más allá volvió a caer, y luego otra y otra vez; pero siempre un nuevo suplicio le hacía levantarse; se le rociaba con gotas de aceite hirviente se le ponían cascos de vidrio, y él seguía andando. En la esquina de la calle de Sateb se apoyó en el escaparate de una tienda, dando la espalda a la muralla, y de allí no se movió.

Los esclavos del Consejo le flagelaron con sus grandes látigos de cuero de hipopótamo, con tal furia y por tan largo tiempo, que sus túnicas estaban empapadas de sudor. Matho parecía insensible; pero de pronto echó a correr a acaso, castañeteándole los dientes. Enfiló la calle de Boudés, la de Sepo atravesó el Mercado de las Hierbas y llegó a la plaza de Kamón.

Su persona pertenecía ahora a los sacerdotes; los esclavos habían apartado las turbas: había más espacio. Matho echó una mirada a su alrededor y vio a Salambó.

A su entrada en la plaza, Salambó se había puesto en pie, y a medida que Matho iba acercándose, ella se adelantaba al borde de la terraza, y como si todo se borrara ante sus ojos, únicamente veía a Matho. En su alma se había hecho el silencio; era como uno de esos abismos en que el mundo entero desaparece bajo la presión de un pensamiento único, de un recuerdo, de una mirada. Este hombre que corría hacia ella la atraía.

A excepción de los ojos, Matho no conservaba ninguna apariencia humana era una masa completamente ensangrentada. Rotas las ataduras, colgaban sobre sus muslos, pero en nada se diferenciaban de los tendones de sus puños

tenía la boca desmesuradamente abierta; las órbitas lanzaban llamaradas qu parecían subir hasta los cabellos; ¡y el desdichado seguía avanzando!

Llegó precisamente al pie de la terraza. Salambó estaba asomada a l balaustrada. Las espantosas pupilas de Matho la miraban; sintió que l remordía en la conciencia todo cuanto este hombre había sufrido por ella Recordó al verle agonizar cuando en su tienda de campaña la ceñía el talle co sus brazos diciéndola palabras de amor; sentía ansias de volverlas a oír; n quería que este hombre muriera. En este momento, Matho sufrió un gra estremecimiento: Salambó iba a gritar. Matho cayó de espaldas y ya no s movió.

Salambó, casi desvanecida, fue llevada a su trono por los sacerdotes que l rodeaban; la felicitaron, porque aquella muerte era obra de ella. Aplaudía todos y golpeaban el suelo repitiendo a voces su nombre.

Un hombre se lanzó sobre el cadáver. Vestía el manto de los sacerdotes d Moloch y llevaba al cinto el cuchillo que servía para cortar las carne sagradas, con el mango terminado en una espátula de oro. De un solo golp hendió el pecho de Matho, le arrancó el corazón y lo clavó en la espátula Schahabarim, que tal era, levantó el brazo y ofreció este holocausto al sol.

El astro-rey se hundía en el mar; sus rayos herían como largas flechas a corazón ensangrentado. A medida que el sol iba desapareciendo, la palpitaciones de la entraña disminuían, y con el último latido el globo d fuego se extinguió.

En este momento, desde el golfo hasta la laguna y desde el istmo al faro, e todas las calles, casas y templos, resonó un grito unánime; grito que a veces s interrumpía para redoblar en seguida; los edificios temblaban; Cartago estab como convulsionada en el espasmo de una alegría titánica y de una esperanz sin límites.

Narr-Habas, ebrio de orgullo, ciñó con su brazo izquierdo el talle d Salambó, en señal de posesión, y con el derecho, tomando una patera de oro bebió por el genio de Cartago.

Salambó se levantó, como su esposo, con otra copa para beber también Pero cayó, con la cabeza hacia atrás, por encima del dosel del trono descolorida, rígida, abiertos los labios y los cabellos desatados colgando hast el suelo.

Así murió la hija de Amílcar, por haber tocado el velo de Tanit.

FIN DE SALAMBÓ